

Joan Escuer Gomis

Joan Escuer Gomis (Cornudella de Montsant, provincia de Tarragona, 1914) forja su formación política y su compromiso militante en su pueblo natal, microcosmos de las desigualdades sociales, y en las ansias transformadoras de buena parte de una juventud que acogió, esperanzadamente, la llegada del nuevo régimen republicano. Su juventud transcurre en esas décadas convulsas de la Europa del siglo XX que empiezan con la guerra de España y terminan en 1945, liberándole de su internamiento en Dachau. A partir de ese momento este hombre, formado a sí mismo, trabajador incansable, tenaz, ejemplo de militancia activa, se dedica a preservar la memoria de aquellos hechos para que nunca lleguen a repetirse.

**Memorias de un  
republicano español  
deportado al campo de  
Dachau**



Amical de Mauthausen y otros campos  
y de todas las víctimas del nazismo de España

Joan Escuer Gomis (Cornudella de Montsant, provincia de Tarragona, 1914) forja su formación política y su compromiso militante en su pueblo natal, microcosmos de las desigualdades sociales, y en las ansias transformadoras de buena parte de una juventud que acogió, esperanzadamente, la llegada del nuevo régimen republicano. Su juventud transcurre en esas décadas convulsas de la Europa del siglo XX que empiezan con la guerra de España y terminan en 1945, liberándole de su internamiento en Dachau. A partir de ese momento este hombre, formado a sí mismo, trabajador incansable, tenaz, ejemplo de militancia activa, se dedica a preservar la memoria de aquellos hechos para que nunca lleguen a repetirse.

**Joan Escuer Gomis**

# **Memorias de un republicano español deportado al campo de Dachau**

**Edición del texto a cargo  
de Rosa Toran**



**Amical de Mauthausen y otros campos  
y de todas las víctimas del nazismo de España**

© de esta edición: Amical de Mauthausen y otros campos, 2007  
© del texto: Joan Escuer Gomis  
© de la presentación: Núria Colomé  
© del prólogo: Delia Escuer  
© de la introducción: Rosa Toran  
© de las anotaciones y edición del texto: Rosa Toran  
© de la fotografía de cubierta: Archivo Amical de Mauthausen  
© del dibujo de contracubierta: Jaume Rovira  
Diseño de colección y cubierta: J.J.Gràfics  
Impresión: Gramagraf, s.c.c.p.  
ISBN: 978-84-612-1236-1  
Depósito legal: B-55942-2007

---

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, sin la previa autorización escrita de los propietarios del copyright de la edición.

---

Con la colaboración de:



Edita:



**Amical de Mauthausen y otros campos**  
y de todas las víctimas del nazismo de España

## Índice

Presentación .....	5
Prólogo .....	9
Introducción .....	11
I. Infancia y juventud .....	15
II. Guerra Civil .....	41
III. Exilio y resistencia .....	93
IV. De Compiègne a Dachau .....	171
V. La libertad .....	209
Fotografías .....	225

## *Presentación*

Benvolgut lector,

El llibre que estàs a punt de començar té un caràcter valuosament singular. Estàs davant les memòries d'un home que, tot i patir en primera persona l'horror i la misèria d'un dels episodis més tristos i sagnants de la història de la humanitat, constitueix un símbol incomparable d'optimisme i confiança en l'ésser humà i en un futur millor. Joan Escuer Gomis (1914–2004) va ser nafrat amb una ferida inesborrable, una ferida oberta i punyent que el va acompanyar tota la vida. Però no va defallir mai. Joan Escuer va tenir la valentia d'enfrontar-se a l'horror que li produïa la seva pròpia ferida amb el valor infós per l'esperança.

La seva biografia és un exemple de lluita i esforç contra l'oblit. Joan Escuer Gomis estava convençut que la única manera de fer front a les lacres del passat era recordar-les tal i com es van succeir, sense els revisionismes històrics ni els falsejaments que, malauradament, tant sovintegen en la nostra historiografia actual. Per aquesta raó, va decidir consagrar la seva vida a recordar i explicar, tot llegant-nos un testimoni fidel i precís d'uns fets que, sense l'ajuda de persones com ell, correm el risc d'acabar oblidant. En reconeixement d'aquesta actitud, el poble de Sentmenat va voler retre-li l'homenatge que es mereix i el va guardonar amb la Medalla d'Honor de Sentmenat.

És ben sabut que la figura de Joan Escuer ha estat objecte de nombrosos treballs de recerca per part de diverses generacions d'estudiants de l'I.E.S. Sentmenat. Tots aquests treballs tenen un alt valor històric i van culminar l'abril de 2003 amb la publicació

d'un llibre que porta per nom *Joan Escuer. Biografia d'un deportat a Dachau*, escrita per Benjamí Benedicto i Francesc Tresserras. Personalment, considero que aquest volum constitueix una lectura complementària d'allò més recomanable per a totes aquelles persones que quedin captivades amb les pàgines que ara tens entre les mans.

No voldria acabar aquestes línies sense recordar al lector que el protagonista d'aquest llibre ja no és entre nosaltres. Com ja deus saber, Joan Escuer Gomis va morir abans de poder veure acabat aquest projecte pel qual tant va haver de lluitar. No se m'acudeix doncs, millor homenatge que fer un exercici de memòria històrica i capbussar-nos en els fets que ell mateix ens volia explicar. Perquè, tal com diu el clàssic, la veritable mort és l'oblit.

Núria Colomé  
Alcaldeessa de Sentmenat

*Querido lector,*

*El libro que estás a punto de empezar tiene un carácter valiosamente singular. Estás ante las memorias de un hombre que, incluso sufriendo en primera persona el horror y la miseria de uno de los episodios más tristes y sangrantes de la historia de la humanidad, constituye un símbolo incomparable de optimismo y confianza en el ser humano y en un futuro mejor. Joan Escuer Gomis (1914–2004) fue marcado con una herida imborrable, una herida abierta y lacerante que lo acompañó toda la vida. Pero no desfalleció nunca. Joan Escuer tuvo la valentía de enfrentarse al horror que le producía su propia herida con el valor infundido por la esperanza.*

*Su biografía es un ejemplo de lucha y esfuerzo contra el olvido. Joan Escuer Gomis estaba convencido de que la única manera de hacer frente a las lacras del pasado era recordarlas tal y como se sucedieron, sin los revisionismos históricos ni los falseamientos que, desgraciadamente, tanto menudean en nuestra historiografía actual. Por esta razón, decidió consagrar su vida a recordar y explicar, legándonos un testimonio fiel y preciso de unos hechos que, sin la ayuda de personas como él, corremos el riesgo de acabar olvidando. En recono-*

*cimiento de esta actitud, el pueblo de Sentmenat quiso rendirle el homenaje que se merecía y lo galardonó con la Medalla de Honor de Sentmenat.*

*Es bien sabido que la figura de Joan Escuer ha sido objeto de numerosos trabajos de investigación por parte de varias generaciones de estudiantes del I.E.S. Sentmenat. Todos estos trabajos tienen un alto valor histórico y culminaron en abril de 2003 con la publicación de un libro que tiene por título Joan Escuer. Biografía d'un deportado a Dachau, escrita por Benjamín Benedicto y Francesc Tresserras. Personalmente, considero que este volumen constituye una lectura complementaria muy recomendable para todas aquellas personas que queden cautivadas con las páginas que ahora tienes entre las manos.*

*No querría acabar estas líneas sin recordar al lector que el protagonista de este libro ya no está entre nosotros. Como ya debes saber, Joan Escuer Gomis murió antes de poder ver acabado este proyecto por el cual tanto luchó. No se me ocurre pues, mejor homenaje que hacer un ejercicio de memoria histórica y zambullirnos en los hechos que él mismo nos quería explicar. Porque, tal y como dice el clásico, la verdadera muerte es el olvido.*

Núria Colomé  
Alcaldeesa de Sentmenat

## *Prólogo*

Después de 39 años de exilio, mis padres volvieron a España con mi hermano. Yo me quedé en Francia, como tantos hijos de republicanos españoles.

Tomé la nacionalidad francesa, aunque mi sangre fuera española. He vivido, hasta ahora, con esta dualidad dentro de mí, sin saber exactamente cuál es mi identidad. Supongo que esa sensación la tenemos todos los que nos hemos quedado fuera.

Iba a España a pasar mis vacaciones a casa con ellos. Veía a mi padre escribir sus memorias y a mi madre tecleándolas a máquina.

Cuando mi madre murió, mi padre me dijo: "Ahora, tienes que pasar las memorias al ordenador para que se puedan publicar". Yo siempre le respondía que sí, pero nunca lo hacía. Aquello me parecía fastidioso. Nunca tenía tiempo, siempre encontraba un pretexto para no hacerlo. Me parecía que sus memorias eran más bien anécdotas históricas, otras más, entre tantas ya. No me daba cuenta de lo que representaban.

Poco después de acabarlas de escribir, mi padre murió. Seguramente esperaba antes de irse, poner el punto final. Y así fue. Me quedaron entre las manos estas hojas. Me pasé varios meses mirándolas, sin hacer nada, hasta que un día, como cualquier otro, no sé por qué, tal vez me empujaba el espíritu de mi padre, me puse al ordenador y empecé a teclear, un día y otro, y otro más, sin parar, sintiendo dentro de mí como una urgencia, el acabarlas, para que, otra vez más, se oigan esas anécdotas históricas, para que se acumulen a las demás ya escritas, para que otra vez más y otra vez, se oiga el grito de aquellos hombres que dieron su juventud y su vida en la lucha contra el fascismo.

Hoy, al transcribir las memorias de mi padre, he comprendido quién soy: francesa o española, poco importa, soy hija de Joan Escuer Gomis, exiliado político español, deportado al campo de Dachau, con el número 74.181.

Por eso, es mi deber dar a luz el testimonio vivo que representan las memorias de mi padre, y me uno a él para gritar, a mi vez: “¡NO PASARÁN!”.

*Delia Escuer*

## *Introducción*

Hace tres años murió Joan Escuer Gomis y, aunque no pudo ver publicadas sus memorias, tengo el convencimiento de que su deseo de darlas a conocer a un amplio número de lectores trascendía su vida. Porque, si en pocas palabras puede resumirse uno de los ejes sobre los cuales giró su rica y compleja trayectoria, éste fue su continua lucha a favor de la preservación de su legado de memoria, del de su esposa Constanza y del de tantos compañeros de lucha, en Francia y en España.

Los años de juventud de Joan Escuer transcurrieron durante las décadas convulsas de la Europa del siglo XX, que empezaron con la guerra de España y terminaron en 1945; sin embargo, su formación política y su compromiso militante se habían forjado antes, en su Cornudella natal, microcosmos de las desigualdades sociales y de las ansias transformadoras de buena parte de una juventud que acogió, esperanzadamente, la llegada del nuevo régimen republicano. Luego, reaccionó en consecuencia, y depositó todas sus energías en la defensa de sus ideales, amenazados por la violencia de las fuerzas golpistas; desde el mismo 21 de julio de 1936 hasta su retirada a Francia, el 6 de febrero de 1939, no cejó en aportar, con disciplina y coraje, su saber y sus fuerzas, en favor de la República. Las indignidades sufridas en los campos franceses, los costes de las separaciones personales y las amenazas de los ocupantes nazis, no le arredraron en su trayectoria, en aquel entonces claramente integrada en la resistencia antifascista, de la que fue un elemento muy activo en la zona bretona. Si el precio que pagó por ello, cárceles y deportación en Alemania, fue muy alto,

nunca cejó en su empeño en proseguir la lucha, aunque fuera en las condiciones más extremas de los campos nazis.

Y son estos años, los que transcurren entre su infancia en Cornudella de Montsant y su llegada a París, desde Dachau, los que, con gran profusión de detalles, nos narran estas páginas, memorias que empezó a escribir en 1971 y en las que estaba aún empeñado poco tiempo antes de su muerte. Su obra, ingente, contó con la amorosa dedicación de su mujer, Constanza Martínez Prieto, compañera inseparable desde su fortuito encuentro en la Comisaría Central de Nantes, en 1942, y a la que recuperó en París, tres años después, recién liberados, ambos, de los campos de concentración.

Su vida, a partir de entonces, transcurre en Saint Denis, dedicado de nuevo al oficio de herrero que, con tanto empeño, había aprendido en Cornudella, a la par que desplegaba fuerzas en la misma lucha por sus ideales, a través del compromiso sindical y político, y compartía, junto a tantos compañeros de exilio, la frustración de no poder regresar a su patria. Trabajo, militancia y el nacimiento de los hijos en Francia hacían crecer las raíces en el país de acogida, pero la mirada siempre se orientaba hacia el sur, hacia la España martirizada y amordazada, a pesar de sus sacrificios. En 1962 pisó de nuevo su Cornudella; fue una visita ocasional, pero que le empujó, de nuevo, al deseo del regreso a Cataluña, que se hizo realidad en 1972. Instalado en Sentmenat, el pueblo que había acogido a la joven refugiada Constanza, desde Madrid, pronto fue una persona destacada entre los círculos asociativos que reivindicaban mejoras sociales en el pueblo, a la par que tejía los hilos que habían de permitir la reorganización de su partido, el PSUC, cara a la consecución de la democracia, en los últimos estertores de la Dictadura.

Paralelamente, estrechó, junto a Constanza, lazos con la asociación que agrupaba a los antiguos deportados a los campos nazis, la Amical de Mauthausen y otros campos, y ambos se convirtieron en dos miembros infatigables en su trabajo, organizativo y de divulgación. Joan y Constanza, dos nombres unidos para siempre en el recuerdo de tantos jóvenes que les contemplaban llegar

para oír sus voces, para escuchar sus relatos, los de aquellos dos jóvenes detenidos en la Francia ocupada por sus actividades resistentes y penados a la condena del sufrimiento extremo en Dachau y en Ravensbrück, y que, en su vejez, tenían la capacidad de denunciar los horrores del pasado y de advertir de los peligros del presente. Y justamente son varias las promociones de estudiantes del pueblo de Sentmenat, donde residió hasta el final de su vida, las que recibieron su inestimable legado que cuajó, incluso, con la publicación de su biografía en el año 2003.

Desde 1991 fue el presidente de la entidad que agrupaba a las víctimas del nazismo, cargo que ocupó hasta que su salud se lo impidió, doce años después. Y fue durante estos años cuando compartí con Joan Escuer reuniones, viajes y amistosas veladas, que nos otorgaron, a cuantos le tratamos, el privilegio de cultivar una relación entrañable, que ahora renovamos con la lectura de sus memorias. En ellas se nos muestra a un hombre formado a sí mismo, trabajador incansable, tenaz, ejemplo de militancia activa y de coherencia en sus ideas de comunista internacionalista, que nunca dio su brazo a torcer y que situó su lucha en el amplio espectro del antifascismo y el antifranquismo, a la vez que derramaba solidaridad y generosidad. Así le conocimos y así le reconocemos en las páginas que siguen, publicadas por la propia Amical, tal como confiamos que hubiera satisfecho a Joan Escuer Gomis y a su compañera Constanza Martínez Prieto.

*Rosa Toran, historiadora  
Presidenta de Amical de Mauthausen y otros campos*



## *I. Infancia y juventud*

Nací en Cornudella de Montsant, en la provincia de Tarragona, el 16 de noviembre de 1914. Mi padre, Juan Bautista Escuer Casanovas, era originario de Alpicat y de Estorms, en las tierras de Lleida, igual que mi madre, Dolores Gomis Triquell, procedente de Juncosa de les Garrigues y de Albagés. Ambos compartían un bajo nivel cultural, pues no sabían leer ni escribir, sin embargo su estatus social era muy distinto, ya que mi padre pertenecía a una humilde familia campesina, en contraste con mi madre, hija de uno de los caciques de Juncosa de les Garrigues. El abismo entre las dos familias se medía también por sus convicciones opuestas, que no permitían ninguna relación entre ambas: tradición republicana y nulas prácticas religiosas por el lado paterno, mientras que las raíces maternas se hundían en la tradición clerical, monárquica e incluso carlista.

Mi madre se casó dos veces -la primera con 16 años-, con gran disgusto de su familia, pues en ambos casos los escogidos eran hombres pobres, sin embargo contó siempre con la complicidad de mi abuela que la ayudó a superar todos los obstáculos, hasta que la muerte prematura de ésta supuso el cierre de las puertas de la casa pairal para mi madre. Encinta de su tercera hija, enviudó y comenzó un largo calvario, pues fue encerrada en la casa de beneficencia de Lleida para dar a luz y con órdenes expresas de mi abuelo a la madre superiora de que no le permitiera abandonar el establecimiento hasta que él diera permiso. Aquí murió su hija mayor e, impelida por la dureza del encierro, se personó ante el director que le confirmó la imposibilidad legal de mantenerla en tales condiciones. Por fin, acompañada de una carta de recomen-

dación, se trasladó a Barcelona con sus dos hijas para trabajar como sirvienta. Empezó una etapa de total incomunicación con su familia, que no volvió a tener noticias de ella hasta que se casó con mi padre.

Habituada a las costumbres rurales, se acomodó con dificultad a la nueva vida y su única idea era escaparse del bullicio de la capital catalana. En Cornudella de Montsant<sup>1</sup> encontró trabajo y allí conoció a mi padre, también viudo. Pronto tuvieron tres hijos, yo mismo y mis dos hermanos, Enrique y Ramón. Con ocasión de mi nacimiento, mi padre intentó hacer las paces con la familia materna, con la propuesta de que fueran padrinos su suegro y su cuñada. No hubo negativa, pero sí frialdad y poca relación afectiva durante mi infancia. Si cuento esto de la familia de mi madre, es porque considero una aberración llamarse cristiano, apostólico y romano, cuando se tiene tan poco corazón.

Pocas cosas sé de mis abuelos paternos; a mi abuela no la conocí y mi abuelo murió al poco de mi nacimiento. Comerciantes ambulantes, iban con un carro tirado por una mula, vendiendo pesca salada por los pueblos, hasta que cansados de andar por el mundo, decidieron establecerse en Cornudella de Montsant. De sus siete hijos, sólo vivieron cuatro, José, Ramón, mi padre y Matías. Tenía yo pocos meses cuando mis padres decidieron trasladarse a Castellar del Vallès, a unos once kilómetros de Sabadell, donde vivimos algo más de cinco años.

De esta etapa guardo un entrañable recuerdo: parece ser que contraí una grave enfermedad y mis padres, abandonadas casi las esperanzas de que me salvara, al producirse el "milagro", me regalaron un carrito con una campanita y un caballo. Y justamente con

1. En aquellos años, Cornudella, entre los macizos del Montsant y las montañas de Prades, en el Priorato, era el centro de una pequeña comarca que suministraba utillaje y víveres a los pueblos vecinos, con algunos talleres, aunque su principal actividad era la agricultura. Contaba con unos 2.000 habitantes, pero el pueblo estaba inmerso en una decadencia demográfica, iniciada a finales del siglo XIX, a raíz del ataque de la filoxera. Como consecuencia de la crisis y por iniciativa de algunos vecinos, nació el «Sindicat Agrícola i Caixa Rural», en 1904, para facilitar a los payeses de toda la comarca que no habían emigrado los medios necesarios para superarla.

él tuve el primer altercado con las monjas. El día que empecé la escuela, se me metió en la cabeza llevar el juguete conmigo y no podéis imaginar el escándalo que monté cuando me obligaron a dejarlo en la portería, y aún fue mayor mi desespero al comprobar, a la salida, que había desaparecido. La monja tuvo que ir en busca de mis padres para que se me llevaran, pues no quería salir del convento si no aparecía lo que era mío. A partir de entonces, las monjas me cogieron ojeriza. Primero, me quitaron las cintas de seda y me dieron las de algodón, después las medallitas, y para colmo un día me encerraron en el cuarto de las ratas, donde pataleé y chillé hasta que me sacaron. Mis padres no tardaron en quejarse a la superiora del convento y decidieron, por fin, no mandarme más a aquella escuela.

De la estancia en Castellar del Vallès guardo otros recuerdos que, bien seguro, marcaron mi vida. Mi padre trabajaba en el textil y, a finales de 1919 o principios de 1920, estallaron huelgas<sup>2</sup>; la Guardia Civil no paraba de patrullar por las calles, donde estaba mi padre con sus compañeros de trabajo y de sindicato. Mientras mi madre rezaba para que no le pasara nada, de pronto se abrió la puerta de casa, que era de vidrio, y mi padre entró de un salto, al tiempo que se oía un tiro y un obrero caía muerto en la misma acera de casa. Todo fue rápido, pero yo lo vi todo desde detrás de los cristales, igual que el hecho acaecido durante esos mismos días y en el mismo lugar, cuando oí un ruido como un trallazo, a la par que un hombre se desplomaba. Era un hombre conocido por los críos porque iba siempre con un maniquí de señora y que combinaba su oficio de modisto con el de propagandista sindicalista. A medida que fui creciendo, pedía a mi padre que me explicara aquellos sucesos, grabados en mi mente, para comprenderlos mejor.

Más dificultades económicas nos empujaron a otro traslado. Mi padre enfermó de reumatismo por las condiciones laborales y cayó en la desmoralización. Decidió regresar a Cornudella, pero allí los salarios del campo eran inferiores a los de la industria, de manera que la situación familiar empeoró. Mi padre trabajaba de

2. Fueron los años de fuerte agitación obrera, conocidos como el Trienio bolchevique.

sol a sol por un sueldo diario de 4 pesetas, con el que cinco personas teníamos que comer, vestir y calzar, además de pagar el alquiler y la luz y comprar carbón o leña. Al ser los hijos muy pequeños, mi madre difícilmente podía ayudar a mi padre, y suerte tuvimos con la ayuda suplementaria de mi tío Matías que comía y cenaba en casa.

Justamente por causa del tío Matías ocurrieron unos hechos tragicómicos. Yo no había cumplido todavía los 7 años y no podía asistir a la escuela de párvulos, por lo que mi madre me mandó al convento de monjas, frente a mi casa. A la misma hora que las monjitas rezaban el rosario llegaba mi tío a casa, soltando tacos retorcidos, como era su costumbre al hablar. Al día siguiente, en la escuela, mi hermana y yo recibíamos un chaparrón delante de todos los niños y niñas “¿Quién es el sinvergüenza, el descarado que blasfema tan groseramente contra el Señor y que vive en vuestra casa?. Mi hermana se moría de vergüenza y lloraba, pero yo, con cara de pillín respondía: “Es mi tío Matías”. Cuando llegué por la noche, le dije a mi tío lo que las monjas decían de él, condenado sin remedio al infierno, ante lo que Matías, furioso, sacó todo su repertorio con groseras increpaciones a tales vecinas que escuchaban en vez de rezar. El castigo de las monjas recayó sobre nosotros, aislados de los compañeros en la clase y en el juego, hasta que, un día por la mañana, la monja de la puerta nos dijo que la escuela cristiana no era para los hijos de los herejes.

Unos meses después, mi tío tuvo que cumplir el servicio militar en Marruecos. A los tres años, volvió enfermo y desconocido, hasta que se repuso y se fue a trabajar a Sabadell. Más tarde, supimos que se había casado con una muchacha de Aragón y que tuvo un hijo, pero su salud estaba tan quebrantada desde que volvió de África, que murió a los 30 años.

Desde que las monjas me echaron del colegio hasta que pude ir a la escuela pública, no hice ni más ni menos que deambular por el pueblo y su campo. Pronto supe donde se encontraban los árboles frutales más precoces y los más tardíos. Más de una carrera y hasta algún tirón de oreja me costaron, eso sí, pero el hambre es muy mala consejera y además aguza la inteligencia y enseguida

supe arreglármelas para evitar que el propietario o el guarda me sorprendieran.

A los tres años del regreso a Cornudella, nació mi hermano Ramón. Mi hermana ya tenía más de 10 años y yo asistía a la escuela pública, pero la situación económica seguía siendo malísima y mi madre tenía que trabajar de sol a sol por 2,50 pesetas. A pesar de sumar dos salarios, los gastos de la familia difícilmente se cubrían. Mi padre se veía obligado a trabajar los domingos, porque le daban una peseta más de jornal, y durante ocho años no entró en un café ni en un cine. Mi hermana y yo a menudo íbamos vestidos con lo que nos daban las familias con mejor situación económica, y la comida de un conejo o pollo, criados en casa, era excepcional, porque mi madre se veía obligada a venderlos para atender otras necesidades. Una cabeza de cordero o una asadura costaban 25 o 30 céntimos, el corazón 20 o 25, y si mi madre podía adquirirlos, eran un verdadero banquete, eso sin contar las morcillas que hacía con sangre de uno o dos corderos. No olvidaré nunca a algunas familias de Cornudella, dos artesanos, Quimet Boter y Remigió Baster de “Can Pichina”, la señora del Batister, propietaria de un café, y a Tomás “Llauner” y su esposa Mercè “Llaunera”, gerentes del “Teatro Íntim”<sup>3</sup>, que nos daban a menudo de merendar y nos facilitaban la entrada gratis al cine. Otros, hombres que entonces tenían entre 18 y 22 años, contribuyeron a que yo gozase de una de las mayores ilusiones de los niños, ir el domingo por las tardes al cine, pagándome los 20 céntimos que costaba la entrada; dos de ellos murieron en el frente del Ebro.

Empecé la escuela con un maestro que se llamaba Seró, pero al poco tiempo lo trasladaron, parece que por su dureza en el trato con los niños. Yo mismo le vi pegar desmesuradamente algunas veces e incluso hincar las uñas en el cogote de un chico, Juan Jasans Juncosa, hasta hacerle sangrar. Fue reemplazado por don Ramón Saumell, que me dio la cultura básica. Supo que yo era uno de los hijos más pobres de Cornudella y, como aprendía bien, se tomó mucho interés por mí. Cuando faltaba a clase por tener que

3. El Cinema-Teatre Íntim se inauguró en 1903.

irme a ganar unas pesetillas, se ponía negro, no contra mis padres, sino contra la sociedad. Indudablemente, era de ideas avanzadas, tal como quedó patente durante la República.

En la escuela nunca fui turbulento y muy pocas veces di lugar a que se me castigara, en cambio, cuando salíamos a la calle, entonces sacaba la tripa de mal año. En mi clase, había uno llamado Juan Estivill Espallargas “El Chalet”, dotado de inteligencia, pero también de malos instintos, siempre amenazando y dando con un palo, una piedra o lo que fuese. Al verle manos a la obra, yo pensaba “cuando me quieras hacer la broma, el que va a pegar antes será yo” y así ocurrió. Cuando me quiso pegar, sin que lo esperase, le di de lleno en la cabeza y empezó a sangrar; yo no quise escapar, como me aconsejaban los amigos, y nos enzarzamos en un buen pugilato. Los dos quedamos bien marcados, pero desde aquel día tomó distancias conmigo. En las batallas entre grupos de niños, estábamos en el mismo bando, pero nunca tuvimos amistad, y de mayores, la más absoluta indiferencia. Durante la República, me propuso entrar a formar parte de Estat Català y como es natural le mandé a paseo; más adelante, oí contar que, durante la guerra, se escondió y que, cuando entraron las fuerzas franquistas en Cornudella, salió del escondite y se le vio con las estrellas de capitán de Falange.

Había otro en el pueblo, con fama de dominante, porque quien no hacía lo que el quería, recibía castañazo. Se llamaba José Gomis Elías “El Pocall” y me enfrenté con él dos o tres veces. En una ocasión, mi madre me vistió con una marinera blanca y un gran lazo y empezó a burlarse de mi, tirando de un extremo de la cinta hasta que deshizo el lazo. Recibió mis puñetazos con tal mala suerte que cayó de un altura de metro y medio y se lesionó una pierna; sus lloros y chillidos alborotaron media plaza y ambos regresamos a nuestras casas. No había pasado ni media hora cuando mi madre se enteró de lo sucedido y recibí un castigo, lo mismo le sucedió a mi contrincante. Al día siguiente, en la escuela, nuestra amistad se estrechó, como si no hubiera pasado nada, y pronto adquirimos la injusta fama de ser los más traviesos del pueblo, injusta porque, bajo nuestro nombre, se encubrían las diabluras de otros. Con

este compañero siempre tuvimos buenas relaciones e incluso, cuando fuimos mayores, nuestras opiniones y creencias fueron casi las mismas. Durante la Guerra Civil, los dos luchamos en el campo republicano, pero el tuvo la mala fortuna de perecer en un combate de tanques. Cuando me enteré de su mala suerte, lo sentí muchísimo y hoy todavía cuando pienso en mi juventud y escribo estas líneas, lo hago dedicándole buena parte de mi pensamiento. Otras “hazañas”, a menudo peligrosas, marcaron mis años de infancia, como cuando subíamos y corríamos por el parapeto del puente, de una altura de 20 o 25 metros en su centro.

El pueblo de Cornudella era de tradición republicana y sindicalista. La mayoría de los obreros estaban influenciados por las ideas de Salvador Seguí, el “Noi del Sucre” y de Ángel Pestaña, que visitaron varias veces el pueblo. Los obreros tenían un centro con un café, “La Araña”, que clausuró la Guardia Civil, deteniendo también a sus dirigentes, entre ellos el médico Buenaventura Font Castany<sup>4</sup> y Juan Margalef, que murió en Francia donde estaba refugiado después de la Guerra Civil. Como he explicado, el trato recibido en la escuela de monjas y el movimiento social, con los dos obreros muertos por la Guardia Civil que presencié en Castellar del Vallès, seguramente marcaron mi vida. Además, el ambiente de miseria que vivíamos en casa, las ideas republicanas y los principios sindicalistas y ateos de mi padre ayudaron de una forma determinante a que fuese lo que hoy soy.

En la cuestión religiosa, mi padre era un ateo intransigente e incluso sectario. Según el, la Guardia Civil, el alcalde y todos los caciques eran los enemigos directos del hombre, y cuando se refería al cura, comentaba: “Éste es el que menos cree en Dios. Dice que Dios era pobre y él siempre está metido con los ricos”. Como se comprenderá, en tal ambiente, me iba identificando cada vez más con mi padre, a la par que me escapaba cuando mi madre me quería llevar a misa. Las familias más pobres iban muy poco a misa y el cura, conchabado con las beatas del pueblo, determinó dar un pan y un duro a las madres asistentes a misa; mi madre, a

4. Desde el año 1986, la Biblioteca pública del pueblo lleva su nombre.

escondidas, fue varios domingos, hasta que se enteró mi padre -yo creí que le iba a dar algo- y mi madre dejó de ir a misa, con lo que se terminó el pan y el dinero de los domingos. Con todo esto, iba tomando cada vez más aversión a la religión.

Las escuelas públicas estaban obligadas a llevar a los alumnos dos veces por semana a confesar; para mí era un suplicio y, en el confesionario, me limitaba a contestar sí o no, según me conviniera. El cura incluso, una vez, me preguntó si había robado dinero a mi madre, a lo que le respondí que en mi casa no había dinero y que yo no era ningún ladrón; también me preguntaba si hacía cochinerías con las chicas. A mi madre, a pesar de ser creyente, le disgustaban las preguntas de esta índole.

Nunca me aprendí el catecismo de memoria, a pesar de que el cura podía entrar en la escuela cuando quisiera y preguntarnos sobre él. No fallaba, siempre me preguntaba a mí, para avergonzarme y para reprender al maestro e incluso a mis padres, advirtiéndoles de que me encaminaba a la perdición. Llegó el momento de hacer la comunión y don Claudio Roig, el cura párroco del pueblo, se presentó en casa recordando a mis padres que ya había cumplido once años y todavía no había hecho la comunión. Mi madre le contestó que no tenía nada con que vestirme, a lo que el cura respondió que eso lo arreglaría él, y a mí me obligó a asistir todos los días al catecismo de 11 a 12, pero desde el principio empezaron las broncas, tirones de orejas y alguna bofetada. Llegaba a casa más colorado que una amapola y mi madre, en vez de criticar al cura, se lamentaba, me llamaba hereje y culpaba al tío Matías y a todos los Escuer; y lo peor era que el sermoneo iba acompañado de algún cachete y tirón de orejas. Yo me decía: "Si esto es el principio, el día de la Comunión nadie me conocerá". La actitud del cura y la incompreensión de mi madre tuvieron como efecto rehuir la iglesia y determinar no ir más al catecismo.

A partir de entonces, durante la hora de catecismo, me quedaba a jugar con otros chicos en la propia explanada de la iglesia, hasta que el cura se presentó y, delante de todo el mundo, me agarró por un brazo y me hinchó de golpes y bofetadas, intentando llevarme a rastras a la sacristía, pero me resistí y no lo logró. Mi

madre se indignó al ver mi estado y también, por la noche, mi padre prometió que, si llegaba la ocasión, el cura pagaría lo que había hecho. Los intentos del cura para arrastrarme al catecismo no acabaron y yo me mantenía vigilante para no recibir más golpes, hasta que viendo su fracaso cambió de táctica e intentó acercarse a mí por las buenas, aunque yo seguía manteniéndome siempre apartado del alcance de su mano. Finalmente, me llamó para decirme que si no volvía al catecismo, sería el último de los comulgantes, a lo que recibí como respuesta mi encogimiento de hombros; también fracasó en su intento de hacerme confesar. Llegó el día de la comunión, el domingo de Pascua, 18 de abril de 1926. Acompañado de mi madre que no paraba de sermonearme, me coloqué en el puesto asignado, el último, y la mirada que me dirigió el cura al darme la comunión, me advirtió de lo que hubiera hecho conmigo aquel hombre en tiempos de la Inquisición. Finalizada la ceremonia, nos reunió a todos los comulgantes para advertirnos de que durante nueve domingos teníamos que ir a misa y a comulgar. Todo el mundo dijo que sí, pero yo no puse más los pies en una iglesia hasta el día en que mi hermano Enrique se casó, que fue el 25 de agosto de 1945.

Poco tiempo después de haber hecho la comunión, di los primeros pasos en el mundo del trabajo, de una forma especialmente singular. Al salir de la escuela, me encontré en casa a un hombre de Vilanova de Prades<sup>5</sup> que estaba parlamentando con mi madre, para que yo guardara unas 8 o 10 cabras y al mismo tiempo cuidara de su madre, muy anciana y además ciega. Al oír a aquel hombre, yo salía del Infierno para entrar en el Paraíso; por su cuenta corría la comida, el vestir y el alojamiento, y como prueba de seriedad me compró unas albarcas nuevas. En fin, pintó las cosas tan brillantes que mi madre, sin consultar a mi padre, dejó que me llevara, sin embargo yo no veía el asunto como lo pintaba el individuo. Cuando subí al carro y a medida que me iba alejando de los míos, el corazón se me iba cerrando, y más aún porque era la primera vez que salía de las faldas de mi madre. Aquel hombre,

5. Pueblo situado en la Conca de Barberà, con una orografía muy accidentada y con abundancia de fuentes, aprovechadas para la ganadería.

aunque yo no me diera cuenta, debía estar estudiándome, puesto que a lo largo del trayecto trató de animarme, con comentarios sobre su bondad y muchas promesas. Pero cuando llegamos al sitio, entonces sí que me vi perdido; era una especie de barracón que tenía más de choza que de vivienda, sin luz y más negro que una caverna. Luego me dijo: "Durante el buen tiempo vivirás aquí con mi madre; cada dos o tres días, vendré a traeros comida y lo que os haga falta". Cuando encendió el candil, divisé a una pobre anciana que formaba un bulto sobre el camastro, y añadió: "En invierno os vendré a buscar y viviréis con nosotros en el pueblo". Sacó un arenque, dos panes y un cesto de higos, me enseñó una cisterna para sacar el agua para las cabras y para nosotros y, después de echar un par de mantas en un montón de paja para que yo durmiera, se marchó hacia el pueblo. Cuando pregunté a la abuela si el pueblo estaba muy lejos, me respondió que a unos cuatro kilómetros. Me acosté con gran tristeza y al día siguiente, temprano, saqué las cabras, sin dejar de llorar pensando en mis padres y hermanos. Hacia el mediodía llegó aquel diablo a traernos una docena de arenques y pan, anunciando que al cabo de dos o tres días iríamos a un campo a aplastar terruños y que su mujer haría patatas con bacalao, pero yo ya había planeado fugarme.

Siempre he tenido buenas dotes de observación y memoria, cualidades que algunas veces me han salvado la vida. Al amanecer del día siguiente, di de comer a las cabras y a la anciana, tomé mi parte y emprendí el regreso a casa. Al salir a la carretera, vi sentado a un hombre en el parapeto de un puente, pero yo seguí mi marcha, hasta que oí unos silbidos y unas zancadas tras de mí. En pocos momentos, mi secuestrador me agarraba por la espalda y, bajo amenazas de matarme a palos, me llevó otra vez a la choza; al día siguiente, me vino a buscar y con las cabras fuimos a trabajar la tierra. Hizo algo que me sirvió el día que me escapé: ató la cabra más vieja en un sitio visible y soltó a las demás, que nunca se alejaban. Una vez aplastados los terruños, su mujer se puso a preparar las famosas patatas con bacalao y, después de hacer algo de siesta, reanudamos el trabajo hasta la puesta del sol. Por la noche, otra vez en el barracón con la pobre anciana, las cabras y los aren-

ques. Había oído al marido decir a la mujer que tenía que ir a Prades al día siguiente; era mi oportunidad para escapar. De madrugada, saqué las cabras, até la más vieja por si el hombre pasaba por allí, y tomé el camino a casa, que en realidad distaba de allí unos 12 o 14 kilómetros, ladeando el bosque y eludiendo la carretera. Al llegar al collado de Albarca, encontré un peón caminero de Ulldemolins, muy amigo de mi padre, a quien conté lo sucedido para que no me delatara si alguien pasaba por allí.

Hacia las doce y media llegué a mi casa. Todos se pusieron muy contentos, sobre todo mi madre, que no cesaba de recibir broncas de mi padre por mi marcha. A las dos de la tarde estaba ya en la escuela, donde el maestro Sr. Saumell se alegró de verme y me comentó que más valía comer un pedazo de pan duro con la propia familia que buenos cocidos en casa de extraños. Mi padre, por la noche, lloró de alegría y me aseguró que si no hubiera regresado, el domingo habría ido a buscarme. Varias veces el hombre de Vilanova de Prades intentó llevarme de nuevo y, al fracasar en su intento, intentó cobrarse las 4,50 pesetas de las albarcas, ante lo cual recibió las consabidas broncas de mi padre y de mi madre. Cuando yo ya tenía 17 años, le vi de nuevo montado en su mula gris, mientras me paseaba con unos amigos por la carretera; plantados uno frente al otro, acabó por reemprender el paso con su cabalgadura.

Fui a la escuela hasta los trece años y medio. Mi primer empleo fue de peón de albañil, con un patrón al que llamaban Miquel Madrino, pero casi siempre trabajaba con su hijo José, recién casado y de 27 años. En aquella época los aprendices eran víctimas de costumbres atrasadas. En la albañilería las formas de trabajo eran diferentes a las corporaciones de taller, donde el aprendiz siempre trabajaba con un oficial determinado, pues en la construcción un peón servía a dos o tres albañiles, pastando, poniendo los ladrillos a remojo, preparando la arena, acarreando yeso, cemento... A la menor falta de diligencia, broncazo, muchas veces acompañado de cachete, bofetada o algún puntapié. Este tratamiento era aceptado alegremente por nuestros padres, puesto que cuando preguntaban por nuestro comportamiento a los patrones o maestros,

nunca faltaban las recomendaciones para que nos enderezaran. Esta mentalidad nunca ha ido a la par conmigo y siempre estuve decidido a defenderme, como lo demuestra la siguiente anécdota. Hacía unos cuatro meses que trabajaba y el patrón me envió con su hijo José que me mandó buscar una regla, con gritos y amenazas de pegarme, pero yo me defendí y fue el quien acabó en el suelo. Corrí a casa y mi pobre madre se enfadó conmigo, pero yo no trabajé más en ese oficio.

Poco tiempo después empecé como aprendiz en la herrería del “Ferrer de Capafons”. El patrón, Celestino Tarruella, casado y sin hijos, era una bellísima persona, así como su hermano José y sus hijos, que se dedicaban a la misma actividad en el pueblo de Poboleda<sup>6</sup>. Ambos hermanos se ayudaban cuando en sus talleres había mucho trabajo y yo iba a menudo a trabajar con los sobrinos de mi patrón. Cuando fui al frente de Madrid, el segundo de sus hijos, Celestino, estuvo conmigo en el mismo batallón, en talleres. Cada vez que yo iba a Madrid no faltaba mi visita y fue en una de éstas que me enteré que su hermano José había muerto en el frente. La noticia me apenó tanto que incluso ahora, siempre que tengo ocasión de ver a Celestino, no puedo dejar de recordarle.

Mientras duró este aprendizaje, un día vi a mi profesor, don Ramón Saumell, con otro señor que me fue presentado como inspector de Primera Enseñanza, y que además de conocer a mi familia, me comentó, mientras yo me ponía más colorado que un pavo, que era una lástima que no hubiera podido continuar los estudios. Y a continuación me pidió que le escribiera una felicitación para el día de su santo, san Jaime. Dos días antes de la fecha, me puse a escribir, pero ¡con qué apuros! Hice tres o cuatro cartas, pero ninguna me pareció digna y las rompí. Con ánimos de renunciar a lo que prometí, salí a pasear, pero como tampoco quería hacer que don Ramón quedara mal, cogí pluma y papel otra vez y de un tirón escribí la carta. Dos o tres días después, el inspector me dio 5 pesetas y me recomendó para asistir a los cursos de noche en invierno, pues me serían de gran utilidad. Y así lo hice hasta que me fui al servicio militar.

6. A unos 12 kilómetros de Cornudella.

El padre de mi patrón, el Sr. Sebastián, era muy creyente y asistía a misa todos los domingos y días de fiesta. Sus hijos y yo no eran todo lo contrario y, como no tenía poder para obligarles, se metía conmigo; me llamaba temprano, pero yo me volvía del otro lado y seguía durmiendo. A su regreso hacía el almuerzo para él y para mí y me sermoneaba hasta que yo le dije que no insistiera, y a pesar de amenazarme con dejar de hacerme el almuerzo, lo continuó preparando. Además de ser creyente, era también algo curandero -don que no pudo transmitir a sus hijos-, y con hierbas medicinales preparaba bálsamos, ungüentos... para curar caballos, mulos o asnos con rezos, cruces y finalmente con friegas y vendajes y la orden de reposo absoluto para el animal. Ante mis burlas por sus monsergas antes de hacer las friegas y vendajes, el buen señor me trataba de insolente y me decía que llevaba el Diablo dentro del vientre.

El patrón Celestino Tarruella no gozaba de muy buena salud y sufría crisis dolorosas en el aparato gastro-digestivo. Así, cuando me quedaba solo en el taller, yo hacía lo que podía, salvo herrar los caballos, todavía muy difícil para mí, y para esta tarea iba a buscar a otro herrero, Liberato, antiguo aprendiz de la misma casa. Un día, justamente un rato antes de que éste llegara, recibí una fuerte bofetada del Sr. Sebastián, por el simple hecho de preguntarle qué tipo de pócima estaba preparando en la cocina. Ante esta reacción que no comprendí, pedí trabajo de aprendiz a Liberato, sin embargo, no me atrevía a informar al patrón que finalmente se enteró de lo sucedido y reprendió a su padre. De todas formas, iba a cerrar el taller por motivos de salud. Salí de la casa del “Ferrer de Capafons”, pero seguí manteniendo una gran amistad con ellos y acudí siempre, el 20 de enero, para festejar al anciano en el día de su santo, e incluso los domingos que podía, sacaba su burra a beber.

El día 5 de octubre de 1928, entré a trabajar en casa de Liberato Ardevol Vall. Con él, su esposa Teresa Pizarro Perpinyà y su única hija Carmen, me hice hombre -pues allí comía y dormía- y aprendí los principios básicos de mi oficio: herrar las caballerías, forjar y confeccionar herramientas agrícolas, fabricar arados, soldar a la

fragua y a la autógena, afilar las herramientas de corte, herrar los carros y sus ruedas, y también bastante de cerrajería y lima. A pesar del duro trabajo, siempre tuve tiempo para ir al curso de noche y aprender música al mismo tiempo. Llegué a tocar la trompeta en la orquesta de Cornudella "Els Canaris".

Mi patrón -a pesar de que se cuidaba de no manifestar sus ideas en público- y su familia eran de ideas republicanas. Cuando el diputado republicano D. Ramón Nogués Subirats<sup>7</sup> venía a Cornudella, se alojaba en casa de los Pizarro, y Marcelino Domingo<sup>8</sup> y el mismo Nogués paraban en casa de los padres de Liberato, en Poboleda. Yo era todavía joven y entendía poco de política, pero me colocaba cada vez más al lado de la gente progresista. De repente, pasó algo grande: la caída de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera y el levantamiento valeroso de los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, en Jaca<sup>9</sup>; leí dos o tres veces su proclama, sublime y llena de esperanza. Por eso, cuando fracasaron y fueron detenidos y fusilados<sup>10</sup>, tuve una gran decepción. Me indignó enormemente la actitud del general Cabanellas, jefe de la Plaza de Huesca<sup>11</sup>, e igualmente la firma de la sentencia de muerte

7. Posiblemente se trata de Ramón Nogués Bizet, político tarraconense fundador del Partido Republicano Catalán. Sufrió exilio en Francia y, al proclamarse la República, fue el presidente de la Diputación de Tarragona. Después de un breve paso por ERC, fundó el Partit Republicà Radical Socialista, ocupando un escaño a Cortes por Tarragona.

8. Marcelino Domingo Sanjuán, maestro que ejerció en distintos pueblos de la provincia de Tarragona y que políticamente impulsó partidos del republicanismo nacionalista, ocupando varias veces un escaño parlamentario, por la circunscripción de Tarragona. Después de su exilio en Francia en los años de la Dictadura, desplegó una intensa actividad política y fue fundador del Partido Radical Socialista. A la proclamación de la República, fue nombrado Ministro de Instrucción Pública.

9. El 12 de diciembre de 1930.

10. La sentencia se cumplió el domingo 14 de diciembre de 1930, en el Campo de Fornillos, cerca de Huesca.

11. Miguel Cabanellas Ferrer, a pesar de ser uno de los jefes del levantamiento del 18 de julio, fue un hombre liberal y republicano que se opuso a la Dictadura de Primo de Rivera. Durante los sucesos de Jaca, el gobernador militar de la plaza de Huesca era el general Las Heras.

por el nuevo jefe de gobierno, el general Berenguer. Hasta el último momento, muchos ingenuos como yo esperábamos que Alfonso XIII les concedería la gracia, pero no quiso ser magnánimo.

No puedo asegurar si fue antes o después de los sucesos de Jaca cuando Alfonso XIII y su familia hicieron un viaje por Cataluña. Después de la visita al monasterio de Poblet, pasaron por Cornudella, donde fueron recibidos por las autoridades y notables del pueblo en medio de una gran concentración de gente delante del ayuntamiento, y aunque hubo unos cuantos vítores, fueron dados con pocos ánimos; la banda de música del pueblo no asistió al recibimiento de la familia real. El rey subió a la alcaldía para firmar en el Libro de Honor, pero su esposa e hijas no bajaron del coche, de forma que la reina Victoria ni tan sólo pudo dar un beso a la niña que le ofrecía un ramo de lirios blancos.

Había en el pueblo un buen movimiento republicano, con reuniones en el Café del Centro, "el café del Batistet", que yo no me perdía. Los de mi edad se acordaron de la visita del abogado de Reus, Simó Bofarull<sup>12</sup>, tras la cual quedó fundado el Partido Republicano Autónomo, con muchos adheridos, mi padre entre ellos y yo mismo, sin saberlo. Al cabo de unos días, me enteré de la iniciativa de mi padre, pero no me disgustó y lo acepté de buena gana. El local del partido fue el propio café y el propietario, Bautista Estivill, uno de los responsables y cabeza de lista de los candidatos republicanos que obtuvo un gran éxito en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931; las que acabaron con la monarquía de Alfonso XIII. Con "Batistet" como nuevo alcalde, el pueblo desbordaba entusiasmo. El día 13, derechas e izquierdas estaban a la expectativa, y al día siguiente, la gente salió a la calle gritando que Macià había proclamado la República en Cataluña; de forma

12. Jaume Simó Bofarull fue un destacado dirigente del Partido Republicano Radical en Tarragona y llegó a ocupar la alcaldía de Reus en 1919, desde donde impulsó reformas sociales y actuaciones catalanistas. Instalado durante unos años en Valladolid, para librarse del proceso por el asesinato del alcalde Sardà, reanudó su vida política en Tarragona, a partir de 1931. Después de abandonar el PRR, fundó y lideró el Partit Radical Autònom de les Comarques Tarragonines en julio de 1932.



espontánea, la mayoría de hombres que habían salido a trabajar al campo y que se sentían republicanos regresaron a casa, y como las campanas de la iglesia volteaban y repicaban, incluso los curiosos acudieron al pueblo. El día 15 de abril, la mayoría desfiló por las calles del pueblo con banderas republicanas e incluso una chica, María de la Quiteria, iba ataviada de rojo y con el gorro frigio, mientras sonaba *La Marsellesa*. Todo el mundo se concentró delante del centro republicano y el nuevo alcalde pronunció un discurso, interrumpido por los vítores a la República que acababa de nacer. Luego, hubo un vino de honor y, sin querer equivocarme, creo que para mucha gente, honrada políticamente, aquél fue un día esperanzador y uno de los más felices de su vida.

Por mi parte, vivía en pleno entusiasmo de juventud. Veía en grandes proporciones el advenimiento de la República: los ricos desaparecerían, todos los trabajadores agrícolas recibirían tierras, en las fábricas los obreros serían respetados y vivirían sin miserias, las escuelas se abrirían para todos los niños, los curas no pondrían más los pies en las escuelas... ¡Pobre de mí. Yo que apenas había oído hablar del gran Lenin y mucho menos del comunismo, ya quería, sin saber lo que era, implantar el Socialismo.

Por primera vez viví el Primero de Mayo. Una manifestación organizada por el Partido Republicano Autónomo<sup>13</sup> y un mitin, después del cual se sirvió un vino de honor en el mismo centro donde días antes se celebró el primer día republicano. Pronto este partido empezó la campaña electoral para las legislativas, con la intervención del abogado Simó Bofarull, que con sus discursos me entusiasmaba y hacía que aumentara mi interés por la política. La oleada republicana se confirmó en las elecciones, el 28 de junio de 1931<sup>14</sup>, y yo lo celebré con júbilo, pero pronto advertí que los trabajos parlamentarios no eran suficientemente rápidos, dado que las reformas políticas, económicas y sociales iban a paso de tortu-

13. El Partit Radical Autònom de les Comarques Tarragonines aún no estaba organizado en estas elecciones.

14. Fueron elegidos por la provincia de Tarragona Marcelino Domingo, Ramón Nogués Bizet y Jaume Simó Bofarull.

ga. Los jóvenes anhelábamos transformaciones radicales, pero los gobiernos republicanos y socialistas atendían más a la conservación de los intereses de la burguesía que a dar satisfacción a las masas laboriosas. Poco a poco iba desconfiando del partido al que estaba afiliado, ya que empezó a paralizar su actividad, limitándose a celebrar alguna asamblea y a festejar todas las fiestas nacionales, con discursos y vinos de honor.

En 1932 el movimiento obrero y campesino fue muy intenso en toda España. En Cataluña, hubo huelgas y manifestaciones reprimidas por la Guardia de Asalto, que el gobierno había creado para defender la República, con una violencia digna de la Guardia Civil y la Policía Armada de la Monarquía. En Cornudella no hubieron ni choques ni huelgas, pero se comentaban vivamente los sucesos y se hacían eco de las consignas lanzadas por los anarquistas y la CNT. Luego, con la sublevación del General Sanjurjo contra la República, el 10 de agosto de 1932, los obreros declararon la huelga general y echaron por tierra los planes de la "sanjurjada". Yo esperaba que el gobierno reprimiría a los sublevados con la misma energía con que reprimía a la clase obrera, pero no, el proceso de Sanjurjo fue una mascarada<sup>15</sup>, ya que el gobierno cometía los mismos errores de clase. No obstante, hay que reconocer que la República separó la Iglesia del Estado, aumentó los salarios de los obreros, de los maestros y desarrolló la enseñanza pública.

A lo largo de 1932, subió a Cornudella gente forastera que hablaban desde el balcón de la casa del Dr. Buenaventura Font Castany, un antiguo médico militar expulsado del ejército a finales del siglo XIX, por sus ideas antimonárquicas y por haber participado, se decía, en un complot contra la reina María Cristina. Lo que sé, es que antes y durante la Dictadura de Primo de Rivera, algunas veces, la Guardia Civil lo llevó preso a Falset. No eran pocos los que decían que el Dr. Font estaba loco, pero era buenísimo y sabio; nunca cobraba a los pobres en sus visitas y a mi

15. José Sanjurjo Sacanell se alzó en Sevilla, el 10 de agosto de 1932. Quince días después, en un juicio sumarísimo, fue condenado a muerte, pena que le fue conmutada por prisión en el Penal del Dueso, en Santoña. En 1934, durante el Bienio Negro, fue indultado y se exilió voluntariamente a Estoril.

madre le comentaba que los ricos pagarían por ella. Cuando se presentaba un caso complicado, los otros médicos del pueblo le pedían el diagnóstico, si había un parto difícil, él era quien lo atendía. Los primeros que corrían a buscarle eran los que le trataban de loco. ¡Qué injusta es la ignorancia! Pues bien, los que hablaron desde su balcón se llamaban del Bloc Obrer i Camperol<sup>16</sup> y hablaban de marxismo, de Lenin, de la revolución soviética, de los bolcheviques e incluso de Stalin; explicaban su victoria sobre la burguesía rusa, la distribución de tierras a los campesinos y la apropiación de las fábricas por los obreros.

Para mí, aquello era tan grande y sublime que no hacía más que soñar con aquellas palabras; me sentía comunista y mi línea estaba trazada. Desgraciadamente en Cornudella no había movimiento comunista y, si alguien lo era, no se daba a conocer. Yo continuaba con la idea de la República; un día u otro tendría que jugar el papel que la clase obrera descaba. Llegó el 11 de noviembre de 1932 y, como de costumbre, el Partido Republicano Autónomo<sup>17</sup> conmemoró la proclamación de la 1ª República, pero yo no fui, actitud que mi padre me recriminó. Al responderle que aquel partido ya no era el mío, pues no defendía los intereses de la clase laboriosa, se puso furioso y se entabló entre ambos una violenta discusión, que terminó con mi categórica respuesta que para los obreros no había otra solución que hacer la revolución e ir al comunismo. El buen hombre no sé que concepto tenía de lo que acababa de decirle, pues me dio una bofetada que me hizo ver las estrellas. Tanta fue mi indignación que sin decirle nada me fui al trabajo y estuve tres meses sin poner los pies en casa. Por mediación de mi hermana, volví a casa, pero después de una nueva discusión con mi padre, que de nuevo me levantó la mano, acabamos por establecer un *modus vivendi* entre los dos.

16. El partido se había fundado en 1930 como resultado de la unificación de la Federació Comunista Catalano-Balear y el Partit Comunista Català, y recogía la tesis leninista de la alianza de la clase obrera con la payesía en la revolución democrático-burguesa.

17. Partit Radical Autònom de les Comarques Tarragonines.

A principios de 1933, volvió a venir a Cornudella el abogado Simó Bofarull y, a partir del mitin que celebró, se decidió que el Partido Republicano Autónomo se llamaría Partido de Izquierda Republicana<sup>18</sup>. Marcelino Domingo, más tarde, participó, con éxito, en un gran mitin, pero a la práctica el partido seguía por el mismo camino que el anterior.

Los sectores políticos se iban definiendo. Las elecciones de 1931 habían sido un mazazo en la cabeza de las derechas, pero tan pronto como salieron del letargo, se dieron cuenta de que algo había cambiado en España y de que, costase lo que costase, tenían que derribar la República; así pues, en el transcurso de 1933, se manifestaron muy activas. Las beatas también se organizaron en una especie de Comité de Ayuda a los curas del pueblo, alegando la supresión por parte de la República de las subvenciones al clero, mientras que los curas recorrían las casas de la gente mayor para convencerles de firmar un papel manifestando su deseo de ser enterrados por la Iglesia. Por otra parte, los generales africanistas, a la cabeza de los cuales estaban Sanjurjo, Mola, Queipo del Llano, Franco, ..., desplegaron una gran actividad, en el seno de la UME<sup>19</sup>, casi a la luz del día, pero el gobierno de la República no quiso ver la realidad de las cosas y no les sancionó de forma contundente. La pasividad del gobierno ante la traición militar y su política de represión de la clase obrera envalentonó todavía más a la reacción española, que empezó a atacar abierta y demagógicamente a la República, cuyo gobierno, en vez de corregir errores y buscar el apoyo de las masas, no encontró otro medio que disolver las Cortes e ir a nuevas elecciones generales, el 19 de noviembre de 1933.

Un solo partido vio el peligro que representaba para la clase trabajadora y las fuerzas progresistas una victoria electoral de la

18. Posiblemente se refiere al partido fundado por Marcelino Domingo en 1933, Partit Català d'Esquerra, vinculado a Izquierda Republicana de Manuel Azaña.

19. Unión Monárquica Española, creada en 1933 por oficiales del ejército, muchos de ellos implicados en la sublevación de Sanjurjo, para combatir las reformas militares de Manuel Azaña. Tuvo una destacada participación en los preparativos del golpe de estado de 1936.

reacción española. Fue el PCE que a partir del 16 de marzo de 1933 propuso a los socialistas, a la FAI y a la CNT formar un frente común de lucha para impedir que en España se implantara una dictadura de tipo fascista<sup>20</sup>. Las izquierdas no aceptaron la proposición y continuaron subestimando las fuerzas de la reacción, y más aún, la FAI y la CNT preconizaron que no se votara en las elecciones; desgraciadamente el 19 de noviembre las derechas entraban con fuerza en el Parlamento y España iba a conocer lo que era el régimen al que se llamó Bienio Negro.

Durante la campaña electoral, desplegué toda mi actividad política en mi lugar de trabajo y en mi familia. No tuve ninguna dificultad en convencer a mi patrón, Liberato Ardevol, para que fuera a votar, pero mi padre, influenciado por los anarquistas desde su militancia cenetista en Castellar del Vallès, no sólo no fue a votar sino que no quería que fuese mi madre. Tenaz, yo no abandoné la batalla y logré que mi madre votase por las izquierdas, dándole yo mismo la papeleta. Y en la puerta de la escuela donde mi madre votaba me enfrenté, una vez más, con mi contrincante infantil, “el Chalet”, al interpelar a mi madre sobre su intención de voto.

Inmediatamente se dejaron sentir los efectos de la victoria de las derechas, siendo las principales víctimas la clase obrera y las libertades democráticas. Los reaccionarios, envalentonados, obraban descaradamente para implantar un régimen de tipo fascista, pero existía un PCE, dirigido por el lúcido José Díaz<sup>21</sup> y una clase obrera de tradición revolucionaria, así como otros dirigentes sindicales y políticos que no se dieron por vencidos. El gobierno de Gil Robles y Alejandro Lerroux<sup>22</sup> tuvo que soportar infinidad de huelgas con reivindicaciones sociales y salariales.

20. La propuesta, como una anticipada versión del Frente Popular, auspiciada por el PCE, las UJCE (Unión de las Juventudes Comunistas de España) y el sindicato comunista CGTU, consistía en organizar un amplio frente antifascista con los partidos y organizaciones de izquierdas.

21. Impulsor de huelgas y protestas en contra el golpe de Sanjurjo, lo que le valió la cárcel; durante su estancia en ella fue elegido miembro del Comité Central y, a su salida, Secretario General del PCE, cargo que ocupó desde 1932 hasta el final de la Guerra Civil.

22. Lerroux fue jefe de gobierno a partir de las elecciones de noviembre de 1936, ..../...

Nosotros, los jóvenes, discutíamos nuestros problemas de trabajo. No se puede decir que los artesanos fueran unos esbirros, eran, ante todo, víctimas de una situación político-social y de unas costumbres medievales. En Cornudella había tres herrerías: la de Juan Alforja, la de Martín Porqueras y la de Liberato Ardevol. Los métodos de trabajo eran antiguos, entrábamos de aprendices y salíamos de oficiales. Yo entré en casa de Liberato, a los 15 años, con 15 pesetas al mes de salario y la manutención completa, que consistía en comer, dormir y lavado. Sin horario de trabajo fijo, todo dependía de la buena voluntad del cliente o del trabajo atrasado. Desde primavera hasta otoño nos levantábamos a las cuatro de la mañana, hacia últimos de agosto, a las cinco, en octubre y noviembre, a las seis, y en pleno invierno, a las seis y media. El problema era saber cuando se terminaba la jornada de trabajo, ya que en el momento de cerrar el taller, siempre se presentaba algún agricultor que necesitaba una herramienta para el día siguiente. Los domingos, el taller estaba abierto hasta las 12 del mediodía, sobre todo para herrar caballerías, aunque si se presentaban un par de clientes rezagados y sumábamos el tiempo de limpieza ya eran, por lo menos, las dos cuando cerrábamos la puerta del establecimiento. Los jóvenes ansiábamos que las cosas cambiasen, no queríamos continuar siendo los instrumentos de unos métodos atrasados y las víctimas de los caprichos de clientes que, por el mero hecho de pagar, creían tener todos los derechos. Decidimos poner fin a este estado de cosas. A principios de 1934, nos reunimos los tres oficiales y determinamos comunicar al patrón que el sábado pararíamos a las seis de la tarde y que el domingo no trabajaríamos más. Los patronos se concertaron, a su vez, y decidieron continuar como antes, pero nosotros seguimos unidos y al cabo de dos domingos, viendo la firmeza de nuestra decisión, decidieron atenerse a nuestras demandas. Tanta fue la resonancia de nuestra acción que en casi todos los pueblos de los alrededores los jóvenes mantuvieron una posición igual.

./.. pero la CEDA de Gil Robles no entró en el gobierno hasta el 1 de octubre de 1934, hecho que originó la insurrección de Asturias.

Yo continuaba discutiendo de política con mis amigos. Criticábamos la reacción española y su gobierno e incluso nos metíamos en “camisa de once varas”. Uno, para mostrar su desacuerdo en las discusiones, empezaba a soltar palabras tales como “plutocracia, burocracia, autocracia” y cayeran donde cayeran, ahí se quedaban. También yo soltaba las mías; entusiasmado con la idea comunista, pero con poca experiencia y conocimiento, debí de decir alguna barbaridad. Un día, en medio de una discusión acalorada, uno de los caciques que nos oía, el Batistet Franchó, que además se jactaba de ser lerrouxista, me soltó directamente: “A ti, hace días que vengo observándote, y como te oiga pronunciar el nombre de Lenin, hablar de la Revolución Bolchevique, de Stalin y del Comunismo, llamo a la Guardia Civil para que te lleven atado”. Todo el mundo se calló y yo solamente dije “Ya veis amigos quien tiene razón, porque de otra forma el «señor» os amenazaría a vosotros como a mí”. El Batistet Franchó replicó: “Lo que dicen estos no me importa, pero lo que dices tú, sí”. Fue una gran lección, que confirmó el buen fundamento de mis ideas.

Si bien anteriormente habían existido dos locales recreativos en Cornudella, el Ateneo y el Teatro Íntim, desde hacía años sólo existía éste último, que renovaba anualmente el contrato con la Banda de Música y que nos obligaba a tocar todos los días festivos. Sin comprender las causas, un grupo de socios organizaron por su cuenta la Fiesta Mayor, con entoldado propio, hecho que produjo pérdidas enormes al Íntim, y en una asamblea extraordinaria, la mayoría optó por recriminarles su actitud. Pero al año siguiente, reincidieron y fueron expulsados, hecho que les impulsó a adquirir unos locales desahucados como sede de una nueva entidad “La Renaixença”<sup>23</sup>. De esta forma, el pueblo se escindió -a pesar de que tanto en un centro como en otro había tendencias políticas y orígenes sociales diversos- y con ello también la Banda de Música. Zacarías “del Sereno”, clarinete y violín, el Munfà, saxofón y requinto, y yo, el trompeta, nos quedamos en el Íntim, completando la orquesta Juan Sabater “El Pechina”, el jazz, hoy un gran barítono,

23. Inaugurada en 1933.

Juan Sans Amorós, el contrabajo y Emilio Miró, el piano, los seis que mantuvimos al Teatro Íntim, en los momentos difíciles que atravesó. Fui duramente criticado por muchos de los componentes de La Renaixença, con acusaciones de haberme quedado con los ricos; además de la diversidad que había y que he comentado antes, si me quedé en el Íntim, fue por el hecho que crecí en él, lo consideraba mi propia casa, y también por estimar que cuando uno es socio de una organización tiene la obligación de respetar sus estatutos y el derecho a manifestar su disconformidad con la dirección.

El uno de julio de 1934, me incorporé al servicio militar. Como era músico, senté plaza en la Banda de Música del Regimiento de Infantería Almansa nº 18, de guarnición en Tarragona, y fui destinado al 2º Batallón, 3ª Compañía. Justo acabado el período de instrucción, el 6 de octubre, estalló el movimiento antifascista en Asturias<sup>24</sup> y en Cataluña<sup>25</sup>. Tanto el coronel del regimiento, Julio de Ribera Añenza, como el teniente coronel, Julio Castro Vázquez, eran miembros de la UME y de tendencias falangistas y, sin esperar el resultado de los sucesos de Barcelona, sacaron las tropas a la calle con el propósito de reprimir a la clase obrera. Todas las organizaciones y centros de izquierda fueron inspeccionados y clausurados. En cambio, el capitán Bernardo Costell Medina y el teniente Mestres de mi compañía no tomaron medidas enérgicas en la represión, y nos mandaron simplemente a patrullar por Tarragona y Reus. Cuando a nuestra sección le tocó registrar a los transeúntes de Tarragona, el teniente me advirtió sobre mi manera de actuar, totalmente pasiva ante tan deplorable labor, con la frase “si todos los soldados fueran como tú, ya hace tiempo que nos hubieran comido”. No se comportó de la misma forma el teniente que me tocó en Reus, José Luque Molinello, que siempre

24. La señal de la insurrección del 4 de octubre fue la entrada de tres ministros de la CEDA en el gobierno.

25. Hechos del 6 de Octubre, cuando el presidente Companys proclamó la República catalana, en un ambiente de protestas y huelgas obreras, que fueron especialmente duras en las comarcas de Tarragona, por la acción de los *rabassaires*.

llevaba una fusta en la mano y me la hincó en las costillas diciéndome: "A ti no te pierdo de vista".

Tan pronto se normalizó la situación, en el mes de noviembre, fui agregado a la Banda de Música, dirigida por D. Ignacio Vélez González, director de 1ª clase y miembro de la UMR<sup>26</sup>, de tendencias republicanas. Pronto simpatizamos, no así con el subdirector, llamado Piñana, que tan pronto llegaron los franquistas a Tarragona, se puso a su servicio. Fui acogido con gran camaradería, especialmente por el músico trompeta de 2ª, Rafael Terrades, maestro de escuela que se encargó de hacer mi seguimiento musical y de mejorar mi nivel cultural. Fue un buen amigo y como un hermano mayor que, además de poseer grandes cualidades culturales y morales, pertenecía también a la UMR. Cuando murió de tifus, hacia febrero de 1936, fue el día más triste de mi estancia en el servicio militar.

Así pues, los dos años que pasé en el Ejército de la República fueron para mí una escuela, y en ello jugó un importante papel el maestro armero. Como a los músicos después de los ensayos matinales nos quedaban bastantes horas de ocio, muchas tardes me iba al taller de la armería y ayudaba a reparar las armas defectuosas. Al observar mis conocimientos del oficio, empezó a "trabajarme las meninges" para que me presentara a las oposiciones del Ejército para maestro armero, para lo cual tenía que prepararme en gramática, geografía, álgebra y trigonometría. Conseguió permiso de mi maestro de música, Rafael Terrades, para ir a clase de 5 a 7 de la tarde durante tres días a la semana. Y así lo hice, de forma que la educación que me brindó el maestro armero, durante 14 o 15 meses, me fue primordial en el trascurso de mi vida.

Pronto empecé a observar, gracias a la disciplina más relajada sobre nosotros, ya que estábamos instalados a una distancia con-

26. A finales de 1935, se fusionaron la Unión Militar Antifascista, de tendencia comunista, y la Unión Militar Republicana, socialista, dando lugar a la UMRA. Era una organización clandestina que tenía como objetivos contrarrestar la acción de la UME y dar apoyo a los militares presos. Entre sus fundadores se contaba el capitán Eleno Díaz Tendero, que murió en Dachau, el 15 de febrero de 1945.

siderable del cuartel, cuáles de los integrantes de la banda eran de ideas afines a las mías. En general, éramos de izquierdas y en el último reemplazo de 1935, se incorporaron al Regimiento algunos miembros de las Juventudes Comunistas y también Joaquín Tarrida<sup>27</sup>; muchos de ellos tuvieron un gran papel desde febrero a julio de 1936, con vigilancia sobre las reuniones de los militares de la UME, cuando todos los enemigos de la República, la Iglesia, las organizaciones de derechas, los falangistas y los militares más reaccionarios empezaron a complotar contra el régimen democrático. El fascismo español, envalentonado por la persistencia del fascismo italiano, desde 1922, y por el triunfo hitleriano a principios de 1933 en Alemania, no podía soportar que el pueblo español hubiera escogido vivir en Paz, Democracia y Libertad. Pero nosotros, los antifascistas, tampoco dormíamos, ya que el Comité de Defensa de la República funcionó a la perfección, como se demostró poco tiempo después. Compañeros de Tarragona, avistados de la sublevación del 18 de julio, tomaron pronto las medidas pertinentes y el Regimiento de Infantería nº 15<sup>28</sup> y la Guardia Civil de Tarragona fueron fieles al gobierno de la República.

Fue también en esta etapa del servicio militar cuando empezaron mis primeros escauceos amorosos. Antes de ingresar en la Banda de Música del Regimiento, estuvimos practicando maniobras militares durante 12 o 15 días en Vilafranca del Penedès, y a mí y a otro compañero nos tocó estar alojados en casa de un joven matrimonio, con dos niños de corta edad. Los soldados no tenían entonces muy buena reputación y no caímos muy bien. Llegamos sucios del viaje y cargados con nuestro equipo militar y los niños no paraban de llorar, ante los reproches de la madre que nos hacía responsables del desespero de sus hijos y además nos negaba estar en la casa mientras su marido no llegara. Por fin, ante nuestras explicaciones sobre que era el alguacil del ayuntamiento y el teniente quienes nos habían llevado allí, se calmó. Después de lavar-

27. Nacido en Constantí, maestro de escuela y uno de los fundadores del PSUC de Tarragona.

28. A principios de 1936, había cambiado su antigua numeración, 18, por 15.

nos y asearnos, fui a comprar unos caramelos para los niños y el asunto quedo zanjado, terminando por hacer amistad con aquella familia, que incluso nos invitaron a menudo a comer. Justamente en la misma calle vivía la familia Munné con dos hijas. Pronto simpaticé con la más joven, Pilar, y empezó una especie de amor platónico; después del regreso a Tarragona, nos vimos cuatro o cinco veces, pero todo terminó como el rosario de la aurora.

A últimos de 1934 o principios de 1935, conocí a una chica de Gratallops, María Fogás Tordera, que trabajaba como criada en casa del director de la Tabacalera de Tarragona, que se llamaba José Tulla y era ingeniero. Él y su esposa eran bellísimas personas y fue uno de los fundadores de la Escuela del Trabajo de Tarragona, gracias a la cual los hijos de los trabajadores podían llegar a ser ingenieros. Cuando llevaba unos meses saliendo con esta novia, pasó delante del portal de su casa, donde estábamos hablando, un cura amigo de la familia Tulla. Ante su saludo, yo que en aquellos momentos de juventud era bastante sectario en material de religión y curas, hice un comentario que no gustó a la chica. Escandalizada, me preguntó si no era creyente y mi respuesta fue un rotundo no, acompañado de la frase "No creo en Dios, en su familia ni en todo lo que dice la Iglesia". Y ante su respuesta: "Ay madre mía, si mi padre supiera que salgo contigo, me mata", y después de una discusión bastante violenta yo repliqué: "Supongo que el día que te cases conmigo o con otro, no te casarás también con tu padre, porque si no, apañada vas". Con este diálogo quedó zanjado el asunto y no se habló más de ello.

## *II. Guerra Civil*

El primero de julio de 1936 me licencié del servicio militar. Regresé a mi casa, con la idea de no quedarme mucho tiempo en Cornudella, porque, aparte de mis padres y hermanos, pocas cosas me ataban allí. En Tarragona estaba mi novia, mis amigos de ideología y un posible trabajo en la Fábrica de Tabacos, prometido por el Sr. Tulla, que me había cogido gran afecto, pero el levantamiento del 18 de julio precipitó mi destino.

El consistorio de mi pueblo era de izquierdas, compuesto por hombres honestos, pero moderados, hasta tal punto que cuando por la noche la radio dio la noticias del levantamiento en África, comprobé su indecisión sobre la actitud a tomar; en este momento yo estaba junto al alcalde Juan Sentís, el teniente de alcalde Marcelino Pizarro y otros. Esta pasividad obligó a los más decididos a formar, el día 20 de julio, un Comité de Defensa de la República, que se hizo cargo de los asuntos municipales. Cabe señalar que en los 10 o 12 días que siguieron al golpe militar, no hubo en Cornudella ningún detenido político ni se molestaron a los curas ni a las monjas.

El día 21 de julio, me fui a Tarragona y lo primero que hice fue visitar al Músico mayor y al teniente Mestres que me informaron de la detención de los militares subversivos, entre ellos, el teniente coronel Julio Castro Vázquez, el teniente Gaspar Forteza Forteza, los cabos hermanos Landa, Córdoba y José Pérez, y de la huída en una lancha italiana del capitán Ramón Sentís y su familia; otros militares, de los que no se conocían sus ideas políticas, desaparecieron durante la guerra y más tarde nos enteramos de su paso al

bando de Franco: se trataba del capitán Tomás García Rebull<sup>29</sup> y de su hermano Fernando, teniente; el primero acabó como capitán general de Burgos y el pequeño llegó a general de brigada. Mientras, el Regimiento ya estaba en el frente de Aragón, y me encontré a los camaradas Joaquín Tarrida, Sergio Puig Almirall, Amadeo Trabé... que me comunicaron la fusión de cuatro partidos<sup>30</sup> para formar el PSUC, del cual me consideré miembro desde aquel momento. Al cabo de dos días, volví a Cornudella y me incorporé al Comité de Defensa de la República, con la misión de preservar el orden en el municipio y hacer guardias en la puerta del ayuntamiento, situación que duró hasta que el gobierno de la República, el 2 de agosto, decretó la movilización de la quinta del 34 y de los licenciados y excedentes de cupo del 1935.

Reincorporado la misma noche en el Regimiento de Infantería nº 15 de Tarragona, con el teniente Mestres fui a entregar mi cartilla militar a la Comandancia Militar. Volvía a ser un soldado de la República. A los dos o tres días nos trasladaron a un antiguo convento de monjas, cerca de la calle San Agustín y la Rambla Nueva y empezaron a aparecer elementos de la FAI y otros que decían pertenecer al Partido Federal, con la consigna de que la guerra tenía que ganarse con gente voluntaria y no forzada. Tarrida y yo nos enfrentamos a ellos, con argumentos sobre la necesidad de disciplina y no con gente que iba y marchaba del frente cuando le venía en gana. Acusados de militaristas, incluso nos dijeron que habría que fusilar a gente como nosotros.

Otro traslado, esta vez al convento-colegio de los Salesianos, en la calle F. Galán y J. García Hernández, que disponía de una sala de Historia Natural con una colección muy completa. Entre los más de mil hombres que estábamos allí, los había de toda con-

dición, política y cultural y no faltaban los comportamientos casi salvajes e incomprensibles, y sin lugar a dudas, no faltaban tampoco los provocadores. Una docena de ellos entraron en la mencionada sala y se enzarzaron con un esqueleto humano que, a bien seguro, hubieran destrozado sin la intervención de Tarrida y yo mismo, armados con unos excelentes palos que les acariciaron las costillas. Estos hechos nos indujeron a condenar con maderas clavadas en las puertas las aulas de mayor interés y a reunir en el comedor a todos los presentes, donde mi amigo les arengó de esta forma: “Los que se han levantado contra la República defienden el fascismo y el fascismo lucha contra la cultura, porque la cultura es revolución y esta se gana con disciplina y espíritu de sacrificio”.

Unos días después se presentaron unos 15 o 25 hombres de la FAI, armados con fusiles, pistolas y granadas de mano, con la consigna de que sólo debían ir al frente los voluntarios. Sin armas y con pocos mandos profesionales, la mayoría regresaron a su casa. Tarrida se quedó trabajando en la FETE y yo, reintegrado a mi Regimiento, fui destinado al servicio de enlace, en la retaguardia del frente de Aragón.

Antes de continuar, quiero relatar hechos referidos a la familia de la que fue mi novia. Por parte materna, eran de ideas republicanas; todo lo contrario que el lado paterno, decantado hacia el reaccionarismo y casi el fascismo. Baldomero Fogas siempre fue el juez de paz de Gratallops hasta que, con la República, fue sustituido; y después de la destitución de los ayuntamientos democráticos que siguió a los hechos del 6 de octubre de 1934, ocupó la alcaldía. Sin embargo, me aceptaron y dieron su beneplácito a las relaciones amorosas con su hija, a pesar de mis convicciones políticas, seguramente por la relación que mantenía con el matrimonio Tulla. Precisamente el Sr. Tulla me llamó a los pocos días y me enseñó unos anónimos en que le amenazaban con “darle el paseo”, por carca y amigo de los curas. Sin sospechar su procedencia, el miedo le atenazaba y me pidió que le acompañara a él y a su familia hasta la estación de tren, pues se instalarían de inmediato en Barcelona, en una casita que tenían en la plaza de Sarriá. Les bajé, les puse en el tren y llegaron sin ningún contratiempo a su

29. Durante la Dictadura, llegó a general en 1968 y ocupó cargos importantes, en las cortes franquistas y como presidente de la Hermandad Nacional de Ex combatientes, desde 1954. En los años del tardofranquismo, tuvo un papel destacado en el sector inmovilista conocido como el “búnquer” y en organizaciones de extrema derecha, como CEDADE.

30. Unió Socialista de Catalunya, Federació Catalana del PSOE, Partit Comunista de Catalunya y Partit Proletari Català.

destino donde vivieron durante toda la guerra. Al final de la contienda, el régimen franquista destituyó al Sr. Tulla y a su hijo por "ojos".

A finales de septiembre, el gobierno de la República disolvió el antiguo ejército español<sup>31</sup>, y el 5 de octubre, junto con otros suboficiales y oficiales de mi Regimiento de Tarragona, fui destinado a fundar el 2º Regimiento de Infantería del Ejército Popular de Catalunya, de guarnición Tarragona, al mando del teniente coronel de Aviación, Reyes, que durante el Bienio Negro había sido desterrado a Ifni y no pudo regresar a la península hasta el triunfo del Frente Popular. Aunque estábamos faltos de mandos militares, con la incorporación de hombres suficientes se organizaron dos batallones y, yo mismo, como sargento, formaba parte de la 3ª Compañía del 2º Batallón, al mando del teniente Herrero. Cubrieron los puestos de comisarios políticos Antonio Sancho Juncosa, maestro y miembro del PSUC, Sergio Puig Almirall, también del PSUC, y un anarquista, de quien no conocía su verdadero nombre, porque se hacía llamar "El Pollastre", seguramente por su actitud ostentosa y extravagante, vestido de cuero, muy armado y con cananas cruzadas al cuerpo al estilo Pancho Villa. En cambio, la falta de armas se hacía sentir en todos nosotros y era frecuente la desmoralización y la indisciplina, de forma que a menudo, el sábado, la gente desaparecía, comentando que, sin armas ni acción en el frente, no tenía sentido ni hacer las guardias. "El Pollastre" se encogía de hombros y nos achacaba a nosotros, los comunistas, que viéramos en ello un problema, ya que la guerra debía hacerse de forma voluntaria. Un día, cansado de tan poca seriedad, planteé una estratagema a mi superior, el capitán Herrero: cuando el lunes se reintegrasen los que no cumplieron su guardia

31. La creación del Ejército Popular de la República, el 10 de octubre de 1936, base fundamental en el proceso de militarización de las milicias, estuvo precedida por la creación del Comisariado General de la Guerra, el 6 de octubre; poco después se estableció el mando único, el 16 de octubre, cargo ejercido por el Ministro de la Guerra y el Jefe de Gobierno. Para consolidar el nuevo ejército, que tendría como unidades básicas las Brigadas Mixtas, se crearon las Escuelas Populares de Guerra, el 25 de noviembre de ese año.

el sábado, con la ayuda de unos cabos y soldados, los detendríamos y les leeríamos las ordenanzas militares en tiempos de guerra, para encerrarlos acto seguido en el calabozo, de donde saldrían a los diez o quince días, por los buenos informes de las autoridades de sus pueblos, que les evitaban así el Consejo de Guerra. A pesar del miedo del capitán a la reacción de "El Pollastre", obtuvimos el beneplácito del coronel y de un comisario de batallón de la CNT, que colaboraron con el plan. Finalmente, después de los diez días de encierro y de la plática del coronel Reyes, aquella decisión, instigada por mí, dio sus frutos y nadie volvió a faltar más al servicio de guardia. Sin embargo, los soldados que eran de Cornudella hicieron circular por el pueblo que yo era militarista, duro y vanidoso, añadiendo que, en el frente, el primer tiro sería para mí. Todo el mundo me conocía y me tomé los sambenitos que me colgaron con gran filosofía, comentando además: "Y eso de que el primer tiro será para mí, quien piense así, lo mejor que podrá hacer será resguardarse de los tiros que nos enviará el enemigo, ¡qué no serán pocos!"

Pocas semanas después, empezaron a llegar alféreces y sargentos de la Escuela Popular de Guerra de Barcelona, la mayoría no habían hecho el servicio militar y se les tuvo que instruir en el propio cuartel, tarea que me encargaron a mí, de forma que durante un par de meses cada día íbamos a practicar al Campo de Marte. A finales de año, un sábado, llegó de la misma escuela un sargento, José Prat Molist, de Sant Feliu de Llobregat. Al andar cortos de oficiales, nos vino como "anillo al dedo", y se le "encasquetó" el servicio de sargento de semana, empezando por el zafarrancho, ante lo cual puso cara de extrañeza y pronto comprendí que no había hecho el servicio militar. En efecto, era hijo de viuda y me tocó tranquilizar a su cuñado cuando venía a visitarlo. Congeniamos pronto; Prat era el antiguo secretario de la JSUC de Sant Feliu y llegó a ser un excelente suboficial y un valiente teniente en el frente del Ebro.

Preparados para incorporarnos a cualquier frente de guerra, antes de salir, fui a visitar a mis familiares en Cornudella. Durante la corta estancia de dos días, el camarada Ramón Crivillé, unos de



los organizadores del PSUC de la localidad y secretario del ayuntamiento, me invitó a acompañarle a dar la comida a los cinco curas detenidos -más bien protegidos de los grupos incontrolados- y, en la misma habitación, me encontré al famoso Claudio Roig, principal bestia negra de mi infancia, y al párroco de Ciurana, don Emilio. En aquellos momentos, el frente de Madrid iba bastante mal para nosotros y ambos me prometieron que si tenían la suerte de ganar “el gordo de Navidad” me harían un buen regalo. Yo comprendí de que clase de regalo se trataba y les agradecí, con ironía, sus buenas intenciones. Un mes y medio más tarde, el camarada Amadeo Trabé, antiguo maestro de Cornudella, me notificó que los curas habían salvado la vida, gracias a la defensa que hizo de ellos en el Tribunal Popular, del cual era miembro; yo, a su vez, le conté la promesa de su regalo y le recomendé que si llegaban a ganar el “gordo”, mejor sería desaparecer de la vista de estos “bondadosos señores”. En efecto, 26 años después me enteré de que, cuando terminó nuestra contienda, su conducta humana dejó mucho que desear.

Mi novia se había trasladado a vivir con sus padres a Gratallops y, en mis dos o tres visitas allí, conocí a su padre y a otros familiares. El señor Baldomero me acogió con simpatía y no paraba de repetirme que no me preocupara por mi futuro, pues me montaría un taller de forjador, una vez casado con su hija. A mí, que siempre he mostrado desinterés hacia el asunto del dinero y sobre todo a los 22 años, imbuido de un gran espíritu de independencia, este ofrecimiento no me hizo ninguna gracia. Francamente, cada vez que me hablaba del asunto de intereses, me daba la impresión de que yo era una mercancía de intercambio y mi moral y mis ideas políticas me impedían aceptar tales ofrecimientos, pero como estábamos en tiempo de guerra y la cuestión del matrimonio iba para largo, me limité a tomar la postura de “el tiempo dirá”.

El día 3 de marzo de 1937 mi Batallón, de nombre “Tarraco”, salió voluntario hacia el frente de Madrid<sup>32</sup>, al mando del coman-

32. El 18 de octubre de 1936, el general Varela había alcanzado las afueras de Madrid, iniciándose la que es conocida como la Batalla de Madrid, que finalizó en abril del 1937. El fracaso en la toma de la capital llevó al bando rebelde a

dante Benages<sup>33</sup>, con Cid como capitán de la 1ª Cia., Solana de la 3ª, -del de la 2ª no recuerdo el nombre-, con Sergio Puig Almirall, Solé y “El Pollastre”, como comisarios políticos, y el teniente Sagrañes de Reus y Joaquín Tarrida, como habilitados pagadores. Yo formaba parte de la 3ª Compañía, y llegamos a Valencia el día 4 por la mañana, donde fuimos recibidos por las autoridades militares. Alojados en un viejo convento de frailes en El Puig<sup>34</sup>, a la espera de armas, este hecho creó un poco de malestar entre el batallón y tuvimos que emplearnos a fondo para calmar los ánimos. En esta población de unos 3.000 habitantes había una colectividad agrícola muy importante, a donde nos dirigimos unos cinco o seis soldados para comprar naranjas. Nos regalaron todas las que podíamos llevar encima y cuál fue nuestra sorpresa cuando, a la hora de embarcarnos en el tren, los hombres y mujeres de la colectividad y parte del pueblo repartieron naranjas a todo el batallón. Aquella despedida de solidaridad caló hondo en mí, sobre todo al ver tantas mujeres, jóvenes, hombres... estrechándonos la mano y deseándonos suerte.

Creo recordar que llegamos a Aranjuez a las 2 o a las 3 de la tarde del día 6 de marzo de 1937. Al cuarto de hora de bajar del tren, los “Junkers” alemanes nos pegaron un “bonito” bombardeo; por suerte, sólo hubo desperfectos materiales y ninguna pérdida humana, pero sí un amago de motín, encabezado por el comisario de mi compañía, “El Pollastre”, que exhortaba a los hombres a regresar a casa, so pretexto de falta de armas, pero solamente le siguieron medio centenar de soldados. Al cabo de 15

./.. una nueva estrategia, el cerco, mientras se atacaban los flancos, con el resultado de las duras batallas del Jarama y de Guadalajara. La resistencia de las milicias populares predominantemente socialistas y comunistas, luego militarizadas, junto a los refuerzos de las Brigadas Internacionales y de las unidades trasladadas desde otros puntos y a la ayuda de los madrileños en tareas civiles, permitió que Madrid no cayera en manos de los sublevados, a la par que se convertía en símbolo de resistencia.

33. Se trata del comandante de Infantería, Domingo Benages Sacristán.

34. Monasterio del Puig de Santa María, regentado, hasta la Guerra Civil, por frailes mercedarios.

días, desapareció sin despedirse de nadie y, en la compañía, se comentaba que los aires de Madrid no le sentaban bien; unos días después, supimos que se paseaba por las calles de Tarragona. Los mandos militares y los comisarios políticos, con la ayuda de los camaradas del PCE de Aranjuez, pudieron calmar los ánimos y seguimos viaje en camiones hasta Vicálvaro. Alojados en el cuartel del 7º Regimiento de Artillería ligera, pasamos a formar parte del Ejército del Centro, 7ª Brigada de Choque Móvil de la Agrupación Modesto<sup>35</sup>, y al día siguiente llegaron las armas, fusiles modelo Lebel, ametralladoras Maxims, fusiles ametralladores ligeros de Patillo, etc. enviados por la Unión Soviética. Una vez familiarizados con ellas, empezamos a prepararnos para entrar en combate.

A las tres semanas nos trasladamos a Vallecas, donde los vecinos nos hicieron un gran recibimiento, a la par que nos hablaban de sus familiares en Barcelona y no paraban de preguntarnos cómo estaban las cosas en Cataluña; me impresionó una anciana que lloraba con desespero por el miedo de morir sin ver a sus dos hijos que vivían en Barcelona. En el pueblo había una fábrica de material de guerra y, por la noche, un delegación de 10 o 15 obreros nos brindó la solidaridad obrera y antifascista de Vallecas. Por mi formación ideológica marxista-leninista (comunista), nunca he padecido el síndrome del separatismo y del anticastellanismo y pienso que todos los hombres de la Tierra somos hermanos y que los intereses de todos los trabajadores, estén en el país que estén, son los mismos y que la lucha de clases es la que nos debe unir para lograr un mundo mejor, más equitativo y con progreso, y el contacto con aquellas gentes me confirmó lo bien fundado de los principios del internacionalismo proletario.

El día 7 de abril de 1937, por la noche, salimos en camiones hacia la Casa de Campo, y mientras permanecimos allí, tuve ocasión de tomar contacto con dos brigadistas al mando de un viejo

---

35. Juan Modesto Guilloto León, comunista y uno de los primeros jefes de las milicias, conoció un rápido ascenso. En 1937 Miaja le puso al frente de la 4ª División del Cuerpo del Ejército de Madrid.

tanque. Uno era francés y el otro alemán y no paraban de jugarrear como chiquillos, cosa que me hizo pensar en la dañina propaganda burguesa, que nos habían presentado a unos y a otros como enemigos irreconciliables. La comunidad de las ideas y la lucha por los mismos intereses nos hermana a todos.

La noche del 8 de abril nos comunicaron que al día siguiente entraríamos en combate. Y entre las 7,30 y las 8 de la mañana atacábamos el Monte Garabitas<sup>36</sup>, defendido por moros, que nos disparaban desde los árboles. No sé de quién fue la idea de lanzar el batallón a esta hora del día, cuando el enemigo podía observar sin dificultad nuestros movimientos, sin un buen martilleo de artillería previo, máxime cuando detrás de nosotros quedó atrincherado un batallón de artilleros, denominado “Joven Guardia” y mandado por Eduardo Zamora, de las JSU de Madrid. Hoy, rememorando aquel ataque, creo que el grito del compañero, antiguo carabinero que había hecho la guerra en África, advirtiéndonos de la presencia del enemigo camuflado, salvó muchas vidas. Una vez pasada la consigna de que cada hombre hiciera fuego sobre un árbol, el fuego cesó, pero no conseguimos avanzar, ya que nos tenían a tiro de fusil. Yo mismo me salvé gracias a una ramita providencial sobre la que se incrustó la bala antes de tocarme en la cabeza; estalló tan cerca que los cachitos del proyectil me hicieron un corte detrás de la oreja. Hacía bastante tiempo que estábamos pegando tiros, cuando el capitán Cid cayó gravemente herido y una bala explosiva destrozó la rodilla de un soldado, al que bajé al puesto de socorro con un torniquete hecho con su cinturón. Al anoecer nos retiramos a nuestro punto de partida y nos enteramos de que habíamos hecho un ataque de diversión mientras una división mandada por Enrique Lister<sup>37</sup> actuaba a

---

36. Desde esta posición, en la Casa del Campo, la artillería alemana bombardeaba Madrid.

37. Enrique Lister Forján, jefe del emblemático 5º Regimiento y de la 1ª Brigada Mixta del Ejército Popular, estuvo al frente de la famosa 11ª División, auténtica fuerza de choque del ejército republicano, con la cual participó en todas las batallas importantes de la guerra: Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite y Teruel.

nuestra derecha para descongestionar el frente, cosa que se logró con éxito. Una vez hecho el recuento, en mi compañía sólo hubo un muerto -se llamaba Sanz y era hermano del guardameta del Racing Club de Fútbol de Reus- y un par o tres heridos.

Cambiados de sector, fuimos a la Colonia del Manzanares, donde el río Manzanares separaba nuestra línea de fuego de la del enemigo. El célebre Puente de los Franceses<sup>38</sup> fue el escenario de tres semanas de escaramuzas y allí también fue herido de bala un amigo mío, Juan Bassora Basora, de Alforja y miembro del PSUC, mientras estaba de guardia en la trinchera. Relevados en mayo, volvimos a Vallecas, donde las familias siguieron su afectuoso contacto con nosotros y lamentaron, con pesar, las bajas. Llegó el personal para cubrir las bajas, entre ellos un comandante, Juan Sinz Oscoz, de origen navarro y antiguo empleado de la Telefónica de Madrid y miembro del PC, que tenía una pésima opinión de los catalanes y que juzgaba no suficientemente satisfactorio nuestro comportamiento en el frente. Una vez reorganizado el batallón, con mi nombramiento como secretario de organización de la JSU, Sergio Puig como nuevo comisario, y Prat, secretario general de la JSU, pasamos a defender el puente de La Marañososa, en el sector de Casa Enlignó, propiedad del torero Marcial Lalanda<sup>39</sup>. En esta posición estuvimos un mes con la orden de no disparar un solo tiro, mientras las tropas franquistas nos freían con ráfagas de ametralladora; el jefe del 2º Cuerpo del Ejército era el coronel Casado, de triste memoria<sup>40</sup>. “¿Venía de él la orden de no dispa-

38. Enclave escenario de durísimos combates, junto a la Casa del Campo y la Ciudad Universitaria, donde se estrenaron las Brigadas Internacionales, y que dio origen a la popular canción *Los cuatro generales*.

39. Marcial Lalanda del Pino (1903-1990), uno de los toreros más admirados de Ernest Hemingway, se encontraba toreando en Francia cuando se produjo el golpe de estado; después de una breve estancia en Madrid, regresó al país vecino, desde donde pasó a San Sebastián, donde se afincó durante el resto de la guerra. Posiblemente influyó en su decisión el asesinato de varios miembros de su familia, grandes propietarios y católicos, en la provincia de Toledo, cuyas fincas fueron ocupadas y sus ganaderías colectivizadas.

40. Segismundo Casado López, comandante en 1936, destacó en la organización del Ejército Popular y participó en la defensa de Madrid y en las grandes

rar?”. Al cabo de un mes, nos relevó la 19 Brigada y nosotros pasamos a ocupar la 2ª línea, al tiempo que nos comunicaban que ya no éramos el batallón Tarraco y pasábamos a ser el Batallón E, perteneciente a la 150 Brigada Mixta, de la 18 división y formando parte del 2º Cuerpo del Ejército.

A mi pelotón siempre le tocaba el servicio de observación y cada día recibíamos la visita de un biplano Fiat italiano, que pasaba tan bajo, que podíamos ver al copiloto haciéndonos burla; ni yo ni los otros compañeros podíamos comprender que, por culpa de una orden absurda, el enemigo pudiera estar informado diariamente de nuestra situación. Cansados de tanta desfachatez, y previa consulta a mis hombres, probamos de derribar el avión, con un resultado excelente, porque el aparato cayó en picado y quedó incrustado en el Manzanares. El comandante, sin haberse percatado todavía del resultado de la acción, me increpó y amenazó por desobedecer una orden, pero al momento recibíamos la felicitación del Estado Mayor, que habló directamente conmigo por teléfono. Acabé por recibir las disculpas del comandante y además entre nosotros reinaba la satisfacción por haber derribado un avión enemigo, hecho que se comentó en la prensa del frente, ya que se recuperó el avión y una cantidad apreciable de material fotográfico de gran importancia.

Hacia el mes de agosto gozamos de dos o tres semanas de descanso en Madrid, alojados en unas dependencias del Ministerio de Defensa Nacional. La primera vuelta por Madrid nos dirigió a la calle de Atocha, donde compramos ropa interior en un mercadillo, y a buscar alojamiento -los oficiales y suboficiales podíamos alojarnos por nuestra cuenta, siempre y cuando diéramos nuestras señas al Puesto de Mando- en el Hotel Bristol en la Gran

./.. batallas del Jarama y Brunete, hasta ser nombrado jefe del ejército del Centro, en 1939. Creyó posible una paz negociada y el 5 de marzo de 1939, se sublevó contra el gobierno de Juan Negrín y formó el Consejo Nacional de Defensa y mantuvo duros enfrentamientos con las fuerzas militares comunistas, finalmente derrotadas. Las negociaciones con el gobierno de Burgos resultaron totalmente inútiles y Madrid fue entregada a los sublevados, el 28 de marzo de 1939. Casado partió al exilio desde Valencia.

Vía. Mi habitación estaba en el piso superior al de mis compañeros y me encontré tan bien en aquella cama que dormí de un tirón hasta las ocho de la mañana. Pero al abrir los ojos, noté algo raro y cuál sería mi sorpresa cuando vi mi habitación llena de cascotes de ladrillo y yeso, y por encima de mi cama, nada o casi nada. Me vestí con rapidez y, en el vestíbulo, mis camaradas Prat y Oliver estaban sorprendidos de que no hubiera oído el bombardeo; contentos con mi suerte, nos fuimos a desayunar y olvidamos lo ocurrido. A los 23 años no le dábamos demasiada importancia a las cosas, aunque fueran graves.

Al cabo de una semana, el comandante nos comunicó que prepararíamos al personal porque desfilaríamos desde el cuartel al Campo de Fútbol de Chamartín, donde el Estado Mayor del Centro<sup>41</sup> nos entregaría un banderín. Nuestra madrina era, ni más ni menos, que la Telefónica de Madrid. Llegó el día D y, con zapatos nuevos de media caña y pantalones bombachos, desfilaron en formación impecable. En la tribuna estaban el general Miaja<sup>42</sup>, el coronel Casado, el coronel Juan Modesto, otros militares y personalidades civiles, que nos brindaron discursos patriótico-militares y políticos. Después del emotivo acto, una comida extraordinaria y un baile en nuestro honor en la sala de fiestas El Negresco, donde bailamos con unas hermanas, empleadas de la Telefónica, hasta las tres de la madrugada, hecho que hizo necesario que las acompañáramos a sus casas para evitarles reprimendas. Vivían en las afueras de Madrid y anduvimos un buen rato por la vía férrea, pues sus padres eran guardagujas, y cuando vieron llegar a sus hijas acompañadas de tres sargentos, se asustaron, pero finalmen-

41. Desde el mes de mayo de 1937, ocupaba la jefatura del Estado Mayor Central de las Fuerzas Armadas y del Estado Mayor del Ejército de Tierra, Vicente Rojo Lluch, el general que diseñó la expansión del Ejército Popular en las distintas operaciones bélicas, planeando, entre otras, la Batalla del Ebro. Anteriormente fue el Jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro y responsable de la estrategia de este ejército.

42. El militar asturiano José Miaja Menant consiguió que la capital de la República resistiera durante dos años y medio, a través de la Junta de Defensa de Madrid, nombrada el mismo día en el que el gobierno partió hacia Valencia, el 6 de noviembre.

te la cosa se serenó y pasamos invitados al interior de la casa, donde comimos y bebimos algo. En tiempos de guerra, era casi obligado hablar de política, y al final resultó que todos éramos militantes del PCE; después de darnos un fuerte abrazo, salimos de la casa con el sol ya levantado.

De nuevo salimos hacia el frente en el mismo sector, pero en el campamento del Monte Piol me pasaron tres hechos desagradables: un enfrentamiento con un teniente que acabó con supresión de quince días de sueldo, sanción que, sin embargo, no fue efectuada, y la actitud indisciplinada de un cabo, que se negó formar a su escuadra para la visita del consejero militar soviético. En este caso, se trataba de un camarada del partido y yo consideraba su actitud impropia de un comunista, y la intervención del comisario político a su favor no hizo sino empeorar la situación, ante la cual yo me mantenía tajante: “Yo deseo ganar la guerra y la disciplina es fundamental para ganarla”. El tercer hecho más bien fue tragicómico. En unas maniobras coincidí con un teniente que se mostró muy amable conmigo, a pesar de que yo veía muy forzada su actitud hasta el punto de pensar para mis adentros que, por su aspecto físico, tenía que ser homosexual. Al cabo de diez o quince días, el teniente ayudante del batallón me dijo que desde la división le habían comunicado que un coche me esperaba al día siguiente en un punto de la carretera para llevarme a Madrid. Después de esperar un rato, pensé que me habían jugado una mala pasada hasta que apareció el teniente acompañado de un muchacho. Yo barruntaba cómo escaparme de aquella situación, pero llegamos a Madrid y dejamos en su casa su petate y mi bolsa de aseo, para encaminarnos luego al bar Carretas, cerca de la Puerta del Sol, donde entablamos conversación con sus amigos del mundo teatral, pero en el momento en que el teniente fue al servicio, aproveché para marcharme. Fui así como pude dejar plantado a mi “enamorado”, que al día siguiente me devolvió la bolsa guardada en su casa; se despidió amablemente y no le volví a ver más.

Siempre me ha fascinado la aviación y todavía hoy me causa nostalgia ver un avión despegar o aterrizar. Así, cuando leí en un periódico, a finales del verano de 1937, la convocatoria del

Ministerio del Aire de oposiciones para quinientas plazas en la especialidad de pilotos de caza, pensé que era mi oportunidad y envié la instancia. A las pocas semanas, fui convocado para presentarme a los exámenes de cultura general, en el Estado Mayor de la 18 División, y junto a unos 25 o 30 aspirantes realicé pruebas de matemáticas, geometría, gramática y una pequeña redacción, además de presentar el historial político-militar, que se exigía a los suboficiales. A los diez días me llegó la noticia de que había aprobado y tuve que presentarme a la Subsecretaría del Ministerio, donde además de los oficinistas, había cuatro oficiales de aviación y un representante del Ejército del Aire soviético, en la escuela del cual se realizaban los estudios. Enseñé los avales necesarios, el carné de la UGT y el del PSUC, que saqué del bolsillo posterior del pantalón, gesto que me ocasionó una terrible bronca por parte del militar soviético, argumentando negligencia infantil de posibles consecuencias gravísimas, ya que el robo de esta documentación por parte de un enemigo podía significar que se introdujera en su país y le dieran incluso un avión para llegar a Burgos; desde aquel día siempre he llevado la cartera pegada al cuerpo. Pasé, a continuación, visita médica en el Hospital Provincial de San Carlos y todos los resultados fueron satisfactorios hasta que el oftalmólogo, un catalán muy campechano, me diagnosticó tres dioptrías en el ojo izquierdo. Toda mi ilusión se derrumbó. Ya no podía ser aviador y, sin exagerar, creo que ésta fue la mayor decepción de mi juventud.

A finales de año se convocaron oposiciones a Oficiales de Tierra y el Estado Mayor de mi división me designó como futuro alumno para poder optar a una plaza. El 12 de febrero de 1938, partí hacia la Escuela Popular de Guerra de Paterna (Valencia), con otros compañeros, entre ellos mi amigo José Prat Molist. Despedido efusivamente por todos los hombres de mi pelotón, oficiales y comisarios, dejé para siempre el frente de Madrid. Llegados a Valencia, nos alojamos en el Hotel del Comercio y nos encaminamos a la escuela de Paterna, donde cumplimos las formalidades, nos indicaron el material que necesitábamos, una gramática, una aritmética, una geometría y una geografía, y nos entre-

garon un volante para presentarnos en la Universidad de Valencia, donde pasaríamos los exámenes de admisión para ingresar en la Escuela. A las 9 en punto de la mañana, comenzaron los exámenes que duraron todo el día. Para mí fue una experiencia inolvidable, jamás hubiera pensado que estaría sentado en una aula de la universidad para hacer pruebas, los resultados de las cuales podían cambiar por completo mi vida. No estaba muy seguro de haber aprobado, pues había entre los aspirantes jóvenes con carrera, maestros y estudiantes; de quinientos, sólo un número muy reducido procedía de la clase obrera. Cuando el día 17 se expusieron las notas en Paterna, y mi amigo Prat y yo comprobamos que estábamos en la lista de los aprobados, pegamos un salto de alegría. A partir de aquel momento, ya éramos alumnos de la Escuela de Paterna, en la cual debíamos ingresar el día 31 de marzo y, por tanto, podíamos gozar de 15 días de permiso. Con los nervios más tranquilos, fuimos a Valencia a comprar algo de ropa interior y alguna chuchería, paseamos y terminamos la tarde en el teatro Rusafa, donde cantaba el gran Miguel de Molina<sup>43</sup>. Era la primera vez que oía a aquel gran artista que con su voz maravillosa y su arte e interpretación inigualables nos proporcionaba una bocanada de oxígeno, después de tantos meses en el frente.

En tren y coche de línea llegué el 18 de marzo a Cornudella, deparando sorpresa y alegría en mi familia que no sabían nada de mi llegada. Al día siguiente comenté a mi madre que fuese a buscar mi suministro en crudo, con mi vale correspondiente, pero me advirtió de que posiblemente no se lo darían porque uno de los responsables de Abastos del municipio, Claudencio, no simpatizaba conmigo, y de rebote con mi familia. En una ocasión, se negó a vender a mi madre un poco de aceite apostillándole que “si no tenía aceite que se meara en el puchero”. La enemistad tenía sus causas. En el pueblo no había grandes latifundios, sólo 3 o 4

43. Nombre artístico de Miguel Frías de Molina, que alcanzó grandes éxitos en Madrid y en Valencia durante la II República. Sus actuaciones para las tropas republicanas y su condición homosexual le supusieron graves dificultades durante el franquismo, lo que le llevó a exiliarse a Buenos Aires, en 1942, de donde no regresó hasta 1957.

propietarios pudientes que, además de sus propias cosechas de vino, almendras y avellanas, compraban y vendían a los pequeños propietarios que no pertenecían al Sindicato Agrícola del Priorat, que en 1922 terminó de construir sus famosas bodegas<sup>44</sup>.

Aquellos ricos propietarios huyeron del pueblo después del golpe de estado de 1936 y fueron considerados no adictos al régimen republicano. Sus tierras fueron incautadas por la CNT-FAI para transformarlas en colectividad agrícola, y a mi padre le propusieron entrar en la organización, pero él se negó, ya que no tenía tierras y era un simple jornalero, sin embargo se ofreció para trabajar. Al mencionado Claudencio, uno de los responsables de la CNT-FAI no le sentó bien la reacción de mi padre y en lugar de hacerle comprender la importancia de pertenecer a la colectividad y trabajar en común, provocó insultos mutuos y una mayor radicalización de ambos. Tal como preveía mi madre, Claudencio se negó a suministrarle mi ración de comida en frío y yo, ni corto ni perezoso, me personé en el ayuntamiento; después de unas palabras violentas y de recriminar al responsable su ocupación, cuando, por edad, le correspondía estar en el frente, conseguí el suministro que no faltó en los días que estuve en casa. El recibimiento en casa de mi novia, en Gratallops, fue muy caluroso y después de despedirme de todos los familiares y amigos regresé a Valencia.

El día 30 de marzo, a las 8 de la mañana, pasábamos el umbral de la puerta principal de Escuela Popular de Guerra de Paterna y recibimos todos los pertrechos. Realizado un examen oral de instrucción militar que pasé sin dificultad, nos presentaron los profesores de las distintas asignaturas, de entre los cuales nunca olvidaré al de matemáticas, el teniente coronel Izquierdo, al capitán Benito, al que llamábamos "Polvorilla", muy exigente y eficaz, y al comandante Gómez, pésimo profesor de tiro. Éramos la novena promoción a oficiales del Ejército de la República y nos dividie-

44. En el año 1918 se constituyó la Sección Vinícola del Sindicato, que impulsó la construcción del Celler Cooperatiu, obra del arquitecto modernista César Martinell, discípulo de Gaudí. Igual que muchas otras bodegas de la zona, tuvo como director técnico y enólogo al ingeniero Isidre Campllonch Romeu, vinculado al proceso de modernización del sector vitivinícola catalán.

ron en dos grupos, la mitad se quedaba en Valencia y la otra se iba a Barcelona. A mi amigo Prat y a mí nos tocó ir a Barcelona y el día 9, después de un viaje en camión, ya estábamos en la Escuela Popular de Guerra, situada, según creo, en el antiguo colegio de los Salesianos de Sarriá, dirigida por el coronel de artillería Font. Libramos hasta el día siguiente y aproveché la oportunidad para conocer a la familia de mi amigo, en Sant Feliu de Llobregat, que me aceptó con tanto cariño que, durante todo el tiempo que duraron mis estudios, su casa se convirtió en mi domicilio.

Como alumnos disciplinados y conscientes de nuestra responsabilidad, el día 13 estrenábamos nuestras nuevas aulas. El trabajo era bastante duro: por la mañana, matemáticas, tiro y armamento teórico, táctica teórica, contabilidad y detalle, cartografía militar; y por la tarde, se realizaban prácticas de lo estudiado por la mañana; los profesores eran los mismos que en Paterna. Para mí y los demás alumnos, el profesor de tiro, el comandante Gómez, o era un inepto o un enemigo del régimen republicano, puesto que se pasó todo el curso en su tarima, sin explicarnos lo que era un ángulo de tiro, cómo se efectuaba un fuego de ametralladora por encima de las propias fuerzas, ni cómo se emplazaba, regulaba o corregía el tiro de un mortero. Siempre he sido muy concienzudo en los trabajos que he emprendido y nunca comprendí el comportamiento del comandante, ya que de la asignatura que impartía dependía la cualidad del oficial. Era inconcebible que, en plena guerra y recién salido de la academia, un militar se viera incapacitado para tomar y defender una posición. En dos o tres ocasiones y respetuosamente, le pregunté porqué nunca nos hacía un gráfico en el encerado, recibiendo por respuesta que con la práctica ya lo aprenderíamos. No obstante, me entregué a fondo en las otras asignaturas, ya que estaba seguro de mi suspenso en tiro.

Con el capitán instructor que nos enseñaba las evoluciones en orden cerrado, me pasó un caso gracioso. Era bastante mayor - seguramente había hecho la guerra de África - muy buena persona y con el deje risueño de Málaga. Cada día, después de explicarnos los distintos movimientos de una parada militar, preguntaba: "¿Quién quiere mandar hoy?" Yo, a pesar de haber sido sargento

instructor del Batallón Tarraco, nunca salía, por eso, se plantó delante de mi y me ordenó coger el mando inmediatamente. Salí de la formación, me coloqué a su lado y, dando las voces pertinentes, empecé a hacer evolucionar a mis colegas en orden cerrado. Al constatar y expresar su asombro por mi conocimiento de causa, le aclaré que estaba en el ejército desde el 1º de julio de 1934.

A finales de junio nos examinamos. Aprobé todas las asignaturas menos tiro, porque dejé la hoja en blanco, como el resto de mis compañeros, ante el reproche del comandante Gómez por no haber copiado. El director de la escuela nos llamó a su despacho para indagar lo que había pasado; fui designado portavoz por mis compañeros y expuse la realidad de aquellos tres meses en los que no habíamos aprendido nada de tiro. La situación fue corregida y el 1 de julio empecé a estudiar la materia suspendida con el comandante Benito “el Polvorilla”; con él era imposible no aprobar, porque tenía el don de explicar concienzudamente las cosas. El día 22 de julio de 1938, el presidente del Gobierno de la República y ministro de Defensa Nacional, D. Juan Negrín, acompañado del jefe de Estado Mayor, general Vicente Rojo, nos hizo entrega del despacho de Oficial de la República.

Todos los tenientes de esta promoción iban destinados al 24 Cuerpo del Ejército, de nueva formación. Como en cuestiones militares nunca me ha gustado ir a lo desconocido, pedí que me mandaran, si era posible, al Ejército del Ebro, pues ya conocía al jefe de éste, Modesto. Con una carta de presentación del teniente coronel Lafuente, me presenté al subsecretario del Ministerio de Defensa, el coronel Cerdán, que me advirtió de la disciplina que reinaba en las unidades del Ebro, pero yo le expliqué mi paso por el frente de Madrid y el ataque al Monte Garabitas. En un plazo de siete días debía presentarme al mando del Ejército del Ebro que se encontraba en el monasterio de Poblet.

Antes de despedirme de Barcelona y de Sant Feliu de Llobregat, quiero señalar algunos recuerdos y coincidencias de mi estancia en la Escuela Popular de Guerra. Ya he comentado que el Sr. Tulla vivía en Sarriá desde que abandonó Gratallops, y decidí hacerle una visita de cortesía. Me recibieron con los brazos abiertos y me

invitaron a comer un pollo con ellos. Yo rehusé, pues temía hacer el ridículo si intentaba seguir las reglas de etiqueta de comer sin tocar la comida con los dedos, pero no hubo manera de convencerles, a pesar de que acabé dándoles mis razones; finalmente, la situación se resolvió con risas, demostrándome que las prácticas de ciertos ricos pedantes no iban con ellos. Otro día, en la estación de los Ferrocarriles Catalanes de la Plaza de Cataluña, me encontré cara a cara con el amor platónico que tuve en Vilafranca del Penedès, Pilar Munner, con un niño de tres o cuatro años en los brazos. A pesar de que continuó andando, me había reconocido y acabó por pararse cuando la llamé por su nombre; llorosa me comentó que tenía el marido en el frente y estaba muy preocupada, ante lo cual traté de consolarla lo mejor que supe.

Sant Feliu de Llobregat me brindó muy buenos momentos en estos meses. Un domingo, los camaradas del PSUC nos hicieron una recepción e hice muy buenos amigos, los hermanos Joaquín y José Marlés, el camarada Creus, responsable del comité local, la familia Falguera, el camarada Pie, inspector de policía, y Neus, que más tarde se casó con Mentor, artista famoso en los medios pictóricos de París. Los hermanos Marlés, como es normal, querían saber quién era yo y me hicieron preguntas de toda índole, sobre mi afiliación política y sindical, mis opiniones de la guerra y sobre todo de Juan Comorera. A pesar de parecerme un interrogatorio policial, les contesté con toda franqueza y manifesté mi respeto por Comorera, como secretario general del Partido, con la aclaración de que, como militante de base, tenía derecho a criticar a los militantes de mi partido. Y aquí les saqué la palabra “tribus” que tan desafortunadamente había pronunciado en un famoso discurso nuestro Secretario General del PSUC. En efecto, mientras estuve en el frente de Madrid, leí en el periódico “Frente Rojo” un discurso de Comorera, con un requisitorio muy duro contra la CNT-FAI, donde trataba de “tribus” a los miembros de esta organización<sup>45</sup>. Yo estaba de acuerdo con el fondo, pero no me agradó

45. Joan Comorera Soler, uno de los fundadores del PSUC y su secretario general, atacó con dureza a la FAI, después de los hechos de Mayo del 37 en Barcelona. Posiblemente Joan Escuer se refiera al discurso pronunciado por Comorera

el término, ya que con semejante fraseología dividía aún más a las fuerzas que luchaban contra el fascismo. La afirmación que hice en Sant Feliu sentó como una ducha de agua fría, y junto a otras barbaridades me dijeron que merecía la expulsión del partido y que, si no lo hacían, era por respeto a mi historial de guerra.

Después de esta despedida en Sant Feliu, fui directamente a visitar a mi novia. Llegué a Gratallops el 23 de julio y fue recibido, como siempre, con afecto. El pueblo había cambiado; en él se había instalado la Estafeta de Correos del Ejército del Ebro, que mandada un capitán, Jaime Dolcet, también militante del PSUC y amigo de la infancia en Cornudella. En casa de mi novia, María Fogas, también había novedades, pues se había instalado una enfermería de las Brigadas Internacionales. A la mañana siguiente, oí como mi novia y uno de los jóvenes, que era del Clot, hablaban muy bajito, tanto que no pude captar lo que decían, y esta actitud de mi enamorada me dejó clavado en mitad de la escalera. Sin saber cómo reaccionar, opté por disimular como si allí no pasara nada, pero aquel hecho me puso en guardia y quebrantó mi confianza en la joven. Posiblemente lo que murmuraban entre dientes no tenía ninguna importancia, pero era una falta de corrección, estando el novio en casa. Desde aquel momento, no me encontré bien en aquella casa y les comuniqué que me marchaba a Cornudella para despedirme de mi familia; padres e hija, sorprendidos por tan súbita decisión, insistieron en que me quedara, pero no lograron convencerme. La hija me miraba tratando de adivinar mi pensamiento, pero yo desde aquel momento empecé a dudar de que aquella chica fuera un día mi esposa.

A través de los senderos y atajos de las montañas del Priorat, en unas dos horas me planté en Cornudella. Encontré a mi madre y a mi hermano solos, y después de que me aseara y ella me diera ropa limpia, fui a dar una vuelta por el pueblo y a visitar a los familiares de mis amigos. Durante mi ausencia, movilizaron la

---

./.. en el Hotel Price de Barcelona, el 1 de junio de 1937, en el cual acusa de irresponsabilidad a la CNT-FAI, enfatizando, por el contrario, la posición política de su partido, como expresión de la voluntad del pueblo catalán.

quinta del biberón, en la cual estaba incluido mi hermano Enrique quien, al igual que otros amigos suyos, fue destinado al XV Ejército, 226 Brigada Mixta, 1er. Batallón, 42 División, casualmente, el mismo que yo había elegido.

El 26 de julio de 1938, me personaba en el Estado Mayor ubicado en Poblet. Me recibió un comandante conocido del frente de Madrid, que me presentó al coronel Modesto, jefe del Ejército del Ebro<sup>46</sup>, que me interrogó sobre el porqué había elegido aquel destino y me agradeció mi voluntad, ya que tenía necesidad de muchos oficiales. Tal y como yo deseaba, fui destinado al XV Cuerpo, con Tagüeña<sup>47</sup>. Al día siguiente, antes de partir al frente, cené con los hombres del Estado Mayor, con un menú de los más simples que uno pueda imaginar: un plato de las tradicionales lentejas y carne de bote, pan, vino y unas dos docenas de avellanas. Durante la guerra, la población de las capitales y pueblos grandes y medianos no disponía de un racionamiento como el nuestro, por eso encontré normal aquella simplicidad, ya que por ser militares no debíamos tener más privilegios que la población civil. Es verdad, los que estábamos en el frente diariamente exponíamos nuestras vidas, pero las mujeres y hombres que trabajaban en las fábricas, en los despachos y en el campo de la retaguardia, también eran objetivos de la aviación enemiga.

Por la mañana temprano, con la Estafeta, salía camino hacia el mando del XV Cuerpo del Ejército del Ebro, en una masía cerca de la Fatarella. El coronel Tagüeña estaba recorriendo divisiones y su jefe de operaciones me destinó, tal como le pedí, a la 42 División, ubicada en Maials (Lleida), por estar en ella mi hermano Enrique. Con el mismo coche que me había traído llegué a Mayals y la casualidad quiso que mi hermano fuera uno de los componentes del cuerpo de guardia que estaba en la entrada del pueblo.

---

46. Fue el director de las operaciones militares durante la Batalla del Ebro, teniendo a sus ordenes al V Cuerpo de Ejército, de Enrique Lister, y al XV de Manuel Tagüeña.

47. Manuel Tagüeña Lafuente, físico de profesión, dirigió grupos de milicianos comunistas durante la Batalla de Madrid, pasó después a combatir en Teruel y acabó con la jefatura del XV Cuerpo del Ejército, a las órdenes de Juan Modesto.



Se encontraba jugueteando con un niño de unos 4 o 5 años y sin que él me viera me dirigí a él, con gran sorpresa de su parte. En el Mando me recibió el teniente coronel, Manuel Álvarez “Manolín” que me incorporó a la 226 Brigada Mixta: su jefe era Ortiz (no el de la CNT del frente de Aragón), el jefe de Estado Mayor, un capitán de la escala profesional, Eladio, y el consejero militar, un rumano comunista que se hacía llamar Nicolás. Pedí destino en el 1er. Batallón, el de mi hermano, pero no pudo ser por estar completo de oficiales, y me incorporé al 3º, en la Compañía de Ametralladoras, con cuyo capitán, el valenciano Agustín Sagarra, me pareció que nos entenderíamos bien, así como con el comisario político, Alfredo García, y su ayudante, Abella, ambos aragoneses. Fueron grandes amigos, con los que compartí todo el tiempo que duró la Batalla del Ebro.

Al día siguiente me presenté al comandante del Batallón, Juan Castro, que al verme -yo, en aquella época estaba bastante delgado y tenía un aspecto algo estudiantil- soltó un gran taco, al tiempo que empezó a tratarme como si fuera uno de esos estudiantes que, viendo que serían movilizados, se emboscaban en la Escuela Popular de Guerra, para entrar en guerra como oficial y no como simple soldado. Me advirtió, además, dónde había caído: un ejército con mucha disciplina que castigaba con el fusilamiento a quien escurría el bulto. Le aclaré, a continuación, que había juzgado por las apariencias y le repasé todo mi historial de guerra, ante lo cual pegó otro taco y me pidió disculpas, a la vez que mandó traer champaña para brindar por mi incorporación. A los tres o cuatro días, el capitán de la compañía de ametralladoras fue ascendido a comandante y yo fui nombrado para ocupar provisionalmente su puesto, a pesar de que no me correspondía por antigüedad ni jerarquía, ya que era teniente. Temía que este hecho podía significar que mis compañeros no me vieran con buenos ojos, y así se lo comuniqué al comandante, pero éste puso mi expediente encima de su mesa, como prueba de los motivos de su decisión.

Traté de acomodarme en la Compañía de Ametralladoras del 3er. Batallón de la 226 Brigada Mixta, 42 División del XV Cuerpo de Ejército, y con ayuda del comisario político y su secretario,

conocí a todo el personal que estaba bajo mis órdenes y les pedí que me consideraran un camarada más; entretanto, solicité el traspaso de mi hermano Enrique al Batallón, y lo tomé como ordenanza. Nuestra reincorporación al Frente del Ebro se aproximaba y con el fin que el personal no perdiera la costumbre de actuar de noche, hicimos unos ejercicios nocturnos. Era la primera vez que actuaba al frente de mi unidad y pude conocer y valorar la capacidad combativa de mis hombres, realmente maravillosos, de los que quiero destacar al teniente Gomas, de Mataró; al teniente López, de Barcelona; al sargento Durán, de Valencia; al andaluz Cabo Soto, tirador de ametralladoras; al cabo tirador Barrachina, de Valencia; al mejor lanzador de granadas de mano, Guillermo, de Teruel; y a Abella, secretario del comisario político, entre otros muchos.

Por orden del comandante, elaboré un plan defensivo de una posición tomada recientemente al enemigo. Me puse de inmediato manos a la obra: empecé por construir un croquis, con curvas de nivel simuladas, formando dos montes, una vaguada y una carretera por donde podrían transitar tropas adversas, y sobre el plano coloqué mis máquinas en fuego cruzado, empecé dos fusiles ametralladores para cubrir los ángulos muertos e incluso dos morteros en posición de combate. Me figuré que el comandante quería hacerme un test sobre mi capacidad militar y fui en persona a entregarle el plan; una vez examinado, me felicitó por mi trabajo y confraternizó conmigo, explicándome su trayectoria durante la guerra y disculpándose por su error de apreciación cuando me conoció.

Unos días después hicimos un movimiento de diversión y toda la Brigada fue transportada a Bellvís (Frente de Balaguer). Yo me alojé en una casa de campesinos que cultivaban tabaco y me comentaron que esperaban a los representantes del Ministerio de Hacienda para que les recogieran la cosecha. Yo, que nunca había visto una planta de esta droga que tanto hace andar de cabeza a los fumadores, le pedí al jefe de la casa que me mostrara cómo se secaban las hojas; entonces subimos al granero y vi como, en cada viga, colgaban decenas de manojos de la codiciada hoja, a punto

de ser llevadas a la fábrica de tabaco. En el momento de subir a los camiones para el regreso a Maials, las hijas del campesino me obsequiaron con dos manojos de hojas que, en el campamento, mandé repartir entre los soldados de mi compañía. Esta costumbre la había adquirido cuando era sargento en Madrid. Sabía que la vida del soldado en el frente era muy penosa y que los hombres, por muy rudos que sean, tienen momentos de todo: piensas en los tuyos, si volverás a verlos; los casados, en sus esposas e hijos; otros, en sus novias o sienten nostalgia de lo que han dejado atrás. Para los que tiene hábito de fumar, echar mano a la petaca o al paquete de cigarrillos les hace más llevadero el bache por el que pasan en aquel instante.

Por fin salimos hacia el frente del Ebro<sup>48</sup>. Entramos por Flix y Ascó y acampamos en las afueras de la Fatarella hasta la noche siguiente cuando relevamos a otra compañía de ametralladoras, de

48. La batalla del Ebro, operación militar preparada durante meses, empezó el 25 de julio de 1938, cuando el ejército republicano empezó a cruzar el río por diferentes puntos entre Mequinena y Amposta. Por la zona norte cruzaron la 42 División, con las Brigadas 59, 226, y 227, con éxito, hasta la contraofensiva franquista de primeros de agosto, que desencadenó una sucesión de ataques y contraataques. El paso por el sur quedó frenado en Amposta, mientras que en el centro, entre Ribarroja y Benifallet, el frente franquista dio paso a la ocupación republicana, en una bolsa de 50 Km de profundidad hasta Gandesa, que comprendía diversas poblaciones y las sierras de la Fatarella, Perles, La Picoso, Cavalls y Pandols. La llegada de refuerzos franquistas, junto a los ataques de la aviación italiana y la apertura de los embalses de Tremp, Camarasa y Terradets, que dificultaba la llegada de material y hombres a los republicanos, supuso el inicio de una fase durísima, con contraofensivas y combates frontales, en medio de un calor asfixiante. En la Sierra de Pandols, desde el 10 de agosto, se enfrentaron la 11 División de Lister del V Cuerpo de Ejército republicano, dirigida por el teniente coronel Rojo, y la IV División de Navarra, dirigida directamente por el general Franco, que ocupó la zona, cuatro días después. No tardó en producirse otra gran ofensiva franquista entre Villalba dels Arcs, Corbera de Ebro y el Puig Gaeta, con luchas encarnizadas en las cuales intervino el Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat frente a tropas republicanas de la 3ª División, en Punta Targa. Los combates prosiguieron de forma terrible durante los meses de septiembre y octubre, con miles de toneladas de bombas sobre Gandesa, Corbera de Ebro y Villalba dels Arcs, y las sierras de Cavalls y Pandols, y una intensa acción artillera. El frente republicano se hundió y progresivamente las tropas rebeldes recuperaron las

.../...

entre la cual salió un soldado muy joven para anunciarme que aquel día había muerto en combate su capitán, un catalán, de Cornudella exactamente. Al oír su nombre, Ramón Perulles, me quedé atónito, porque éramos amigos de infancia y habíamos estudiado música con el mismo profesor e incluso coincidíamos en nuestras ideas. Aquella noticia fue como un saludo con mala uva con el que me recibía el frente del Ebro.

Tan pronto amaneció, inspeccioné la posición: a la derecha, una era y una casa de payés en posesión del adversario, en el centro, un nido de ametralladoras que comprendí que me molestaría mucho, y a mi izquierda, la línea del frente franquista se alejaba bastante y no presentaba ninguna característica particular. Igual que en Madrid, ante mi indignación, recibo la orden verbal de no disparar un solo tiro. La famosa ametralladora enemiga tenía localizadas todas las aspilleras de mi posición y un día tuve cuatro bajas; a la mañana siguiente, la quinta. Cogí el teléfono, comuniqué el desastre al comandante y a pesar de sus reparos, le mostré mi disposición a destruir la ametralladora. Busqué un emplazamiento para uno de los morteros, tomé las distancias, los ángulos de tiro y efectué, primero, un tiro largo, después uno corto, y el tercero entró justo por la borda del nido de ametralladoras adverso. La reacción de los morteros enemigos demostraba que habíamos dado en el blanco, y nos dispararon decenas de tiros, pero con la buen fortuna que todos fueron a parar al valle de nuestra espalda. Entonces vimos cómo la era y la casa estaban vacías, coloqué el segundo mortero y hundí el tejado de la casa, e igual que me ocurrió en el frente de Madrid con el avión italiano, recibí felicitaciones y me ganó la confianza de mis hombres. No tuvimos ninguna baja más entre los diez o quince hombres que estuvimos defendiendo la posición, de la casa no salió más humo de la chimenea y los soldados enemigos dejaron de aparecer por la era.

./.. poblaciones perdidas en el mes de julio. El 15 de noviembre, el XV Cuerpo del Ejército republicano volvía a cruzar el río por Flix y al día siguiente entraban las tropas franquistas, dándose por acabada la Batalla del Ebro. Se calcula que perecieron unos 100.000 soldados en los 116 días que duró la batalla.

Hasta entonces se habían burlado de nosotros cuando salían de la casa con la comida y atravesaban la era hasta su posición, mientras que a nosotros no podían llegarnos los suministros, durante el día, a causa de los bombardeos fascistas.

Todo el frente del Ebro era un verdadero infierno. La presión del enemigo cada día era más fuerte y se combatía ferozmente por todos lados. El fuego de la aviación y la artillería era tan intenso que los matorrales y bosquecillos de pinos ardían como cerillas. No obstante, resistíamos. Posición que caía, posición que se recuperaba y algunas de ellas cambiaban de mano dos o tres veces al día. Cuántas veces por la noche el enemigo nos gritaba: "¡Rojillos! ¿Todavía estáis vivos? ¿Os habéis marchado?" La respuesta no se hacía esperar; unas ráfagas de ametralladora, seguidas de "¡Cabrones! ¡Hijos de puta! En fin... La causa por la que luchábamos era demasiado valiosa para no defenderla. Para los que defendíamos la República, la cosa estaba clara: democracia o dictadura, libertad o cárcel, respeto de los Derechos Humanos o represión...

Dejamos el frente de la Fatarella para ir a relevar a una de las Brigadas Internacionales, si mal no recuerdo, era la XII. Mi batallón estaba camuflado detrás de un bosquecillo y los camilleros internacionales no paraban de bajar heridos; uno de ellos nos miró gritando que los burgueses no tenían dinero para pagar a los obreros, pero sí para comprar armas y matarnos. ¿De dónde era aquel compañero de lucha, de Alemania, Francia, Finlandia, Checoslovaquia, Bulgaria, Inglaterra...? Los 35.000 miembros de las Brigadas Internacionales vinieron a luchar en defensa de la legalidad republicana, por principios ideológicos y espíritu de solidaridad internacionalista y en contra de la expansión nazifascista de Alemania e Italia. La noche fue de tensa calma, tranquilidad más que sospechosa. Nunca fallaba y así fue. En el momento de levantarse el sol, la artillería enemiga empezó su martilleo, con la Legión Cóndor terminando su labor. Primero venían los Messerschmitts, luego los Stukas que descendían en picado y nos soltaban una única bomba de gran potencia destructora, y por fin aparecían "las pavas", los bombarderos pesados llamados Junkers que, en términos militares, cumplían la misión de apisonadoras. Mientras

duraba el ataque, el enemigo no se movía y nosotros nos enterrábamos como topos, pero tan pronto cesaban los bombardeos y el cañoneo fascista empezaban los ataques de la infantería que recibíamos a morterazos, granadas de mano defensivas, armas automáticas y fusiles. Los ataques se repetían uno tras otro, durante el día, y por la noche los de la línea de enfrente nos increpaban: "¿Cómo podéis resistir?" "Con las píldoras del Dr. Negrín (lentejas), so cabrones" contestaban los hombres, hasta que un día mi soldado Guillermo, aragonés, arrancó con su potente voz la canción "Ay Carmela": "El Ejército del Ebro, rumba la rumba la...". Cosa rara: no hubo ninguna respuesta.

Hacía más de tres semanas que estábamos guerreando por aquellas montañas cuando vino a relevarnos un batallón procedente de los Pirineos catalanes. Puse al corriente al capitán de la nueva compañía de ametralladoras sobre las características del sector y le recomendé el refuerzo de su defensa. Algún soldado comentaba que sería mejor sufrir fuegos artificiales que no el frío de los Pirineos. A las nueve de la mañana, ya estábamos en el frente otra vez para recuperar las posiciones que ocupábamos por la noche y una vez estabilizado el sector, nos quedamos en segunda línea, en una elevación de unos 250 o 300 metros, sin camino de carro ni de mula. Para nuestra sorpresa, en el punto más elevado había un tonel lleno de 500 litros de vino; todavía hoy me pregunto cómo llegó hasta allí y cómo lo llenaron, si con odres de cuero o con aguaderas. Pero el tonel estaba allí para contento de mis soldados, pero para evitar sorpresas desagradables, el comisario político les advirtió de que se repartiría con moderación. Al anochecer, llegó un camión de brigadistas preparados para entrar en combate por la madrugada e inmediatamente quisieron llenar sus cantimploras de vino, hasta que su comandante -un obrero parisino de la fábrica de automóviles Renault, según me enteré más tarde- logró desalojarlos del tonel, disparando al aire, a la par que me amenazaba con pegarme dos tiros si alguno de sus hombres aparecía bebido en el momento de pasar a la acción.

Al cabo de unos días, pasó un joven soldado por donde estaba mi compañía que me comentó que su teniente era también cata-

lán, de Sant Feliu de Llobregat. Mi corazón dio un salto al oír el nombre de José Prat Molist y pedí permiso para ausentarme en busca de mi amigo, ya que su compañía enlazaba con nuestro batallón. Los dos sabíamos que estábamos en el Frente del Ebro, pero ignorábamos estar tan cerca uno del otro. Mi ausencia de la compañía no era muy ortodoxa y no pude prolongar demasiado la visita, pero, al cabo de unos días, Prat y su ordenanza me la devolvieron. Antes de despedirnos, hicimos un montón de proyectos para cuando terminara la guerra que nunca se realizaron.

Nuestro sector estaba cada día más presionado por el enemigo. Hacia el 20 de septiembre, fuimos llamados a reforzar la cota 421, terreno abrupto que me obligó a dejar los mulos y caballos y a subir todo el material a hombros. Andando y trepando casi toda la noche, fue el movimiento de aproximación más penoso que tuve en toda la guerra. A la luz de la luna, podía observar la cara de sufrimiento de mis hombres y mi conciencia no podía tolerar que los oficiales y suboficiales anduviesen con las manos en los bolsillos, así que me puse al hombro la máquina Maxim<sup>49</sup> que llevaba el cabo tirador y ordené a todos los mandos que hicieran lo mismo. Al apuntar el día, el enemigo atacó. Mi compañía defendía una vaguada donde las fuerzas adversas podían infiltrarse, cuando, de golpe, veo que rompen nuestra línea en el sector al mando del comandante Agustín Segarra. Instintivamente, encaré dos ametralladoras y, al menos, pude clavar al enemigo en el suelo, dando tiempo a que el batallón pudiera rectificar su posición y facilitar el repliegue del mío. La maniobra me salió bien. En pleno jaleo, se presentó un capitán martiniqués, de color negro, que mandaba un batallón de la XII Brigada Internacional, y mientras discutíamos la situación del frente, un cabo tirador de mi compañía, Eloy, nos advirtió de que el enemigo practicaba un movimiento envolvente y nos cerraba la retirada. En aquel momento estaban junto a mí el comisario Alfredo García, su ayudante Abella y mi hermano. No había tiempo que perder; reunidos todos los hombres, los dispuse

49. Ametralladora portátil y automática que se conoce por el nombre de su inventor, Hiram Stevens Maxim

en flecha y nos lanzamos al ataque con tal rapidez que el enemigo no tuvo tiempo de reaccionar. Rompimos el cerco sin dificultad, felicité a mis hombres por su comportamiento y nos pusimos en marcha en busca del batallón, no sin antes recoger todas las armas en buen uso. El día empezaba a caer y la visibilidad era escasa, pero convencido de que el batallón no podía estar muy lejos, decidí parar el repliegue y enviar dos exploradores. Mientras nos apresurábamos a cavar trincheras y a construir nidos de ametralladoras, al cabo de media hora, se presentaron los exploradores junto a dos soldados de transmisiones que iban tendiendo la línea telefónica, a través de la cual mi mando me dio la mala noticia de que el comandante Agustín Segarra había caído herido gravemente. La posición que ocupaba mi batallón era la cota 381 y tuvimos unos días de tranquilidad, lo cual significaba que el enemigo pagó muy caro los pocos progresos de días de lucha encarnizada. No hubo batallón que no hubiera sufrido un número de bajas apreciables, sin embargo, para nosotros y el enemigo, nuestras unidades pudieron recibir los refuerzos adecuados y tomar un reconfortante respiro.

Pero a finales del mes de septiembre, hacia las 4 de la tarde, el enemigo atacó por sorpresa el centro de nuestro batallón y logró desalojar de la trinchera a una de nuestras compañías. Tan pronto me percaté de la situación ordené a todas las ametralladoras hacer fuego por encima de nuestra compañía, acción que recibió la felicitación de mis superiores, y no había pasado un cuarto de hora cuando nuestra compañía recuperaba su posición. Al día siguiente, el hecho de que la aviación enemiga empezara a dar vueltas encima de nosotros no auguraba nada bueno. Poco faltó para que el enemigo nos obsequiara con un intenso fuego de artillería y morteros, sobre todo dirigido hacia el emplazamiento de mis máquinas; por suerte, había corregido los nidos de ametralladoras en unos ciento cincuenta metros, pero aún así me destrozaron una máquina, tuve tres o cuatro heridos y me mataron al cabo Soto, uno de los mejores tiradores. Cuando lo vi tendido en la camilla con el parietal derecho abierto, se me saltaron las lágrimas. Quería a mis hombres, por su valentía, su arrojo y su tesón en la lucha y

¡cómo no! también como seres humanos, ellos gozaban de mi confianza y yo de la suya. Siempre fui fiel y continuo siéndolo a la máxima revolucionaria “El capital máspreciado es el hombre”. Sin el hombre, el mundo no sería como es y como será en el futuro. El 5 de octubre el enemigo abrió una brecha entre la 46 División, mandada por “El Campesino”<sup>50</sup>, y nuestro batallón, y tuvimos que corregir nuestra línea defensiva y tratar de cerrar el paso con una lucha encarnizada y algo revueltos entre unos y otros. De repente oí voces de que el comandante Juan Castro había caído herido mortalmente, me acerqué al lugar del suceso y sólo pude ver a los camilleros que se lo llevaban. Estaba allí el jefe del Estado Mayor de nuestra brigada, el capitán Eladio que, al verme, dijo: “El que tenga más cojones que coja el mando del batallón”, frase que interpreté iba dirigida a mí, pues era el único oficial presente, así que le hice observar que yo era un teniente al mando de la compañía de ametralladoras y que esta labor correspondía al jefe de compañía más antiguo. Finalmente se hizo cargo del batallón el capitán Cuevas.

La artillería del enemigo continuaba vomitando metralla y, alrededor de las cinco de la tarde, una granada rompedora hizo explosión sobre nuestras cabezas, hiriendo al teniente ayudante y a mí; un pedacito de metralla me traspasó el antebrazo izquierdo, en cambio mi hermano Enrique tuvo más suerte, sólo recibió unos minúsculos cachitos de metal que no llegaron a traspasarle la piel de la espalda. Mi herida no fue grave, pero después de inyectarme la dosis antitetánica me evacuaron al hospital de campaña del “Parque Samá” en Vilaseca (Tarragona), donde me dieron de alta a los diez o doce días. Dado que el camino de regreso al frente pasaba por Gratallops, me detuve un día en casa de mi novia y tanto ella como sus padres me recibieron como de costumbre. El pueblo

50. Valentín González González, nacido en Malcocinado (Badajoz), minero y militante del Partido Comunista, había dirigido el Quinto Regimiento y más tarde la División 46. Participó en las batallas de Guadalajara, Brunete y Belchite, y fue herido en varias ocasiones. A la par de su popularidad, también fue una figura controvertida y criticada por otros militares comunistas, como Líster y Modesto.

había cambiado algo de aspecto, se mantenía la Estafeta de Correos pero había desaparecido la enfermería de las Brigadas Internacionales. Toda la comarca del Priorat estaba en plena vendimia y me ofrecí a dar una mano a la familia Fogás; hablando de todo un poco la tarde pasó volando y, como nadie sacó a relucir el paso de personal de la Brigada Internacional por su casa, comprendí que aquello era mejor olvidarlo. Al día siguiente, temprano, cogía el camino de Ascó para reintegrarme a mi unidad.

El nuevo jefe accidental era un capitán llamado Pizarro que no me hizo ninguna buena impresión. Yo recuperé el mando de la Compañía de Ametralladoras y fui a visitar a todo el personal junto al comisario, su ayudante y mi hermano. Observé que todos los hombres llevaban unas barbas de más de ocho días, hecho que, según me comentaron, se debía a la negativa del barbero a desempeñar su labor. Cuando tuve al barbero frente a mí, se me cayó el alma a los pies, iba sucio, sin afeitarse, en fin, parecía un mendigo; le di tres días de plazo para que se afease él mismo y a toda la compañía. Desde aquel día, no volví a tener más problemas con el barbero. Estuvimos unos días descansando en las afueras del pueblo de Ascó e incluso gozamos de una jarra de vino, avellanas y miel que mi hermano y el corneta habían obtenido en una casa abandonada, pero pronto fuimos llamados a reforzar la posición del lado de La Picoso<sup>51</sup>. Bajo un intenso fuego enemigo, avanzábamos a intervalos y, en uno de ellos, cuatro obuses de artillería cayeron alrededor de la ametralladora que mandaba el cabo tirador Barrachina. Las siluetas de los hombres desaparecieron entre el polvo y el humo levantado y entre mí pensé que ya habían muerto, pero cuando se disiparon los efectos de la explosión, vi a mis hombres continuar la marcha como si nada hubiera ocurrido. Este hecho y otros tantos explican por qué quería y admiraba a los soldados de mi compañía.

Al llegar al pie de La Picoso, me propuse buscar un sitio para construir un refugio antiaéreo, cuando de repente oí los disparos

51. Una de las sierras tomadas que acabó, otra vez, en manos del ejército franquista, el 7 de noviembre, con la intervención del Tercio de Requetés Nuestra Señora de Montserrat.

de una batería enemiga que nos iban destinados. Tuve justo el tiempo de ordenar un “¡Cuerpo a tierra!” y, al momento, explotaron los obuses; nosotros tendidos en el suelo, formando un cuadrado, mientras algunos comentaban que ya nos habían fastidiado. Tuvimos otra vez suerte, pues no hubo que deplorar percance alguno, aunque todos sufrimos una crisis de lagrimeo, estornudos y toses y nos pusimos amarillos como si hubiéramos sufrido una crisis de ictericia. Tomamos, finalmente, posición al pie de La Pícosa y preparamos los dispositivos de defensa idóneos, con la responsabilidad de que la Compañía de Ametralladoras había sido nombrada responsables de la posición, y por tanto con la obligación de resistir hasta el final. A pesar del cansancio de mis hombres, la moral era buena y con la suficiente munición podíamos aguantar al enemigo, sin embargo la cantidad que pedí no me fue concedida y tuve que mostrarme intransigente. Con un pelotón, dejando al mando de la compañía al comisario García, bajé yo mismo al polvorín con la intención de cargar todos los mulos de que disponía, bajo amenaza de liarme a tiros con quien tratara de impedírmelo. Finalmente, conseguí cargar sin dificultad una buena cantidad de munición, 16 cajas de granadas de mano, 18 cajas de cartuchos y tres cajas de granadas de motero de 80 mm.

Al día siguiente, después de una dura preparación de artillería, la infantería franquista se lanzó a la conquista de nuestra posición, pero el coraje de mis hombres obligó al enemigo a pegarse al suelo y a duras penas pudieron replegarse en su punto de partida. Al mediodía, ya habíamos recibido tres asaltos, pero la resistencia de mis soldados estaba intacta, y lo mismo sucedió con el cuarto ataque. Cuando se calmaron los ataques de artillería, puse en acción los dos morteros hacia un bosquecito donde se escondían los atacantes y, sin saber si les había causado bajas, por lo menos sufrieron desmoralización. Cuando el teniente franquista quiso intentar desesperadamente el quinto ataque, sus soldados no le obedecieron, ya que oíamos desde nuestra trinchera como hostigaba a sus hombres, sin resultado. Yo podía haber ordenado abrir de nuevo fuego contra el bosquecillo, pero las municiones empezaban a escasear y no tuve más remedio que esperar a que aquel

oficial tomara una decisión. Y la tomó, después de increpar a sus soldados, apelando a su hombría, salió solo; de un salto se plantó encima de una roca al alcance de nuestras granadas, llamando de manera desgarrada a sus hombres, pero el dinamitero Guillermo le lanzó dos granadas a los pies y saltó por los aires. No puedo dejar de pensar en él, de su actitud errónea, y me guardaré de decir si era o no un buen oficial, pero me atrevo a afirmar que debía tener poca relación con sus soldados, visto su estado moral; además, jamás debió lanzarse a cuerpo descubierto al suicidio, a no ser que el mando le hubiese mandado tomar nuestra posición costase lo que costase, y temiera represalias graves al no lograrlo. Quizás prefirió morir como un héroe que sufrir una humillación de sus superiores. ¡Enigmas de la guerra!

Debía ser el 12 de noviembre cuando mi sector amaneció tranquilo, pero la presión enemiga se desplazó a unos 1.500 metros, rompió nuestra línea y nos colocó en una situación peligrosa. Hacia las 10 de la mañana, recibí la orden de replegarme y, para no despertar el pánico, fui retirando máquina por máquina, hasta que yo me retiré con la última ametralladora. De repente vimos al sargento Niorte y al cabo tirador de ésta salir corriendo, sin la ametralladora, con gritos de que los fachas estaban en la trinchera; a pesar de increparles, llenos de pánico se echaron al suelo y no me quedó otro remedio que lanzarme a la trinchera, junto con el teniente López, para recuperar la máquina y el carro, sin ninguna complicación, hecho que aumentó mi cólera. Cogí la ametralladora por la empuñadura y la lancé a ras de suelo con la idea de alcanzar la cabeza de los que la habían abandonado, pero el miedo no les impidió ver mi intención y esquivaron el golpe. Poco después le advertí al sargento Niorte que el militar que abandonaba el arma en tiempos de guerra y frente al enemigo era sujeto a un consejo de guerra y susceptible de ser fusilado. Junto al cabo, de rodillas a mis pies, el sargento me imploraba piedad; se me cayó el alma a los pies al ver a dos hombres de 1,98 y 1,80 metros, respectivamente, arrodillados ante mí, que medía 1,67 y pesaba sólo 63 o 64 kilos. Era cosa de risa y acabé pegando un grito diciendo: “¡Levantaros, payasos!” Después de consultar a los otros mandos,

una vez en la retaguardia, les castigamos a cumplir los servicios domésticos y a quince días sin poder salir del campamento.

Al regresar los que quedábamos de la Compañía, di el parte verbal: 35 soldados muertos, entre ellos mi amigo y camarada, el teniente Comas de Mataró, y otro de Barcelona, militante de la CNT y excelente compañero. Mientras viva, siempre tendré grabadas en mi memoria todas estas muertes. Me enteré, al poco, que también había muerto en combate el teniente coronel Manuel Álvarez "Manolín", de Asturias y jefe de la 42 División, del XV Cuerpo del Ejército, de gran talla moral y humana.

Por la noche del día 13 de noviembre de 1938, todo el batallón se puso en marcha en dirección a Ascó, donde otras fuerzas embarcaban en el transbordador para pasar a la orilla izquierda del Ebro. A nosotros nos tocó a la una de la madrugada y después emprendimos la marcha en dirección a Cabacés, pasando por La Bisbal de Falset y Margalef. Cuando llegamos, apuntaba ya el día. Yo estaba lleno de sarna y sufría una forunculosis bastante aguda, de forma que me ingresaron en el hospital de campaña, donde recibí la visita de varios mandos. La comida, no muy abundante, era variada y sana y pronto me recuperé. No había todavía salido del hospital cuando recibí un oficio para presentarme urgentemente al Estado Mayor de la Brigada; allí me comunicaron que había sido nombrado responsable de la nueva Escuela de Cabos de la 226 Brigada Mixta. Un par de días después, me presenté a las maestras de la escuela pública de Cabacés que, al estar ya al corriente de mi cometido, me facilitaron una aula bastante espaciosa, un encerado, una mesa y unos cuarenta pupitres. Inmediatamente se inauguraba la escuela con 40 o 45 aspirantes de los cuatro batallones de la Brigada. Un teniente de Intendencia impartía clases de detalle y contabilidad, otro de Ingenieros se encargaba de enseñar fortificaciones y a mi cargo quedaban las lecciones teóricas y prácticas de táctica, armamento y tiro. Estaba ocupado unas diez horas diarias, pues debía ocuparme además de hacer los estadillos e informes semanales.

Cabacés no está muy lejos de Gratallops y visité a mi novia un par de veces. Como las Brigadas Internacionales ya habían sido

retiradas del frente, el pueblo estaba casi vacío. Fui a despedirme de la familia cuando la Brigada y la Escuela se trasladó a Juncosa de les Garrigues (Lleida), con la noticia de que seguramente tardaríamos algún tiempo en vernos. Mi novia me acompañó hasta la salida del pueblo y aproveché para decirle que las cosas iban mal para la República, pero que yo seguiría hasta el final, incluso si nos empujaban hasta la frontera francesa, con la idea de embarcar desde allí rumbo a Valencia y seguir luchando. Me preguntó qué pasaría con ella en caso de no conseguir embarcar de regreso a España, ante lo cual le contesté que me quedaría en Francia hasta que la situación se aclarase. A pesar de reiterarle que el éxito de nuestras relaciones estaba en sus manos y que un día u otro tendría que separarse de sus padres, cuando llegó el momento de despedirnos, nos separamos con bastante frialdad. De camino a Cabacés mi intuición me decía que era la última entrevista con la que fue mi novia, María Fogás Porrera, y su familia.

En Juncosa de les Garrigues recibí también todas las facilidades del alcalde y las maestras para instalar la Escuela de Cabos, pero lo más singular es que me encontraba en el pueblo de mi madre. Ya he comentado al principio que era hija de una de las principales familias y que nos separaban profundas diferencias, por cuestiones de intereses, pero sobre todo por razones ideológicas y confesionales. Incluso un primo hermano mío, el día 18 de julio de 1936, se unió a un grupo de sublevados en Lleida, que marchó a uno de los cuarteles, hasta que cayeron presos por las fuerzas leales a la República y fueron fusilados. Yo, teniente del Ejército Republicano, y además comunista, ni pensaba ir a llamar a la puerta de mis familiares, Ramón Gomis Trinquell, de "Ca l'Aguacer", sin embargo podía haberme alojado en casa de otro hermano de mi madre, Miquel, con quien manteníamos buenas relaciones. Pero yo tenía un temperamento muy independiente y preferí buscar otro alojamiento para mí y para mi hermano, sin que por ello no hiciéramos visitas a nuestros tíos.

Uno de mis mejores amigos en esta etapa fue el capitán que me relevó en la Compañía de Ametralladoras. Se llamaba Abad, y cuando acababa mi trabajo en la Escuela nos íbamos a beber un

trago y a comer unas aceitunas, almendras o nueces; a veces se juntaba con nosotros un teniente que alardeaba de rompecorazones y que provocó más de un incidente con su actitud. Cabe resaltar unos hechos que sucedieron también durante la estancia en Juncosa de les Garrigues: La hermana de unos de los alumnos de la escuela —conocida de mi hermano desde que su quinta, la del 41, estuvo concentrada en el pueblo de El Morell— se presentó un día con una gran cesta llena de carne de cordero, pues sus padres eran carniceros, con la idea de hacer una gran parrillada en casa de una familia amiga. Yo también fui invitado y en aquella mesa, bien provista de comida y bebida, el ambiente era animado, se cantaba, se contaban chistes... a pesar de que el ágape fue servido por la hija de la casa, una monja exclaustrada después de los hechos del 19 de julio de 1936. De repente, la monja en cuestión, que ya tenía más de 40 años, al saber que yo era de Cornudella, comentó que en este pueblo estaba casada una señora muy amiga suya, que no era otra que mi madre. Pronto salió a relucir mi familia materna y la desgracia acaecida a su hijo fusilado, con la consabida discusión y mis razonamientos sobre el riesgo que conllevaba su acción a favor de los rebeldes y las muertes y desgracias también en el bando de la República, a causa de una guerra que ésta no había provocado, y terminé la conversación con mi afirmación de que, ganara quien ganara, se tardarían décadas en reconstruir el país. A pesar de querer continuar nuestra pequeña fiesta, aquella señora nos la aguó. Cuál no fue mi sorpresa cuando al cabo de un rato de nuestra discusión, la monja se presentó con un niño de unos ocho años y una niña de unos seis: eran los hijos de mi primo y, ante el hecho consumado y no siendo los niños responsables de las conductas de sus padres, les dirigí unas palabras cariñosas, les acaricé las cabecitas y les obsequié con almendras y nueces que quedaban en la mesa.

A principios de diciembre, la escuela se trasladó a La Pobla de Masfumet, entre Reus y El Morell. Partimos hacia las 8 de la mañana, en dos camiones Katiuska, y a la llegada, mientras los hombres, al mando del teniente Pizarro, descargaban las pertenencias, me presenté al alcalde que nos instaló en una gran nave, amuebla-

da con camas de hierro y dos grandes mesas, en medio, con sus sillas, a la vez que me mostraba el local para impartir clases. Cerca del ayuntamiento, encontré una casa muy grande “Can Pedret”, donde solicité alojamiento para mi hermano y para mí. El matrimonio Pedret tenía tres hijas, la mayor, maestra de la escuela pública de La Granadella, la segunda, también era maestra pero sin ejercicio, y la pequeña, de unos 17 o 18 años estudiaba en la Escuela Normal de Tarragona. Todos los que hicimos la guerra de España sabemos que la población de la retaguardia pasaba mucha hambre, y los Pedret no eran una excepción; viendo la escasez alimenticia, propuse a la señora que el teniente Pizarro, mi hermano y yo le proporcionaríamos nuestro suministro en crudo y comida, para unirlos a lo poco que ella tenía. Aún hoy veo la expresión de alegría de aquella madre de familia y, aunque nuestra aportación no tenía nada de extraordinaria, la dieta de la casa mejoró en un 100%.

Entretanto, la vida de la escuela transcurría normalmente, con una total compenetración entre unos y otros. La mayoría de los alumnos eran aragoneses, valencianos y alguno, andaluz, pero había siete u ocho hombres de L’Hospitalet de l’Infant, Sant Carles de la Ràpita, Amposta, Tortosa y Santa Colòma de Queralt, la mayoría casados, con hijos. El primer domingo, me pidieron permiso para ir a visitar a sus familiares, pero yo contesté que los permisos estaban cerrados y que me ponían en un aprieto; en mi interior existía una lucha entre cumplir las órdenes de arriba y mi conciencia. Finalmente, acordamos que se irían, sin yo “saber nada” y por fortuna todos regresaron el lunes por la mañana y yo pude respirar tranquilo. Mientras preparaba el estadillo en mi despacho, se presentaron aquellos hombres y depositaron ante mí una cantidad muy apreciable de pescado, un par de gallos y tres conejos, e incluso un cordero mediano que trajo el chico de Santa Coloma. De momento tomé aquel gesto de gratitud como una ofensa y los eché de mi vista con palabras gruesas, pero recapacité y consideré que con mi actitud de puritano barato ofendía el amor propio de aquellas personas. Mandé llevar toda la comida a la cocina para que todo el mundo estuviera contento y, al mediodía, la señora



Pedret me recibió con una sonrisa radiante: dos soldados le habían traído dos grandes merluzas, manjar casi prohibido en tiempos de guerra. Y el gesto de aquellos hombres se repitió cada lunes. Es verdad que no era muy ortodoxo, pero gracias a ellos la comida de los alumnos de cabo y de la familia Pedret mejoraba substancialmente un día o dos.

En la Poble de Masfumet, para mi sorpresa, me encontré en el umbral de la escuela a un soldado que me esperaba; era un sastre de profesión de Bellpuig, de 40 o 42 años, llamado Puig, que estuvo conmigo en la compañía de ametralladoras. Entonces era el responsable de la sastrería militar instalada en el pueblo, en la que trabajaban dos o tres sastres y cinco o seis mujeres. Quiero señalar que durante la guerra nunca tuve un verdadero traje militar: el frente de Aragón lo hice con el consabido mono caqui, en Madrid y en el Ebro vestía cazadora, pantalón bombacho y botas de media caña y tres hebillas, y así continuaba en la Escuela de Cabos. A Puig, extrañado al verme sin uniforme, le contesté que para ir pegando tiros no era necesario, pero él se empeñó en tomarme las medidas y al cabo de cinco o seis días tuve mi primer y último uniforme militar, en tanto que oficial del Ejército de la República.

Una mañana, en plena clase de táctica teórica, se presentó en el aula un militar, de unos 40 o 50 años, alto como un castillo y sin ninguna insignia en el uniforme, lo que me dio a pensar que era un militar extranjero de alta graduación, de los que llamábamos consejeros militares del Ejército de la República. Por si acaso, ordené a mis alumnos ponerse en pie y me hizo seña de que continuara con mi tarea; permaneció sentado en el fondo del aula todo el tiempo y, una vez terminó la clase, se levantó, hizo un saludo impecable y se fue sin abrir boca. Fue mi amigo, el sastre Puig, quien me aclaró el enigma: se trataba de un general soviético, consejero militar en el XV Cuerpo del Ejército.

El 24 de diciembre, el chico de Santa Coloma de Queralt nos invitó a mi hermano y a mí a pasar la Nochebuena con su familia y el recibimiento fue de lo más acogedor. Después de cenar, fuimos al baile con la hermana de nuestro anfitrión. Durante unas horas me olvidé de la guerra y de todas las miserias que vivía nues-

tro país, pero una vez terminado el sarao, la realidad de la contienda se volvió a apoderar de mí y, sin dormir, nos despedimos de aquella simpática familia. Hacia las 9 de la mañana regresamos a La Poble de Masfumet y, al día siguiente, decidimos ir a hacer una visita a don Ramón Saumell, mi antiguo y querido maestro, pues sabíamos que vivía y ejercía en Valls. Tanto su esposa como él se emocionaron al vernos, sobre todo porque recordaban a su hijo Antonio, muerto en el frente de Aragón. don Ramón nos explicó que era secretario general del Sindicato de la Enseñanza de la comarca del Alt Camp, que sus dos hijas trabajaban para la guerra, mientras que el pequeño estaba todavía en edad escolar. Yo le conté, a grandes rasgos, mi odisea y mi actual responsabilidad, lo que le alegró pues reafirmaba su seguridad de que yo sería un hombre de provecho, y ambos recordamos la anécdota de la carta que redacté para el Inspector de Enseñanza.

Por aquellos días empezó la ofensiva franquista en el frente Serós-Navals<sup>52</sup>. El día 27, hacia las cinco de la tarde, llegó la orden de disolver la Escuela de Cabos y de incorporarnos a nuestras unidades, en La Granadella (Lleida). Una vez me hube despedido de la familia Pedret, emprendimos el camino en dos camiones Katiuska, por la ruta Reus, Borges del Camp, Alforja, Cornudella, Ulldemolins y Poble de la Granadella. Al llegar a mi pueblo, entré en la plaza principal e hice bajar a mis hombres para encaminarlos al café Europa, regentado por una familia amiga mía, para que dieran a los soldados café y copa, a mi cuenta, mientras yo iba a despedirme de mis padres. Sorprendidos de vernos a los dos hermanos, después de darnos un fuerte abrazo, fui directo al grano para explicarles lo mal que iban las cosas y mis intenciones de luchar hasta el final, pasando a Francia, si tenía la suerte de no caer, para regresar luego a Valencia. Mis padres no abrieron la boca y les pregunté qué pensaban hacer ellos; mi padre me res-

52. Después de la Batalla del Ebro, el 23 de diciembre de 1938, comenzó la gran ofensiva franquista, con los cuerpos de su ejército dirigidos por los generales Yagüe, Muñoz Grandes, Gambara, Solchaga, Moscardó y García Valiño, para romper el frente del Este, con una gran operación desde el Segre, atacando Tremp, Balaguer i Serós.

pondió: "¡A dónde quieres que vayamos nosotros! ¡Si veo desaparecer estas montañas, me muero por el camino!". Sin forma de convencerle, opté por desearles suerte. Me alargó el porrón de buen vino del Priorat y después de abrazarnos efusivamente, dejábamos para siempre a mi padre y a mi hermana María. Con el corazón encogido, salimos de mi casa, en el número 11 de la calle Cruz, no pudiendo evitar girar varias veces la cabeza para ver como aquella casa que encerraba tantos recuerdos de infancia quedaba atrás. A medianoche, llegábamos al Estado Mayor de la Brigada y los nuevos cabos se incorporaron a sus respectivas unidades, no sin antes desearnos suerte. Yo fui nombrado ayudante del jefe de la Sección de Operaciones de Estado Mayor de la 226 Brigada Mixta.

Francamente, no sabía muy bien en qué consistía mi nuevo empleo, pero no tardé mucho tiempo en saber que entrañaba mucha responsabilidad. Se trataba de reagrupar a nuestra gente para iniciar un contraataque, porque el enemigo había roto la línea por uno de nuestros batallones, y yo iba con la orden en la mano y los planos bajo el brazo de aquí para allá. Cuando me veían dos de los mandos del 2º Batallón me llamaban "La Negra" y a mí me molestaba oír estas palabras en boca de responsables del Ejército de la República, que además no estuvieron a la altura de las circunstancias a la hora de reorganizar sus unidades, hasta que fueron substituidos por otros oficiales.

Los soldados catalanes de la Quinta del Biberón lucharon con ahínco y valentía en la defensa de La Granadella<sup>53</sup>. Toda la noche estuve en primera línea y llegué al Estado Mayor a las 7 de la mañana, donde sólo encontré al jefe de Sección de Operaciones, Eladio. Reventado, solamente tenía ganas de dormir, pero hacía muy poco que me había acostado cuando, de repente, oí un fuerte ruido de tropa; me incorporé y me asomé a la puerta de la cabaña desde donde vi como las fuerzas adversas avanzaban con la bandera desplegada al viento. No me lo pensé dos veces, salí corrien-

53. El lugar fue defendido a muerte, hasta que cayó en manos del ejército franquista, el 29 de diciembre.

do y a unos 150 metros delante de mí escapaba también el capitán Eladio. Cuando lo alcancé solamente nos miramos el uno al otro, sin pronunciar una sola palabra, la verdad es que yo esperaba una disculpa por no haberme avisado del peligro de caer prisionero. Me pareció poco de fiar y sólo hablé de este asunto a mi hermano, con la advertencia de que no se alejara demasiado de mí.

Una noche, mientras tomábamos posiciones cerca de la Poble de La Granadella, unos soldados encontraron a uno de otra brigada escondido con su arma reglamentaria, a la espera de que llegaran las fuerzas enemigas. Sometido a un juicio sumarísimo, fue condenado a ser pasado por las armas. El jefe de operaciones Eladio me ordenó que organizara un pelotón para fusilarlo, a lo que objeté los artículos de las ordenanzas para no cumplir aquella misión, según los cuales los oficiales más antiguos debían de hacer los servicios de armas y los recién llegados, los domésticos. Finalmente, se ofreció un voluntario y el asunto quedó zanjado.

Debía ser el 6 de enero de 1939 cuando fuimos relevados y trasladados a unos seis kilómetros de Cornudella y al pie del pueblecito de Albarca. El Estado Mayor se instaló en la Masía d'en Lluch, cuyo administrador y familia eran amigos míos de toda la vida. En un registro en las dependencias de la finca —nunca supe por qué se hizo— se produjo una acalorada discusión entre el oficial y el Sr. Vicentet, el administrador, al encontrar unas cajas de municiones llenas de monedas de cinco pesetas o duros de plata. El administrador aseguraba que los duros eran para pagar la semana de los jornaleros y pienso que sólo decía la verdad en parte. Ya he comentado ciertas decisiones tomadas por los Comités Revolucionarios, al principio de la sublevación, como el cambiar la moneda legal por el valor de lo que se compraba en las tiendas; y seguro que el Sr. Vicentet no entregó todo el dinero. Ahora se encontraba en un feo apuro, ya que el oficial no sólo desconfiaba de su sinceridad, sino de su lealtad republicana. Y yo tuve que intervenir a su favor, pues conocía los sentimientos antifascistas de toda la familia, hasta el punto de que uno de sus hijos combatía en nuestras filas. Una vez calmados los ánimos, nos tomamos un vaso de vino, se hizo un inventario de las mone-

das y se cargaron en un coche para depositarlas en un banco de Reus, previa entrega de un recibo al Sr. Vicentet.

Nuestra posición se trasladó de nuevo a la derecha de la sierra de Llena y el Estado Mayor se situó en Vilanova de Prades. Encargado de buscar las cocinas que estaban cerca de la Masía d'en Lluch, ensillé el único caballo que nos quedaba y que, por cierto, era asmático. Todavía fue bien mientras fue cuesta abajo, pero, a la vuelta, el pobre animal no podía con su alma, así que opté por bajar del caballo y regresar a pie. Llegué a Vilanova reventado de cansancio. Al día siguiente, advertí que el caballo no tenía nada que comer, así que mandé a mi hermano a buscar algo de paja en el pueblo, y viendo que tardaba demasiado fui a buscarle; lo encontré discutiendo con la señora que le había vendido un saco de paja y dos o tres litros de cebada porque no admitía ni vales del Ejército ni papel moneda de la República. No sé cómo hubiera terminado la discusión si no hubiera sido por el griterío que llegaba desde la otra punta de la calle; me asomé y vi como las tropas enemigas, con la bandera desplegada, entraban en Vilanova de Prades. Grité a mi hermano: "¡Sal de ahí, Enrique, que llegan los fachas!"

Para salir del pueblo debíamos atravesar una explanada, dominada por una altura, y cuando nos hallábamos en el centro, desde el cerro, el enemigo abrió un intenso fuego de ametralladora. Nos salvamos porque no era nuestro día de morir, sobre todo mi hermano que iba montado en el caballo de mis penas que, al oír el tableteo de las máquinas automáticas, se quedó parado y no había manera de hacerle andar. Le lancé un grito desesperado: "¡Suelta el caballo, Enrique, y ponte a salvo!" Lo soltó, le cogió de las bridas y se puso a correr, y el pobre animal le siguió corriendo también. Yo crucé el descampado en diagonal y salté en una especie de barranco para protegerme, pero sentí un golpe seco en el pie izquierdo que me hizo tropezar con la pierna derecha. Me caí dando vueltas hasta el fondo de la vaguada y, una vez allí, me quedé unos minutos sentado analizando mi situación. Estaba lleno de arañazos y, al ponerme en pie, noté que a mi zapato izquierdo le faltaba algo; un balazo me había arrancado el tacón de la bota y

me dije: "Esta vez te has escapado de lo peor". Al llegar al Estado Mayor, me encontré a mi hermano sano y salvo y, mientras yo le enseñaba mi zapato, él me mostró los agujeros de las balas en sus pantalones. En verdad, aquel 8 o 9 de enero fue un día de suerte para los hermanos Escuer.

El mismo día nos desplazamos hasta la bifurcación de la carretera de Vilanova de Prades con la carretera La Espluga de Francolí-Prades. Las emociones todavía no habían terminado. Hacia el mediodía vimos un movimiento de fuerzas dudoso y el jefe de la Brigada me mandó indagar; cogí unos planos del sector y me fui al encuentro de aquellas tropas, que por fortuna eran batallones nuestros, no sin antes saciar mi sed en una cisterna. De regreso a mi destino, oí un griterío a la altura de la mencionada cisterna, pero no hice caso y seguí hasta que me dieron el alto con la orden de echar las granadas al suelo y avanzar con las manos en alto. Yo estaba convencido de que eran los mismos de antes, confundidos, hasta que apercibí entre los matorrales los colores rojo y gualda de los franquistas. No había alternativa, entregarme o tratar de escapar y, en un tiempo relámpago, pegué un salto hacia atrás y rodé entre matorrales, mientras oía una voz de mando que decía: "¡Haced fuego, que es un oficial!" Unos instantes después estaba a salvo.

Cuando pude reunirme con los batallones, me felicitaron por la suerte que tuve e inmediatamente nos reunimos para deliberar la decisión a tomar. Desde la campaña del Ebro, nuestra 42 División enlazaba por el flanco derecho con la 46, al mando de Valentín González "El Campesino", ambas del V Cuerpo del Ejército, bajo las órdenes del legendario Enrique Líster. Después de enviar un enlace para tomar contacto con la 46, a la vuelta nos informó de que no había ninguna tropa, siendo, por tanto, nuestra situación sumamente precaria, en la hondonada entre La Espluga de Francolí y el Monasterio de Poblet. Yo, buen conocedor de aquellos parajes desde mi niñez, intuí que el Estado Mayor se había replegado en los altos de Poblet y propuse a los comandantes del Batallón replegarnos al citado monte para evitar un posible cerco del enemigo y, al mismo tiempo, batir la carretera que iba de La Espluga

de Francolí a Prades. Sólo uno de los comandantes, Ruiz, discrepaba, máxime cuando la sugerencia partía de un simple teniente. Pero ante aquella situación, uno no podía andarse con sentimientos absurdos, y ante las presiones de los otros mandos, finalmente el comandante Ruiz rectificó su postura. Pusimos los Batallones en movimiento de repliegue, y mientras los hombres penetraban por el bosque, yo me quedé camuflado, al borde de la carretera, con la esperanza de ver aparecer algún enlace del Estado Mayor, pero no fue así, y al apuntar el día me puse en marcha, al encuentro de los míos. Armé una pistola recién salida de fábrica, de 9 mm. Astra, que me había regalado el comandante Lafuente y bordeé la carretera, hasta que a los pocos minutos oí pasos ligeros y, cuando un hombre apareció a mi vista, le di el alto con la pistola apuntándole, pero por la voz me había reconocido y resultó ser uno de los jóvenes de la Quinta del Biberón, de Juncosa de les Garrigues, y que justamente era enlace del Estado Mayor. Al llegar allí, todos los camaradas me ovacionaron, pues algunos daban por hecho que había caído prisionero. Para mí fue una gran satisfacción, además, poder informar de la posición en que se hallaban nuestras unidades.

Estuvimos cubriendo el frente de Poblet durante un par de días. Hacia el 12 o 13 de enero, a medianoche, fuimos trasladados a mi querida Tarragona, donde contábamos estar una quincena. Pedí permiso de cinco días para ir a visitar a mi amigo Prat Molist de Sant Feliu de Llobregat y, junto con mi hermano, estuve en este pueblo y en Barcelona, pero al volver a Tarragona nos comunicaron que la Brigada 226 se había trasladado a Vilanova i la Geltrú. Al llegar allí, me presenté a la Guardia de Asalto para localizar a mi unidad que cubría en aquel momento el frente de Igualada. Nos fuimos derechos al cruce de la carretera de Barcelona-Vilafranca del Penedès y esperamos en el control militar que pasara algún camión que nos pudiera acercar, y la suerte nos favoreció, pues a las cinco de la tarde ya estábamos en el mismo pueblo del Bruch, y media hora más tarde nos habíamos incorporado a la 226 Brigada. El 17 de enero, el enemigo nos obsequió con un intenso fuego de artillería, con la mala suerte de que un trozo de

metralla me hirió en la pierna izquierda. La herida no fue grave, pero, al caerme, pegué con la rodilla en una roca con tan mala fortuna que se me declaró un derrame sinovial. Tuvieron que evacuarme e ingresé en el Hospital de Sangre de Molins de Rei, de donde guardo un grato recuerdo del personal sanitario; allí me curaron la rodilla con compresas de alcohol alcanforado y reposo, de forma que, a los cuatro o cinco días, la hinchazón había bajado y las heridas mejoraron con las curas de limpieza diarias.

El 22 de enero, el hospital de Vilafranca del Penedès se replegó a Molins de Rei, y entre los trasladados encontré a una enfermera llamada Emilia, de Tarragona, amiga mía desde 1934, en tiempos de mi servicio militar. Por la noche se organizó un gran baile, y yo no pude escapar a la tentación y, sin pensarlo más, me fui a bailar como los demás. En la puerta, me entretuve hablando con Emilia cuando de repente salió del interior el comisario político del hospital de Vilafranca, que me cogió del correa, me zarandeó e insultó, tratándome de infiltrado y me amenazó con arreglarme las cuentas. Al darme cuenta de que aquello iba en serio, porque observé como desenfundaba su pistola, con la mía le encañoné los riñones, al tiempo que le advertía de que si quería usar la suya fuera al frente que se hallaba a pocos kilómetros. Inútil decir el tumulto que se armó en la sala de baile. Los médicos de Molins de Rei me sujetaron a mí y los de Vilafranca al comisario, preguntándose lo que había pasado. Entonces me enteré que mientras estaba hablando con mi amiga Emilia, la orquesta entonaba el Himno de Riego y el hombre vio que yo no estaba en posición de firmes. Francamente, no me había enterado y una vez se aclararon las cosas, nos dimos a conocer, los dos éramos militantes comunistas y, ante la insistencia de los médicos, nos dimos la mano y se puso punto final a tan desagradable incidente.

Otra vez nos comunicaron que íbamos a evacuar y que no nos acostáramos, porque de un momento a otro nos llevarían a otro hospital. Al amanecer salimos en dirección a Sant Boi de Llobregat, donde intentaron alojarnos en el hospital para enfermos mentales, sin éxito, o por falta de sitio o de entendimiento entre las autoridades sanitarias, de manera que partimos hacia Sabadell. Nos

distribuyeron en diversas instalaciones sanitarias, a mí me tocó en una clínica cerca de la estación del ferrocarril -creo que debía ser la clínica La Alianza-, donde también encontré a una enfermera conocida, Josefina, de Reus. Como el control era bastante aleatorio, me aventuré a pasear por las Ramblas y tuve una gran alegría al encontrarme con uno de los músicos de la orquesta "Els Canaris", Zacarías Sereno. Regresé a la clínica bastante cansado y noté que las heridas de la pierna empezaban a picarme, pues llevaba dos días sin cambiar los vendajes.

En la noche del 25 al 26, nos evacuaron a Barcelona y desembarcamos en la plaza de Cataluña, desde el tren de los Ferrocarriles Catalanes. El espectáculo era desolador: los andenes de la estación repletos de heridos, mujeres, niños y ancianos. Junto a un amigo, el teniente Pedro Pagès, herido de bala en un pie, indagamos si había en el andén alguna autoridad sanitaria que se hiciera cargo de nosotros y los demás heridos, pero los resultados fueron vanos. Todos los hospitales de la ciudad estaban llenos. Ya en la calle, tuvimos la curiosidad de ir andando hasta la plaza Universidad y, a medida que nos aproximábamos, oíamos, a lo lejos y de vez en cuando, tiros de fusil y alguna que otra ráfaga de ametralladora. Por el eco, juzgamos que venían de la plaza España, de Collblanc o de Sant Just Desvern; en fin, la situación no era muy halagüeña y decidimos volver a los andenes de la estación. Al poco de llegar, entraron un grupo de chicos y chicas con azúcar, galletas secas de campaña, botes de leche condensada, latas de sardinas en aceite e incluso bacalao salado. Cuando les preguntamos de dónde lo habían sacado, nos respondieron que de Intendencia Militar, ya evacuada y de donde habían recuperado lo que los militares habían abandonado. Cogimos lo que nos dieron y, después de un cambio de impresiones, deducimos que el enemigo no podía estar a mucha distancia de Barcelona. Pasamos la noche en la estación y tan pronto se hizo de día, nos dirigimos al antiguo hotel Colón, en la plaza de Cataluña, donde se había instalado la dirección de las Juventudes Socialistas Unificadas. Allí, encontramos las escaleras sucias de humo y gran cantidad de papeles quemados, cosa que nos auguraba presagios no muy alentadores. De repente, oímos

gente que bajaba las escaleras corriendo, y entre ellos reconocí a un joven teniente de Madrid, con el que coincidí en el Ejército del Ebro. En pocas palabras le conté nuestra situación y se ofreció a llevarnos en el camión, aparcado enfrente, que lo trasladaría a Girona, pero cuando iba a subirme, una señora de mediana edad me cogió de los pies, implorando que no la dejáramos, pues no quería quedarse sola en Barcelona. Al verla tan desesperada, me bajé del camión y mientras se instalaba la mujer, el camión arrancó y me quedé en tierra.

Vista mi mala suerte, no me quedó otro remedio que resignarme y emprender en solitario mi salida de Barcelona. Pasé por la Plaza Urquinaona y creo que por la calle Marina fui a salir a un cruce con la Diagonal; allí había un control militar y cuál no fue mi sorpresa al encontrarme a mi amigo Pagès. ¡Cuánto agradecí su muestra de solidaridad de no querer salir sin mí! Después de esperar un buen rato pasó un camión militar que se dirigía a Girona y nos cogió. Llegamos hacia las tres de la tarde y el servicio de vigilancia de la Guardia de Asalto se hizo cargo de los heridos que deambulábamos por las calles y nos condujeron al Hospital Militar. Allí, todos los militares cuyas piernas estaban bien y cuyas heridas no les impedían el uso de las armas, eran enviados de nuevo al frente. Tanto Pedro Pagès como yo, con las heridas infectadas y la rodilla hinchada, ingresamos en el grupo de heridos que necesitaban hospitalización. Instalados en una sala del hospital para enfermos mentales, a pesar de estar separados de ellos, la estancia de aquella noche fue deprimente: unos gritaban, otros lloraban, ahora reían, ahora cantaban; era, verdaderamente, una casa de locos. Entre las 8 y las 9 de la noche siguiente, llegó un comisario político a advertirnos de que los soldados con cargos de responsabilidad debían ponerse en marcha, pues el enemigo ya había penetrado en la provincia de Girona. Media hora después éramos evacuados en dirección a Figueras. El hospital estaba repleto, con camas hasta en los pasillos y tuvimos que buscar un rincón para acurrucarnos y tratar de dormir, sin ni siquiera desnudarnos.

A primeras horas de la madrugada del día 28, se presentó la aviación franquista a bombardear. Cayeron varias bombas en el

mismo hospital que ocasionaron importantes desperfectos materiales, varios muertos y heridos entre el personal sanitario y los enfermos. Por fortuna, mi amigo Pagès y yo salimos indemnes. Al amanecer vimos con nuestros propios ojos los destrozos; la visión era dantesca, no se encontraba médico alguno y las pocas enfermeras que quedaban no daban abasto, pero su trabajo era digno de admiración, ya que si no alcanzaban a más, siempre tenían una palabra cariñosa con el necesitado. En todos los libros que se han escrito sobre nuestra guerra e incluso la 2ª Guerra Mundial, nunca se ha tocado a fondo la misión desempeñada por nuestras compañeras en la retaguardia y sobre todo en los hospitales, actuando en muchos casos con una heroicidad inaudita.

Al ver que nuestra estancia en el hospital no solucionaba nuestra situación, decidimos irnos por nuestra cuenta, pero en la calle, el aspecto era todavía más desolador. Nos topamos con el éxodo de la población camino de la frontera, en una columna compacta pero heteroclita, compuesta de soldados heridos, ancianos, mujeres y niños. Los más afortunados llevaban un carro tirado por mulos, pero la mayoría teníamos las piernas como medio de locomoción. Lo más penoso eran las madres de familia, cargadas como burras; y los niños, los que ya podían andar, lo hacían prendidos de las faldas de las madres, mientras que los de más de 10 años ya cargaban con sus pertenencias y algún bulto más que la madre o la abuela les añadían. En fin, la persona que no lo ha vivido jamás podrá imaginar los sufrimientos que aquellas gentes tuvieron que soportar hasta llegar a la frontera francesa. Mientras atravesábamos los pueblos en dirección a Figueres, me llamaron la atención unos carteles que el Gobierno de la República hizo colocar en las paredes: “Camino de la frontera, camino de la esclavitud”; de esta frase me acordaré toda la vida, porque hasta 1945, año en que recuperé mi libertad, mi vida fue semejante a la de un esclavo.

A las 6 de la tarde del día 28 de enero, llegamos al pueblo fronterizo de Le Perthus; allí la Cruz Roja Internacional y el Socorro Rojo Popular<sup>54</sup> se hicieron cargo de los heridos y nos condu-

54. Posiblemente el autor se refiere a la organización Socorro Rojo Internacional, creada en 1921, en paralelo a la Internacional Sindical Roja, para recaudar

.../...

ieron al castillo del mismo nombre, en territorio francés, donde después de curarnos nos dieron de comer y nos trajeron paja para dormir. Con el toque de diana, nos dieron café con leche y pan, pero inmediatamente vino la Guardia Móvil francesa y nos devolvió a España con un “*Allez, allez*”, ya que el gobierno francés todavía no había dado la orden de abrir la frontera. De vuelta a La Jonquera, no conseguimos alojarnos en el Hospital de Carabineros, saturado de heridos; ni el ayuntamiento, ni la Cruz Roja Española, ni el Socorro Rojo Internacional nos dieron ninguna solución. En verdad, cada día que pasaba, afluían al pueblo miles de mujeres, niños y ancianos. Tuvimos que resignarnos y adaptarnos a aquellas circunstancias.

Deambulando por las calles, me encontré cara a cara con la que fue mi primera novia, Pilar Munner de Vilafranca. Cuando me vio se puso a llorar y me interesé por saber qué le pasaba; una vez calmada, me contó que su hermana estaba encinta, en un estado muy avanzado y que temía que se le produjera un aborto, ya que una señora por la noche le había pisado el vientre, sin querer, al levantarse, hecho que le causó dolores tremendos. Sabiendo que el Hospital de Carabineros y la Cruz Roja estaban desbordados, me dirigí con mi amiga al encuentro del general Pozas, jefe militar de la zona<sup>55</sup>. Explicué lo ocurrido al cabo de guardia para

./.. fondos y promover acciones en pro de los perseguidos políticos. Durante la guerra de España canalizó la ayuda internacional a la República, dispuso de importantes medios de comunicación y fue un organismo básico de asistencia a niños y a refugiados, a través de la implicación de muchas mujeres.

55. Sebastián Pozas Perea, director general de la Guardia Civil cuando se produjo el golpe de estado. Fiel a la República, fue inmediatamente nombrado ministro de Gobernación, transformando la Guardia Civil en Guardia Nacional Republicana. Intervino en el plan de defensa de Madrid como presidente de la Junta de Defensa, hasta que ésta pasó al mando de Miaja, y pasó a dirigir el Ejército del Centro, participando en la batalla del Jarama. A partir de los hechos de mayo de 1937, es nombrado jefe del Ejército de Cataluña para restaurar el orden público y reorganizar su ejército, que pasó a depender directamente del Gobierno central, con la nueva denominación de Ejército del Este. Planeó las batallas de Huesca y Belchite y disolvió el Consejo de Aragón, impulsor de las colectivizaciones en la zona. Fue destituido por Negrín cuando se inició la ofensiva franquista y, al final de la guerra, fue comandante militar de Girona y de Figueres, desde donde partió al exilio.

conseguir una entrevista con el general, que finalmente nos recibió a pesar de sus múltiples ocupaciones; después de oír nuestras explicaciones, empezó diciendo: “Bueno, ¿quién te crees que soy, un tocólogo, una comadrona? ¿Es que creen que no tengo otras cosas que hacer con los problemas que tengo ya y me vienen con asuntos de parir?” Ahora, mirándolo fríamente, al general Pozas no le faltaba razón, en aquellos días, cuando todo el mundo estaba cansado, desmoralizado y abandonado a un futuro imprevisible, y además con los nervios más que alterados, pero yo, de temperamento impulsivo, le grité que sólo le pedíamos un papel para que algún médico, fuera de donde fuera, asistiera a aquella señora. El militar se quedó perplejo y después de mirarme fijamente ordenó a uno de sus secretarios que nos entregara un oficio destinado al director médico del Hospital de Carabineros de La Jonquera. Mi amiga Pilar le dio las gracias y yo presenté disculpas por mi brusco comportamiento, pero después de saludarle militarmente, me preguntó mi nombre. Después de escuchar: “Teniente Joan Escuer Gomis, del XV Cuerpo del Ejército, 42 División, 226 Brigada Mixta” me dijo con una sonrisa: “Me acordaré siempre de usted, joven”. El mundo está lleno de casualidades y mientras íbamos a buscar a la hermana de Pilar para llevarla al hospital, me encontré a un comandante médico, aragonés, del mismo Cuerpo de Ejército que yo, y le expliqué la situación. Sin más, vino con nosotros a la cochera para llevar a la mujer a su consultorio de campaña donde le hizo un minucioso reconocimiento y un buen vendaje, tras lo cual todos pudimos tranquilizarnos. Cada día, en uno u otro momento, iba a visitar a las dos hermanas y entre nosotros nació una sincera solidaridad y una nueva amistad.

En estos días, paseando por las calles, me encontré con mi antiguo capitán de la Compañía de Ametralladoras, Agustín Segarra, a quien reemplacé cuando fue ascendido a comandante. A pesar de encontrarnos en aquellas circunstancias, la alegría fue inmensa. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, a consecuencia de sus heridas en la batalla del 21 de septiembre de 1938 en el Ebro, pero se mostraba resignado, a pesar de que su brazo le quedaría inútil para el resto de su vida. Me explicó que con un médico vasco y

dos enfermeras, una suiza y otra española, buscaban los medios para instalar un puesto de socorro provisional, visto el caos que reinaba en La Jonquera. Al punto de saber que el comandante médico militar andaba también por allí, me rogó que le acompañara hasta él, y en poco tiempo los dos médicos sentaron las bases del futuro puesto sanitario: en un caserón de dos o tres plantas, con la ayuda del Hospital de Carabineros, se instalaron unas cuantas camas y se organizó una sala de consultas. Mi amigo, el teniente Pedro Pagès, y yo fuimos los primeros hospitalizados.

Dos o tres días antes de pasar la frontera, se produjo otra agradable casualidad, cuando me crucé con el antiguo director de la Banda de Música del Regimiento de Infantería Almansa nº 18, don Ignacio Vélez González, entonces con el grado de coronel y director de la Banda de Música de la Guardia de Asalto de la Generalitat de Catalunya. También se encontraban en La Jonquera, su esposa e hija, en el puesto de control, listas para pasar a Francia, tan pronto se abriera la frontera; sin embargo, Vélez se mostraba preocupado por la falta de comida que afectaba a su hija, en pleno desarrollo de sus 16 años. Me lo llevé al puesto de sanidad del comandante Segarra y del médico vasco, donde consiguió cuatro chuscos de pan y, en prueba de solidaridad, me invitó a saludar a su mujer e hija. Cuando me vieron, ambas se echaron a llorar y a lamentarse de la situación en que se hallaban, mientras don Ignacio se quejaba de que hubieran querido seguirle en su suerte. Yo, ante la situación crítica de aquellas personas, idéntica a la de decenas y decenas de miles de mujeres y hombres, me sentía incómodo, así que opté por despedirme y marcharme de la manera más educada posible. Debía ser el 4 de febrero cuando, al dar una vuelta por el puesto de control, vi a la familia Vélez preparándose para salir camino de la frontera en un camión militar. Me acerqué a ellos y con un gran apretón de manos me despedí, para no volver a verlos jamás.

Pregunté a los miembros del control si ya habían abierto la frontera y me respondieron que sólo en parte, pero que, en la mañana del día 5, estaba previsto abrirla para mujeres, niños y ancianos. Enseguida di la noticia a las hermanas Munner, reco-

mendándoles que fueran preparando sus cosas y así poder estar listas para salir entre las primeras; les ayudé en lo que pude y les advertí de que iban demasiado cargadas, preguntándome cómo podían haber llegado hasta allí con semejante equipaje. Me preguntaron por mi ropa y ante la respuesta de que todos mis enseres los llevaba encima, me alargaron una manta de matrimonio de lana, casi nueva, un pantalón negro del marido de Pilar, que era camarero, un jersey azul marino, una toalla, dos pares de calcetines y dos pañuelos de bolsillo. En principio, rechacé la ropa, alegando que su generosidad podría ser causa de discordia matrimonial, pero ante su insistencia, la acepté. Para ser justo, vista mi apurada situación en cuanto a vestimenta, me dejé convencer con gran facilidad, y como la gente empezaba a abandonar pertenencias, encontré una maleta de tamaño mediano, en la cual pude guardar todo lo que me acababan de regalar.

El día 6 de febrero nos comunicaron que la frontera de Le Perthus estaba abierta para todo el mundo. Al llegar allí, con mi amigo Pagès, tuve una de mis mayores decepciones, al ver amontonadas en el suelo las armas de los soldados de la República. ¡Iluso de mí! Había creído a pie juntillas unas consignas que algunos camaradas del PSUC habían lanzado en La Jonquera, a saber, que tan pronto llegáramos a Francia embarcaríamos en el puerto de Port Vendres con destino a Valencia. Me sacó de mi estupor una voz de barítono: “¡Tú, dame la pistola!”; alcé los ojos y vi a un teniente de la Guardia Móvil francesa que me señalaba con el dedo repitiendo: “Sí, sí, tú, dame la pistola”. Indignado ante aquella petición, mi reacción no se hizo esperar: pedí la pistola del 9 corto de mi amigo, el teniente Pedro Pagès, y después de descargar todo el cargador, se la tiré a los pies, diciéndole: “Ahí la tiene”. Con su vozarrón me increpó: “*Rouge, eh, rouge*”.

### III. Exilio y resistencia

A las 10 de la mañana del día 6 de febrero de 1939, entraba en Francia, país de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, país de la democracia, de los derechos humanos, país que, con la revolución del 14 de julio de 1789, debía transformarse en un espejo, en el cual todos los demócratas y hombres de progreso debían verse. ¡Qué lastima que León Blum<sup>56</sup>, Edouard Daladier<sup>57</sup>, Georges Bonnet<sup>58</sup>, etc., el 18 de julio de 1936, en vez de crear el Comité de

56. Socialista que tuvo un papel relevante en el partido después del asesinato de Jean Jaurès. A pesar de su empeño, no pudo evitar la salida del PSF de los partidarios de la revolución soviética, que fundaron el PCF, llevándose con ellos el periódico *L'Humanité*. Trabajó para conseguir la unidad de los antifascistas e impulsó el Frente Popular, con radicales y comunistas, que ganó las elecciones en mayo de 1936, pasando a ocupar el cargo de primer ministro en el nuevo gobierno. Vilipendiado por las derechas a causa de las medidas sociales, Blum fue una esperanza para la República española, pronto defraudada por su política de apaciguamiento, concretada en el Pacto de No Intervención. En 1938 se negó a colaborar con el nuevo gobierno de Daladier y, durante el régimen de Vichy, fue perseguido, juzgado y entregado a la Gestapo que le internó en el campo de Buchenwald, en marzo de 1943.

57. Miembro del Partido Radical y presidente del Consejo de Ministros en 1933. Aliado con el PSF y el PCF en el Frente Popular, fue ministro de la Guerra en el gobierno de Blum y, a la caída de éste, presidió un nuevo gabinete, sin el apoyo socialista, abandonando todas las reformas sociales, con el argumento de hacer frente a la amenaza nazi. Fue uno de los firmantes del Pacto de Munich, junto al primer ministro inglés Neville Chamberlain. En marzo de 1940, fue sustituido en el ejecutivo por Paul Reynaud, y tras la invasión nazi escapó a las colonias de África, pero fue detenido por el régimen de Vichy, juzgado y condenado por traición a la patria. Entregado a los alemanes, permaneció en prisión hasta el final de la guerra.

58. Después de ocupar ministerios en diversas ocasiones, fue ministro de Asuntos



No Intervención y tomar una actitud pasiva ante el auge del desarrollo del zafascismo internacional, no hubiesen optado por un ayuda decisiva a favor del gobierno democrático de la Segunda República Española, legalmente elegido en las elecciones del 16 de febrero de 1936! Seguramente la Guerra de España no hubiera durado 32 meses y posiblemente la 2ª Guerra Mundial no hubiera estallado. Pero los Blum y los Neville Chamberlain de Gran Bretaña temían más una victoria del Frente Popular español que el éxito de los rebeldes, ayudados con todo descaro por Hitler y Mussolini.

Esta actitud de la socialdemocracia francesa y de los conservadores británicos envalentonó a Hitler, cada día más exigente; lo demuestra la ocupación de Austria, el 12 de marzo de 1938. Francia y Gran Bretaña aceptaron los hechos consumados en el Tratado de Munich, firmado por Daladier, Hitler y Mussolini, la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938<sup>59</sup>. El día 1 de octubre, las tropas de la Alemania nazi ocupaban los territorios de los Sudetes, en Checoslovaquia. Hay que decir que, por estas fechas, en el frente del Ebro se luchaba encarnizadamente. ¿Qué ayuda podíamos esperar de un país cuyos dirigentes, que se hacían llamar antifascistas, capitulaban sin rechistar ante las exigencias del monstruo de Hitler?

Poco a poco, nos íbamos adentrando en Francia, encuadrados siempre por Guardias Móviles y soldados senegaleses que no mostraban mucha simpatía por nosotros. Al llegar a Le Boulou, un hombre ya mayor nos gritó en catalán: "¡Sois una verdadera vergüenza! ¡Un ejército que no sabe luchar no se merece ningún respeto! ¡Nosotros resistimos en la guerra del 14 a los ejércitos ale-

./.. Exteriores en los meses previos a la 2ª Guerra Mundial. Su fuerte anticomunismo le llevó a defender la política de apaciguamiento con Hitler, con los acuerdos de Munich y sobre todo con su oposición a la declaración de guerra a Alemania. Durante la guerra, se alineó con Pétain y formó parte del Consejo Nacional, máximo órgano de poder de Vichy. Por su política de colaboración, después de la guerra huyó a Suiza, pero pronto regresó a Francia.

59. Para la República española, una de sus consecuencias había sido la retirada de las Brigadas Internacionales, hecho que empezó, el 25 de septiembre, con el repliegue de sus hombres de los frentes a la retaguardia y que culminó con su despedida oficial en Barcelona, el 28 de octubre.

manes durante cuatro años y vencimos!" Su tono era tan agresivo que no pude aguantarme y también de forma agresiva le contesté: "Sí señor, tiene usted razón, pero hay una cuestión de gran importancia que usted olvida y es que, mientras Francia se batía en el frente del Este, España nunca les cerró la frontera, centenares de miles de obreros españoles vinieron a Francia y, gracias a su trabajo, su país pudo mantener su economía de guerra y vencer al enemigo. Sin embargo, el gobierno francés, desde hace ya mucho tiempo, ha cerrado la frontera, impidiendo así a la República española aprovisionarse del material indispensable para su defensa y vencer al fascismo, que es también el enemigo de Francia". Ante mis argumentos, el hombre se quedó pensativo, pero afirmó que lo que le había ocurrido a España jamás le sucedería a Francia. Le puse la mano en la espalda, deseándole que su país no tuviera que vivir lo que el mío, pero añadí que, si por desgracia, se declaraba la 2ª Guerra Mundial, se acordara de las escenas que tenía en aquellos momentos ante sus ojos.

Siempre canalizados por guardias, hacia las 6 de la tarde llegábamos al campo de concentración de Argelers sur Mer. El día era ya bastante oscuro y no pudimos darnos cuenta del aspecto del lugar, pero si advertimos que no estaba provisto de habitáculo alguno, lo que nos causó muy mala impresión. Como estábamos muy cansados, hicimos un hueco en la arena y, vestidos, nos cubrimos con la manta que mi buena amiga Pilar me había regalado, y nos dispusimos a dormir. Al despertarnos, al día siguiente, el sol ya estaba alto y entonces nos dimos cuenta de la inmensidad del campo, bordeado por el Mediterráneo y cercado por alambre espinoso; en él se hacinaban ya miles y miles de personas de todas condiciones. Estábamos todos revueltos, militares y civiles, y había bastantes matrimonios con hijos y ancianos. Mi amigo, el teniente Pedro Pagès, no estuvo mucho tiempo en el campo, pues tenía familia en Francia. Un buen día, oímos cómo le llamaban por el altavoz ordenándole presentarse al puesto de mando con todo su equipaje, pues su familia le esperaba. Así nos separamos para siempre.

La vida no era nada fácil. Hacer política estaba prohibido y la única prensa que entraba era *La Dépêche* de Toulouse, órgano del

Un día tuve la visita de un capitán que me comunicó la consigna del PCE y del PSUC de hacer proselitismo para intentar reunir los hombres suficientes y embarcar, en Port Vendres o donde fuera, para reforzar el frente de Valencia. Me puse en movimiento de inmediato, pero la gente no estaba muy entusiasmada. Los miembros del PSOE y de Izquierda Republicana también hacían propaganda, pero en sentido contrario, e incluso estos últimos se habían quitado la estrella roja de cinco puntas de sus galones, alegando que las insignias del Ejército Republicano no eran gratas a las autoridades francesas. También algunos anarquistas estaban en contra de la propuesta de los comunistas, de forma que no tuvimos éxito. Lo que sí conseguí por mi actividad fue que un día por la noche, al salir de mi chabola, tres hermanos aragoneses de la FAI me atacaron por la espalda, dándome un golpe en la nuca con un instrumento contundente. Recobré el conocimiento en mi chabola, después que me recogieran un sargento y dos cabos de la CNT, de mi compañía, los cuales me informaron de la identidad de mis atacantes. Por la mañana, me personé en su chabola para advertirles de que iba a seguirles, dondequiera que fueren, a la espera de encontrar a uno de ellos solo, para darle su merecido; no hubo ninguna protesta, hecho que me confirmó que mi información era cierta. Al día siguiente, tuve la agradable sorpresa de ver que mis tres atacantes habían desaparecido de su chabola, así les perdí de vista para siempre.

En el campo me encontré con antiguos compañeros de la Banda de Música, entre ellos, Osieto, del Regimiento de Infantería Almansa nº 18, y el cabo de tambores, Osuna y pude comunicales que también estaba en Francia el director, Ignacio Vélez González, con su esposa e hija. Aquellos encuentros con viejas amistades significaron mucho para mí, sobre todo moralmente, ya que, en aquel inmenso campo, tener a alguien con quien compartir tus pensamientos, penas y risas, tan necesarias en los momentos bajos de moral, ayuda a no caer en la desesperación. Encontré también a la familia Nogueras, de Sant Feliu de Llobregat y nos vimos muy a menudo. La hija, de mi edad más o menos, había sido una de las responsables de la J.S.U.C. de Sant Feliu y creo que

ella y su familia se habían hecho alguna ilusión sobre mí, pero en aquella situación yo no era hombre para dejarse atar, lo que les causó una cierta decepción. El matrimonio Nogueras, antes de proclamarse la República, habían estado en Francia y tenían parientes en este país. Como es natural, empezaron a hacer gestiones para salir del campo de Argelers, primero lo hizo la hija y, al cabo de un mes o mes y medio, el padre, a bocajarro, me soltó que me había dejado quitar a su hija, ya que se había casado con un chico francés. Sin darle más importancia, le di la enhorabuena y le auguré que, gracias a su hija, no tardarían demasiado en poder salir del campo. Así fue, el tiempo justo para arreglar los papeles, y la familia Nogueras abandonaba el campo, completamente libre.

Estábamos agrupados por afinidades ideológicas y empezamos a hacer vida política; en mi célula había un camarada muy bueno, el estudiante de medicina José Travé. A través de *La Dépêche* de Toulouse nos enteramos de que el socialista Julián Besteiro y el coronel Casado, miembros del Consejo Nacional de Defensa, se habían sublevado contra el gobierno del Sr. Negrín; con el apoyo del VI Cuerpo del Ejército, al mando de Cipriano Mera, de la CNT, traicionaron la resistencia del Ejército Popular, entregando Madrid y la zona Centro, sin pegar un solo tiro, a las tropas rebeldes de Franco. El 1 de abril se daba fin a la guerra de España.

Había leído en un libro de Lenin, me parece que era *Las dos tácticas*<sup>63</sup>, referido a las elecciones a la Duma, que el Partido, para defender a los trabajadores, debía penetrar en los organismos oficiales, sin disminuir la acción clandestina; de acuerdo con esta idea, viendo a cantidad de cuadros políticos y sindicales que habían salido de España y la represión bestial de los fascistas españoles contra los dirigentes que permanecían allí, propuse en una reunión que el Partido debería dar orientación de penetrar en los Sindicatos Verticales<sup>64</sup>, a fin de no dejar a los obreros huérfanos, política y sindicalmente. Estuvieron de acuerdo conmigo tres o cuatro

63. Se trata de *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, 1905.

64. Nombre con que es conocida la Organización Sindical Española, fundada en 1940; sin embargo el régimen franquista creó con anterioridad otros organismos para encuadrar a los trabajadores, una vez proscritos los sindicatos de clase.

Partido Radical Socialista, liderado por Daladier. El periódico comunista francés *L'Humanité* no estaba autorizado a penetrar en el campo y si, por casualidad, entraba algún ejemplar y te encontraban leyéndolo, inmediatamente eras castigado al “cuadrilátero”, un cuadrado de alambre espinoso, de dos o tres metros de lado, en el que había que permanecer encerrado el tiempo que durara el castigo, con un mínimo de agua y comida casi inexistente. Era un castigo muy duro y, según parece, habitual en los regimientos coloniales y en la Legión Francesa. También más de un responsable del PCE, del PSUC y algunos anarquistas fueron encarcelados en el castillo de Collioure<sup>60</sup>. La democracia de la Francia oficial brillaba por su ausencia. Guardias Móviles y soldados senegaleses nos trataban con hostilidad, y los Spahi<sup>61</sup>, soldados de África del norte, hacían dos o tres veces al día la ronda por el interior del campo, montados a caballo. Cuando pasaban, lo mejor era dejarles el paso libre para evitar que te echaran los caballos encima y, en caso de reyerta, acudían sable en alto, pegando golpes a diestra y siniestra con el sable plano.

En Port-Vendres fondeaba un barco habilitado como hospital<sup>62</sup> por las autoridades francesas y en él más de un herido de nuestra guerra se dejó un brazo o una pierna. Conocí el caso de dos jóvenes soldados que pasaron la frontera con un brazo y un pie enyesados, y volvieron sin ellos del barco-hospital; cuando el comandante médico español les vio regresar mutilados, se arrancaba los cabellos de la cabeza. Corrían rumores de que los médicos militares franceses hacían prácticas de cirugía de guerra, pero

60. La fortaleza, a pocos kilómetros de Argelers, al principio, albergó a pequeños grupos de refugiados, entre los que se contaba Antonio Machado, pero a los pocos meses se convirtió en un centro de reclusión para aquellos que eran considerados subversivos e indisciplinados.

61. La palabra tiene su origen en los efectivos a caballo que los turcos usaban como refuerzo de sus tropas en las campañas de envergadura. Una vez los franceses ocuparon Argelia, estos jinetes fueron puestos al servicio de la conquista y control colonial.

62. Anclados a una milla del puerto, los buques Marechal Lyautey y Asni albergaban dos hospitales flotantes.

me cuesta creer que un profesional de la medicina sea capaz de cometer tales monstruosidades.

Al principio, carecíamos de agua potable y el mando francés mandó instalar unas bombas a unos 30 o 40 metros del mar, pero el agua que se extraía tenía el regusto salado y provocaba disentería, hasta tal punto que se formaban colas interminables delante de las letrinas. Muchos, no pudiendo aguantar los retortijones de tripa, se iban piernas abajo, provocando muchas risas, a pesar de la dramática situación.

Pronto se estableció en el campo una especie de Rastro; allí se compraba, se vendía y se intercambiaba todo, incluso billetes de la República, sin curso ni valor legal alguno, por francos. Nunca comprendí aquel negocio. Por parte de los Guardias Móviles hubo algunos casos de abuso. Cerca de donde se había instalado, había tres o cuatro familias de Sabadell -entre ellas, el matrimonio Mas, él era el responsable de la CNT-FAI del Vallès Occidental-, un grupo de excelentes personas. Una niña de 3 o 4 años se puso enferma y la madre, desesperada por carecer de leche para la pequeña, se fue al Rastro para intentar vender un reloj de pulsera de oro. El brigadier de los guardias, después de mirarlo y requequemirarlo, se sacó la cartera y le dio por el reloj 50 francos, pero la señora protestó por el poco dinero y le pidió que le devolviera su bien, a lo cual el guardia contestó que lo haría si le presentaba la factura de la compra del reloj, en caso contrario, estaba bien pagado, porque, a lo mejor, era robado; añadió, además, que mantuviera la boca cerrada si no quería verse metida en un lío. Así se quedó la joya el desaprensivo, sin que a la señora de Sabadell le sirviera de nada protestar, llorar y patelear.

El mes de febrero estaba bastante avanzado y el campo de dividió en dos, al lado derecho, el campo militar, y al izquierdo, el civil. A pesar de prohibirnos comunicarnos unos con otros, no conseguimos su propósito. El mando español me nombró jefe de una compañía de la cual nunca llegué a saber el batallón a que pertenecíamos. Los que habíamos podido adquirir unas chapas onduladas, algunas tablas de madera y unos cuantos metros de cartón alquitranado, nos construimos una especie de barraca, más bien chabola, que nos resguardaba de la intemperie y el frío.

camaradas, pero los responsables y la mayoría de asistentes nos trataron de colaboradores e incluso, algunos, de traidores. Menos mal que José Travé intervino en nuestra defensa y la cosa no fue más allá.

Estábamos ya a principios del mes de mayo de 1939 cuando se nos informó de que en Agde se había construido un campo para los catalanes y que los que desearan ser trasladados allí debían inscribirse en el mando francés de Argelers. Ni corto ni perezoso fui a apuntarme y, en la cola, me encontré al camarada Travé, que también deseaba dejar el campo de tan pésimo recuerdo. El 8 de mayo, a través del micrófono, nos mandaron presentar al mando, donde un coronel del ejército galo nos informó de las características del nuevo campo, con barracones de madera y distribución militar. Después de su arenga sobre la moral y el honor militar, subimos en camiones del ejército de la República Española y, hacia las 16,30 horas, llegamos a Agde.

Mi sorpresa fue grande cuando vi que el intérprete era mi gran amigo Sergio Puig Almirall, a través del cual había ingresado en el PSUC, el 23 de julio de 1936, y con el que también había compartido meses en el frente de Madrid. Junto al camarada Travé me condujo a la barraca de oficiales nº 2, donde nos instalamos, dejando para más adelante el relato de nuestras vidas en los últimos meses. En la barraca conocí a los hermanos Anglada -el mayor, que era capitán, estaba aquejado de paludismo y las pasaba moradas cuando tenía una crisis, menos mal que no le faltaba la quinina-, al capitán de la Guardia de Asalto, Lizcano, a Rafael Pradas, un periodista muy inteligente encargado de describir cada día los rasgos más sobresalientes de la vida cotidiana, al capitán de la Marina de Guerra, Sunyer, a un teniente de navío, hijo del almirante que mandaba la base de Cartagena -me parece que se llamaba Beltrán Carrasco-, y a un profesor de música de la Banda Municipal de Madrid, Contreras, un virtuoso del violín que nos agasajaba a menudo con sus interpretaciones de los grandes maestros, nacionales e internacionales. También tuve una gran alegría al encontrarme en el campo, sano y salvo, al teniente coronel Calduch, antiguo teniente de mi Regimiento de Infantería Almansa

y uno de los oficiales que jugó un papel muy importante al lado de la República, el 19 de julio de 1936.

Ya en el campo de Argelers, el mando francés nos coaccionaba para alistarnos a la Legión Extranjera, Batallones de Marcha<sup>65</sup> o a las Compañías de Trabajadores Extranjeros<sup>66</sup>, con la amenaza de mandarnos a España como alternativa. El PCE y el PSUC habían lanzado la consigna de negarnos a firmar ningún papel, dando como respuesta que sólo queríamos salir a trabajar como obreros libres. En Agde sucedía lo mismo y a menudo se presentaba una comisión del ejército francés a hacernos las mismas preguntas, y los comunistas dábamos también la misma respuesta. Lástima que el PSOE, IR y la CNT-FAI nunca dieron a sus afiliados una consigna enérgica en contra de la propuesta del gobierno francés. Alis-tarse a una de aquellas formaciones militares suponía aceptar el haber del soldado francés, 0,5 francos diarios, y el mismo salario por 9 horas de trabajo en las CTE, la comida y unos paquetes de picadura de tabaco Scarfelati o de Gauloise-Troupe a la semana. El contrato se firmaba por 5 años, al término de los cuales quedaríamos libres y, según prometían, obtendríamos la nacionalidad francesa. Repito, por falta de unas consignas claras y precisas de las tres organizaciones mencionadas, muchos de nuestros compatriotas fueron a parar a la Legión Francesa o a las CTE; unas compañías fueron a parar a la Línea Maginot y a la frontera de Italia, para construir y reparar fortificaciones, otras, a la construcción de pistas aéreas y carreteras estratégicas.

Pero el mando francés, viendo que a los españoles que quedaban en el campo les faltaba entusiasmo para alistarse, decidió em-

65. Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros.

66. A partir del decreto de 12-4-1939, se obligaba a los refugiados o a los hombres sin nacionalidad, de entre 20 y 48 años a realizar, por un período similar al de la duración del servicio militar francés, tareas o prestaciones, como construcciones o demoliciones, que no supusieran competencia con la mano de obra francesa. Posteriores decretos, 27-5-1939 y 13-1-1940, concretaron las características de las CTE. Si bien los alistamientos voluntarios tuvieron poco éxito, a partir de la declaración de guerra, por el D. 4-9-1940, las CTE se organizaron masivamente en los campos.

plear la fuerza. A últimos de junio o principios de julio, se presentó una compañía de la Guardia Móvil, acordonaron un par de barracas y, sin preguntar a nadie, formaron una de aquellas CTE y se la llevaron. Nuestra reacción no se hizo esperar. Los tres campos al unísono presentaron por escrito un protesta muy enérgica a la Prefectura de Montpellier, seguida de una huelga de hambre, que duró tres días. Al cuarto día, los primeros en rajarse fueron los de Izquierda Republicana, que dieron la consigna de coger el desayuno a sus miembros; al mediodía, ellos mismos y los socialistas fueron a por la comida. En resumen, los comunistas nos quedamos solos y decidimos abandonar la huelga. Durante los días que duró la protesta, la Guardia Móvil detuvo al jefe español del campo nº 1, el legendario teniente coronel Trueba, y lo encerró en el penal del castillo de Collioure. Más tarde me enteré de que había podido emigrar a América Latina. Fuese como fuese, nuestro movimiento no fue en vano, puesto que nunca más los guardias móviles se llevaron un solo hombre a la fuerza a las CTE.

Durante todo el mes de mayo y a diario, llegaban grupos de refugiados procedentes de otros campos. Yo siempre preguntaba de dónde venían y si conocían a un tal Enrique Escuer Gomis, pues no tenía noticias suyas, hasta que encontré a un chico que venía del campo de Barcarès. Le conocía bien y me informó de la intención de mi hermano de volver a España, al no saber tampoco nada de mí. Pronto pude ponerme en contacto con él y así anuló su idea de repatriarse.

En el campo había varios intelectuales, médicos, abogados, ingenieros, profesores... y también artistas. Entre los “bailaores” y “cantaores” de flamenco, había el famoso Chorrohumo<sup>67</sup>, que fue célebre en el Paralelo de Barcelona en los tiempos de la República. ¡Cuántas veces nos deleitó con su magnífica voz! También había diversos miembros del Orfeón Catalán y, con un joven director, formaron un coro, al cual me incorporé; después de las pertinen-

67. Chorrohumo fue un patriarca gitano del Sacromonte granadino de finales del siglo XIX y principios del XX. Sus familiares siguieron teniendo gran ascendiente en los medios artísticos del flamenco.

tes pruebas, me incluyeron en el grupo de tenores segundos. En este grupo artístico, se cantaron canciones del folklore catalán, entre ellas *L'Emigrant*, sardanas e incluso *Les flors de maig*, también aprendimos a cantar *La Marsellesa* en francés.

Llegaron también varios deportistas españoles y catalanes de primera fila, como los hermanos Tugas. El mayor fue el campeón de lanzamiento de martillo, el segundo, antiguo campeón de lanzamiento de disco; el ingeniero Jaime, campeón de cross-country de medio fondo de España, mi amigo y camarada Sergio Puig Almirall, campeón de los 100 metros lisos de Cataluña. También llegaron varios jugadores de basket-ball, del equipo del Barcelona, y futbolistas muy buenos, pero nos faltaba lo principal: el terreno para practicar el deporte. Pues bien, con la ayuda del camarada Puig y una delegación de deportistas se pidió al prefecto del Hérault permiso para construir un mini-estadio. Una vez conseguida la autorización, nos pusimos manos a la obra y, en un tiempo record, construimos el campo de fútbol, con sus pistas alrededor, un terreno para jugar al basket-ball, una pista de salto de altura, de longitud y de salto con pértiga. A mediados de junio, se inauguró el terreno de deportes, con la presencia del prefecto de policía del departamento de Hérault, del coronel de la Guardia Móvil de la región, acompañados del alcalde de Agde y otras personalidades civiles y militares. A continuación, se jugó un partido de fútbol entre el equipo del campo y otro del ejército francés que ganaron nuestros compañeros. Los hermanos Tugas nos obsequiaron con una bonita exhibición de lanzamiento de martillo, disco e incluso de jabalina. Las pruebas de atletismo fueron a cargo de los campeones de España, Jaime, en los 1.500 metros, y de mi amigo Sergio Puig, campeón de Cataluña de los 100 metros lisos. Yo, que compartía mis actividades entre el coro y el atletismo, participé en la carrera de los 800 metros, que gané solamente por un escaso metro. Si la distancia hubiese sido 10 o 12 metros mayor, la victoria la habría conquistado el segundo, más experto y veterano que yo, pero le vencí, porque confió demasiado en su potencia.

Todo el mes de julio y agosto lo pasamos relativamente bien. A últimos de julio o principios de agosto, recibimos la visita del

mariscal Gamellin<sup>68</sup>; nos formaron a todos por barracones y pasó revista. El coro cantó *La Marsellesa* en francés, nos dedicó unas palabras de amistad y, sin más, se marchó.

El ambiente político internacional empeoraba a una velocidad vertiginosa. El 23 de agosto de 1939 se firmó el Pacto de No Agresión Germano Soviético, firmado por Von Ribbentrop y Molotov, hecho que causó un profundo malestar y confusión, principalmente entre los trabajadores e incluso en muchos comunistas, pero para los que estaban al tanto de la situación internacional, este pacto fue el resultado de la política de capitulación de las potencias llamadas democracias burguesas ante las exigencias cada vez mayores de Hitler. En este sentido, cabe recordar la conducta negativa de Inglaterra y Francia con la República española durante la Guerra Civil, la anexión de Austria al Reich, el 12 de marzo de 1938, y la firma de los acuerdos de Munich, el 30 de septiembre del mismo año. Los gobiernos francés e inglés aceptaron el hecho consumado sin mover un dedo, sembrando así el desánimo y la confusión en sus pueblos, sobre todo en los trabajadores. Así, la Unión Soviética, viendo que la amenaza de guerra era cada vez más grande, propuso a los gobiernos de Francia y Gran Bretaña entablar negociaciones tripartitas y firmar un tratado de alianza contra el espíritu de arrogancia nazi-fascista de querer dominar todo el mundo, pero la comisión tripartita tenía un grave defecto y es que las delegaciones anglo-francesas no eran plenipotenciarias, mientras la de la URSS sí lo era. El resultado de esta anomalía voluntaria fue que, después de varios meses de reuniones, no se pudo firmar el más mínimo acuerdo y quedó demostrado bien a las claras que ni Francia ni Gran Bretaña estaban dispuestas a firmar nada en serio. Lo que querían era ganar tiempo hasta que

68. Posiblemente se refiere al general francés, Maurice Gustave Gamelin. Durante la 1ª Guerra Mundial, actuó junto al mariscal Joffre y en 1938 fue nombrado jefe de la defensa nacional. Al estallar la 2ª Guerra Mundial, confió en las defensas de la línea Maginot y vaciló en el ataque, temiendo las represalias. En mayo de 1940, fue substituido por el general Weygand. Arrestado por el gobierno de Vichy, fue enviado a Alemania, donde se le mantuvo encarcelado hasta 1945.

Hitler se decidiera a atacar la Unión Soviética y esperar que las dos potencias estuvieran bien desgastadas para intervenir en la contienda y repartirse el pastel.

Mientras proseguían las conversaciones, el fascista y antiruso dictador de Polonia, el coronel Beck<sup>69</sup>, declaró por dos veces que, en caso de guerra contra Hitler, jamás autorizaría el paso del Ejército Rojo por territorio polaco. El mismo Winston Churchill dice en sus memorias que fue esta posición de Polonia la que impidió la alianza de las tres potencias, aclaración del gran estadista británico que justifica el pacto germano-soviético. Unos días antes de la firma, Stalin anunció por radio que la Unión Soviética se vería obligada a tomar decisiones que extrañarían al mundo entero, pero siempre en pro de la clase obrera y en defensa de la paz; añadió, además, que nadie escaparía a la contienda y que quienes pensasen que la URSS se batiría sola contra el III Reich, también se verían arrastrados hacia la lucha. Tan pronto se conoció el Tratado, Gran Bretaña y Francia reaccionaron violentamente contra el Partido Comunista de sus países, acusando a la Unión Soviética de traición. En Francia se acusó a los comunistas de agentes de la URSS, se levantó la inmunidad parlamentaria a los diputados comunistas, se puso al PCF en la ilegalidad, a partir de la Ley Daladier, del 23 de septiembre de 1939, y se prohibió la publicación de *L'Humanité*, órgano del Partido. ¿Con qué moral se podía acusar de traición a la Unión Soviética, cuando los gobiernos francés e inglés accedieron sin rechistar a todas las exigencias que Hitler les presentó desde 1936 a 1940?

69. Józef Beck, ministro de Exteriores en los años que Polonia se enfrentaba a los deseos expansionistas de la URSS y de Alemania. Sus inclinaciones fascistas le llevaron a un acuerdo con Alemania, inmediatamente después de la subida de Hitler al poder; los incidentes a causa de Danzig disminuyeron y no se opuso a la anexión de los territorios de Checoslovaquia, a pesar de la merma en los dominios de su país. Entonces, trató de obtener el apoyo de Francia y Gran Bretaña para salvaguardar la independencia de Polonia. Tras la invasión de las tropas alemanas y la huida de los oficiales polacos, Beck se instala en Rumanía, donde pasa el resto de la guerra. El 1 de septiembre de 1939 el ejército alemán, sin previa declaración de guerra, inicia la invasión de Polonia.

Pese a la garantía incondicional que Gran Bretaña había dado a Polonia, el día 24 la Alemania nazi convirtió la cuestión de Danzing en el detonador que había de desencadenar el comienzo de la 2ª Guerra Mundial. Los nazis atacaron Polonia el 1 de septiembre de 1939, sin previa declaración de guerra, y el día 3 de septiembre de 1939, casi 7 meses después de mi entrada en Francia, ésta declaraba la guerra a Alemania. El ejército francés se limitó a reforzar la Línea Maginot y los ingleses enviaron un cuerpo expedicionario a Francia, pero sin tomar la iniciativa, dejando que el ejército polaco se defendiera solo contra las tropas del Reich, mientras que la URSS recuperaba los países bálticos cedidos en el tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, y parte de Polonia.

Más de la mitad de los componentes del campo de Agde fuimos conducidos en dos camiones al campo de Barcarès, donde por primera vez desde que caí herido, el 17 de enero, pude reunirme con mi hermano Enrique. A los 10 o 12 días, nos anunciaron el traslado al campo de Saint-Cyprien, donde permanecimos hasta el 18 de octubre, en que fuimos llevados al campo de Septfonds, llamado Camp de Jude. Las autoridades francesas, para atender las necesidades de guerra, instalaron un taller de pruebas para diferentes profesiones, especialmente el sector metalúrgico y la construcción. Yo me examiné de cerrajero y de soldadura autógena.

El campo se transformó en un recinto de transeúntes, de paso de diferentes CTE, en una de las cuales pasó mi amigo Antonio Sancho Juncosa y poco después mi hermano, integrante de la 641 CTE, camino de su destino en el departamento de la Dordogne, en las cercanías de Bergerac. También llegaron a Septfonds soldados de la aviación del Ejército Polaco que pudieron escapar de su país. Una simple valla de alambre separaba su campo del nuestro e intentamos entablar amistad con nuestros vecinos, pero estaban sometidos a una férrea disciplina y no pudo existir la más mínima relación entre unos y otros. Nosotros insistíamos, les explicábamos que éramos antiguos combatientes de la República Española y que habíamos luchado, como ellos, contra el fascismo, pero nuestros esfuerzos fueron nulos. Ni un guiño de ojos, ni una sonrisa, ningún signo de solidaridad pudimos arrancar a aquellos

hombres. A mí, personalmente, me daban mucha lástima. Eso sí, los domingos por la mañana, en columnas de tres, iban a misa, marchando al son de la famosa canción *La Paloma*, cantada como una marcha fúnebre; hacía un efecto espantoso, musicalmente hablando.

El 13 de febrero de 1940, las autoridades francesas leyeron una lista de nombres por el altavoz, entre ellos el mío, instándonos a concentrarnos de urgencia en la explanada del campo, donde habían un capitán de la reserva francés, un teniente y unos 14 o 15 soldados, junto a un intérprete andaluz, llamado Paco, un capitán del Ejército de la República, del Pozo, y cinco o seis tenientes también españoles. Meunier, el capitán francés, nos comunicó, con muy buenos modales, que desde aquel momento formábamos parte de la 218 CTE, recomendándonos recoger nuestro equipaje para salir a trabajar al día siguiente. Por la mañana, temprano, en camiones militares, fuimos a la estación de ferrocarril de Montauban y tomamos el tren en dirección a Toulouse y, por la tarde, llegamos a los arrabales de Burdeos, exactamente a Saint-Médard-en-Salles, donde ya había nueve compañías de españoles, empleados en los trabajos de la fábrica de pólvora.

El día 15 nos sacaron del barracón y nos formaron en la calle, en línea de a tres, y contra maestros, jefes de equipo y obreros calificados se presentaron ante nosotros. Un obrero de unos 42 años, Jules Pérard, me preguntó si quería trabajar con él. Después de mi respuesta afirmativa, le seguí, y en el camino me preguntó si había hecho la guerra contra Franco, ante lo cual le contesté que si no fuera así, no estaría allí. Con una gran sonrisa me dijo: "Bien, camarada, bien". Nuestro trabajo consistía en formar y montar las tuberías de calefacción para secar la trilita, y mi nuevo amigo Pérard me indicó que los que cortaban tubos de empresa recibían una prima de rendimiento de 500 francos, dos veces por mes. Al distribuir los sobres, el ingeniero Meyer me entregó el mío con los 500 francos y me anunció que si seguía trabajando de la misma manera cobraría la prima, como los demás obreros.

Lo primero que hice fue comprarme una camisa de vestir, una corbata, dos pares de calcetines, un par de zapatos y comer en el

restaurante. Por cierto, por nueve francos, me dieron un menú de tres platos, pan a voluntad, vino, postre y café; como se suele decir, me puse como "el Quico". Un domingo, el camarada Pierre Durand me invitó a comer en su casa, en Corderant, en las afueras de Burdeos; como persona civilizada, me presenté con un ramo de rosas rojas. Me presentó a toda la familia y, después de comer, charlamos de todo un poco, de música, pues su hijo era saxofonista en una orquesta de Burdeos, pero el plato fuerte fue la guerra de España y la Segunda Guerra Mundial. Pasé un domingo maravilloso y, al despedirme, la hija me regaló un diccionario Inglés-Francés y viceversa y, a pesar de no conocer el inglés, me sirvió para aprender la escritura de las palabras francesas. Al día siguiente, en el trabajo, Pierre me repitió que las puertas de su casa estarían siempre abiertas para mí, palabras que significaron un gran fortalecimiento moral, ya que había unas personas que me tenían una mano y estaban dispuestas a ayudarme. Esto jamás se puede olvidar.

Paseando un domingo delante de una frutería, me paré a comprarme algo de fruta. Me sirvió una dependienta muy guapa y, como yo era el único cliente, me entretuve un poco en hacerle la "rosca" y al ver que no le era indiferente, le pedí poder volver a verla. Me citó para el día siguiente para ir juntos a un baile y hacia allí nos encaminamos con un grupo de amigas y amigos. En una gran sala de baile todo transcurría de maravilla; yo bailaba alternando con casi todas las chicas del grupo, cuando de repente se presentó otro grupo que empezó a armar camorra contra nosotros. Con la ayuda de dos o tres jóvenes más, traté de separar a los contrincantes, pero la paz no duró demasiado tiempo, y los puñetazos, las patadas y los cabezazos se producían con mayor violencia y mi intervención fue mucho más tibia. Yo ignoraba el motivo de aquella pelea, además, por mi situación de refugiado político español y miembro de una CTE, sin documentación oficial, con sólo un *laissez-passer*, que nos expedía el capitán francés los domingos, calculé que lo mejor era quedarme fuera de la reyerta y evitar posibles trastornos no deseables para mí si se presentaba la policía. Cuando el barullo se calmó, me acerqué a la chica y le pregun-

té el por qué de aquella pelea, pero no supo o no quiso decírmelo. La acompañé a su casa y quedamos citados para el próximo domingo; y efectivamente, en la misma sala de baile y con el mismo grupo de amigos, la camorra empezó de nuevo con el grupo antagónico. Tranquilo en un rincón, observé y deduje el por qué de la reyerta, mi intuición me decía que la única causa era Odette, que era así como se llamaba mi amiguita. Cuando cesó el alboroto, continué bailando con las otras amigas hasta el final del baile y, al acompañar a Odette a su casa, le pedí seriamente si su presencia era la razón de las peleas. Sollozando, me respondió afirmativamente, a la vez que me explicaba cómo un chico del otro grupo no se había resignado a que ella dejara de salir con él. Le planteé dos soluciones, cambiar de baile y de amigos o ir al cine, pero no me fue posible cumplir con la cita para ir al cine, ya que mi Compañía fue trasladada urgentemente a la refinería de petróleo de La Pallice (Charente inferior) para reparar unos depósitos destruidos por la aviación nazi. No tuve tiempo de despedirme de mis compañeros de trabajo ni de Odette.

Efectuamos el viaje de noche y en vagones de mercancías y fuimos alojados en una barraca en los tinglados del puerto. No hacía ni media hora que habíamos llegado, cuando el capitán Meunier pidió 10 o 12 voluntarios para cargar unos vagones de trigo para el ejército francés; di un paso adelante, junto a 11 compañeros de la CNT, casi todos de Barcelona, y un asturiano del PCE. Apenas habíamos acabado de comer, un buen trozo de pan y un bistec de carne de buey frito, cuando se presentó un teniente francés, más o menos de mi edad, con unos modales nada correctos, que presagiaban desconfianza y problemas. Llegamos a la estación y nos llevó a una nave llena de trigo amontonado, donde nos dio la orden de llenar sacos, pesarlos hasta cien kilos, atarlos, llevarlos con el diablo hasta el vagón y apilarlos. ¡Menos mal que la nave estaba a la misma altura que las puertas de los vagones! Nos pusimos a trabajar con ahínco, sin parar ni comer hasta las cinco de la tarde, hora en que se presentó el teniente, preguntándome cuántos sacos habíamos cargado. Yo le contesté que 575 y, al oír la cifra, se puso como una fiera, tratándonos de vagos e ineptos, y



que por esta causa habíamos perdido la guerra. Aquí sí que me tocó la fibra sensible. Aguanté al chaparrón apretando con las manos el diablo cargado con un saco de 100 kilos, hasta que pegué un gran grito: “¡Basta ya!”, a la vez que le increpaba a que cargara él el vagón, soltando el diablo con tal violencia que se partió en dos, lo que aumentó la cólera del famoso teniente. Todos los compañeros se solidarizaron conmigo y regresamos a la compañía; allí nos presentamos al capitán López y le contamos lo sucedido. El hombre no supo qué decirnos ni tampoco darnos ánimos.

Al día siguiente, una vez formados, se presentó el capitán Meunier, dos señores de paisano y el teniente de marras, que me señaló al llegar a mi altura. Me mandaron salir de la fila, pero los compañeros de equipo también salieron de la formación, en señal de solidaridad, hecho que desconcertó totalmente a mis interlocutores. Me pidieron educadamente que les siguiera al despacho del capitán para que explicara lo sucedido, antes de lo cual pedí con quiénes tenía el honor de hablar. Después de excusarse, me informaron de que eran un delegado del ministerio de la Guerra francés y un inspector del ministerio de Trabajo; entonces di detalladas explicaciones y les notifiqué que yo era capitán del Ejército de la República Española y que, por lo tanto, nunca toleraría que nadie insultara a los componentes del ejército que durante 32 meses había luchado tan valerosamente contra el enemigo y sus aliados que entonces estaban en guerra con Francia. Me parece que di en el clavo, puesto que aprobaron mis argumentos y me prometieron que el teniente en cuestión no cometería nunca más aquel error, pero, a pesar de todo, el instinto me decía que debía tomar mis precauciones. A punto de finalizar la entrevista, me propusieron como jefe de equipo, por la influencia que debía ejercer sobre mis compañeros, a juzgar por su actitud de solidaridad hacia mí. Comprendí que se trataba de una jugarreta diplomática y rechacé la oferta, argumentando mi falta de aspiraciones para ser jefe en una compañía, salvo que me eligieran mis propios compañeros. Al salir del despacho, en presencia del capitán francés y las

dos autoridades civiles, expliqué la situación a mis amigos de trabajo y por unanimidad fui elegido jefe de equipo de la 218 CTE.

La siguiente tarea fue cargar un tren de carbonilla vegetal para la fábrica de pólvora de Saint-Médard. En todos los sitios, los jefes de equipo no trabajan, solamente vigilan, pero este no era mi caso; mi moralidad nunca me ha permitido ver a los demás trabajar, mientras yo miraba con los brazos cruzados. Así pues, cargaba sacos como los demás, cuando el teniente de mis quebraderos de cabeza, chillando como un condenado, me dijo que me prohibía trabajar, ya que como jefe de equipo daba mal ejemplo. Opté por no contestar y, cuando se cansó de gritar, se marchó y no lo vi más en todo el día.

Una vez terminado el cargamento del tren, recibimos la orden de trasladarnos a la ciudad de Rochefort para descargar dos barcos mercantes ingleses, el primero de los cuales contenía cereales y café. El capitán del barco, un inglés muy joven que hablaba correctamente castellano, nos preguntó si éramos republicanos y si habíamos hecho la guerra contra Franco, a lo cual respondimos afirmativamente; luego se interesó por la comida que nos daban en la compañía y, ante nuestra respuesta: “Poca y mala”, mandó soltar dos sacos de judías secas de cien kilos al suelo y como, naturalmente, se reventaron, nos dijo que las cogiéramos para mejorar nuestra dieta. ¡Caramba si mejoró la cocina de la compañía! A partir de aquel día, no pasamos hambre, y además el gesto de solidaridad del capitán levantó nuestra maltrecha moral y nos demostró que, afortunadamente, en Inglaterra, no todo el mundo era como Chamberlain.

El segundo barco estaba cargado de balas de algodón de dos medidas. Las mayores pesaban unos 500 kilos y para moverlas se necesitaba un mínimo de 6 hombres; las menores pesaban unos 350 kilos. El barco se encontraba colocado justo frente a los despachos de la administración del puerto, así que podíamos comunicarnos con el personal. Para la tarea de descarga éramos tres equipos, uno a proa, otro en el centro, y el mío a popa; los dos primeros equipos disponían de dos grúas internas, además de las

del propio barco que depositaban hasta la misma puerta las balas de algodón, de manera que podían manipularlas con el mínimo esfuerzo. En la popa solamente se disponía de la grúa que subía las balas desde la bodega del barco y las depositaba a ras de suelo, de manera que a fuerza de brazos había que subirlas hasta la borda. En semejantes condiciones, el rendimiento no podía ser el mismo que el de los otros dos equipos, que descargaban al día 150 balas, mientras que el mío, una media de 75, hecho que provocó otro enfrentamiento con el teniente. Al final de la jornada, se presentó para informarse de la cantidad de balas descargadas, y al oír que yo pronunciaba la cifra de 75, empezó a chillar y a gesticular como un demente. Sin inmutarme, le contesté que los otros dos equipos trabajaban en mejores condiciones, y a pesar de que me ordenó callarme, le recordé que la compañía no era una unidad militar y que sus componentes éramos civiles especialistas en diferentes ramos de la metalurgia. Poco después, el capitán Meunier llamó a los jefes de equipo para pedirnos el balance de la jornada de trabajo; como era de esperar, notó la diferencia entre los otros grupos y el mío, pero, a pesar de conocer suficientemente las causas, tuvo a bien recomendarme que intentara mejorar el rendimiento, para evitar el enfrentamiento con aquella persona que no me quería ningún bien.

Ya he comentado más arriba que nos podíamos comunicar con el personal de la oficina del puerto, entre el cual trabajaban de mecanógrafas unas cuantas chicas de 18 a 25 años, a mis ojos, todas muy guapas. Había dos a las que no era indiferente y cada día, antes de emprender el trabajo, hablábamos y hacíamos broma, lo normal entre jóvenes. Y mira por donde, mi antagonico teniente se había encaprichado de una de ellas. ¡Qué malos son los celos! Un día, el militar nos increpó y nos reprochó falta de imaginación en la forma de colocar la bala de algodón sobre el diablo para evitarnos movimientos; cuando le objeté que se necesitaban tres hombres para hacerlo de aquella forma, se puso de nuevo a insultarnos, hasta que le reté a que lo probara él mismo. Ni corto ni perezoso, se quitó la guerrera y se agarró con ganas a los brazos del diablo, pero le fue imposible moverlo un milímetro del suelo. Aquellas mujeres y hombres que habían presenciado la bronca

que nos armó, empezaron a reírse de él e incluso se oyó una voz lejana tratándole de fanfarrón. Durante dos o tres días no lo vimos aparecer.

Cuando ya estábamos terminando de descargar el barco, se presentó de nuevo y subió al sexto piso de las pilas, mientras yo contaba el número de piezas descargadas aquel día. De repente oí a mis compañeros chillar acaloradamente, diciendo que no eran esclavos, mientras el teniente francés les contestaba: "Si no queréis serlo, marcharos con Franco". Visto y no visto, la reacción de aquellos hombres fue cogerlo en volandas e inclinarlo cabeza abajo para soltarlo del sexto piso. Yo grité con todas mis fuerzas que no ejecutaran aquella acción, que no valía ir a la cárcel por un individuo como aquél. Al llegar a la compañía, el capitán Meunier me felicitó por mi comportamiento y me pidió que no juzgara a todos los militares franceses por la actitud de aquel oficial, a lo cual objeté que en todos los ejércitos del mundo había gente correcta y, afortunadamente, eran los menos los que se manifestaban como aquel joven inexperto. Después de darme las gracias, sacó del cajón tres informes muy desfavorables contra mi persona, acusándome de instigador, comunista y embaucador. Ante mi pregunta de que pensaba él de todo aquello, conociéndome desde hacía cinco meses, cogió los tres papeles y delante de mí los quemó.

La guerra iba mal para Francia. El 14 de junio las tropas hitlerianas llegaban a la estación del Este de la capital francesa. En pocas horas, París fue totalmente ocupada, se puede decir que sin pegar un solo tiro. Paul Reynaud<sup>70</sup>, que el día 21 de marzo de 1940

70. Miembro de la Alianza Democrática, ocupó varios ministerios, en los años 30. Contrario a los acuerdos de Munich, renunció a sus cargos y abandonó su partido. En mayo de 1940, desde la cartera de Defensa, alentó a los franceses a confiar en su superioridad e instó a los ingleses a cortar el suministro de hierro escandinavo hacia Alemania, actos que se saldaron con fracasos y finalmente con la derrota de Francia. Propuso luchar desde las colonias del norte de África y buscó el apoyo de EEUU, sin conseguirlo, frente a la opción de De Gaulle. Petain ordenó su arresto y fue enjuiciado, junto a Daladier y León Blum, por traición a la patria. Trasladado por los alemanes al campo de Oranienburg y al Tirol, fue liberado por las fuerzas estadounidenses, en 1945. Siguió su carrera política en Francia.

había reemplazado a Edouard Daladier en la jefatura del gobierno, ya se había replegado en Burdeos con todos sus ministerios y, a mediados de junio, dimitió, dando paso al mariscal Philippe Pétain para que se hiciera cargo del nuevo gobierno. Una vez tuvo las riendas del poder en su mano, Pétain contactó con el Estado Mayor alemán para negociar el armisticio con el peor enemigo de Francia, Hitler.

La fatalidad quiso que para la mayoría de españoles que llevábamos 17 meses refugiados en Francia, la historia se repitiera, pero esta vez con el éxodo de la población francesa hacia el sur. Hay que tener un corazón de piedra para no conmoverse viendo a centenares de miles de personas de todas las edades, deambular desorientadas, sin rumbo fijo, en el marco desolador de una sociedad destrozada. El 18 de junio tuvimos la ocasión de escuchar por la radio BBC de Londres el llamamiento que el general Charles de Gaulle lanzó a toda la nación francesa: “A todos los franceses: ¡Francia ha perdido una batalla, pero Francia no ha perdido la guerra!” Recordaba el deber de los franceses y les invitaba a unirse a él: “¡Nuestra Patria está en peligro de muerte! ¡Luchemos todos para salvarla! ¡Viva Francia!”

A partir de este momento, los sucesos se precipitaron de forma vertiginosa; militarmente se puede decir que el frente organizado para resistir la embestida de los ejércitos nazis no existía. Los oficiales y soldados que no querían caer prisioneros se ponían a salvo como fuese y, en infinidad de casos, no esperaban las órdenes del mando superior para replegarse. Nosotros, los españoles que estábamos en las CTE militarizados y que habíamos luchado contra el fascismo español y contra los mismos enemigos de Francia, tampoco teníamos interés en que los ejércitos de Hitler nos pusieran las manos encima.

Quiero precisar que nuestra estancia en La Pallice y Rochefort sólo había sido de unos 12 días y no habíamos tenido tiempo material para tomar contacto con las organizaciones antifascistas francesas, el sindicato de la CGT y el PCF, lo que hacía que políticamente estuviéramos aislados; los camaradas Gregorio García y Gregorio Rodríguez, desde el 14 de febrero hasta el 18 o 19 de junio de 1940 no nos reunieron ni dieron información alguna, así

que actuábamos por intuición. Debía ser el 20 de junio cuando los dos Gregorios, hacia las 11 de la mañana, me dijeron, a bocajarro, que los camaradas del Partido, por unanimidad, habían tomado la decisión de que yo y mi amigo Erasino Alonso Vega fuéramos a explorar hasta dónde llegaban las líneas del ejército nazi. Recibí la noticia como una ducha de agua fría y apostillé, con indignación, que cómo era posible que se tomaran las decisiones en reuniones separadas del PCE y del PSUC y sin la presencia de los interesados. Me fui a encontrar al camarada Bonet y a los hermanos López del PSUC, y les expuse lo sucedido; no se sintieron extrañados de la conducta de los Gregorios, que distaba mucho de ser correcta. Me aconsejaron obrar en consecuencia si yo era comunista, y con el camarada Erasino Alonso emprendimos el camino hacia La Rochelle. Topándonos con el gran flujo de gente huyendo hacia el sur, nuestra exploración terminó a 5 kilómetros de Rochefort, al encontrarnos con tropas francesas también replegándose. Nos identificamos ante un comandante de tropas mecanizadas que nos comunicó que La Rochelle estaba en manos del III Reich, además de aconsejarnos evitar caer en manos alemanas por nuestra condición de republicanos españoles. Al llegar a la compañía, tuvimos la desagradable sorpresa de enterarnos de que el capitán español, Gregorio García y Gregorio Rodríguez y el intérprete Paco habían desaparecido, mejor dicho, nos habían abandonado. El mando francés estaba intacto, menos el teniente francés de mis penas que también había puesto los pies en polvorosa. Como responsables políticos españoles quedaban el camarada Bonet, los dos hermanos López y tres camaradas del PSUC. Una vez les informamos de la situación militar, optamos por reunir a todo el personal de la compañía y ponerles al corriente de la situación.

El camarada Bonet propuso dividir la compañía en grupos de 10 personas, con un responsable al mando, el que mejor hablara el francés, y replegarnos hacia Burdeos para ganar la zona libre. Yo me encargué de comunicar la decisión al mando francés, acompañado por los camaradas José López y Erasino Alonso Vega. La primera reacción del capitán Meunier fue decirnos que no tenía órdenes de retirarse y que él y sus hombres no dejarían Rochefort, como tampoco podíamos hacerlo nosotros. Discutimos una media

hora y yo le argumenté la diferencia entre ser un honrado capitán prisionero del enemigo y separado de sus seres queridos, o ser un capitán libre y gozar de su compañía; como continuaba invocando el cumplimiento del deber, jugué la última baza con su esposa, de unos 20 años menos que él, que estaba presente en la conversación, preguntándole si prefería a su esposo preso o en libertad. Ante su manifiesto deseo de marcharse, sin pensarlo dos veces, dije al chofer que pusiera en marcha el coche, abrí yo mismo la puerta e hice pasar la mujer al interior; cuando el capitán vio a su esposa dentro del coche, se derrumbó y, sollozando, decidió sentarse la lado de su señora. Antes de partir, le recomendé que dijera al mando que los hombres de la CTE 218, no queriendo caer en manos del enemigo, se habían retirado sin su consentimiento, pero que tan pronto llegasen a Burdeos, se presentarían a la Comandancia Militar. Una vez el coche se puso en marcha, los soldados franceses se vistieron de paisano y también desaparecieron.

Nosotros, con toda rapidez, procedimos a reagrupar los hombres en grupos de 10 o 12 y emprendimos nuestra marcha en dirección a Burdeos. Mi grupo era el más numeroso, puesto que todos los hombres de mi equipo quisieron permanecer junto a mí, al camarada Erasino Alonso y a los dos hermanos López. El primer día anduvimos hasta la bella ciudad de Saintes, pero como el éxodo de la población era cada día más grande, decidimos no entrar en la ciudad y buscar refugio al lado de la carretera 150 que termina en Royan. Dormimos protegidos por los árboles de la vista de la aviación nazi, al claro de luna, pero para evitar sorpresas cada dos horas se relevaba la guardia. Era el 21 de junio de 1940. Por la mañana del día siguiente, temprano, decidimos comprar algo de comer; no habíamos andado ni 2 kilómetros cuando nos topamos con un control militar compuesto de soldados senegaleses y malgaches<sup>71</sup>. Nos alegramos creyendo que nos darían algo de comer, pero cuál fue nuestra sorpresa, cuando después de identificarnos y de pasar de un oficial a otro, nos trataron de presuntos espías infiltrados detrás de las líneas francesas. En

71. De Madagascar.

menos que canta un gallo, nos vimos envueltos por una quincena de soldados de color, armados de fusiles de bayoneta calada que nos condujeron a la explanada de su acuartelamiento. Indignado, ante el capitán, le juré que no éramos espías, al tiempo que le mostraba mi tarjeta de identidad y le repetía nuestra trayectoria y pertenencia a la 218 Compañía. Pero no se inmutó, así que del capitán fuimos al comandante, de éste al teniente coronel y, finalmente al coronel, todos reunidos en aquella explanada; y siempre aparecía la misma palabra: espía.

Ante la crítica situación en que la terquedad de aquellos cerebros obtusos nos ponía, pedí comunicarme con el coronel: eché mano de mi cartera, le mostré el carné de oficial del Ejército de la República y el de la 218 CTE y le insté a informar a la Comandancia de la Región para que vinieran a recoger a un grupo de espías que se hacían pasar por españoles, puesto que el espionaje era incumbencia de los gendarmes. Quedó tan sorprendido con mi salida que no supo reaccionar, ante lo cual aproveché para advertirle de que, a pesar de que podía fusilarnos sin pruebas, era una cuestión de conciencia y de que no saldríamos de allí hasta que no acudieran los gendarmes. A la media hora, se presentó una estafeta de la Gendarmería de Saintes y, antes de que abriéramos la boca, nos preguntaron si éramos nosotros los espías. Todos nosotros ya teníamos en la mano el carné de la Compañía y además yo le enseñé el de oficial del Ejército de la República. Con un gran taconazo, el capitán de los Gendarmes se dirigió al coronel y le dijo que veían espías hasta debajo de la cama, además de recordarle que nosotros habíamos estado luchando durante tres años contra el mismo enemigo. Luego, nos mandó hacia la carretera para que subiéramos en los camiones del primer convoy militar que pasara. Viendo su buena disposición, le insinuamos que desde el día anterior no habíamos comido; se entrevistó otra vez con el coronel y, al poco rato, ya estábamos provistos de pan y queso.

A las siete de la tarde llegábamos a Burdeos. Lo primero que hicimos fue orientarnos y, mientras los hermanos López se encargaban de buscar un sitio para pasar la noche, mi amigo Erasino y yo fuimos a visitar a la familia Pérard de la fábrica de pólvora de

Saint-Médard. Al abrir la puerta, su hijo menor de 7 años salió corriendo gritando que había dos hombres con una barba muy grande en la puerta. El padre y el hijo mayor se precipitaron hacia la puerta y lanzaron una exclamación de sorpresa al ver nuestro estado. Su esposa, Lucie, muy agradable y alegre, inmediatamente se presentó con un par de toallas y, en media hora, estábamos limpios como una patena. Al salir del cuarto de aseo, nos encontramos con la mesa puesta y al unísono nos anunciaron que cenaríamos con ellos y dormiríamos en su casa. No me anduve por las ramas, les expliqué que debíamos presentarnos en la Capitanía General y comunicarles el regreso de la 218 CTE, a la par que no teníamos ningún interés en esperar a los nazis en la capital de la Gironda. Sabiendo que andábamos mal de dinero, al día siguiente, mientras desayunábamos en casa de nuestros anfitriones, empezaron las visitas. Maurice, un antiguo camarada de las Brigadas Internacionales, nos dio 100 francos; un estrasburgués, Muller, pero que había sido secretario general del sindicato de la metalurgia de la CGT de Alsacia, otros cien; un compañero italiano, 50; otro que siempre se había mostrado distante, 100; un parísino, René, no movilizado por trabajar en la industria de guerra, también 100; y la familia Pérard, 50 francos más. Total, recogí 500 francos, cantidad que, bien administrada, nos sacó de apuros un largo mes. Jamás olvidaré la solidaridad de aquellos hombres en uno de los momentos más críticos de la historia de la emigración de los que luchamos durante 32 meses por la libertad, la democracia y la dignidad de nuestro hermoso país, la España republicana.

Hacia las nueve de la mañana, después de despedirnos de nuestros amigos y camaradas, dejamos a la familia Pérard para ir al encuentro de nuestro grupo en el lugar convenido, la estación de ferrocarril de Burdeos. Sólo encontramos a los hermanos López y a José Bonet, los demás se habían difuminado. No muy lejos, estaban casualmente Gregorio Rodríguez y Gregorio García y, sin mostrar enfado alguno, les recriminé que de comunistas no tenían nada. Les volvimos la espalda y nunca volvimos a saber nada de ellos.

Aquel día lo dedicamos a olfatear por Burdeos. Corrían toda clase de noticias y bulos; uno de ellos era que en el puerto había un barco cubano para evacuar a los extranjeros que lo desearan. Era una noticia demasiado buena para que fuera verdad, pero arrastrados por aquella corriente humana, nos encontramos los cinco en los muelles, donde no había barcos franceses y aún menos extranjeros. Fuimos víctimas de la desastrosa situación que se vivía en todo el sur de Francia, por culpa de una guerra que nadie deseaba, pero el nazi-fascismo nos impuso su ley, y los que aspirábamos a ser libres, tarde o temprano, tendríamos que ser partícipes en la lucha contra las fuerzas que querían imponernos la esclavitud. Por mi parte, la ida al puerto me brindó una gran satisfacción al encontrarme a mi antiguo profesor de matemáticas y tiro de la Escuela Popular de Guerra, el comandante Benito; nos abrazamos, nos contamos nuestras odiseas y nos deseamos suerte.

El día 23, a las nueve de la mañana, los cuatro camaradas nos presentamos en la capitanía militar de la región de Burdeos. Ante el coronel manifestamos que no teníamos ningún interés en dejarnos coger como conejos y nos contestó que eligiéramos nuestro destino, ya que seguramente las CTE serían disueltas. Nuestro porvenir no era muy halagüeño; en nuestra mente, volver al campo de concentración era impensable. Entonces, alguien tuvo la idea de embarcar en Port-Vendres, con destino a Orán, a lo cual el coronel nos autorizó, facilitándonos una hoja de ruta. Mientras nos dirigíamos a la estación para coger el tren en dirección a Narbonne, mi fuero interno me decía que aquel amable coronel nos había dado con demasiada facilidad aquellas preciosas hojas y que aquella aventura no auguraba nada bueno para nosotros. El viaje fue bien hasta Toulouse, pero, en esta capital, los gendarmes, al pedirnos la documentación, nos hicieron bajar del tren, y allí se terminó nuestra libertad. Una hora después, ingresábamos en el campo de fútbol, que ya estaba habitado por unos centenares de compatriotas que también huían de las tropas nazis igual que nosotros.

Al día siguiente, 24 de junio, las tropas del III Reich ocupaban Burdeos, lo que demuestra que desde Rochefort nos pisaban los

talones. Estuvimos en las dependencias deportivas de Toulouse hasta el día 27, en que fuimos trasladados al campo de concentración de Bram<sup>72</sup>, donde permanecemos sólo hasta el día 27, en que fuimos trasladados otra vez al campo de Argeliers-sur-Mer<sup>73</sup>.

Desde que dejé este campo, el 8 de mayo de 1939, si bien se habían construido algunos barracones más, salvo algunas excepciones, se continuaba durmiendo sobre la arena, eso sí, había mejorado el suministro de agua potable y de comida, pero las letrinas seguían en el mismo sitio y los servicios de higiene eran casi nulos. A los que habíamos gozado de una semilibertad en las CTE, nos era muy difícil adaptarnos a la vida interna del campo. Por eso, nuestra idea fija era ver de qué forma podríamos salir de aquella vida sedentaria, aburrida y malsana.

Pero se había producido un cambio y era que los camaradas, antiguos miembros de las Brigadas Internacionales, que estaban en el campo de Gurs, habían sido trasladados a Argeliers. Estos camaradas, curtidos en la lucha política y social, tenían un gran espíritu de organización: daban conferencias, cursos de diferentes idiomas, fundían el aluminio y fabricaban aviones en miniatura, objetos de escritorio, pisapapeles, tinteros, abrecartas..., y también esculpían la madera, transformándola en figuras de personas o animales. Realmente, aquellos hombres eran grandes artistas y profesionales. Estaban concentrados en una especie de islote, formando una comunidad compuesta por alemanes, polacos, checoslovacos, austriacos, yugoslavos, búlgaros, griegos, rumanos, italianos... El idioma oficial en su organización era el español, lo que facilitaba el indispensable contacto.

Entre ellos se encontraba el camarada Nicolás, que fue uno de los consejeros militares de mi división, la 42. Nuestro contacto había sido permanente y de él surgió una sólida camaradería y amistad, y un día, paseando entre los barracones, me preguntó

72. Departamento del Aude, a unos 17 kilómetros de Castelnaudry.

73. Después de la disolución de las CTE, el campo se volvió a llenar, de los que denominaron excedentes en la economía nacional, mientras que, a Vernet y Rieucros, eran destinados los considerados indeseables.

qué opinaba de mi antiguo jefe de Estado Mayor, el capitán Eladio. Le recordé algunos hechos acaecidos en el frente del Ebro que para mí fueron una traición<sup>74</sup> y, después de haberme escuchado atentamente, me confirmó que era un traidor, ya que cuando cruzó la frontera, con la cabeza baja y sin mirar a nadie, se marchó del lado de Franco; además, Nicolás estaba casi seguro de que fue el responsable dos veces del corte de las líneas de teléfono. También entre los camaradas de las Brigadas Internacionales había un berlinés, antiguo profesor de lengua alemana en una de las grandes escuelas de Berlín, con el que hice muy buena amistad por mediación de mi camarada rumano. Se llamaba Otto, militaba en el Partido Comunista Alemán y tenía una gran capacidad de palabra y persuasión, además daba lecciones de alemán al aire libre y el que quería aprender la lengua de Goethe lo podía hacer libremente. Yo fui uno de ellos, y mientras permanecemos en el campo de Argeliers, no falté ni un día a clase.

Estábamos en la tercera semana de julio, cuando oí, por el altavoz, pronunciar mi nombre, instándome a personarme en el puesto de mando. Aquella llamada me sorprendió y no me gustaba nada, así que, a regañadientes, fui hacia el comandante, no sin antes identificarme al guardia móvil que estaba de plantón en la puerta. Cuando pasé, cuál no fue mi sorpresa al ver en el interior del despacho del jefe de campo a mi buen capitán Meunier, de la disuelta CTE 218, que venía a entregarme los 500 francos que se me debían del tiempo que había trabajado en La Pallice y en Rochefort. Nos congratulamos de nuestro encuentro y, después de interesarme por su señora, me dio las gracias por mi actuación hacia ellos dos y me dijo que nunca me olvidarían. El matrimonio permanecía provisionalmente en Perpignan, a la espera de otro destino o de la desmovilización. Desconocía el paradero de mi antagonico teniente y, en tanto que militar, sentía su ausencia y le preocupaba la situación en que podía encontrarse; sin embargo, como persona, me contestó que lo juzgara yo mismo. Nos despedimos con un caluroso apretón de manos y nos deseamos suerte.

74. Ver pág. 80.

Deambulando por el campo, tuve también otros encuentros con amigos de Cornudella: cuatro hermanos vecinos de mi casa, Salvador, Pedro, Sadurní y Sebastián, -el quinto, Marcelo, no pudo pasar la frontera y se quedó en España- de “Can Polseguera”; y Ramón, un chico muy joven, que me explicó cómo había regresado a España, después de pasar la frontera, pero que tan pronto pisó tierra española, lo detuvieron y lo enviaron a un Batallón de Trabajo. Las condiciones de estas unidades de castigo eran tan duras que, como su Batallón estaba cerca de la frontera, cuando vio la ocasión “pegó el salto” y entró otra vez en Francia. También me encontré con otro chico del pueblo, Venancio Goliat, de “Can Cogat”, miembro del comité local de la CNT-FAI durante la guerra; como conocía mis ideas políticas, de una manera bastante brutal, empezó por reprocharme la conducta de los comunistas durante la guerra y otras barbaridades. Le repliqué que, a pesar de su edad, había estado ininterrumpidamente en Cornudella, sin pisar el frente, sin probar ni los bombardeos, ni la artillería, ni las bombas de mano; además, le recordé que la guerra no sólo la habían hecho los comunistas, sino también sus amigos, los socialistas, los de Izquierda Republicana..., que los comunistas habíamos sentido enormemente la muerte de Durruti, por su entereza y fidelidad a sus ideales, y para terminar le dije que podía criticar cuanto quisiera a los comunistas, pero que en nuestras filas no encontraría a ningún Cipriano García, militante de la CNT y jefe del Cuerpo Ejército que, junto al coronel Casado, se había sublevado contra el Gobierno de la República, abriendo las puertas de Madrid a Franco y dando la victoria al fascismo español. “¿No crees tú que gracias a estos dos falsos antifascistas, estamos hoy aquí en este campo?”, así razoné, y mi joven paisano no tuvo réplica y, sin decir nada, sacó de su bolsa el sello del comité local de la CNT-FAI de Cornudella y me aseguró que lo llevaría siempre consigo mientras viviera. Le contesté que tenía razón y que con el tiempo tendría un gran valor histórico.

Las relaciones con mi familia eran escasas y con mi novia quizás todavía más. Sin exagerar, desde el 6 de febrero de 1939 al mes de agosto de 1940, tuve, me parece, sólo tres cartas. Esta escasez

de comunicación hacía que los amores se fueran enfriando cada vez más. Cada día que pasaba, comprendía que la vuelta a España iba para largo, quizás muchos años tendrían que pasar para poder juntarme otra vez con mi familia, incluyendo a mi novia sobre la que, sin ser una obsesión, me venía a la mente la ocasión en que, en su casa, al subir las escaleras oí como hablaba en voz baja con aquel chico de Olot. La escasez de comunicación entre nosotros alimentaba la idea de que, o bien su padre, en tanto que alcalde franquista interceptaba las cartas, o bien ella deseaba que yo tomara una decisión, y así lo hice. Mi carta no fue muy larga, más o menos en este sentido:

*“María,*

*Visto que mi estancia en Francia será muy larga y que nuestra correspondencia es casi inexistente, tomo la decisión siguiente:*

*No queriendo hacerte perder el tiempo esperando lo que se vislumbra imposible, deseo que aceptes tu libertad, como yo, desde esta fecha, escojo la mía.*

*Deseándote mucha suerte y que encuentres un marido que sea bueno y sepa hacerte feliz en todos los sentidos.*

*Juan*

*P.D. Estando en tu casa en plena batalla del Ebro, noté que aquel chico de Olot y tú no os erais indiferentes. ¿Me equivoco?”*

Conscientemente sé que esta coletilla no hubiera debido escribirla, pero, más de cuarenta años después, estando en casa de unos amigos de juventud en Gratallops, me notificaron que, en efecto, la María Fogas se había casado con aquel antiguo enfermero de las Brigadas Internacionales.

Por primera vez, a los 6 o 7 días recibí contestación de la que había sido hasta entonces mi novia. Su carta era todavía más corta que la mía:

*“Juan,  
¿Te das cuenta hasta dónde hemos llegado?  
¡Increíble!  
¡Ah! Del dinero que te guardaba, las series de los billetes no corresponden con las que el gobierno (cambia?)”*

Así fue como terminaron mis relaciones amorosas en España. Sería hipócrita si dijera que esta ruptura no significaba nada para mí, todo lo contrario, pues significaba que, aparte de mi familia, había roto los lazos con una persona que, durante cinco años, había fomentado una buena parte de mis ilusiones en el terreno matrimonial. Desgraciadamente, mi caso no fue el único, ya que todas las guerras producen destrozos irreparables, tanto físicos como morales, económicos, culturales y, ¡cómo no!, familiares. Las guerras son la negación de la humanidad y son la mayor locura que los hombres podemos cometer.

A finales del mes de agosto o primeros de septiembre, se presentó en el campo una delegación de la comisión de control alemana<sup>75</sup> a supervisar todos nuestros amigos de las Brigadas Internacionales de los países europeos ocupados por el Ejército nazi. Pocos días después, todos, salvo unos cuantos alemanes, un par de austríacos, polacos, checoslovacos, etc..., en total unos 14 o 15 hombres que pudieron evadirse, fueron embarcados en camiones y sacados del campo. Así fue como aquellos inolvidables camaradas dejaron Argelers, y para mí, se terminaron los cursillos de alemán y el aburrimiento empezó otra vez. Mi amistad con Erasino Alonso Vega era cada día más sólida y en nuestras

75. A partir del acuerdo de armisticio entre el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Alemanas y los Plenipotenciarios franceses, firmado en Compiègne, el 22 de junio de 1940, todos los prisioneros de guerra y civiles custodiados por Francia habían de ser entregados inmediatamente a las tropas alemanas. Diversas comisiones de control se crearon para reglamentar y supervisar el cumplimiento de los acuerdos. En este contexto hay que entender la orden dictada el 25 de septiembre de 1940 en Berlín por el jefe de la Policía de Seguridad, Müller, referida al internamiento en campos de concentración del Reich de los antiguos brigadistas y de los combatientes rojos españoles, que se encontraban en la Francia ocupada.

conversaciones, a cada momento, se hacía sentir la necesidad de salir de aquella situación. A finales de septiembre, nos enteramos de que se iba a formar una CTE y que saldría del campo tan pronto estuviera organizada. Los dos ingresamos en la mencionada compañía, denominada GTE n.º 142<sup>76</sup>, y en la filiación hice constar que era herrero-cerrajero y que también sabía herrar caballos. Nuestro destino era el campo de la Colonial Francesa de Rivesaltes, a 15 kilómetros de Perpignan, para cuidar los caballos del ejército francés.

El 18 de octubre, a las 9 de la mañana, salíamos del campo de Argelers. Nuestro grupo estaba al mando de un capitán francés, al que casi nunca veíamos, de un teniente administrativo, llamado Langlois, y de un comisario de la policía de Vichy, Monsieur Buisson<sup>77</sup>. El mando español lo componía un antiguo capitán de Artillería, un valenciano llamado Alfaro, un teniente administrativo, Diego, maestro de primera enseñanza, y un intérprete, también maestro, originario de Santander. Yo, por muy poco tiempo, ocupé el puesto de estandarista telefónico; el trabajo no era muy duro, pero para mi temperamento, demasiado aburrido. Un día, yendo a llevar un parte al mando militar del campo de Rivesaltes, tuve la sorpresa de encontrarme al capitán de mi antiguo Regimiento de Infantería de Tarragona, don Jesús Liberal Travieso, que llegó a ser teniente coronel del Ejército de la República. Una vez expresada nuestra alegría por el reencuentro, me fijé en que cojeaba y le pregunté el motivo, que no era otro que haber recibido un balazo en la rodilla; también me comunicó que en Rivesaltes había un recinto donde estaban concentrados un buen número de judíos y que él era uno de ellos. Siendo D. Jesús Liberal de nacio-

76. Después del armisticio sólo permanecieron militarizados los que se encontraban en la Legión. El 27 de septiembre de 1940, el gobierno de Vichy creó los GTE para suceder a las antiguas compañías de trabajadores, con una duración variable, según las necesidades del ministerio de la Producción Industrial y del Trabajo.

77. Afiliado al Parti Populaire Français (PPF), a raíz de los sucesos del mes de febrero de 1934 fue expulsado de este partido por estar, parece ser, en contacto permanente con la policía francesa.



nalidad española, los componentes del campo judío debían ser de diferentes nacionalidades, lo cual demostraría, una vez más, la estrecha colaboración del gobierno de Petain con el ocupante nazi en la represión contra los israelitas en Francia; más tarde, gran cantidad de ellos fueron a probar el terrorífico campo de Auschwitz. ¿El teniente coronel fue uno de aquellos mártires? Mientras estuve en Rivesaltes no volví a encontrarme con él.

A principios de noviembre, el maestro herrero de la Colonial me preguntó si de verdad sabía herrar caballos y, además de responderle afirmativamente, le señalé que también sabía forjar las herraduras. Enseguida me mandó ir con él; yo le puntualicé que también se necesitaba un mozo para aguantar las patas de los caballos y le recomendé a mi amigo Erasino, hombre fuerte y de confianza. Así fue como los dos pasamos a formar parte como agregados del cuerpo de herreros del Ejército de la Colonial francesa. El maestro herrero era oriundo de Toulon y propietario de un establecimiento de herrería y, como mi manera de herrar los caballos le gustaba, varias veces me prometió llevarme con él cuando terminase la guerra. También había un cabo herrador, natural de Narbonne, más o menos de mi edad y bastante pretencioso; era el polo opuesto al maestro: éste, afable y de gran humanidad, el segundo soberbio e incluso inhumano. La mayoría de los componentes de este cuerpo era senegaleses y de Madagascar, de color negro bien subido y de religión musulmana, lo que merecía el desprecio del cabo de marras. Cuando un senegalés o un malgache traían un caballo a herrar, los trataba como si fueran perros, e incluso un día levantó una mano para pegarle. Yo, en mi conciencia, no podía permitir aquel ultraje y me interpusé entre los dos para evitar que consumara el gesto. Se puso como una fiera, recriminándome mi intervención, ya que, a fin de cuentas, no era más que un negro, ante lo cual le respondí que, por muy cabo que fuera, esto no le daba derecho a insultar y menospreciar a aquella persona por el color de su piel. El maestro herrero le reprochó su dureza e incomprensión y aquí quedó zanjada aquella desagradable diatriba. Todos sabemos que los musulmanes no beben vino, y a raíz de mi defensa del soldado negro, una docena de ellos me

traían cada día su ración de vino, un cuarto de litro. Así, durante el tiempo que estuve trabajando en la 142 GTE, nunca me faltó el vino para comer e incluso podía invitar a algún amigo.

Visto el gran número de caballos para herrar, el maestro herrero, que se había fijado en mi pericia para limar y ajustar los metales, me mandó a Salses para que hiciera una matriz para la prensa y poder, así, taladrar mecánicamente las herraduras, en vez de perforarlas a mano. No me fue difícil encontrar un establecimiento de cerrajería, abierto, pero vacío de personal; pegué un martillazo sobre el yunque y al momento salió una señora de unos cincuenta y cinco años, que me informó que el patrón estaba en cama enfermo, los obreros movilizadas y el aprendiz cumpliendo un mandato. Consulté a su marido y obtuve el permiso para realizar la tarea, y cuando estaba terminando el ajuste, el dueño me hizo llamar, pues solamente con el ruido de la lima supo que era de su profesión. En catalán me preguntó de dónde era y dónde había aprendido el oficio, pero de repente, de manera brusca y descortés, me reprochó que estuviera en Francia, después de alabar todas las “virtudes y maravillas del general Franco”. Tuve que hacer un gran esfuerzo para guardar la tranquilidad y no descargar toda mi ira en aquel personaje, por la falta de educación y respeto hacia mi persona; no obstante, la manera cómo desató sus sentimientos fascistas me indicó que debía guardar prudencia y solamente me limité a explicarle la sublevación de los generales contra la legalidad republicana, a la que yo había defendido, con todas mis fuerzas, durante 32 meses, y en cuanto a que mi sitio estaba en España, era asunto mío. Después de mirarme unos largos segundos, solamente me dijo que el maestro herrero podía mandarme al taller, siempre que fuera necesario. Una de las veces que volví a la cerrajería, conocí al aprendiz, un joven de unos 17 años, muy simpático y espabilado. Se llamaba Henri Blanc y pronto hicimos una buena amistad, de forma que al cabo de un par de días ya conocía a toda su familia, nacidos en Cambrils, en la misma provincia que mi pueblo.

Cada vez que bajaba al pueblo, compraba *La Dépêche du Midi*, de tendencia radical-socialista, y el semanario del P.P.F. *Emancipa-*

*ción Francesa*, en el cual colaboraba todas las semanas el colaborador nazi Jacques Doriot<sup>78</sup>. Desde muy joven, leía mucho el periódico y había aprendido a leer entre líneas en la prensa adversa a la clase obrera y, a veces, sacaba conclusiones muy válidas. Para un comunista, la información es lo principal y, en aquellas circunstancias de aislamiento, no me llegaba la prensa del Partido, o muy de tarde en tarde. El comisario de policía, Buisson, empezó a interesarse, discretamente, por mis idas y venidas a Salses, e incluso, según me informó mi amigo Blanc, un funcionario policial del 142 GTE en Rivesaltes pidió en el taller informes de mi persona, directamente al patrón. A los pocos días, Buisson me llamó a su despacho y, con una gran sonrisa, mostró su curiosidad por el hecho de que un republicano español leyera *Emancipación Francesa*, y me preguntó mis opiniones sobre Jacques Doriot. No me engañó, fue un interrogatorio en toda regla, y me defendí lo mejor que supe, sobre mi curiosidad por todo lo que se publicaba, y sobre la calidad literaria de los escritos de Doriot. En definitiva, me hice el inocente, pero la entrevista me puso la mosca detrás de la oreja y el instinto me dijo que debía tomar las máximas precauciones al respecto.

El responsable del PCE en el 142 GTE era un joven aragonés, Domènech, y por el PSUC, Gener. Las relaciones entre los dos partidos era correctísimas, pero la actividad política casi inexistente, por el hecho del carácter militar del campo de Rivesaltes, solamente habitado por soldados de las colonias, y separado 15 kilómetros de Perpignan y 4 de Salses.

A vista de pájaro, desde la herrería veíamos el bosque a unos 2 kilómetros y le comenté a mi amigo Erasino que debía haber muchas setas. Aquella misma tarde del mes de noviembre, nos fui-

mos a beber una cerveza a Rivesaltes y, justo delante del café, había una tienda de comestibles con cestos llenos de setas, llamadas en catalán *pebrasos* o *pebrases*, exquisitas a la parrilla. Ni corto ni perezoso le comenté a la señora si me compraría unos cuantos kilos de setas que tenía y después de asegurarle que eran frescas y sanas, me prometió pagarlas a 12 francos el kilo. En el camino que distaba del pueblo al campo, tuve que aguantar el chaparrón de reproches de Erasino, tratándome de judío, de gitano, por vender algo que no tenía, a la vez que me decía comprender por qué a los catalanes nos trataban de comerciantes, ya que éramos capaces de sacar dinero de las piedras. Yo me lo tomaba a risa, y él aumentaba su ira, pero yo le prometí aumentar substancialmente nuestros caudales, que eran muy pocos. Al día siguiente, nos fuimos al bosque con dos cajas, y la suerte no nos pudo sonreír mejor: aquello era una verdadera alfombra de setas y en menos de una hora llenamos las dos cajas de *pebrasos*; también recogimos algo más de 2 kilos de *rovellons*, que separamos de las otras, porque nos las pagarían el doble, pero nuestra clientela no las quiso ni tocar, alegando que eran venenosas. ¡Y no hubo manera de convencerla que eran unas de las más apreciadas en la Cataluña española! Después de regatear, examinar y pesar la mercancía, contabilizamos 18 kilos que significaban 216 francos, pagados a toca teja, y con la promesa de comprarnos setas una o dos veces por semana. Nos repartimos como buenos amigos el capital, compramos una barra de pan, margarina y un poco de sal, y al llegar a la herrería encendí un buen fuego y asé los *rovellons*. Erasino tenía prevención en comerlas, pero al ver que yo me comía el succulento majar con fruición, a causa del hambre que arrastrábamos, se decidió a probarlas. Así que mientras hubo setas, un par de veces por semana nos dedicamos a buscar y a vender este delicioso producto del bosque, lo que nos proporcionó algunos centenares de francos para cada uno que, bien administrados, nos permitieron pasar el invierno más holgadamente.

Mi empleo de herrador me dejaba mucho tiempo libre y como los sábados y domingos no trabajábamos, siempre había algún payés de Salses que me proponía ir con él a cavar las cepas de los

78. Doriot, desde sus orígenes obreros, militó en el socialismo y en el PCE; de donde fue expulsado, en 1934, por sus divergencias con Maurice Thorez. En 1936 fundó el PPF, de corte fascista y con clara oposición al Frente Popular. Partidario conspicuo de la colaboración durante la guerra, creó la Legión de Voluntarios franceses contra el bolchevismo, y él mismo combatió en el frente ruso. Después de la liberación de Francia, se refugió en Alemania, donde murió en un atentado, en circunstancias confusas, el 22 de febrero de 1945.

viñedos, por 35 francos al día y dos litros de vino. Esto duró hasta el mes de abril de 1941, cuando el intérprete de mi compañía me comunicó que el comisario Buisson se interesaba demasiado por mí y le daba mala espina. Me aconsejó tomar precauciones y entonces le comenté que tenía un hermano en Saint-Astier, en la Dordogne, en el GTE nº 645. Unos veinte minutos más tarde, ya estaba delante del teniente administrativo Langlois, firmando una solicitud de traslado por motivos familiares. Unos 8 o 10 días después, a las diez de la noche, subía al tren que, vía Toulouse, debía llevarme a Brive-la Gaillarde. Cuando arrancó el tren, pensé en los camaradas del Partido, Gener, Domènech y Diego, y en el amigo Erasino, a los que seguramente nunca más volvería a ver.

El día 12 de mayo de 1941, a las ocho de la mañana, llegaba a Brive y, una hora más tarde, un autocar me llevaba a Saint-Astier, un pequeño pueblo de 5.000 habitantes, muy bonito y con gente maravillosa. Al bajar del autocar, distinguí tres o cuatro hombres jóvenes que deambulaban cerca de la parada; por su aspecto me parecieron españoles, y no me equivoqué, pues pertenecían a la misma unidad que yo buscaba. Me acompañaron hasta el GTE 645 y, pocos minutos después, estaba presentando mi documentación al capitán español y al jefe francés. Dicen que la primera impresión es la buena: debo confesar que al ver al capitán francés me causó una impresión completamente negativa. También dicen que el hábito no hace al monje, pero al ver que vestía un uniforme parecido al de la policía del gobierno de Vichy, se me cayó el alma a los pies. Me prometí no tener demasiados encuentros con él.

Mi hermano Enrique me puso al corriente de los componentes de la compañía y de los camaradas del PC. Entre los amigos que me presentó tuve la satisfacción de encontrarme a uno de los antiguos comisarios políticos de la 42 División, Valentín González<sup>79</sup>, con el que estuvimos juntos en la Batalla del Ebro. También conocí al matrimonio Boronat, los dos profesores; él trabajaba con nosotros pero, por su condición de hombre casado, estaba autorizado a tener domicilio propio y disfrutar de cierta

79. No confundir con el jefe de la 46 división "El Campesino".

libertad, y a su mujer le permitían dar cursos de español. Estaban también en la unidad José Reventós López, natural de Montblanc y militante del PSUC, Eduardo Galiana, empleado de banca valenciano y capitán de tanques, y Enrique Raso, del PCE.

El 645 GTE estaba dedicado al mantenimiento de un depósito de armas y municiones del ejército francés, ubicado en una mina de cemento abandonada. El trabajo, clasificar las armas y municiones, no era nada pesado, pero resultaba más bien aburrido. En Perigueux había la Comisión de Control del Ejército Alemán y, una o dos veces al mes, una delegación alemana venía a inspeccionar el material bélico, pero, como las cajas de armamento y municiones estaban bien ordenadas, se contentaban con echar un vistazo por encima y se marchaban por donde habían venido.

Los españoles de Saint-Astier estábamos muy bien vistos entre los habitantes del pueblo y a algunos de nosotros, los sábados o domingos, venían a buscarnos para que fuéramos a laborar hasta el mediodía en su huertos. La familia para la que trabajábamos, además de los 35 francos de salario que nos pagaba, nos invitaba a comer a su mesa. La señora desbordaba simpatía a raudales y como cocinera era *une vrai cordón bleu*, de manera que para el camarada Galiana, mi hermano y yo era una verdadera felicidad. Como es natural en un hombre, a los 25 o 26 años, yo también buscaba pareja, así que hice un ligue con una chica llamada Claudette, que servía en el bar de Saint-Astier, y así solucioné el problema de pareja para los bailes del domingo.

Poco tiempo después, el capitán francés nos llamó a Galiana, a mi hermano y a mí para comunicarnos que seríamos trasladados para trabajar en una casa de campo. Enseguida montamos en una carreta tirada por un caballo, camino de nuestro nuevo destino. El arriero era un cabo del ejército francés desmovilizado que, debido a la ocupación alemana, no podía regresar a su domicilio en el norte. Durante los 10 kilómetros de trayecto, casi no abrió la boca y yo, para mis adentros, pensé que aquel hombre debía ser muy tímido o que no le caíamos demasiado bien. Al fin llegamos al término de nuestro viaje, *Le Château Manon*, en la explanada del castillo, se levantaba un mástil de unos 6 o 7 metros, en el cual ondeaba la bandera tricolor. Los tres tuvimos el presentimiento

de que habíamos aterrizado en un feudo de colaboradores petainistas. Mientras el arriero iba a buscar a nuestro nuevo patrón, tuvimos tiempo suficiente para fijarnos en los exteriores de aquel castillo y ver cómo se movían algunos visillos de las ventanas, lo que significaba que éramos objeto de curiosidad. Por fin se acercó nuestro guía acompañado de un personaje típico, al modo de señor feudal: de estatura más bien alta y desgarbada, cubría su cabeza con un sombrero de fieltro gris, usaba gafas de cristales bastante gruesos y encima de su labio superior, un gran bigote rubio blanquísimo, como el que lucía Alejandro Lerroux.

Al llegar a nuestra altura, nos saludó con un forzado buenos días y nos informó que se llamaba Monsieur de Chancelin, propietario del castillo y los campos que lo rodeaban. Nosotros estaríamos bajo las órdenes de Monsieur le Caporal, y nos indicó el horario de la jornada: levantarnos a las 6 de la mañana, media hora después, saludo a la bandera, y a las 7, salida al campo a trabajar. Con estas palabras terminó el protocolo de presentación y el caporal nos condujo a los aposentos asignados: una sala bastante grande y amueblada con siete u ocho camas modelo de los cuarteles del ejército, es decir, un somier con cuatro patas de unos 35 cms. de altura, una colchoneta, un par de mantas y un almohadón; las sábanas brillaban por su ausencia. Las restantes camas estaban ocupadas por dos soldados desmovilizados y cuatro estudiantes de la Sorbonne de París, simpatiquísimos y alegres, de unos 19 o 20 años, entre los que llevaba la batuta un estudiante de Derecho de Strasbourg. Los conocimos a todos a la hora de comer y uno de los dos soldados que se llamaba Henri Paris, miembro del PCF, nos puso al corriente de la vida en aquel castillo. El servicio doméstico era casi nulo: una chica de servicio de París, Susana, graciosa y simpática, la Sra. de Chancelin, a cargo de la cocina familiar, y mi hermano Enrique, designado cocinero de los trabajadores.

Nuestro trabajo consistía en desempeñar todas las labores del campo, de lunes a sábado. El domingo venía un cura a decir misa en la capilla de castillo y nosotros, para hacernos los buenos chicos, íbamos también. Una vez terminado el acto litúrgico, el cura era invitado a comer a la mesa de los señores feudales. Un domin-

go presenciamos un verdadero sainete y tuvimos que hacer grandes esfuerzos para no soltar una carcajada. Resulta que no había vino blanco en la capilla, pero sí vino tinto, y el cura se negó a decir misa; enfurecido, Monsieur de Chancelin le emplazó a realizar la ceremonia, pero el cura se limitó a leer los Evangelios, después de que la señora de Chancelin intentara calmar al energúmeno de su marido. Aquel día, el cura no comió con la familia.

Cual fue nuestra sorpresa cuando, un domingo, vimos aparecer un oficial superior del ejército alemán que descendía de un coche con matrícula militar. El señor de Chancelin le saludó efusivamente, gesto que a los tres españoles nos cayó como un jarro de agua fría. Era incomprensible ver a un francés que cada día rendía honores a la bandera francesa, caer tan bajo ante un miembro del ejército invasor. Para nosotros y todos los que luchábamos contra el nazismo, por la libertad, la democracia y la independencia de nuestros pueblos, tenía sólo un nombre, era un colaborador del ejército de ocupación nazi, por consiguiente, un traidor a su patria. Nuestro amigo París y los estudiantes nos informaron que aquella escena la viviríamos los domingos, una o dos veces al mes, cuando el señor de Chancelin recibía en su mesa al cura y al jefe de la Comisión de Control del Ejército de ocupación en la Zona Libre, instalada en Périgueux.

Pronto me familiaricé en las labores agrícolas y el cabo me enseñó cómo enganchar los bueyes al carro y cómo conducirlos, y también a arar la tierra con el brabante tirado por los bueyes. Un día, mientras estaba arando, se presentó Madame de Chancelin, muy buena persona, y después de observarme un buen rato, me preguntó si era verdad que yo pertenecía al Ejército de la República española, el que asesinaba curas, mujeres y niños. Aquella pregunta tan bestial me cortó hasta el aliento, paré los bueyes y opté por darle una contestación igualmente brutal: "Sí, señora, matábamos curas, mujeres y niños y nos los comíamos; sobre todo los niños de ocho o nueve meses, hechos al horno, no puede usted figurarse lo ricos que están. Mejor que un cerdito lechón". Madame de Chancelin, que además de buena persona era muy sensible, exclamó: *Mon Dieu, quelle bonte*. Cogió su cesto y se fue, pero aún no había hecho 20 metros que se dio la vuelta y toda compungida

me pidió perdón por la pregunta tan descabellada que me había hecho. Le contesté que ya estaba olvidado, pero que no se creyera todo lo que el cura decía, ya que tanto los curas franceses como los españoles no eran todos santos.

En los límites del *Château Manon*, había una finca explotada por una familia polaca, que había huido del régimen fascista del coronel Beck. La componían el matrimonio, un hermano de la esposa y dos hijos en edad escolar. Existía un denominador común con nosotros, antifascistas y emigrados políticos, y por ello se creó una amistad y solidaridad sinceras. Arando un día cerca de su casa, el Sr. Stanislas vino corriendo para que le ayudara a sacar un becerro de una vaca a punto de parir; yo había visto parir cabras y perros, pero nunca una vaca, y aquello incitaba mi curiosidad. La vaca, tendida en el suelo, buscaba con los ojos a su amo, que, a su vez, acariciaba al pobre animal; unos 10 o 15 minutos más tarde, empezaron a asomar las dos patitas delanteras, avisé a mi amigo y éste continuó animando y acariciando a su querida vaca, mientras ésta empujaba, a cada retortijón. Cuando las patas habían avanzado 30 centímetros, ató una cuerda a ellas, advirtiéndome que tirara de las patas cada vez que la vaca empujara. Con miedo de arrancarle las patas, a los cinco o seis empujones y con mi ayuda, el becerro vino al mundo. Stanislas le limpió la boca y las ventanas de la nariz y cuando el animal respiró hondo, le colocó al lado de la cabeza de su madre, diciéndole: "Aquí tienes a tu hijo".

A finales de julio, llegó el momento de trillar el trigo. La familia polaca vino a ayudar para esta labor y después nosotros fuimos a ayudarles a ellos. El último día dieron una gran fiesta, con comida y baile, a la cual fuimos invitados todos los del castillo y otros campesinos vecinos. Como no había demasiadas mujeres y casi todas estaban acompañadas por sus maridos o novios, no tuve problema en escoger pareja, máxime cuando mis compañeros no eran aficionados al baile. Por deferencia a los anfitriones, pedí permiso al Sr. Stanislas para bailar con su señora, y empezamos con una polca muy marcada. Al siguiente compás, intenté sacar a bailar a Susana, la empleada del castillo, pero no hubo manera de

convencerla, emperrada en que no sabía bailar; y finalmente formé pareja de baile, durante toda la noche, con Olga, una joven de 22 años, sobrina de los anfitriones, y que había podido escapar de Polonia, unos días antes de que las tropas de Hitler invadieran su país. La fiesta duró hasta las 4 de la madrugada y al despedirme de Olga me dio un beso en cada mejilla, después de decirme que partía al día siguiente. Ahí terminó un efímero y platónico "idilio" de dos jóvenes de costumbres y lenguas tan dispares y, que gracias a la música y al baile, olvidaron por unas horas la dramática situación en que vivían por culpa de la guerra de España y de la Segunda Guerra Mundial, que habían obligado a expatriarse a centenares de miles de ciudadanos, abandonando bienes, hogares y familia. Fueron unas horas felices y sin preocupaciones y como la felicidad no es eterna, al día siguiente y sin transición, estábamos de nuevo en la realidad de nuestra situación.

La vida en el *Château Manon* cada día se hacía más insoportable; la comida, cada vez más escasa y mala. El Sr. de Chancellin guardaba nuestras cartillas de racionamiento y, en lugar de vino, nos daba sidra; en vez de azúcar, sacarina; en vez de café, cebada tostada; y la margarina vegetal mezclada con grasa animal reemplazaba la mantequilla; en fin, un desastre. Sin embargo, el día que iban el cura y el comandante alemán, el Sr. de Chancellin tiraba la casa por la ventana; ellos comían los buenos manjares y nosotros nos teníamos que contentar con berzas mezcladas con alguna patata y algún trozo de nabo. Así que, a finales de agosto de 1941, decidimos marcharnos, sin dejarnos convencer por el marqués, antes al contrario, advirtiéndole de que, para conservar a sus obreros, debía aprender a ser más humano y mejor patrón. Estábamos a punto de emprender el camino, cuando vimos aparecer a nuestra Susana, bien arregladita y con una maleta, pues no estaba dispuesta a quedarse sola entre aquella gente.

Al cabo de un par de horas, llegamos a Saint-Astier, y ante todo nos presentamos al mando de la compañía para informar del motivo de nuestra vuelta. Mientras hablábamos con el capitán francés, sonó el teléfono de su despacho; era el Sr. De Chancellin notificando que los españoles habíamos desertado. El capitán le con-

testó que en aquel momento le estábamos informando de “lo bien que se había portado con nosotros”, a la vez que cerró la conversación con las palabras que si necesitaba hombres para trabajar en sus campos, era inútil dirigirse a él. Concluimos la jornada con una cena con los que habían sido nuestros compañeros de trabajo y cuando llegó la hora de los despidos, con el ritual “¡Salud y buena suerte!”, nos separamos para siempre.

Después de rechazar una propuesta del capitán para salir a trabajar para otro agricultor, a causa de la desagradable experiencia que acabábamos de pasar, el 14 o 15 de septiembre, el capitán español formó a la compañía e hizo salir de ella a una serie de hombres. Todos los nombres llamados eran comunistas, Valentín Álvarez, el estudiante de Montblanc, José Reventós López, y los andaluces Enrique Raso y José Parra, simpatizantes, algún cenetista y un anarquista gallego, Piñeiro; y entre ellos mi hermano, Galiana y un servidor. Nos comunicó que prepararíamos nuestro equipaje para salir de viaje, al cabo de una hora, en camión. Al preguntarle por nuestro destino, nos respondió que no lo sabía, tan sólo cumplía órdenes del mando francés, pero tuvimos la impresión que nos engañaba. En un camión de la Prefectura de Périgueux, escoltado por dos gendarmes en motocicleta y un coche de la policía, emprendimos el viaje en dirección al norte de Francia. Durante el trayecto, hubo un silencio sepulcral y todos pensábamos que aquello era un broma de mal gusto, o mejor dicho una encerrona. A la media hora, llegamos a Chancelade, un pueblo pequeño cerca de Périgueux, con estación distribuidora de los ferrocarriles franceses. El camión entró en un recinto vallado con tablas de madera, donde había unos barracones prefabricados ocupados ya por otros compatriotas que procedían de otras CTE, ubicadas cerca de la ciudad de Roanne, en el departamento del Loire. El recinto estaba guardado por gendarmes franceses, pero la administración interna iba a cargo de la policía alemana (Gestapo); casi todos ellos hablaban español y francés.

Cuando entré en contacto con aquellos funcionarios nazis, comprendí que el gobierno del mariscal Pétain nos había vendido a las tropas de ocupación de Hitler, como si fuéramos animales.

Estar en manos de aquella gente nos creaba una fuerte preocupación, pues habíamos luchado los unos contra los otros en la guerra de España y los resentimientos eran todavía muy vivos. Al descender del camión, dos civiles alemanes nos tomaron la filiación. Mi hermano Enrique no se despegaba de mí y, ante la observación del funcionario, le remarqué que éramos hermanos y no queríamos separarnos, pero su respuesta de que los alemanes tenían hermanos extendidos por todo el mundo y no se quejaban, me hizo comprender que era inútil razonar con aquel individuo y opté por quedarme callado.

Temprano, al día siguiente, formaron un tren con vagones de pasajeros y nos embarcaron a unos ochocientos españoles, antiguos combatientes republicanos, y salimos en dirección al noroeste. El convoy, custodiado por los gendarmes franceses, llegó hasta la línea de demarcación que dividía Francia en la zona libre y en la ocupada, donde se hizo cargo de nosotros la policía alemana. El tren corría a una velocidad mediana, parándose de vez en cuando en estaciones de poca importancia, y, en una de ellas, subieron al tren dos oficiales de la Gestapo a inspeccionar el convoy. Al llegar a nuestro compartimento, se fijaron en un compañero de nuestra compañía de Saint-Astier, un valenciano llamado Mas, cuyo físico se parecía a un israelita, a pesar de sus cabellos rojizos. No sirvió de nada responderles que era español y le mandaron seguirles, hasta que al cabo de un rato volvió blanco como la harina y descompuesto de rabia. Nos explicó que le habían hecho desnudar enteramente, le midieron la cabeza y le fotografiaron de ambos perfiles y de frente, y al terminar le preguntaron si en su familia no había ningún judío. Así terminó el trance de nuestro amigo Mas, pero él seguía preocupado y nosotros vimos, por primera vez, a la Gestapo de Hitler que nos enseñaba los dientes.

A las 6 de la mañana del día 17 de septiembre de 1941, llegábamos a la estación de Lorient y, al cabo de media hora, entrábamos en la *Caserne Laniel*, donde permanecimos todo el día a la espera de coger otro tren, por la mañana, que nos condujo a Saint-Nazaire, gran puerto de construcciones marítimas. La estación estaba cerca del puerto y allí ya nos esperaba el personal de la Organización

Todt<sup>80</sup> y los gendarmes alemanes. Una vez formados, nos llevaron andando al “Campo Franco”, denominado así en honor al dictador de España, cerca de Bellevue<sup>81</sup>, pueblo no muy grande, pero importante en industria pesada. En el campo nos recibió el jefe alemán, un tal Walter, muy corpulento, antiguo especialista en halterofilia; no puedo decir que fuera malo, pero era más bruto que un arado. Junto a él, el intérprete, Juan Martínez; amigo y camarada nativo de Gibraltar, de nacionalidad británica, de profesión marinero, con el grado de capitán en la marina mercante inglesa, que estuvo al servicio de la República española durante toda la guerra de España; además de estar dotado de una gran inteligencia, poseía una gran cultura, era serio y servicial, y a pesar de ser alto como un pino, todo el mundo le llamaba Juanito. El jefe del campo, Walter, nos hizo una pequeña arenga sobre la disciplina y el trabajo bien hecho, advirtiéndonos de que si seguíamos estas indicaciones, nos dejaría tranquilos y gozaríamos de una cierta libertad.

Al día siguiente, nos llevaron al trabajo en la base submarina de Saint-Nazaire, en construcción. Había diferentes especialidades, encofradores, albañiles, carpinteros, cementeros, pico y pala..., cada una con su capataz, que tenía por encima un *meister* o jefe alemán. A mi hermano y a mí nos tocó un capataz español, emigrado económico de los años de la 1ª Guerra Mundial, que demostró no tener mucha simpatía hacia sus compatriotas republicanos. Nuestro trabajo consistía en levantar el pavimento a golpes de mazo, palancas y punterolas, las puntas de las cuales se rompían a los pocos mazazos, por un defecto de temple. Aproveché el momento en que el contramaestre estaba observando nuestro trabajo para decirle en alemán que estaban templadas demasiado fuer-

80. Organización creada por Fritz Todt, en 1938, para ocupar a los obreros alemanes en paro en industrias estratégicas. Durante la 2ª Guerra Mundial el trabajo se orientó a la construcción de fortificaciones y bases submarinas, con mano de obra esclava procedente de los países ocupados. A partir de la muerte de Todt en accidente aéreo, en 1942, le reemplazó Albert Speer.

81. Pequeña aglomeración perteneciente al término municipal de Montoir de Bretagne y de Tignac.

tes. Ante su pregunta sobre mi profesión, le contesté que era forjador y, al cabo de un rato, volvió con un alemán que hablaba muy bien el francés que nos llevó, a mi hermano y a mí, a trabajar con él. En el taller había soldados autógenos y al arco, o soldadura eléctrica, y ajustadores mecánicos y, en una nave adyacente, torneros y fresadores. El jefe del taller era un tal Müller, el subjefe, Gérard, y el contramaestre, un francés ya mayor, llamado Berger; había cuatro fraguas, la primera la llevaba un tal Blanc, de Reus, la segunda, un toledano, Gómez o González, la tercera, un francés también apellidado Berger, y la cuarta nos correspondió a nosotros dos. Los forjadores españoles eran magníficos profesionales y, a pesar de sus ideas anarquizantes, nos llevábamos de maravilla, tanto en solidaridad como en camaradería. De los dos intérpretes del taller, uno era suizo, además de no ser muy simpático, tenía ojeriza a los españoles; en cambio, el otro, oriundo de Strasbourg, era muy buena persona y antifascista.

En Montoir de Bretagne había un cuartel del ejército francés desafectado, habitado por unos centenares de obreros de distintas nacionalidades, y entre ellos, un número apreciable de españoles, antiguos combatientes republicanos. Y ¡cómo no! había un grupo considerable de comunistas organizados que tenían contacto con los camaradas del partido de Nantes, pero completamente desconectados del PCF de Saint-Nazaire. En Trignac, cerca de Bellevue, había unos talleres muy importantes de forja y calderería, con algunos cafés que hacían comidas para los obreros. Nuestro grupo frecuentaba uno, regentado por el matrimonio Perrais, muy progresistas y que habían colaborado en un organismo de ayuda a la República española; en fin, una casa de toda confianza, donde nos podíamos reunir tranquilamente.

Hacia ya una semana que trabajábamos en la base submarina, cuando el camarada Antonio Pérez Revilla, responsable del PCE en el campo, nos convocó a Enrique Raso y a mí para transmitirnos instrucciones: debíamos tomar contacto rápidamente con el PCF de Saint-Nazaire, y se me encomendó a mí la misión, pues era el que mejor me defendía en francés. Ya he mencionado que en el mismo taller había la sección de ajustadores y montadores, y

entre ellos, un camarada francés de unos 40 años, llamado Henri Monbuisson, que siempre encontraba una excusa para acercarse a mí, bien para que le arreglara un cortafríos, un burín o cualquier otra cosa. Entretanto, aprovechaba la ocasión para hablarme de los camaradas franceses de las Brigadas Internacionales, e inmediatamente comprendí que debía ser un miembro del Partido o un simpatizante, puesto que usaba el mismo método que nosotros, los comunistas, empleábamos para entrar en confianza con nuestros hermanos franceses o de otra nacionalidad. Pedí a mi interlocutor si sabía quién era André Marty<sup>82</sup> y lo que pensaba de él, y ante su respuesta sobre su trayectoria política y su personalidad, a nivel nacional e internacional, nos descubrimos militantes comunistas de ambos lados de los Pirineos. Así quedó sellado el contacto con las dos organizaciones de Saint-Nazaire, la francesa y la española.

Un par de días después, Henri Monbuisson me presentó a Víctor Godeau, miembro del PCF y jefe del Frente Nacional, que más tarde fue jefe de los FTPF<sup>83</sup>, organismo de la Resistencia contra las tropas de ocupación nazis. Un domingo, a las cinco de la tarde, los tres nos reunimos en las afueras de Saint-Nazaire, en un huerto familiar junto a una casa muy bonita, y Godeau nos puso al corriente de los motivos de la resistencia contra los nazis y los métodos a emplear. Abrió una habitación, repleta de material de propaganda antinazi, pero al verlo me dio tan mala impresión que no pude dejar de remarcar que tener allí tanto material era un peligro para él y todos los que le rodeaban, y que consideraba más prudente hacer un zulo para esconderlo. Ignoro si hizo caso de mi recomendación; yo continué recibiendo material clandestino a través de nuestro enlace Henri Monbuisson, que lo depositaba en

82. Dirigente del PCF, recibió el encargo de la Internacional Comunista de organizar y reclutar las Brigadas Internacionales. En Albacete, base de la organización, ejerció con dureza su cargo, llegando a merecer el apodo de "El carnicero de Albacete". Al finalizar la guerra de España residió en Moscú, donde permaneció durante la 2ª Guerra Mundial. Se manifestó contrario a la desestalinización y fue expulsado del PCF en 1953.

83. FTPF: Francotiradores y patriotas franceses.

casa del matrimonio Perrais. Y, en honor a esa querida familia, quiero señalar que gracias a ella, nuestra acción en la resistencia contra los ocupantes nazis en el sector de Saint-Nazaire, se pudo realizar sin fallos.

En el "Campo Franco" hacíamos una vida normal y disfrutábamos de casi entera libertad, circulando sin que nadie nos molestara por los pueblos de los alrededores, lo que nos permitía ir conociendo más gente y hacer nuevos amigos. Gracias a esta libertad, el amigo Mas, al que le duraba todavía el recuerdo de la vejación a la que le sometió la Gestapo, decidió abandonar el campo y regresar al GTE de Saint-Astier, sin novedad alguna. Pero también surgían problemas: nuestro camarada Valentín Álvarez fue interrogado por dos agentes de la Gestapo, en el despacho del jefe del campo, sobre sus orígenes españoles; todos comprendimos que se trataba de una investigación racial, como la que había sufrido Mas. Valentín debía desaparecer inmediatamente del campo y, sin perder tiempo, nos fuimos al café de los Perrais que se comprometieron a esconderle hasta ver cómo se solucionaba el problema. Comunicué el asunto a nuestro enlace Monbuisson y, a los dos días, vino con unas señas en clave para que Valentín Álvarez se presentara al jefe del departamento de carnés de identidad en la Prefectura de Policía de Rennes, para que le solucionara el problema de la documentación. Dentro de la policía profesional y la gendarmería había muy buenos elementos que prestaron un gran servicio a la Resistencia francesa; por su fidelidad a la causa de la libertad, la democracia y la soberanía nacional, muchos de ellos fueron fusilados o fueron a parar a las cárceles de Vichy y de los alemanes o a los campos de exterminio nazi de Alemania.

Mi contacto con Víctor Godeau duró poco. Henri Monbuisson, con la excusa de que le arreglara una herramienta, me comunicó que había sido detenido por la Brigada Especial francesa e internado en el funesto campo de Châteaubriant<sup>84</sup>, y más tarde trasla-

84. Lugar donde fueron internados muchos miembros de la Resistencia. Como represalia por el atentado contra el comandante nazi Karl Hertz, el 20 de octubre de 1941, dos días después fueron fusilados 50 presos, entre ellos 27 de Châteaubriant, que han pasado a conocerse como "Los mártires de



dado al campo de Voves. Así que decidimos cortar temporalmente nuestro contacto hasta que pasara la tormenta.

Enfrente de los talleres donde trabajábamos estaban los despachos de la Marina y del Ejército alemanes, y entre sus empleados había unas mujeres alsacianas. Hice amistad con una de ellas, Claire Koderck, de 25 años de edad; su novio servía en el Ejército francés y, a causa del armisticio, se encontraba retenido en Argelia. Esta separación involuntaria la predispuso en contra de las tropas de ocupación nazis y la llevó a simpatizar con la Resistencia. Dado que por ser alsaciana hablaba alemán y que trabajaba en las oficinas del enemigo común, pensé que podría sernos útil, sobre todo en materia de información referida al tráfico marítimo, entrada y salida de tropas y de convoyes ferroviarios militares. Me dediqué a conocer cuál era su predisposición a trabajar con nosotros y no me costó mucho convencerla, no obstante le advertí de que actuara con prudencia. Toda la información que nos pasó nos fue de gran utilidad, puesto que fue siempre exacta.

Tres o cuatro semanas después de la detención de nuestro amigo Víctor Godeau, se presentó Monbuisson con otro camarada francés llamado Pierre Mahé como nuevo responsable militar del sector de Saint-Nazaire. Yo fui más exigente y les comuniqué que, antes de empezar nuestro trabajo en la Resistencia, deseaba informar a mi responsable español de Nantes, Alfredo Gómez Ollero, al tiempo que ellos hacían lo mismo con su superior. Aceptaron mi propuesta con agrado y nos separamos hasta nueva orden. No habían pasado ocho días cuando el camarada Antonio Pérez Revilla me comunicó la entrevista que debíamos realizar en la estación de tren de Trignac, el domingo. En el andén nos encontramos Alfredo Gómez Ollero<sup>85</sup>, Julián Laso, Antonio Pérez Revilla,

./.. Châteaubriant<sup>87</sup>. Uno de ellos, el joven de 17 años, Guy Môquet, la noche antes de su ejecución, envió una carta de despedida a su familia que, por un decreto del recientemente escogido Nicolas Sarkozy, ha de ser leída en todos los institutos de Francia, al inicio del curso.

85. Alfredo Gómez Ollero nació el 9 de septiembre de 1905 en Paderne de Allariz (Orense). Cordelero de oficio, casado y con dos hijas, al finalizar la guerra se exilió a Francia. Tras años de silencio, en 1951, la familia recibía, desde Nantes, la confirmación de su muerte, el 13 de febrero de 1943. Recientemente y a

./...

un camarada francés de Nantes, Henri Monbuisson, Pierre Mahé y yo y, en una reunión no demasiado larga, pusimos en común nuestras ideas y designamos los responsables de los comités de trabajo u organismos de Resistencia. El contacto permanente entre españoles y franceses recayó solamente en dos personas, Pierre Mahé y yo mismo.

Después de la entrevista, nos reunimos los responsables del Partido del campo para materializar las decisiones y nombrar a mi sustituto en el comité de nuestra organización, que fue Rafael Massa Andreu, uno de los antiguos y mejores dibujantes de modas de la casa Jorba de Barcelona. El comité de trabajo o Resistencia Militar quedó constituido por el estudiante de Montblanc, José Reventós López, el empleado de banca y capitán de Carros, Eduardo Galiana, y Joan Escuer Gomis. Según las disposiciones del PCF, el 10% de sus militantes pasaban a formar los primeros grupos de la Resistencia militar contra las tropas de ocupación nazis, pero no debían figurar en las listas del Partido, y también era así en nuestro caso. Esta decisión fue muy inteligente, puesto que si un militar era detenido, no perjudicaba a la organización política, y viceversa.

Un día aparecieron en el campo unas octavillas en español de la "Unión Nacional"<sup>86</sup>, y una de ellas llegó a las manos de un anarquista gallego, antiguo oficial de la Marina de Guerra republicana, apellidado Piñeiro, que empezó a gritar histéricamente contra los comunistas e incluso pidió que fueran denunciados al jefe

./.. raíz de las pesquisas de *Le Collectif du Procès des 42*, una organización dedicada a la recuperación de la memoria histórica de los 37 ejecutados por los nazis en un proceso sumarísimo celebrado el 16 de septiembre de 1942 contra la Resistencia francesa, la familia descubrió que su abuelo fue capitán del ejército republicano, enlace del PCE en el exilio y máximo responsable de la resistencia en toda la zona inferior del Loira. Fue juzgado por la Gestapo, encarcelado, torturado y fusilado el 13 de febrero de 1943. El 13 de febrero del 2006 se descubrió un monumento en honor a los fusilados, entre ellos, Alfredo Gómez Ollero.

86. EL PCE, PSUC y JSU, inmediatamente después de la invasión de la URSS por Alemania, el 22 de junio de 1941, iniciaron un cambio estratégico, a partir del llamamiento a la unidad de todos los españoles, no únicamente antifascistas, que sólo excluía a los franquistas y a los casadistas, con el fin de poner fin a la Dictadura.

del Campo. Por fortuna, ningún componente de la barraca le hizo caso y, si alguien giró la cabeza, fue en señal de reprobación. Yo le conocía bien, ya que procedía de la misma CTE, y le recriminé sus palabras que podían llevar a algún compañero al paredón, al tiempo que le advertí de que, en caso de ocurrir algo, se le consideraría único responsable. No respondió a mi advertencia, pero unos días después desapareció del campo.

A finales de 1941 o principios de 1942, el jefe de taller Gerard formó un equipo con los tres forjadores españoles y algunos más, para derribar el monumento al Soldado Americano, levantado en honor del desembarco yanqui de 1917<sup>87</sup> que tuvo lugar en Saint-Nazaire. Aquella orden nos disgustó mucho, ya que derribar aquel símbolo de una parte de la historia contemporánea francesa era un ataque a la dignidad del pueblo francés, y en consecuencia hería sus sentimientos culturales y patrióticos. Dicho gesto vandálico avivó aún más el odio de la población de Saint-Nazaire, al mismo tiempo que abonaba el terreno para que la gente que odiaba la ocupación ingresara en las filas de la Resistencia antinazi y contra el régimen colaboracionista de Vichy. Una vez derribado el monumento, lo trasladaron a los talleres de fragua y fue troceado en piezas de unos 40 centímetros de arista para transformarlas en chapas de bronce y fabricar arandelas de reglaje para motores de aviación, submarinos, etc... Esta tarea recayó en el amigo forjador Blanc, que empezó por calentar el pedazo de bronce casi a blanco y sin enfriarlo al agua, estirando, luego, la pieza con la plana. Ante la sorpresa del jefe de taller, Müller, y del contraamaestre Gérard, el metal se fue quebrando en trozos pequeños e irrecuperables. Oí al Sr. Müller decir que el metal era de mala calidad, pero lo más sorprendente fue cuando se presentó el director, al parecer ingeniero de profesión, que aceptó dicha versión. Era impensable que un ingeniero en metalurgia ignorara que el metal no ferroso, para hacerlo maleable, después de calentarlo al rojo vivo, debe sumergirse en agua, para trabajarlo en frío. En definitiva, del bronce del soldado americano no se aprovechó ni un centímetro. Aquello fue

87. Junio de 1917.

un verdadero sabotaje contra la industria bélica nazi en el que los forjadores españoles participamos conscientemente.

Un domingo a últimas horas de la noche, al regresar de recoger un lote de propaganda clandestina, al llegar al puente de Méhan, me encontré con una pareja de gendarmes franceses, que me dio el alto. La situación era grave y tomé una resolución enérgica con la voz: "¡Déjenme pasar, que tengo mucha prisa!", al tiempo que me ponía la mano en el bolsillo. Ante esta postura, me dejaron el paso libre y me fui alejando de ellos, sin perderlos de vista, cuando, de repente, oí que me advertían sobre una patrulla de la policía alemana que se encontraba más adelante. Con un "gracias amigos" regresé al café de la familia Perrais, atravesando una llanura pantanosa, con el agua por encima de las rodillas, y sin dejar de pensar que entre las fuerzas de orden francesas había verdaderos patriotas, lo que me daba ánimos y fe en nuestra justa lucha.

En abril de 1942, unos camaradas aliados que, según parece, pertenecían a la Infantería de Marina canadiense, desembarcaron en la base submarina de Saint-Nazaire y, cogiendo a los nazis por sorpresa, se pasearon durante casi una hora por la base, hasta que llegaron los refuerzos alemanes. En aquel momento, comprendí que si los aliados hubiesen querido hacer un desembarco, se hubiera podido hacer el segundo frente tan reclamado por la URSS, pero el deseo de los gobiernos norteamericano e inglés era el desgaste de los ejércitos alemán y ruso. El combate duró unas pocas horas; en él murieron dos españoles, uno del Campo Franco y otro, miembro de una familia vasca residente en Trignac. En solidaridad con nuestros malogrados amigos, fuimos a hablar con el jefe del Campo, Walter, para conseguir la autorización para organizar una colecta y poder comprar dos coronas de flores. El dinero recogido fue bastante elevado, a razón de 25 francos cada uno, y dimos lo que nos sobró a los padres del joven vasco.

Siguiendo una redada que empezó en París y siguió por Rennes, Nantes y Saint-Nazaire, el 27 de junio de 1942<sup>88</sup>, la policía de Vichy

88. La redada fue de gran envergadura, con operaciones simultáneas en París, Bretaña y suroeste, en las que cayeron 135 españoles pertenecientes a los destacamentos de FTP-MOI.

y la Gestapo detuvieron a más de cien españoles, casi todos ellos miembros del antiguo Ejército de la República española y militantes del PCE y del PSUC, entre ellos Antonio Pérez Revilla y Enrique Raso, responsables del partido en el Campo Franco. El 4 de julio fue mi turno: en el mismo lugar de trabajo, a las 11 de la mañana, se presentó un inspector de policía de la Brigada Especial, acompañado del intérprete Mayer, que confirmó mi identidad al representante del orden petainista. Éste me pidió que le siguiera y yo, lo más educadamente posible, le pedí que me dejara cambiar de ropa y mientras me adecentaba, oí al sinvergüenza Mayer informar al policía sobre mi hermano, sin embargo, el inspector le contestó que era yo el que le interesaba. Cuando terminé de arreglarme, abracé a mi hermano Enrique y aproveché para susurrarle en la oreja que avisase a José Reventós y Eduardo Galiana para que desaparecieran de la circulación.

Al llegar a la puerta del despacho del jefe alemán de los talleres de fragua y mecánica, el policía me empujó hacia dentro, en el mismo momento en que dos pares de manos me cogían por los hombros; en un abrir y cerrar de ojos me encontré en el centro del despacho, rodeado de cuatro agentes con el uniforme de la temible Gestapo y de otros cuatro de la Brigada Especial de Vichy. Siempre recordaré los ojos del director que me miraban de forma compasiva; no había entablado amistad con él, pero a menudo venía a mi fragua a que le fabricara unos pares de herraduras para los tacones de las botas de los militares alemanes. Mi estancia en el despacho no fue larga, solamente unos minutos hasta que llegó una furgoneta completamente cerrada, en la cual me metieron para conducirme y encerrarme en una dependencia que jamás he sabido lo que era ni donde se encontraba, aunque el recorrido desde la base no fue muy largo. Cuando la tarde estaba ya muy avanzada, me condujeron a la estación de ferrocarril de Saint-Nazaire y allí tuve la desagradable sorpresa de encontrar a mi mejor amigo, Rafael Massa Andreu<sup>89</sup>, y a otro camarada, José Parra, también ofi-

89. Fue uno de los grandes dibujantes de la casa Jorba de Barcelona hasta la Guerra civil, durante la cual fue comisario político en la aviación militar. Conocía el latín y el griego y también el francés a la perfección, pero cada vez

.../...

cial del Ejército de la República. No intercambiamos palabra alguna pero, en un momento en que el cancerbero estaba distraído, aprovechamos para acordar que diríamos que ninguno de los tres nos conocíamos. Llegó el tren. De los cinco policías que nos custodiaban, uno era de origen español, López, otro, de más o menos mi edad, además de ser tonto, era más nazi que el propio alemán. Para hacernos una plaza en el vagón, hacía levantar a los pasajeros con un ¡Herraus! ¡Herraus! (¡Fuera! ¡Fuera!) y además, sin saber por qué, se dirigió a mí y me espetó que había jugado y había perdido, mientras que él había ganado. De buena gana le hubiera contestado, pero en la situación en que me hallaba opté por callar.

Llegamos a Nantes y fuimos conducidos directamente a la comisaría central, donde encontré a los camaradas Antonio Pérez Revilla y Enrique Raso; éste me advirtió que no negara nada, pues la policía lo sabía todo. Mi indignación fue grande al oír tales palabras, inquiriéndole si era él quien se lo había contado todo. Empezó a divagar, jurándome que él no había dicho nada y que no sabía cómo la policía conocía nuestra actividad clandestina. Le contesté que pronto saldríamos de dudas, pues en el interrogatorio me confrontarían con quien me hubiera entregado. Rafael Massa fue el primero al que interrogaron, pero había boxeado en la categoría amateur y, al primer golpe que recibió, se volvió contra ellos con tal rapidez que dejó tendidos en el suelo a los dos policías de la B. S.<sup>90</sup> La reacción de éstos no se hizo esperar, se lanzaron contra él y se encarnizaron de manera tan bestial que tuvieron que traerlo a rastras hasta donde estábamos los demás.

Cuando me interrogaron, al día siguiente, me recibió un subcomisario. Al principio, se mostró muy educado y me dijo, igual que el camarada Enrique Raso, que no negara nada, pues lo

./... que lo interrogaban se negaba a responder, alegando no entender, de forma que tuvieron que ponerle un intérprete.

90. Los jefes de la B.S. de Nantes eran dos altos comisarios apellidados Caussade y Fourcade, este último había sido militante del PCF hasta la expulsión de Jacques Doriot, a quien siguió, adoptando su misma línea anticomunista y colaboracionista. La experiencia de su militancia comunista le hacía conocer el método de trabajo de los comunistas en la clandestinidad.

ambos valencianos. Tomás era maestro y parecía conocer bien el francés, de forma que se prestó a hacer de intérprete, pero tanto al amigo Massa como a mí nos causó muy mala impresión y desconfianza. Después de mi confrontación con el camarada Enrique, nos trasladaron, junto a dos compañeros más, Ríos y Cayetano, a otro cuartelillo de policía, donde también llegó Vicente Barrachina y un toledano apodado "Franco", por su parecido con el dictador. El día 11 de julio, un furgón de policía volvió a llevarnos a la comisaría central, donde, de prisa y corriendo, nos maniataron en grupos de tres -Enrique Raso, Antonio Pérez Revilla y yo-, y custodiados por gendarmes, embarcamos en el tren, vía París. Los gendarmes, de una gentileza extrema, nos pusieron al corriente de que, por la mañana, en La Rochelle, un camarada español cortó la carótida, con una navaja de afeitarse a uno de los dos agentes que iban a detenerle; justamente el que murió era el torturador López. También nos informaron del rumor sobre un proyectado asalto a la comisaría central para liberarnos, lo que explicaría nuestra precipitada salida hacia París. Los gendarmes siempre estuvieron atentos a que las esposas no nos apretaran demasiado e incluso compartían su tabaco con nosotros. Al llegar a la estación de Montparnasse, por la tarde del 11 de julio, nos entregaron a los guardianes, no sin antes estrecharnos las manos y desearnos buena suerte.

En las celdas de las dependencias de la Prefectura de Policía del Quai de l'Horloge, había ya dos comunistas franceses: Jean Atlan, catedrático de Filosofía y Letras, de religión judía, comprometido en el grupo de resistentes que lideraba la mítica Madeleine Braum<sup>92</sup>, y Martín, también de gran cultura. La comida que nos daban era infecta, menos mal que el camarada Atlan recibía pa-

92. Según el autor, estuvo recluida en la cárcel de Rennes y fue condenada a muerte, sin embargo, al aludir a su carácter mítico, puede ser que se refiera a Madeleine Braun (Weil), antifascista comprometida que destacó por su ayuda a la España republicana. En 1940 se unió a la Resistencia y fue una de las responsables del *Front national* y redactora del periódico *Patriote*. En 1944 fue escogida, en nombre de la Resistencia, miembro de la Asamblea Nacional Consultiva.

quetes voluminosos que, bien administrados, hacían el hambre más llevadera. Uno a uno fuimos pasando delante del Juez de Instrucción; yo fui el último de los tres y, cuando el carcelero me devolvió a la celda, tuteándome, me dijo que hoy trabajaban para ellos, pero mañana lo harían para nosotros, a lo cual le contesté que debía hacer méritos, para que otros no ocuparan su sitio.

El 20 de julio de 1942 fuimos trasladados a la *Maison d'Arrêt de la Santé*, allí nos separamos los tres y, hasta el día del juicio, no volvimos a vernos. Me encerraron en la celda n° 68 ter, 13 División, ocupada ya por cuatro compañeros: Antoine Besson, comunista, el fotógrafo Paul Chauvent, acusado de imprimir tickets de alimentación para el mercado negro, un portugués, llamado Rodríguez, y Louis Peydraut, acusado del robo de una bicicleta. Cuál no fue mi alegría al enterarme de que, en la celda contigua, estaba mi gran amigo Rafael Massa, compartiendo espacio con el camarada Henri Bassompierre y con un tal Scola, originario de Córcega y muy conocido en la delincuencia de París, como traficante, proxeneta... Estaba encarcelado por haber robado un cargamento de carbón destinado a las tropas de ocupación y haberlo vendido, luego, a los propios alemanes. A pesar de sus instintos desaprensivos, tenía un gran corazón y no podía soportar que alguien sufriera a su lado. Yo recibía, de vez en cuando, algún paquete de comida de mi hermano, de Madame Perrais y de nuestra amiga Claire, pero no calmaba mi hambre. Menos mal que los cinco poníamos en colectividad lo que recibíamos de fuera y que el Sr. Scola conseguía, a través del carcelero, alguna ración de pan o rancho extra.

La madrugada del 21 o 22 de julio oímos dos potentes voces que entonaban *La Internacional* y *La Marsellesa*. Aquellas notas me sobrecogieron, pues presentía que algo grave ocurría. En efecto, cuando el guardián abrió la puerta de la celda, se sentó en el camastro y nos comunicó a Besson y a mí que los comunistas habíamos perdido a dos grandes hombres; a él le había tocado la triste misión de conducirlos a la guillotina y nos habló de su entereza y valentía. Jamás los olvidaría.

A los pocos días vino a visitarme el abogado de oficio designado, el Sr. Robert Guy, que me advirtió de que no debía esconderle nada, si quería una buena defensa. Mi verdad era repetirle la declaración hecha a la policía de Nantes, que tan buen resultado me había dado: yo no sabía nada de nada e ignoraba el porqué me tenían encerrado. Sabía lo difícil que era engañar a un abogado, pero esperé a ver por dónde saldría él. Y su reacción no se hizo esperar, pues empezó a decirme que los alemanes eran muy fuertes, que el Ejército Soviético estaba siendo derrotado y que Hitler sería el amo del mundo, palabras que me confirmaron que debía continuar siendo prudente ante el abogado. Poco más tarde, tuve la visita de otro abogado, Robert Castille, colaborador de Guy. Aún era peor, ya que además de alabar a los nazis, era anticomunista rabioso y antijudío en extremo. En fin, tanto el uno como el otro, para mí, en vez de abogados era jueces de instrucción. Más tarde nos enteramos de que Robert Castille había sido nombrado Alto Comisario para los asuntos judíos por el gobierno de Vichy.

En la celda reinaba un ambiente de buena convivencia, casi fraternal. Antoine Besson gozaba de confianza entre los camaradas de la región parisina y nos informaba de todas las noticias que llegaban del exterior de la cárcel. Los abogados, excepto Guy y Castille, eran los encargados de darnos noticias sobre el movimiento que se desarrollaba en todo el territorio francés contra las tropas nazis de ocupación, así como de la resistencia de los ejércitos soviéticos a la colosal máquina de guerra de Hitler. Gracias a ellos, a pesar de los riesgos que corrían, podíamos soportar mejor nuestro cautiverio.

Pronto comprendí que mi estancia en la cárcel iba para largo y me tracé un plan de actividades: tres cuartos de gimnasia, después aseo y, a continuación, lectura. Como mi francés no avanzaba lo que quería, decidí comprarme una gramática del grado *Certificat d'Etudes* y, en poco tiempo, di un salto cualitativo y pude leer un montón de libros, entre ellos *Les illusions perdues* de Honoré de Balzac, *La république* de Platón, *L'enfer* de Henri Barbusse, *Thaïs* de Anatole France, *Fuenteovejuna* y *Amar sin saber a quien* de Lope de Vega, etc..., la mayoría introducidos por los abogados defensores.

El sistema peligraba, puesto que no llevaban estampado el membrete oficial de la administración carcelaria, una estrella de cinco puntas negra en la guarda del libro. Sin saber cómo, un día apareció en mi celda un tapón de botella de Champagne y, sin decir nada a mis compañeros, dibujé en la parte plana del corcho una estrella idéntica a la mencionada y con la ayuda de una cuchilla de afeitar Gillette grabé la inapreciable estrella. Pronto comprobaríamos si la estratagema era válida, en un registro exhaustivo, y como todos los libros estaban provistos de la estrella, nunca más tuvimos problema de lectura.

Llevaba ya unos cuantos meses cuando noté un cambio desagradable en el comportamiento del camarada Besson. Éste vivía maritalmente con una camarada del PCF, que trabajaba en una fábrica de la región parisina. Ambos tenían una hija de ocho años y, al principio, todo eran alabanzas, pero, a partir de una visita al locutorio, empezó a encontrar todos los defectos de su compañera. Recibió poco después un buen paquete de comida, salchichones, jamón curado, mantequilla, latas de conserva, queso, galletas, chocolate y azúcar, productos imposibles de encontrar en París en aquellos tiempos. Nos quedamos de piedra cuando nos comunicó que aquel paquete era íntegro para él y que, cuando llegara el de su mujer, nos daría la comida que no se pudiera guardar. Nos miramos unos a otros y le dejamos sin respuesta. Como teníamos todo el tiempo para hablar y discutir, un día nos dijo que él estaba en la cárcel porque quería, pues sólo tenía que escribir una carta a Jacques Doriot para que le sacara de allí; también se vanagloriaba de las cartas de alabanza a Petain que escribía su hija en la escuela. Era normal y obligatorio en aquellos tiempos, pero me hacía daño la vehemencia con que lo decía, pero la gota que colmó el vaso fue cuando nos anunció que su amiga trabajaba en una de las administraciones del ejército de ocupación; de ahí sus copiosos paquetes de comida.

Si bien siempre fui prudente en revelar mi responsabilidad en la Resistencia ante mis compañeros de celda, desde aquel momento, mi conducta fue mucho más reservada. Como militante comunista, me impuse la obligación de informar de la actitud peligrosa de

Antoine Besson al camarada Blois, responsable del PCF de la 13 División, quien al principio no me quería creer. En el patio de la cárcel tuve que confirmar la información con otro camarada y los responsables iniciaron averiguaciones. No había pasado un mes cuando Besson salía de la cárcel sin juicio, sin que nadie supiera más de él. Su sitio en la celda lo ocupó un armenio, Adjakan, un sastre de ideas fascistas que había estado trabajando voluntario en Alemania y que acabó en la cárcel por robo. En la primera salida al patio lo presenté a Scola que, cuando se enteró de que había sustraído una pieza de tejido de lana en una sastrería familiar, le dio dos magistrales bofetadas, al tiempo que le avergonzaba por robar a una pobre familia. Ésta era la regla moral que existía entre ladrones.

En aquella época ocurrió una acción muy importante a favor de la Resistencia francesa: la fuga de la cárcel de Rennes de Madeleine Braum, suceso que conmocionó a toda la administración penitenciaria. Casi todos los oficiales de la prisión de Rennes fueron repartidos en diferentes centros y, a la Santé, llegaron cuatro o cinco; uno de ellos parece que estuvo implicado en la fuga, pero la conducta de otro dejaba mucho que desear. Desde el día que entré en la celda, en una de la paredes, había grabada una hoz y un martillo en el centro de una estrella de cinco puntas, flanqueada por dos bellas espigas de oro. Todos los guardias que habían pasado por nuestra celda estaban hartos de verla y nunca habían hecho observación alguna, pero fue uno de los nuevos guardias el que, de forma chulesca, me mandó borrarla, primero a mí y luego a mis cuatro compañeros. Todos nos negamos y el guardia cogió una buena rabieta y, con la amenaza de meternos en el calabozo, se fue.

Llegó el día en que mi amigo, Louis Peydraut, pasó a juicio y como la condena fue inferior al tiempo que llevaba encerrado, salió en libertad. Al poco llegó un camarada vasco, Antonio Lada, afincado en Aubervilliers, y que tenía a su esposa encerrada en la cárcel de mujeres La Petite Roquette. Por su condición de marido y mujer podían escribirse todos los días, de forma que aproveché para pedirle que preguntara a su esposa si una tal Constanza

Martínez Prieto estaba con ella, y así fue como supe que Constanza estaba bien y como pudimos intercambiarnos saludos de vez en cuando.

La lucha en la cárcel era muy activa, con protestas cotidianas por todos los motivos: retraso en el reparto de queso, escasez de pan, peticiones de más duchas, más visitas, más salidas al patio, concesión del régimen de reos políticos... Además, cada semana, se designaba a un orador por división para informar a todos los reclusos de la situación política y militar de la semana. En el frente soviético la situación era cada vez más difícil para los nazis, después de la derrota de Stalingrado, los ejércitos aliados desembarcaron en África del Norte, en París se unieron los diversos grupos de la Resistencia en el C.N.R.<sup>93</sup> Con todos estos sucesos los tribunales de Vichy empezaron a suavizar su rigidez: las condenas a muerte iban menguando, salvo en el caso de los jueces nazis, y las condenas largas se transformaban en más cortas.

En la cárcel también se notaba el cambio. El trato entre los guardias y nosotros era cada día más humano. Debía ser a finales de junio de 1943 cuando la dirección de La Santé accedió a las peticiones formuladas por el PCF para que nos pusieran a todos los políticos juntos. Y llegaron a nuestra celda otros camaradas: Maurice Lassaut, empleado en la Compañía del Gas y Electricidad de Francia, y Pierre Hengers, profesor de alemán de la Universidad de la Sorbonne y miembro destacado del PCF. Justamente a Lassaut le comenté el extraño comportamiento de Antoine Besson, de lo cual quedó muy extrañado, pero, de común acuerdo, decidimos olvidar al ausente. La llegada de Pierre Hengers fue muy provechosa para mí, ya que durante los cinco meses que estuvimos juntos intercambiábamos lecciones de francés y español entre nosotros. Yo tuve el privilegio de tener como profesor particular a un catedrático de la Sorbonne de París. Desde que los comunistas

93. Consejo Nacional de la Resistencia, impulsado por Jean Moulin, delegado del general De Gaulle, con el fin de unificar los diferentes movimientos de resistencia, a menudo dispersos y sin coordinación, a excepción de los Francotiradores y Partisanos, de filiación comunista. La primera sesión del CNR tuvo lugar el 27 de mayo de 1943.

estuvimos juntos, las celdas se convirtieron en celdas de trabajo; de allí salían consignas, informes, artículos para los periódicos clandestinos..., todo ello confeccionado en letra de imprenta, y cada vez que leo *Le Journal de la Résistance* o *France d'abord*<sup>94</sup> tengo el grato recuerdo de que fui yo uno de los que, en la clandestinidad, recopilaba en letras capitales sus artículos. En la cárcel conocí también a otras personalidades francesas: Gilbert Badia, de Perpignan y profesor de alemán, Emile Duteuil, tesorero del Comité Central del PCF y diputado, Marcel Paul, también diputado y ministro de la Producción Industrial en los primeros gobiernos de Francia, después de la guerra.

A mediados del mes de octubre, me llamaron al locutorio donde me esperaba un abogado, miembro del Comité de Asistencia Jurídica a los detenidos políticos y a miembros de la Resistencia, que me hizo la propuesta de encargarse de mi defensa, en vez del equipo de Guy y Castilla. Acepté encantado, pero lo que no me esperaba era la reacción de Robert Guy, cuando le comuniqué que pensaba sustituirle por otro abogado. Alegó que iba a hacerme una excelente defensa y que no me daría ningún motivo de queja; viendo su desespero, decidí que seguiría como mi defensor, pero advirtiéndole de que tendría que basarse en la declaración que hice ante el juez de instrucción y en las indicaciones que le diera por escrito. Lo primero que le recomendé fue que no atacara al Partido Comunista, tanto francés como español, ni tampoco a la Unión Soviética, que denunciara los malos tratos sufridos durante los interrogatorios y que el plano compuesto por la B. S. de Nantes fue confeccionado bajo los efectos de la tortura, que diera los nombres de Caussade y Fourcade como comisarios jefes de la B.S., etc. Cuando le expliqué la situación al abogado de la Resistencia, no se extrañó, pues interpretaba el cambio como consecuencia de que el viento soplabá a favor de los aliados, y yo iba a ser una de las tablas de salvación de Guy. Con sus deseos de buena suerte y un apretón de manos se despidió de mí, asegurándome

94. Ambos periódicos son hoy portavoces de la A.N.A.C.R. (Assotiation Nationale des Anciens Combattants de la Résistance).

que seguirían el proceso de cerca para saber quién era quién, y tenerlo presente al término de la guerra.

El 3 de diciembre de 1943, por la tarde, en el Palacio de Justicia de París, en una de las salas del temible Tribunal Especial, empezó el proceso contra unos setenta resistentes españoles en Francia. Para mí fue una gran alegría encontrarme otra vez con los camaradas de Nantes y Saint-Nazaire y a la primera persona a la que estreché la mano fue a Constanza Martínez Prieto, en la que siempre pensaba en la cárcel de La Santé. Los interrogatorios empezaron por los camaradas de la región parisina; el presidente y el fiscal se hacían un lío por lo enmarañado del asunto y la intérprete tampoco ayudaba mucho, de manera que fue necesario un día y medio para tratar de hilvanar el tema.

Constanza Martínez estaba bastante lejos de mí y yo sentía unas ganas locas de hablar con ella; al llegar por la noche a mi celda, escribí unas líneas en un papel expresándole lo que sentía por ella y si consentía en tener relaciones formales conmigo. Al día siguiente, cuando llegamos al tribunal, al darle la mano, deposité en la suya el papelito, y al otro día, al entrar en la sala, hice lo posible por coincidir con Constanza. Me dio la mano y me pasó la respuesta favorable a mis peticiones, así que, desde aquel momento, nos consideramos novios.

Llegó mi turno en el interrogatorio y, como era de esperar, el presidente del Tribunal, Normand, me confrontó con Enrique Raso. Fue corto, se limitó a preguntar si nos conocíamos antes de ser detenidos y si aceptábamos lo declarado ante la policía. Yo contesté afirmativamente, con la salvedad de que había firmado aquella declaración bajo presión policial. Cuando intervino mi defensor, Robert Guy, sacó a relucir de qué forma los comisarios Caussade y Fourcade habían confeccionado los planos de nuestra organización clandestina, acusación que sorprendió enormemente a los dos magistrados del Tribunal y que llevó al presidente a requerir la presencia de los dos comisarios. Al día siguiente, en su declaración, negaron rotundamente los métodos de que se les acusaba y, al presentarme ante ellos a petición del presidente, perdieron los nervios, sobre todo cuando éste me preguntó si era capaz de reconocer los planos. Se retiraron, no sin que antes el presiden-

te les tildara de mentirosos y les obligara a permanecer a disposición del tribunal mientras durara el proceso. Jamás olvidaré la mirada que me clavaron aquellos dos verdugos cuando abandonaron la sala; pienso que si con los ojos me hubiesen podido fulminar, no hubieran vacilado un instante.

Parece ser que nuestro juicio fue el primero de la Francia ocupada en el que se exigía la presencia de dos altos cargos policiales del régimen de Vichy, inculpados de someter a malos tratos a los presos políticos, hecho que tuvo una buena resonancia en los medios clandestinos de la Resistencia, tal como nos informaron los camaradas Hengers y Lassaut en la Caserne de Tourelles de París. Todos los abogados defensores fueron excelentes; también estaba el joven abogado Letroquer<sup>95</sup>, dos o tres mujeres, entre ellas la que defendió a Constanza, con vehemencia y valentía. Mi abogado me hizo una defensa colosal. ¡Hay que ver cómo pueden cambiar ciertos hombres! Pero quien se llevó la palma fue el famoso abogado Grimaldi, una de las celebridades del Colegio de Abogados de París, encargado de la defensa de los principales responsables de nuestro grupo; los defendió con valentía y determinación, empleándose en combatir el régimen de colaboración y resaltando que quienes se sentaban en los banquillos eran los verdaderos patriotas. Más tarde supe que Grimaldi había sido fusilado por el ejército invasor nazi.

El veredicto se dio a conocer el día 11 de diciembre de 1943: los camaradas responsables de París, Marassé, Marbá y Martín, tres años de cárcel; los responsables de Rennes, Joaquín Barrios y Laborda, tres años de cárcel; los camaradas de Saint-Nazaire y Nantes, Julián Laso, Vitor Terriza, Turón, Antonio Pérez Revilla, Enrique, Celso Díaz y José Parra, tres años de cárcel; todas las mujeres, incluida Constanza, y los demás hombres, Tomás Urbiztondo, Vicente Barrachina, los hermanos La Casa, Teodoro Benito... y yo mismo, 18 meses<sup>96</sup>. Una vez conocidas las condenas,

95. Hijo del célebre abogado socialista y múltiples veces diputado y ministro de diferentes gobiernos de izquierda. Junto al abogado Duelos consiguió que comparecieran los policías que habían practicado las detenciones.

96. Las penas fueron relativamente ligeras para la época.

el presidente del Tribunal pidió al portavoz que hubiéramos designado que hablara. Nunca he sabido por qué se nombró a Marbá; le faltaba oratoria y carisma y en su réplica parecía pedir perdón. A mi entender, su intervención fue decepcionante e indigna de un militante comunista, pues la consigna del Partido Comunista era que cuando un camarada se encontraba sentado en el banquillo de los acusados tomara como ejemplo la conducta de Jorge Dimitrov en el juicio en que le acusaron de haber incendiado el Reichstag en 1933, a partir de la cual, de acusado pasó a ser acusador de los nazis. Cuando el presidente pidió si alguien más deseaba hablar, yo levanté el brazo e insistí en las presiones policiales sufridas y que no habían sido tomadas en cuenta, pero ante el cariz de mi intervención, el presidente me cortó de raíz y me mandó volver a mi sitio.

Mi osadía no fue del agrado de nuestros responsables. Ya en la cárcel, Joaquín Barrios me increpó por indisciplinado, a lo cual le repliqué que a mí nadie me había dado la consigna sobre un solo portavoz y que era inexacto tratarme de indisciplinado, además de preguntarle sobre su conformidad con la réplica de nuestro camarada. Su respuesta fue dura, al recordarme que lo que yo había hecho podía merecer la expulsión del Partido, por infringir las normas, pero yo no me arredré y le espeté que si creía que los dos o tres que llevaban la batuta eran el Partido. Nuestra despedida fue más bien fría, sin embargo, jamás le consideré un mal camarada.

Después de cenar, nos reunieron a todos los que fuimos condenados a 18 meses y a una multa de 1.500 francos para ser trasladados al depósito de la Prefectura Central de París. A pesar de no saber cuál sería nuestro destino, el hecho de estar todos juntos nos causó una gran alegría, que pronto se transformó en una desbordada euforia; cada uno contaba chistes, se recordaban juegos de juventud... Yo aporté dos juegos de cuando tocaba en la Banda de Música del regimiento de Infantería, uno consistía en jugar a la "gallinita ciega" a partir del olfato, y el otro era el llamado "Avión de caza". Para el primero siempre se busca a la persona que tiene las posaderas más fornidas, y en el momento en que la víctima aproxima la nariz para oler, aquél se baja el pantalón y le coloca el



culo en la mismísima nariz; la primera reacción nunca falla "¡Hostia, qué olor a tabaco!" y la carcajada de los presentes es tremenda. Para el otro juego, dos personas se colocan formando las alas, el tercero colocado horizontalmente, con la misión de fuselaje, y el cuarto hace de piloto. Todo el mundo quiere ser el piloto, pero éste tiene que sostener sobre los hombros las piernas atadas del que hace de fuselaje y colocar su cabeza entre sus muslos; una vez el avión ha empezado a maniobrar, uno de los asistentes al juego, que está conchabado, desata los pantalones del que hace de fuselaje y le deja el culo completamente al aire, de manera que cada vez que encoge las piernas, su culo y sus atributos van a parar en plenas narices del pobre piloto, causando su decepción y la hilaridad de todos los presentes. Esto sucedió durante la noche del 11 al 12 de diciembre de 1943, que la pasamos lo mejor que supimos y casi sin darnos cuenta.

A las ocho de la mañana, ingresábamos en el Cuartel de Tourelles<sup>97</sup> y cuál no fue mi sorpresa al ver que nos recibía como jefe auxiliar y adjunto al director el mismísimo Antoine Besson, mi compañero de celda durante largos meses en La Santé de París. Al encontrarnos frente a frente, ni uno ni otro hicimos aspaviento alguno, solamente nos cruzamos una mirada fría, como si nunca nos hubiésemos visto, pero en mi interior pensé que había escogido el peor camino y que algún día le pedirían cuentas por su conducta. Todos los políticos y resistentes estábamos juntos y gozábamos de una cierta libertad, interna, se entiende: podíamos salir al patio cuando quisiéramos e incluso practicar algún deporte; la comida, escasa, pero no muy mala; escribir cuanto quisiéramos; recibir visitas dos días por semana; y disponer de un aparato de radio, que nos permitía escuchar cada día Radio Londres. Hay que decir que Tourelles no era propiamente una cárcel, sino un campo de reclusión administrativa, para presos desafectos al régimen de Vichy y al ejército nazi de ocupación, así que cuando una persona había cumplido condena, como no era de confianza, no la ponían

97. Éste fue el destino de los que recibieron penas más leves, mientras que los condenados a trabajos forzados fueron enviados a la Central de Eysses.

en libertad; sino que la mantenían recluida, mientras durasen las hostilidades. La cárcel estaba compuesta de dos departamentos: el de los políticos y resistentes, en el primer piso, y el de los de delitos comunes, en el segundo, con un responsable que nos representaba ante la dirección administrativa. Nuestro responsable era un ferroviario, sindicalista de la CGT y miembro del PCF, el cual, además de estar muy preparado políticamente, tenía la cualidad de ser justo y carecer de todo tipo de arrogancia; se llamaba Roger Rocher y se hizo merecedor del respeto y la confianza de todos los que estábamos allí.

En Tourelles había unos cuantos intelectuales, entre ellos, un arquitecto de gran categoría, Lurçat, hermano de Jean Lurçat, pintor y miembro de la Resistencia, y un dentista muy conocido, Lucien David, internados por haberse negado a trabajar para las tropas de ocupación o por pertenecer al PCF; estaban separados de nosotros y dormían en habitaciones individuales que, incluso, les servían de lugar de trabajo. Hacia el mes de enero llegó mi amigo, el profesor Pierre Hengers, junto al camarada Maurice Lassau, el cual, después de echarse a los brazos, me explicó que Antoine Besson había sido expulsado del Partido y del Sindicato. También tuve la agradable sorpresa de encontrarme al que fue médico rural de Cornudella, a principios de los años treinta, Víctor Viladrich Vilá, militante del PSUC e internado por haberse negado a trabajar para los nazis. Además de ser un buen médico, tenía buenos conocimientos de electricidad y música y tocaba el piano y la guitarra de maravilla, interpretando tanto a Manuel de Falla y Enrique Granados como bulerías, fandangos, sevillanas, etc. Aunque solamente cantaras o tatearas una canción, era capaz de poner las notas en un pentagrama y componer una partitura con las diferentes voces necesarias, de forma que se pudo organizar una especie de grupo artístico en el recinto de nuestro cautiverio.

Me impactó mucho un ex príncipe ruso, emigrado a París desde la revolución de 1917 y un gran tenor de la Ópera de París. Se hallaba encarcelado por haberse negado a cantar ante el comandante en jefe alemán de la capital francesa, manifestando que jamás cantaría en presencia de los que representaban a una nación

cuyos ejércitos invadían y destruían su país. A partir de algunas conversaciones que tuve con él, me confesó que por su clase social no podía ni sería nunca comunista, pero reconocía el progreso y la emancipación de su país, conseguidos en 20 años, cosa que el régimen del zar no hubiera logrado ni en trescientos años.

Constanza Martínez Prieto, mi novia, y las demás mujeres juzgadas en nuestro proceso permanecieron en la cárcel de mujeres La Petite Roquette, en París. Me autorizaron a cartearme con la que hoy es mi esposa, pero, a principios de enero, fueron trasladadas a Tourelles, con gran alegría para mí, pues no tenía a nadie en Francia, salvo a mi hermano Enrique, cuyo paradero desconocía. Tener a Constanza cerca de mí y poder vernos y hablarnos dos veces por semana en el locutorio fue una gran ayuda y reforzó mi moral; además este precioso contacto sirvió para que nos conociéramos mejor y naciera un fiel y sincero amor entre los dos.

En estos mismos días, el camarada Rocher nos comunicó que se necesitaba un responsable de la cocina que también vigilara a las dos mujeres empleadas de la Prefectura de París, encargadas de administrar el suministro alimentario, puesto que parecía que "metían mano" en nuestra comida. Y fueron Barrachina y el amigo Massa los que se pronunciaron por el camarada Escuer, en lo que estuvieron de acuerdo todos los demás; así que fui elegido por unanimidad para representar a todos los detenidos en la cocina del cuartel de Tourelles. El mismo Rocher me condujo a la cocina y me presentó a las dos funcionarias, una de ellas se llamaba Madame Renard, de más de cuarenta años, muy dinámica, un puro nervio. El trato no fue desagradable, pero tenía el defecto de todos los empleados civiles que trabajan en dependencias policiales: creerse más agente del orden que los propios policías, pero en el fondo no era mala persona. La segunda, de cuyo nombre no me acuerdo, era ya bastante mayor, cercana a la jubilación, más bien baja, regordeta y de aspecto insignificante. El resto del personal de la cocina eran reclusos de derecho común, salvo el cocinero, emigrante político italiano antifascista, bastante mayor y un gran profesional; nos llevábamos muy bien.

Madame Renard ya se había acostumbrado a que yo controlara la mercancía, en cuanto llegaba, sobre todo en lo referente a materias grasas, azúcar, arroz, pastas y carne, y por la noche, lo que no se había consumido. Hacía un mes largo que trabajaba en la cocina, cuando Madame Renard me comunicó que habían llegado cuatro grandes personalidades, todas ellas acusadas de simpatizar con la Resistencia: un general francés, el abogado Letroquer, el conde de Hauteclouque<sup>98</sup> y otro, del cual ignoro su nombre. Todos ellos estaban alojados en la habitación n° 4. Cuando se distribuía la comida, siempre era yo quien llenaba los recipientes, pero Madame Renard me propuso, aquel día, distribuirla ella; mientras le iba acercando las marmitas al tiempo que le dictaba las habitaciones y el número de ocupantes, al llegar a la n° 4 observé como paraba de menear el cazo e iba llenando el recipiente de comida sólida. Me quedé pensativo hasta que caí en la cuenta que dicha habitación era la de las personalidades recién llegadas y, después que Madame Renard me lo confirmara, vacié de nuevo el recipiente en la caldera, comentándole que aquellos señores, en la cárcel, no tenían más derechos que los demás reos; además añadí que, probablemente, dentro de unos días, recibirían unos buenos paquetes, mientras que nosotros nos tendríamos que contentar con lo poco que la administración nos daba. La pobre señora Renard me espetó que era muy duro y que allí quien mandaba era ella, pero yo le respondí que la virtud de mandar iba acompañada de la de ser justo, sin caer jamás en la tentación del favoritismo; y ella cogió un tal berrinche que soltó el cazo con rabia y se fue a llorar a su vestuario. Estuvo un par de días sin dirigirme la palabra.

A los tres o cuatro días, vino de visita a la cocina el conde de Hauteclouque y me dijo que se había enterado de que yo era español; entonces me entregó una bolsa de papel con tres tazas de arroz, suplicándome que le hiciera una paellita valenciana. Me quedé un momento sin decir nada y con tal extrañeza que, antes de haberle dado una respuesta, me dijo que no era muy exigente y que

98. Primo hermano del general Leclerc, jefe de la 2ª División Blindada del Ejército del general De Gaulle y liberador de París.

ya se figuraba que, careciendo de ingredientes, no podría salir una paella digna, sin embargo le hacía tanta ilusión que, si se lo guisaba, siempre me recordaría. Así que me dispuse a cocinar a mi manera, pero de paella, nada de nada. Piqué una cebolla bien fina, eché el arroz a la sartén y cuando estuvo bien dorado, puse agua, sal y pimienta. A la hora convenida el conde vino a buscar su manjar, y cuando regresó para traernos la sartén, me felicitó por el arroz guisado. En aquel momento sólo estábamos en la cocina un joven judío belga, camuflado en el cuartel, el cocinero italiano, las dos funcionarias y yo, y el conde preguntó por la cantidad de comida suministrada por la administración, y opté por dejar la respuesta a Madame Renard, como responsable de las autoridades penitenciarias. Con la información recibida, el conde concluyó que las raciones eran más bien escasas y que trataría de mejorar la situación. En efecto, como era el presidente del Socorro Nacional<sup>99</sup>, al día siguiente se empezó a recibir un suplemento de comida que permitió mejorar la dieta de todos los reclusos de Tourelles; además, la Cruz Roja nos distribuía cada mes un paquete de unos tres kilos de comida que, puestos en colectividad y bien administrados, nos permitían recibir un suplemento de calorías. No cabe duda de que mi actitud hacia la buena señora Renard contribuyó a que nos reconciliáramos en el trabajo y que el trato personal fuese de franca camaradería.

A principios del mes de febrero de 1944, uno de los gendarmes de la compañía de vigilancia de la prisión, un buen patriota llamado Roger, me cogió a parte y confidencialmente me dijo que en su casa tenía una pistola Astra, de fabricación española, pero estaba desmontada y era incapaz de ponerla en estado de servicio. Le contesté que le ayudaría, a la par que le preguntaba el uso que quería darle, no siendo un arma de uso en la Gendarmería francesa. Su respuesta fue contundente: tan pronto como desembarcaran los aliados, iba a colgar el uniforme para unirse a la Resistencia. Sin que nadie nos viera, monté el arma y le expliqué todas sus

99. Organismo que se formó durante la ocupación alemana en Francia y que actuaba codo a codo con la Cruz Roja francesa.

características; el hombre quedó satisfecho y, en lo sucesivo, demostró ser un buen amigo.

En vistas a preparar una fiesta a la cual debían asistir las mujeres, el grupo artístico formado por el doctor Viladrich, con la guitarra, un joven italiano, Bassano, otro compatriota, el acordeonista Tondiera y yo, como cantantes, empezamos a ensayar muy en serio, pues teníamos que quedar bien ante nuestras invitadas de honor. El 20 de febrero, las mujeres empezaron a llegar, entre ellas María González, esposa del camarada Freire, Paquita de las Heras, de Soria, las de Sánchez y de Gómez, etc..., y ante todo, mi Constanza. También pudieron entrar algunas del exterior que tenían a sus maridos encerrados, gracias a la benevolencia del jefe de la Compañía de los Gendarmes que custodiaba el recinto. Para mí y Constanza fue una fecha trascendental, ya que formalizamos nuestro compromiso de unión; para otros significó recuperar la libertad, ya que lograron evadirse: los camaradas Francisco Caro y Guillermo, mi amigo, el profesor Hengers, la maestra Marta Mahé, de la región de Saint-Nazaire, y otros más. Al día siguiente, los gendarmes vieron que los números no cuadraban y se armó la de San Quintín; no hubo grandes represalias, pero suspendieron al jefe de la Compañía de Gendarmes, que fue reemplazado por un capitán joven, de aspecto chulesco y muy arrogante. Después de un discurso acorde con las circunstancias, nos penalizó con unos días sin salir al patio, mientras que yo debía acudir a la cocina acompañado de un gendarme. Transcurridos dos o tres días, la vida interna de Tourelles volvió a seguir su curso normal.

Durante un tiempo trabajó en la cocina un marsellés, recluso por proxenetismo. Se pasaba casi todo el tiempo contando chistes, con el deje y la sal característica de su zona, y por fuerza teníamos que reírnos. Un día, el joven judío belga me señaló que el marsellés escondía patatas en los grandes bolsillos de su abrigo de cuero, sin que nadie le dijera nada, a pesar de que la funcionaria mayor estaba enterada. Cuando todo el mundo se marchaba, en presencia de la Sra. Renard y la anciana, le insté a vaciarse los bolsillos y yo iba poniendo las patatas en la balanza; en resumen tres kilos y medio. Mi reprimenda no fue muy larga, pero suficien-

te para recriminarle su egoísmo y echarle de la cocina. La funcionaria más anciana que tanto se reía con él quiso defenderlo, pero le advertí de que si persistía en su actitud, me vería obligado a informar de lo ocurrido a la dirección; por fin, se marchó refunfuñando y yo di por zanjado aquel desagradable incidente.

La vida continuaba de manera apacible, con las visitas familiares, las charlas y conferencias de los intelectuales: el arquitecto Lurçat disertaba sobre arquitectura egipcia, Lucien David sobre higiene bucal, y el Dr. Viladrich sobre la sexualidad de la mujer y el comportamiento adecuado del hombre con su pareja en la vida conyugal. En esta situación llegamos al mes de mayo de 1944, cuando el día 6 llegó la orden de trasladar a algunos franceses y a casi todos los españoles al campo de Rouillé. De todo nuestro grupo solamente quedamos cuatro, Adelaido Blázquez, Teodoro Benito, Villa y yo, sin entender por qué habíamos sido separados de nuestros camaradas. Continué con el trabajo en la cocina, pero el día 7 por la tarde, mientras recogíamos los utensilios de la cocina, Madame Renard me hizo pasar al almacén y llorando se me echó al cuello, al tiempo que me comunicaba que, por la mañana, la policía alemana vendría a buscarme para trasladarme a otro sitio. No sabía cuál, pero no podía ser nada bueno. Nos despedimos, no sin que antes ella expresara su admiración por mí, por ser un hombre justo, a pesar de los berrinches que le había provocado.

Los camaradas franceses nos prepararon un bocadillo de pan untado con un poco de mantequilla y queso, y entre las 8 y las 9 de la mañana vino el renegado Antoine Besson a anunciarnos que la furgoneta de la Gestapo nos esperaba en el patio de la prisión. Le miré fijamente a los ojos y le recriminé por no haber avisado de los traslados, pero su respuesta fue simplemente que no era asunto suyo. Y cuál no fue mi sorpresa cuando vi aparecer a Constanza que venía a reunirse con nosotros; subimos los cinco a la furgoneta y emprendimos la marcha, con rumbo desconocido. Hacia las 11 de la mañana del día 8 de mayo, el coche se paró ante la puerta de la cárcel de Fresnes<sup>100</sup>. Fue Constanza la primera que vio las puertas

100. Situada a 11 kilómetros de París y considerada la segunda cárcel más importante de Francia, fue uno de los centros de reclusión de resistentes.

de aquella institución penitenciaria, de renombre desde tiempos remotos por la dureza de su régimen interior. El tiempo transcurrido antes de abrirse las puertas de nuestra mazmorra bastó para que Constanza me diese un tubo de dentífrico, al tiempo que me decía que dentro había escondido 500 francos, para emplearlos en caso de necesidad. Yo, por mi parte, también había escondido otros 500 de la misma manera. Se abrieron las puertas de la siniestra cárcel, nos abrazamos con fuerza y, después de separarnos, nos llevaron a los departamentos respectivos. A los cuatro hombres nos encerraron en distintas celdas, aislamiento que fue motivo de gran preocupación por ignorar el destino que me esperaba. Pero no era el momento de caer en el pesimismo, ya que la situación política y militar iba cada vez peor para los nazis. Lo que más me angustiaba era la separación de Constanza y la suerte que correría; a pesar de ello, siempre tuve la esperanza de volverla a encontrar y de que nuestra separación no podía durar mucho tiempo.

Me encerraron en una celda del tercer piso, pero jamás he sabido el punto exacto de mi nueva morada. Cuando se abrió la puerta, vi que la celda estaba ocupada por otras dos personas, pero me llamó la atención ver cómo, del techo, pendían un gran jamón y unos tres o cuatro salchichones. Plantado como una estaca, con la vista fija en aquellos succulentos manjares, uno de los dos compañeros se dirigió a mí y con una sonrisa me dijo que también tendría mi parte de lo que colgaba en el techo, además de recomendarme que si llevaba algo de comida que se podía estropear, la consumiríamos antes para aprovecharla. Me recibieron bien, con trato afable; yo correspondí de la misma manera y como eran mucho más mayores que yo, siempre les traté con respeto. Llegó el momento de darnos a conocer. Uno, alto y fuerte, declaró ser coronel del Ejército francés, el segundo, más delgado y bajo, dijo ser un alto comisario de la policía francesa. Llegó mi turno y les conté mi trayectoria. Siempre que pienso en aquellas dos personas, creo que cada uno de nosotros guardó sus secretos. Yo me encontraba en una nueva situación, pues la cárcel de Fresnes estaba bajo la jurisdicción nazi y el menor desliz hubiera podido ser fatal. Así que, a pesar de la buena acogida, mis dos compañeros

no me parecían de total confianza. ¿Cómo era posible que en un lugar como aquel, donde los reclusos se comunicaban, a gritos y a través de las rejas, las condenas, incluso a muerte, se permitiera a aquellos señores disfrutar de tales vituallas? En una de nuestras conversaciones, el coronel me comentó no entender como un cerrajero como yo hablara tan bien el francés, y a pesar de enseñarle mi gramática, creo que no le convencí. Él mismo insistió mucho en saber si yo era oficial de la República, lo que hizo aumentar mi desconfianza, máxime cuando, cada dos o tres días y a la misma hora, un guardia alemán le venía a buscar; su ausencia duraba entre media hora y cuarenta y cinco minutos, y cuando regresaba nunca le vi ni eufórico ni nervioso. Como se comprenderá nunca le desvelé mi grado militar.

La armonía entre el coronel y el alto comisario dejaba mucho que desear, con disputas violentas e insultos de gran bajeza. Eran muy creyentes y como sólo tenían un rosario para los dos, mientras uno rezaba, el otro debía esperar su turno, pero lo más penoso es que, cuando se pasaban el rosario, lo hacían con un enorme bufido. ¿Cómo era posible que dos personas de tal categoría pudieran odiarse de esa forma? Día tras día, siempre igual, y cansado del pesado clima de aquella celda, me propuse intentar reconciliarles con reflexiones sobre su impropio comportamiento. Desde aquel día, nuestra vida en común fue bastante más tranquila y las disputas de mis dos compañeros cesaron casi totalmente.

También me extrañó que en la pared de la celda tenían un gran mapa de Europa en el cual, con banderitas de color verde y coloradas dibujaban el frente de guerra entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, y la evolución de las operaciones militares que, en aquel momento, eran inmejorables para los ejércitos soviéticos. El coronel daba sus apreciaciones sobre el avance de los soviéticos, cada vez que los nazis perdían un punto estratégico o una ciudad importante. Yo, ¡cómo no! seguía con atención sus comentarios que, algunas veces, consideraba erróneos, y simulando que no era de mi competencia, también daba mi opinión. Un día, el error fue tan grande que no pude resistir: mientras él sostenía que el ejército soviético emprendería un ataque frontal, operación que, a mi

entender, ocasionaría grandes costes en material y en vidas humanas, cometí la imprudencia de decirle que atacarían por los flancos a las fuerzas nazis, para capturar el máximo número de prisioneros y material de guerra. El coronel se quedó mirándome y me advirtió de que le había engañado, pues mi razonamiento no era de un simple soldado, sino de un oficial. Comprendí que el exceso de orgullo me había traicionado y que, en lo sucesivo, debía ser más prudente. Insistí en que era un simple soldado raso, pero que 32 meses de guerra me hicieron adquirir experiencia; con su sonrisa-mueca demostraba que no creía ni una palabra de mi explicación.

Sin saber la causa, un día el coronel empezó a llorar como una Magdalena. Al verlo en aquel estado de desespero, me emocioné de verdad y no pude menos que preguntarle por su desconsuelo, que no era otro que la añoranza de su mujer, su hijo y todo lo que le rodeaba en Clermont-Ferrand. Traté de animarle y, tocándole la fibra del honor militar, le comenté que la guerra terminaría pronto y que su estancia en una cárcel alemana engrandecería su hoja de servicios en las filas del ejército de la Francia libre. No sé si acerté o no, ya que cada uno de los tres guardábamos celosamente nuestros secretos, pero la llorera cesó y, después, paz y gloria.

#### *IV. De Compiègne a Dachau*

El día 18, por la mañana temprano, el coronel salió de la celda, como de costumbre, y al regresar, me comunicó que, antes del mediodía, yo saldría para ser conducido a un sitio que desconocía. Sólo pudo decirme que era un campo donde la vida era muy dura y que no tendría muchas posibilidades de salir con vida, pero si por fortuna me salvaba y volvía a Francia, que fuera a Clermont-Ferrand, ya que él era propietario de la empresa más importante de la ciudad, una empresa de transporte, y que haría de mí un hombre importante. De todas aquellas informaciones, sólo me preocupaba mi nuevo destino. ¿Por qué conducto aquel personaje supo con precisión dónde iban a llevarme? No había duda: sus salidas periódicas debían servir para dar parte a la dirección de la cárcel de Fresnes de todo cuanto pasaba en la celda. Hoy, después de 40 años de aquella odisea, todavía me pregunto si aquel coronel era un colaborador de la Gestapo.

Hacia las 11 de la mañana vino el carcelero alemán a buscarme. Me despedí de mis compañeros y, cuando el coronel me deseó suerte, le contesté que mejor hubiera sido quedarme en la celda con ellos, pues, a principios del mes de junio, se produciría el desembarco aliado en Francia y el territorio francés quedaría libre de toda ocupación. En efecto, los que nos preocupábamos del curso de la guerra, veíamos que el segundo frente no tardaría en abrirse, aunque no sabíamos en qué fecha ni en qué lugar exacto de Francia tendría lugar. Así que mi profecía no fue ni más ni menos que un farol por mi parte.

Bajamos a las puertas de salida de la cárcel donde nos esperaba una furgoneta de la Gestapo. El primero en llegar fui yo, pero al cabo de unos minutos fueron llegando mis camaradas Villa<sup>101</sup>, Adelaido Blázquez<sup>102</sup> y Teodoro Benito<sup>103</sup>. Cuando la furgoneta se puso en marcha, los guardianes era cuatro hombres de la policía fascista italiana, que no resultaron ser más comunicativos que los de la Gestapo. Al cabo de una hora u hora y media vimos un indicador con el nombre de Compiègne y pronto nos introdujeron en el campo, administrado por la Milicia Fascista de Pétain y guardado por SS alemanes<sup>104</sup>. Nos alojaron en unos barracones al fondo de una gran explanada, a la derecha había otro campo separado por una valla de alambre de espino que solamente se podía franquear con una autorización de la administración del campo. Los milicianos de Vichy nos registraron los equipajes y a nosotros mismos, de la cabeza a los pies. En mi maleta llevaba 5 o 6 libros, entre ellos las obras completas de Platón, y el capitán, con un gesto despectivo me dijo que no tenía necesidad de ellos y los tiró a un montón donde había ya centenares de volúmenes. Aquel hecho me confirmó el carácter brutal e inhumano de las ideas nazifascistas.

En el barracón que nos destinaron, había ocho curas franceses, entre ellos, el decano de Nôtre Dame de París, un anciano de 86 años; detenidos por estar a favor del general De Gaulle y haber escondido en sus parroquias a miembros de la Resistencia. Uno se llamaba Juan, como yo, y practicaba también el voleibol, de forma

101. Rufino Villa Vargas, nacido en Santa Olalla (Toledo), el 16-2-1909. El 20-6-1944 fue deportado a Dachau, junto a Joan Escuer, con el cual fue destinado al comando de Allach; recibió la matrícula 73384.

102. Bernardo (Adelaido) Blázquez Romero, nacido en Orcera (Jaén) el 20-5-1909, siguió el mismo itinerario que Villa, pero acabó trasladado a Buchenwald. Su matrícula fue 74152.

103. Teodoro Benito Morales, nacido en Saelices de la Sal (Guadalajara), el 11-8-1923, también compartió el destino de los anteriores compañeros, con la matrícula 74149.

104. Antiguas instalaciones militares a cuatro kilómetros de París que, bajo la ocupación, fueron el principal punto de partida de los convoyes con resistentes hacia los campos del Reich.

que cuando se organizaba algún partido jugábamos en el mismo equipo, lo cual hizo que naciera entre nosotros una franca amistad. Por otra parte, el Partido Comunista estaba bien organizado y la solidaridad internacional funcionaba de maravilla; conocí a un camarada yugoslavo, antiguo oficial de las Brigadas Internacionales durante la guerra de España, que nos puso en contacto con los responsables del PCE en el campo. Entre ellos había un toledano y un maestro de Os de Balaguer (Lleida), José Ambrós, todos excelentes camaradas, con la ayuda de los cuales nuestra estancia en la nueva "residencia" fue más fácil de soportar. En un grupo recién llegado, de unos veinte hombres, había tres españoles: un mallorquín, llamado Barri, un camarada de nuestro grupo de Nantes, y un andaluz, Blanco, que no había sido detenido con nosotros. Este último era muy conocido de mi amigo Villa y de Teodoro Benito e inmediatamente se juntaron entre ellos y nos dejaron colgados a Adelaido Blázquez y a mí, sin ni siquiera presentarnos. Pero al día siguiente, el propio Blanco vino a saludarme y me preguntó si era verdad que Constanza y yo nos habíamos prometido; me felicitó, y a partir de aquel momento, simpatizamos mutuamente.

El día 6 de junio empezó el desembarco de los aliados en tierras de Normandía. Inmediatamente pensé en mis compañeros de celda de Fresnes y en el farol que les había soltado. ¿Qué pensarían de mí? ¿Era un espía? Seguramente se hicieron muchas cábalas, lejos, lejísimo de la realidad. También por aquellos días vimos entrar por el gran portón de Compiègne una nutrida columna de prisioneros con las manos en la cabeza, nos acercamos a cierta distancia e inmediatamente oí unas voces que llamaban: "¡Escuer! ¡Escuer!". Giré la cabeza en dirección a las voces y reconocí a Raso<sup>105</sup>, Pérez Revilla, Joaquín Barrios<sup>106</sup>, José Turón<sup>107</sup>,

105. Nacido en Toledo, el 15-7-1919, siguió el destino de Joan Escuer y sus compañeros, con la matrícula 73924.

106. Joaquín Barrio, alias Ricardo Díaz, nació en Oviedo el 15-9-1909, e igual que los anteriores fue deportado a Dachau, con la matrícula 73366. Falleció en el campo el 25-3-1945.

107. Nacido en Lecera (Zaragoza) el 17-3-1912, también llegó a Dachau desde Compiègne. Con la matrícula 74.051, acabó en el comando Allach.

Víctor Terriza<sup>108</sup>, Julián Laso<sup>109</sup>, etc... Eran todos los camaradas de nuestro grupo que habían sido condenados a tres años de cárcel y habían sido recluidos en la Central de Eysses, en Villeneuve-sur-Lot, formando parte de la resistencia de este centro, que fue capaz de organizar una acción armada, el 19 de febrero de 1944; a pesar de su fracaso, aquello sirvió de lección moral a todos los componentes de la Resistencia<sup>110</sup>. Tan pronto aquellos compañeros estuvieron instalados, se organizó la solidaridad en su favor. Llegaron hambrientos y se les buscó algo de comida, así como ropa, ya que no traían equipaje; todos nos deshacíamos de algo para que se mudaran de ropa. Yo me presté voluntario y junto al cura Juan y otros, encabezados por el camarada yugoslavo, fuimos a entregar a nuestros compañeros de infortunio lo que habíamos recogido.

Pronto tuvimos la agradable sorpresa de recibir un paquete de 3 kilos de comida de la Cruz Roja Internacional, que nos vino de perlas. La vida en el campo se desarrollaba sin complicaciones. Todo el mundo estaba pendiente de las operaciones de desembarco, pero nuestras ilusiones se desvanecieron el 18 de junio, al mes de nuestra llegada a Compiègne, puesto que, después de comer, nos avisaron de que prepararíamos nuestro equipaje para salir de viaje. Inmediatamente escribí unas líneas dirigidas a una tía de Constanza para comunicarle que salía con rumbo desconocido, pero con la impresión de que nos llevaban a Alemania. Puse el papel en un sobre y me lo guardé.

108. Víctor Terriza Hernández, nacido en Madrid, el 29-10-1910, matrícula nº 74037, fue destinado al comando de Kottern, dependiente de Dachau.

109. (Vicente) Laso Parajuá. Nacido en Madrid el 15-9-1910, llegó a Dachau junto a sus compañeros, pero fue trasladado a Flossenbürg el 3-10-1944.

110. En octubre de 1943 habían sido internados en la prisión central de Eysses (Villeneuve-sur-Lot) los resistentes considerados más peligrosos. De entre los 1.200 prisioneros, había 85 españoles que organizaron la Unión Nacional y adquirieron fuerte protagonismo en las actividades políticas y culturales. Con la complicidad del exterior y algunos guardianes, se preparó una fuga colectiva para el 19 de febrero de 1944 que fracasó después de fuertes luchas. Las represalias fueron durísimas: 12 fusilados, entre ellos 7 heridos en los enfrentamientos y cinco más, dos de ellos españoles, y traslado de casi todos a Compiègne, el 30 de mayo, desde donde partieron a Dachau.

Una vez terminados los preparativos, nos formaron en columna de a tres, camino de la estación de ferrocarril; en la expedición se integraron también los compañeros llegados de Eysses. En la estación, nos esperaba un largo tren, compuesto por vagones de mercancías, con la inscripción "Doce caballos, cuarenta y ocho hombres"<sup>111</sup>. Nos dieron media bola de pan y un trozo de salchichón seco y empezaron a introducirnos en el vagón, con la previa advertencia de que, si alguien se evadía, fusilarían a todos los componentes del mismo. En esta operación de embarque, pudimos conocer la brutalidad de los SS de Hitler, puesto que no respetaron el número de 48 personas por vagón y, con la ayuda del látigo, forzaron a penetrar en el interior entre 110 y 120 personas, hasta el punto que no podíamos estar sentados ni acostados. El tren se puso en marcha y, a la media hora de circular, saqué la carta del bolsillo y por el ventanuco del vagón la lancé al exterior, con la esperanza de que alguien de buena voluntad la recogiera, la franqueara y la enviara al destinatario.

En mi vagón éramos un grupo de 6 o 7 que pensábamos evadirnos y empezamos a arrancar los alambres de los cuatro

111. El convoy partió de madrugada, con 2.319 hombres, de los cuales 162 eran españoles, y fue el transporte más importante que salió de Compiègne con destino directo a Dachau. Después del desembarco de Normandía, la consigna de los nazis fue evacuar los presos a Alemania, de forma que en pocos días partieron otros convoyes, hasta completar la cifra de 4.000 deportados, que habían sido agrupados en Compiègne. La mitad de los integrantes del convoy que partió el 18 de junio procedía de Eysses. Formados unos veinte vagones de ganado, con unos 100 hombres en cada uno, el tren hizo una primera parada en Reims; a medida que se adentraba en territorio alemán, disminuía su marcha, a causa de los efectos de los bombardeos aliados sobre las líneas de comunicación. En Sarrebrück, los guardianes alemanes fueron substituidos por la Feldgendarmarie, y después de pasar por Karlsruhe y Stuttgart, llegaron a Dachau, al mediodía de día 20. Como era habitual, fueron conducidos a pie hasta el recinto, a unos cuatro kilómetros de la estación. De la totalidad del convoy, 476 murieron o desaparecieron, de 122 se desconoce su destino y 1.541 sobrevivieron. Unos 1.000 fueron transferidos, en pocos días, a comandos exteriores, especialmente Landsberg, Kempten y Allach. Foundation pour la Mémoire de la Déportation, *Livre-Mémorial des déportés de France arrêtés par mesure de répression et dans certains cas par mesure de persécution (1940-1945)*. Éditions Tirésias, Paris 2004.



ventanucos, pero nos lo impidieron los propios compañeros que empezaron a gritar histéricamente y a agarrarnos por las piernas de tal manera que, en caso de no desistir, hubiesen sido capaces de asesinarnos. Además de Villa, Blázquez, Benito y yo, había algunos españoles más, conocidos del campo: Manuel Sánchez "El Madrileño"<sup>112</sup>, José Rodríguez, hijo de uno de los concejales del ayuntamiento de Cabeza de Buey (Badajoz)<sup>113</sup>, José Malé, panadero de Lleida, y Gómez "El Toledano", carnicero de oficio<sup>114</sup>, etc. Entre los franceses quiero señalar a los entrañables amigos Raymond Prunières<sup>115</sup>, Edgar Franchot<sup>116</sup>, Raoul Vignettes<sup>117</sup>, Plicaud<sup>118</sup> y otros, todos procedentes de la Central de Eysses. Todos ellos desempeñaron un importante papel durante el tiempo que estuvimos en el campo de Dachau y sus comandos.

El convoy no se desplazaba con excesiva velocidad y, por fortuna, aquellos días eran nublados y bastante húmedos, pero pronto el calor y la sed se hicieron sentir. Lo más penoso, además, eran las frecuentes paradas del tren, cuando más notábamos la falta de agua y de aire y, por si fuera poco, a algunos nos cogió una asombrosa diarrea. Los hedores que despedía emponzoñaban todavía más el poco aire que penetraba por los cuatro tragaluces del va-

gón. Pronto aparecieron los signos de asfixia y locura y, al parar el tren, se armaba un ensordecedor griterío de "¡Agua! ¡Agua!", pero los SS eran insensibles. Solamente en una ocasión en que el tren paró cerca de la frontera alemana, unas personas que oyeron nuestras súplicas lograron introducir algún litro del preciado líquido, pero pronto los SS se lanzaron contra nuestros benefactores a culatazos y a latigazos, impidiendo que nos llegara más agua. Yo no tuve la suerte de que me alcanzara la bebida, pero sí la tuve al encontrar una rendija de unos 3 centímetros de ancho por unos 12 o 15 de largo, a la altura de mi boca de forma que, cuando notaba los signos de asfixia, pegaba sobre ella mi nariz y mi boca y llenaba mis pulmones de aire fresco y no contaminado.

El día 20 de junio de 1944 el tren entró en una vía muerta y, hasta que se abrieron las puertas, permanecimos encerrados dos largas horas. El calor y la falta de aire se hacían cada vez más insoportables; los más débiles y los que sufrían insuficiencia respiratoria u otra enfermedad pulmonar, empezaron a perder el conocimiento y a desplomarse. Para aquellos y siempre recordados anónimos compañeros se había terminado ya el calvario de la deportación; antes de penetrar en el campo de exterminio de Dachau<sup>119</sup>, la selección ya estaba hecha. En fin, cuando abrieron

112. Manuel Sánchez Olivera, nacido el 5-8-1913 en Almohacín (Cáceres), recibió, a su llegada, la matrícula 74265; fue destinado al campo de Rosenheim.

113. Puede tratarse de José Domínguez Calvo, nacido en Cabeza de Buey (Badajoz), el 14-8-1915. En Dachau recibió la matrícula 74177, o de José Rodríguez, nacido en Alicante el 19-3-1919.

114. Pablo Gómez Saavedra, nacido en Mora (Toledo), el 7-9-1916. En Dachau recibió la matrícula 74285.

115. Nacido el 12 de marzo de 1917 en Ivry, desde su juventud mantuvo un fuerte compromiso antifascista, en el seno de las Juventudes comunistas. Incorporado al ejército, su regimiento fue hecho prisionero el 18 de junio de 1939, pero se evadió para unirse a la Resistencia en 1941. Fue arrestado el 11 de junio de 1942, condenado a cadena perpetua e internado en Dachau, en junio de 1944. Después de la liberación, fue un activo militante en asociaciones de antiguos combatientes y resistentes. Murió en 2007, a los 90 años.

116. Nacido el 10-6-1913 en Saint-Aubin, recibió la matrícula 73467.

117. Nacido el 15-1-1920 en Palau de Vidre, recibió la matrícula 74088.

118. Jules Plicaud, nacido en Chavin, el 21-10-1898, recibió la matrícula 73888.

119. En una antigua fábrica de pólvora de la ciudad de Dachau, a quince kilómetros de Munich, Himmler mandó instalar, el 21 de marzo de 1933, el primer campo de concentración alemán, destinado a presos políticos, con cabida para unas 5.000 personas. Su primer comandante, Eicke, hizo del recinto un prototipo, tanto en las instalaciones como en el reglamento, para el dilatado sistema de los campos nazis. Las continuas detenciones pronto hicieron insuficiente su capacidad, y en 1938 se terminó un nuevo campo, con 30 barracones, ocupados por unas 20.000 personas. A partir de entonces, también fueron internados judíos, sacerdotes católicos y protestantes, detenidos en los países ocupados y prisioneros rusos, muchos de ellos fusilados inmediatamente. Las necesidades de la industria bélica llevaron al aprovechamiento de la mano de obra deportada, en las factorías de la SS, fábricas de armamentos en el mismo campo, como BMW y Messerschmitt, o establecidas en casi toda Baviera: en total, fueron montados 139 campos anexos. Pasaron por Dachau y sus anexos 177.447 personas, a las cuales hay que añadir los presos no registrados, procedentes de las evacuaciones de otros campos, poco antes de la liberación. Las tropas norteamericanas encuentran 32.000 deportados vivos y 50 vagones de tren, llenos de cadáveres.

las puertas del tren, muchos compañeros no tenían fuerza para saltar del vagón, y si no hubiera sido por la ayuda de los que estábamos más fuertes, los malvados SS los habrían sacado de la misma manera que cuando nos embarcaron en la estación de Compiègne. Seguramente muchos de ellos hubieran engrosado la lista de los que perdieron la vida en nuestro compartimiento, que fueron un 25% del total de los que viajábamos en aquella expedición<sup>120</sup>.

Tan pronto saltábamos del tren, los SS nos iban formando en línea de a tres. No cabe duda de que, debido a la dureza y malas condiciones del viaje, nuestro aspecto físico estaba más que deteriorado. Con la sed, el calor y la asfixia nos creció la barba desmesuradamente y los ojos nos salían de las órbitas. Y fue en este estado que los reporteros gráficos de la prensa nazi hicieron su trabajo informativo. Después la prensa de Hitler publicaba nuestras fotografías, acompañadas de titulares, informando a la población alemana de la eficacia de los servicios de seguridad nazis, por la captura de miles de terroristas en Francia o en otros países ocupados. El tren había parado a unos quinientos metros del campo de Dachau y, una vez terminado el trabajo de los fotógrafos, nos contaron y recontaron, antes de ponernos en marcha.

A medida que nos aproximábamos a nuestro destino de martirio, el olor a carne asada se hacía más persistente. Por fin las puertas del campo se abrieron y penetramos en él. ¡Madre mía!, me dije, al ver aquellas personas esqueléticas, con sólo la piel y los huesos, y los ojos que les salían de las órbitas me dieron la impresión de que no tenían párpados y de que no los podían cerrar. Aquello era otro mundo, un mundo dantesco y que únicamente puede describir el que haya estado en uno de estos infiernos.

Una valla de alambre espinoso nos separaba a los recién llegados de los compañeros que ya estaban allí. Como los SS no se dignaron darnos de beber durante el viaje, la sed nos impidió comer, de forma que el pan y el salchichón que nos dieron a la salida

120. No hay datos comprobados sobre las muertes durante el transporte, sin embargo algunos testimonios citan la cifra de unos 10 fallecidos. Livre-Mémorial, ver nota 111.

de Compiègne, lo teníamos todavía intacto, y cuando nuestros famélicos compañeros se dieron cuenta de que guardábamos pan debajo del sobaco, empezaron a alargar los brazos entre la alambrada, suplicándonos el deseado pedazo de pan. A todos nosotros la sed nos acosaba de tal manera que sólo pensábamos en beber y, a pesar de estar dos días sin comer, la mayoría nos desprendimos de nuestra comida, haciendo felices, por unos instantes, a nuestros hambrientos compañeros de infortunio. Vi como un capo se encarnizaba a puñetazos con un detenido, no sé por qué razón, y el hecho me causó tal indignación que hice el ademán de intervenir, pero de pronto oí unas voces que me decían: "¡Quieto, desgraciado!" La advertencia me hizo reflexionar y constatar la realidad en que me encontraba: debía poner cuidado en mi conducta y dejar de hacer el Quijote.

Empezaba a oscurecer cuando nos hicieron entrar en las duchas, para pasar la noche en aquel lugar. De las paredes y pilastras pendían unos letreros con la prohibición de beber agua y la amenaza de tifus, pero la sed era tanta que nadie hizo caso y bebimos toda el agua que el cuerpo nos pedía. Yo tragué unos seis o siete litros de agua, me estiré en un rincón y me puse a dormir; creo que aquella noche fue la mejor que he dormido en mi vida.

A las siete de la mañana del día 21 de junio, nos hicieron levantar y nos despojaron de todo lo que tenía algún valor, sortija, relojes, estilográficas, medallas, cadenas de oro y todo el dinero de la cartera, nos revisaron la boca y anotaban en una agenda especial el nombre y apellidos y el número de dientes y muelas de los que tenían alguna pieza de oro. Después de esta primera humillación y robo, completamente desnudos y en grupos de 10, pasamos por manos de los peluqueros que empezaron por raparnos la cabeza, la barba, los sobacos y las partes, todo ello con la misma maquinilla. A continuación, pasaba un preso veterano que, con un cubo de agua y zotal y con una brocha gorda de pintor, nos embadurnaba las axilas y las partes genitales, cosa que nos producía grandes escozores y nos hacía saltar como si fuéramos monos; aquellos saltos y gestos de dolor ocasionaban grandes carcajadas de los crueles SS. No sé si en los otros campos de exterminio nazi rapa-

ban la cabeza como en Dachau, donde nos dejaban dos crestas paralelas que iban desde la frente a la parte posterior del cráneo. Figúrense una cabeza pelada al rape de esta forma, ya que cuando te hacían quitar el gorro, tenías un aspecto irrisorio; era un modo más de humillarte.

Una vez terminadas aquellas vejaciones, nos hicieron pasar por delante de una mesa donde un escribiente registraba todos tus datos personales. No sé si a todos los compañeros que venían detrás de mí les dijo lo mismo, pero a mí me advirtió de que ya no me llamaba Joan Escuer Gomis, sino que era el número 74.181 y que había entrado por esa puerta y que saldría, convertido en humo, por la chimenea. Yo opté por no contestar, pero para mis adentros me dije: "Es posible que tengas razón, pero yo haré lo posibles por salir por la puerta bien grande abierta. Tengo que vivir, porque los que queden con vida serán testigos vivientes y tendrán que explicar al mundo el infierno de los campos nazis".

Después de quedar vestidos con el traje rayado, nos dirigieron a los barracones números 19 y 20, que servía para que los recién llegados pasaran la cuarentena. Estas barracas estaban aisladas del resto del campo y tampoco teníamos derecho a comunicarnos con los otros compañeros del campo. La vida en aquel recinto era muy dura, el jefe de nuestra barraca era un preso con el triángulo verde, un armenio salvaje y cruel. Según contaba aquel individuo, había estado viviendo un tiempo en Barcelona, y parece que no le había ido muy bien, pues cada vez que se dirigía a los españoles siempre nos trataba de hijos de puta; solamente sabía insultarnos, pero como gozaba de la protección de los SS, teníamos que tragar quina y callar. Fue en el periodo de cuarentena cuando nos enteramos de que todos los detenidos allí estábamos clasificados por colores: los políticos y resistentes, el color rojo; el verde para los de delitos comunes; el azul, para los apátridas (color creado especialmente para los españoles deportados al campo de Mauthausen); el amarillo, para los judíos que llevaban, además, cosida en la chaqueta la estrella de David bicolor (tres puntas de color rojo y tres de color amarillo); el rosa, para los homosexuales; el marrón, para los gitanos; el morado, para los religiosos; y el negro, para los criminales.

A las cinco de la mañana nos sacaban a latigazos fuera de la barraca. En la región de Baviera, durante el verano, los días de sol son muy calurosos y las noches muy frías, de forma que, en aquellas horas de la mañana, sentíamos un frío atroz que nos hacía castañear los dientes. Los capos, entre golpes y empujones, nos hacían formar, a contarnos y vuelta a contarnos. Cuando el jefe de barraca se dignaba salir, venía armado de un cable forrado de goma o un martillo de caucho, y si alguien tenía la mala suerte de recibir un golpe en la cabeza, quedaba durante unos momentos inconsciente, y cuando volvía en sí sufría tremendos dolores de cabeza. Comprendí inmediatamente que no debía perder nunca de vista a aquel energúmeno cuando entraba en acción y evitar que jamás me alcanzara.

A los ocho días de estar en cuarentena, el decano de Nôtre Dame de París falleció. El pobre hombre, con 86 años, no pudo soportar aquel régimen infernal a qué estábamos sometidos. Sus compañeros, los ocho curas, deseaban que fuera enterrado cristianamente, pero, por respuesta, recibieron una carcajada del café del jefe de barracón, que además les señaló que allí no había privilegios para nadie, ni curas, ministros o generales; en efecto, había con nosotros un general que recibía cada mamporro que hacía temblar. En el mismo barracón coincidimos con los camaradas de juicio, lo cual hacía más llevadero nuestro cautiverio, pero duró poco, porque el 4 de julio, a un grupo de unos 40 nos trasladaron a pie al campo de Allach<sup>121</sup>, a unos seis kilómetros de Dachau.

Allí nos recibió un joven alemán que gritó, de pronto, que los españoles diéramos un paso al frente. Salimos ocho: Blázquez, Villa, Sánchez, Rodríguez, Gómez, Malé, Benet, un hombre mayor de Barcelona y afincado en Toulouse, y yo. Como aquel joven hablaba en perfecto español, yo, que siempre he tenido la curiosidad

121. Unos 8.000 deportados, con un recinto para los judíos, trabajaron en este subcampo, instalado por la SS después de expropiar una fábrica de porcelana, que pasaron a explotar directamente con la mano de obra de los deportados, también empleada en empresas de construcción y en otras fábricas, entre ellas, la de motores de aviación de B.M.W. Pasaron por Allach unos 67 españoles. Al final de la guerra se convirtió en un campo para desplazados.

de saber con quién "me jugaba los cuartos", le pregunté de qué parte de España era. Me aclaró que no era español, sino hijo del vicecónsul alemán de Granada y además capitán de la Legión Condor, en la que luchó contra nosotros. Me lo quedé mirando y le espeté la paliza que nos dieron con sus bombardeos, la destrucción de Guernica, los ataques indiscriminados contra Barcelona y contra las columnas civiles desarmadas por las carreteras, a lo cual respondió que nosotros no nos habíamos quedado mancos, por nuestra manera valerosa de pelear. Ante su buena disposición, me atreví a preguntarle su opinión sobre la posibilidad de que Franco hubiera ganado la guerra, sin el apoyo de Alemania e Italia; en este caso, la guerra no hubiera durado ni dos meses, tal fue su respuesta. Cambié de conversación y proseguí mostrándole mi extrañeza por el hecho de que un hombre, con semejante hoja de servicios en la guerra de España, estuviera en aquel lugar, y de forma lacónica me dijo: "Cosas de la vida, amigo"; así terminó nuestro diálogo.

Al día siguiente nos sacaron a trabajar a una fábrica de aviación, muy cerca del campo, con un régimen de trabajo de 12 horas diarias, alternando una semana en turno de día y otra en turno de noche. Destinado provisionalmente en un equipo llamado Dicharoff, de una sociedad de construcción especializada en la protección de las fábricas con un armazón de cemento armado de dos metros o más de espesor, al estilo de los que se construían en las bases submarinas para protegerlas de los bombardeos aliados. El trabajo era durísimo: descargar sacos de cemento de 50 kilos de los trenes y subirlos a hombros por unas escaleras de madera hasta una altura de 3 y 4 pisos, y si desfallecías, allí estaban los capos para reanimarte a estacazos. Otro trabajo era empujar vagonetas llenas de arena hasta el pie de la grúa y ante cualquier retraso, te molían a palos.

La comida, valorada en unas 600 calorías, era diurética y muy líquida, con sólo 100 gramos de pan al día, a lo que había que sumar las formaciones, donde se pasaba lista y nos contaban, antes de entrar al campo y también una vez dentro de él. Los capos nos contaban a gritos y a golpes y, luego, el jefe de barraca y el

sargento de los SS con el mismo comportamiento; hasta que llegaba el comandante o su ayudante habían pasado unas dos horas. Por las mañanas, nos hacían levantar a las cinco para empezar el trabajo a las siete, y empezaban los gritos y golpes: "*Ale, ale*, deprisa, deprisa. Los pequeños delante, los grandes detrás". El amigo Villa era de los más bajos y, para colmo de las desgracias, tenía un físico de aspecto abobado, y cuando el capo o cualquiera de nuestros verdugos pasaba delante suyo, se le quedaba mirando, mofándose con una mueca despectiva e insultándole, además de propinarle una bofetada. El suplicio de la formación, el contar y recontar, nos obligaban a tal esfuerzo sobrehumano que, sumados al hambre, a las 12 horas de trabajo y a la falta de sueño, hicieron que nuestra salud no tardara en resentirse.

El 18 de julio de 1944, nos concentraron en la *appelplatz* del campo de Allach a un gran número de los que formábamos parte del convoy de Compiègne del 20 de junio, y en camiones nos dirigieron a la estación de ferrocarril de Munich. Una vez apeados, permanecimos formados hasta la salida del tren. Yo estaba en primera fila con las manos y los dedos entrelazados formando una cazoleta, cuando, de repente, por una esquina, apareció una señora bastante alta, vestida con una bata gris y un delantal con hombreras blanco, el uniforme de una sirvienta, cargada con una cesta de víveres. Tendría unos 40 años. No sé por qué razón, yo no la perdía de vista mientras iba andando, y ella iba acercándose cada vez más hacia el lado donde yo estaba, hasta que, al llegar a mi altura, disimuladamente y con toda rapidez, me puso tres melocotones en las manos. Con la misma rapidez, apreté mis manos contra mí y con mucho disimulo introduje los tres melocotones en los bolsillos del pantalón. Nunca olvidaré aquel gesto. Hace casi cincuenta años de aquel hecho, pero cada vez que cierro los ojos veo la imagen de aquella mujer, con su bata gris y su delantal blanco; llevaré siempre su recuerdo en mi corazón.

Llegó la hora de subir al tren. En mi compartimiento íbamos ocho españoles y un soldado de la aviación nazi como guardián, que no me quitaba la vista de encima. Yo temía que hubiera observado la escena de la señora y pronto salí de dudas cuando me

preguntó qué tenía en los bolsillos. Acto seguido saqué los tres melocotones del bolsillo y se los ofrecí, pero me respondió que eran para mí. Entonces pedí a mi amigo Adelaido Blázquez que me prestara su navajita de bolsillo y repartí las frutas entre los nueve del compartimiento, y al ofrecer la parte que le correspondía al guardián, éste la rechazó, pero continuaba observándome con insistencia, hasta el punto que me sentí incómodo. De repente, me preguntó si era católico, y yo le respondí que a pesar de que mis padres me habían bautizado, no era practicante, pero esto no significaba que no fuera humano. El guardián explicó que era austriaco y católico y que, en caso de haber sido un SS, el testigo de la escena de los melocotones, la señora y yo hubiéramos acabado en el paredón. Con esta conversación quiso demostrarnos que no era alemán, ni nazi, ni mucho menos SS, nos estrechamos las manos y nos miramos con simpatía el resto del viaje. Igual que la señora, aquel soldado austriaco tendrá siempre un sitio en mi corazón, y además me enseñaron a no confundir a todos los alemanes y austriacos con los nazis y los SS; éstos forman parte de otro mundo.

Nuestro viaje llegó a su término. Hacia las 5 de la tarde, el tren paró a unos quinientos metros del campo de concentración del pueblo de Merkich<sup>122</sup> y, tan pronto salimos de los vagones, fuimos recibidos por los SS. Empezaron sus atropellos y los de los capos: bofetadas, empujones, palos, gritos y los perros ladrando; si no andabas ligero, los pastores alemanes te agarraban por la pernera del pantalón y, hasta que no te tiraban al suelo, no te soltaban. Una vez formados y ordenados, empezó uno de los más grandes suplicios: pasar lista y contarnos, operación que podía durar horas, con las consabidas comprobaciones por parte de todo el escalafón de la jerarquía que componía el mando del campo. A las 7 de la tarde penetramos en el interior del campo, nos alojaron en unos barracones desprovistos de literas y, después de repartirnos lo que ellos llamaban sopa, volvieron a pasar lista, hasta que pudimos

122. Sainte-Marie-aux-Mines en francés, capital de departamento del Haut Rin (Alsacia), territorio anexionado por las tropas nazis durante la 2ª Guerra Mundial, albergó un subcampo dependiente de Natzweiler-Struthof.

acostarnos en el suelo. A las cuatro y media de la mañana entraron los capos gritando las palabras de siempre, al tiempo que los golpes llovían de todos lados. Nos sirvieron un líquido oscuro llamado café, hecho con hojas secas que nunca supimos de qué árbol procedían, y un pedazo de pan de unos cien gramos, único para todo el día, y sin esperar a que todo el mundo hubiese terminado de tomarse aquel infecto brebaje, nos sacaron a la *appellplatz* a formar, con otra vez los palos, empujones, etc. y otra vez, a contar y a recontar, durante una hora, dos o más.

Nos pusieron en marcha camino de la fábrica, a unos dos kilómetros del campo. Para llegar a él debíamos transitar por el centro de la ciudad, y después de andar unos 10 minutos, desembocamos en una explanada, en el fondo de la cual aparecía una boca de túnel, de unos 10 o 12 kilómetros de longitud, en cuyo interior los nazis habían montado una fábrica de motores de aviones de guerra. Después de contarnos otra vez, penetramos en el interior y llegamos a la sección de tornos automáticos, donde me destinaron. El técnico era un joven alemán, más o menos de mi edad, e inmediatamente noté que no llevaba la insignia del Partido Nacionalsocialista prendida en la solapa de su chaqueta, hecho que no significaba que pudiera bajar la guardia, pero me cayó bien. Mientras me estuvo enseñando el manejo del torno se mostró afable y nunca fue brutal conmigo; me ordenó hacer 800 cilindros en doce horas. Al mediodía pasaron con las calderas a servirnos la comida a pie de torno, un cazo grande de sopa, tan líquida que no se necesitaba cuchara. Por la noche, la misma dieta, y todos los días igual, salvo la cena de los jueves y los domingos, en que no teníamos derecho a la sopa y nos daban, a cambio, un pedazo de pan con un cuadrado ridículo de margarina sintética y una cucharada de sopa rasa de confitura, de padres desconocidos, y un cazo de agua que llamaban café.

A las siete de la tarde, el turno de día paraba de trabajar, y a la salida del túnel, otra vez los largos recuentos, que se repetían en el campo. Después de la mal llamada cena, agotados por el cansancio del duro trabajo de 12 horas continuadas, sólo pensábamos en dormir, pero no, todavía nos esperaba pasar la última lista del día.

Cuando nos acostábamos, eran ya las 9 o las 10 de la noche. El hambre, el trabajo agotador, las largas horas de formación y el sufrimiento moral pronto afectaron al organismo, por muy fuerte que fueras. A pesar de todo, nunca perdí la esperanza de que los nazis no ganarían la guerra, máxime después del retroceso de los ejércitos de Hitler en el frente del Este y del éxito del desembarco de Normandía, así que todos los triunfos estaban del lado de los que luchábamos por la libertad, la democracia y en defensa de la dignidad humana.

Un día, tuve una gran alegría. Estaba al lado de mi torno, cuando vi pasar a un camarada francés, Muller, con el que había trabajado en 1940 en Saint-Médard-en-Jalles, y que me dio 100 francos cuando marché de Burdeos, el 24 de junio de 1940; sin preocuparse por si había algún SS cerca, se acercó a mí y me dio un caluroso apretón de manos, al tiempo que me daba ánimos con frases sobre la pronta terminación de la guerra. En otra ocasión, con los ojos me señaló que dejaba algo encima de los cilindros; cuando nadie podía verme, me acerqué y encontré un periódico, en el cual había un amplio comentario sobre el atentado contra Hitler del 20 de julio y la severa represión contra los implicados en el complot. Aquellas noticias eran buenas para nuestra moral, pues nos mostraban que el ejército de Hitler había dejado de ser un bloque uniforme y que empezaba a resquebrajarse. Con el periódico me fui a los aseos y me lo coloqué entre las piernas, como las mujeres hacen con las compresas, y así lo entré en el campo. Aunque siempre fui bastante temerario, en el momento del registro no las tenía todas conmigo; el riesgo era grande, ya que si te cogían con un periódico, tu vida peligraba, pero para nosotros, los deportados, a los que se nos prohibía comunicarnos con nuestros compañeros civiles de trabajo, la información nos era indispensable.

Por el mismo sistema de información, nos enteramos de que nuestros camaradas españoles de la Resistencia en Francia habían penetrado por el Valle de Arán, en el mes de septiembre<sup>123</sup>. Se

123. Una vez el ejército alemán había sido desalojado del sur de Francia, el 19 de octubre de 1944 entraron entre 6.000 y 7.000 guerrilleros, con el objetivo de liberar un sector de territorio español, entre los ríos Cinca y Segre y la frontera

./...

decía que habían pasado los Pirineos sin el apoyo de los ejércitos aliados, no nos extrañó, puesto que al alto mando angloamericano lo que le interesaba era penetrar lo más lejos posible en el interior de Alemania; además, conociendo el comportamiento de los gobiernos de la gran burguesía internacional con la República Española, durante nuestra guerra, no era de extrañar el poco entusiasmo de sus ejércitos en ayudar al éxito de la operación que nuestros hermanos habían emprendido contra el régimen del dictador Franco. Así que, a pesar de alegrarnos de aquella acción, al no tener apoyo aliado, teníamos la impresión de que aquella heroica gesta no tendría éxito.

Un domingo, cuando llegaron los del turno de noche, tenían ganas de dormir, como es natural, pero como no había mantas para todo el mundo, cada uno trató de arreglárselas con sus amigos más íntimos. Entre tanta gente, siempre hay alguno que actúa de forma desagradable, y hete aquí que dos jóvenes polacos la emprendieron con un compañero aragonés, un anarquista llamado Culebras<sup>124</sup>, al que arrebataron la manta, después de darle unos puñetazos. El pobre hombre, ante la violencia de los energúmenos, se quedó con los golpes y sin la manta; el amigo Villa y yo salimos en defensa de nuestro compatriota, y después de forcejear con aquellos tipejos, recuperamos la dichosa manta y la devolvimos a Culebras. Pero, al cabo de hora u hora y media, se presentó el jefe de los capos, acompañado de uno de los jóvenes que originaron el tumulto y, al llegar a nuestra altura, nos señaló al amigo Villa y a mí. De inmediato, nos ordenó que le siguiéramos y, sin darnos explicación alguna, me ataron de pies y manos a una mesa y el mismo jefe del barracón, Walter, de nacionalidad holandesa y con el triángulo verde de los de delitos comunes, me pegó 25 golpes

./... francesa, con un ataque principal por el valle de Arán y operaciones secundarias en otros enclaves pirenaicos. La operación, denominada Reconquista de España, debía ser el comienzo de un levantamiento en toda España. Los guerrilleros consiguieron controlar algunos pueblos, pero tuvieron que replegarse de nuevo a Francia, a causa de los numerosos efectivos de guardias civiles, policía armada y batallones del ejército, que les hicieron frente.

124. Gregorio Culebras, nacido en Guadalajara el 4-1-1913, siguió desde Compiègne la misma ruta que el autor y recibió la matrícula 74172.

de *gummie*, un cable de acero recubierto de caucho. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no chillar; me puse el gorro en la boca y de tanto apretar los dientes traspasé la tela y las encías me sangraron. Después le tocó el turno a Villa que tuvo el mismo comportamiento que yo. Mientras nos abrochábamos y atábamos el pantalón, con la rabia de nuestra impotencia, miramos fijamente a Walter, nuestro verdugo, quien acabó por bajar los ojos. Si nuestro compatriota pudo recuperar la manta, nosotros "enderezadores de entuertos", como buenos quiijotes, en compensación, obtuvimos 25 latigazos en nuestras posaderas y, durante quince días, no pudimos estar sentados ni acostados de espaldas.

Llegó la hora de distribuir la sopa y, aquel domingo, la distribuyó nuestro torturador; como de costumbre, era tan líquida que pronto fue engullida. De pronto vino su ayudante a comunicarnos que Walter nos quería ver y, sin rechistar pero con un gesto de desagrado, fuimos a ver lo que quería aquel desalmado, pero cuál no fue nuestra sorpresa cuando, al pie de la perola, nos llenó el plato de espesa comida. ¿Qué quiso demostrarnos con su actitud? ¿Remordimiento? ¿Reconocer nuestra entereza ante la tortura? ¡Vete a saber! Por experiencia sabíamos que tanto a los SS como a los capos no les agradaba que se les plantase cara, pero también trataban de evitarte a pesar de que si querían asesinarte, lo hacían igualmente.

El trabajo era cada vez más duro; de 800 cilindros pasaron a 900 en 12 horas, días después fueron 1.000, además daban un margen muy pequeño de piezas defectuosas. El domingo revisaban el rendimiento y, al que consideraban que había trabajado mal, 25 palos; si tenía la mala suerte de repetir, el castigo era mayor, y si reincidía una tercera vez, lo consideraban sabotaje y le esperaba la horca. Un día que debía estar desesperado de tanta brutalidad, dejé libre una de las múltiples manivelas del torno y rompí el pasador del árbol sin fin. Llamé al técnico y le advertí de que el torno no trabajaba correctamente; cogió otro cilindro y se puso a trabajarlo y, en efecto, la pieza salió defectuosa. Aquel joven que me había caído simpático, no me defraudó. Fue en busca del mecánico, un soldado soviético prisionero, que arregló la avería, pero

el torno estuvo parado tres días, lo que significaba un total de 6.000 cilindros que dejaron de fabricarse. Sin embargo, el soldado soviético me advirtió de que anduviera con cuidado, pues, en caso de haber sido un mecánico nazi el encargado de arreglar la avería, lo hubiera pasado muy mal. Todavía tuve suerte...

Para ir al trabajo teníamos que atravesar toda la población de Sainte-Marie-aux-Mines. La mayoría de los habitantes de la ciudad eran francófonos y la calle estaba sembrada de colillas. Yo nunca he fumado en mi vida, pero comprendía lo que sufrían los fumadores de mi grupo y recogía toda la cantidad de colillas que podía y las repartía entre mis compañeros, del campo o de la fábrica. En una ocasión, un joven SS me vio y me dio tal tremenda bofetada que me reventó el tímpano del oído izquierdo, al tiempo que me instaba a soltar las colillas. En el campo, los camaradas estaban indignados y trataban de reconfortarme, con maldiciones hacia el autor del golpe, pero tuvieron una sorpresa monumental cuando abrí la mano y les mostré las colillas que no había soltado.

Entre los deportados italianos había un amigo y camarada, apellidado Campano o Campanaro. Me mostraba tal confianza que, a finales de agosto y en la semana que hacíamos el turno de noche, me dijo que aquella noche iba a fugarse. Conchabado con los compañeros que cargaban las virutas metálicas, se escondería en el fondo del vagón que las transportaba y saltaría para internarse en el bosque y unirse al maquis francés. Intenté disuadirle, porque los perros de los nazis estaban muy bien adiestrados y lo sacarían de su escondite, pero no hubo forma de hacerle entrar en razón. Estaba tan seguro de lograr su objetivo que, al final, nos dimos la mano y le deseé sinceramente suerte. El 11 de septiembre, al regresar por la noche del trabajo, un amigo griego me llamó la atención hacia un lugar de la explanada, donde habían construido un patíbulo. Inmediatamente pensamos a quién estaría destinado aquel instrumento de muerte. A las 3 y media de la madrugada, entraron los SS y los capos en las barracas y, a latigazos y gritos, nos sacaron fuera y nos mandaron formar al pie del cadalso. Estuvimos cerca de una hora sin saber lo que pasaba, hasta que vimos como traían a un compañero con las manos atadas a la

espalda. Cuando estuvo encima del estrado y de cara a nosotros, reconocí a mi amigo italiano, el que había preparado su fuga con tanta ilusión. El comandante del campo vociferó el pretexto de que el reo había sido condenado a morir porque quería evadirse y divulgar al enemigo la clase de producción que se hacía en el túnel<sup>125</sup>. Uno de los SS le pasó la cuerda por el cuello y después de dejarle despedirse de su familia y de sus amigos, a la mitad de la frase "Hermanos proletarios, uníos", el verdugo desatracó la trampa y, no contento de haberle ahorcado, todavía le dio el tiro de gracia. Después de cortarle la cuerda, nos hicieron romper filas.

Aquella ejecución me afectó mucho, porque perdía un amigo entrañable y por la impotencia en la que estábamos sumidos, pero también nos sirvió de lección: al enemigo había que abatirlo con inteligencia. Se trataba de sobrevivir hasta la victoria de nuestros amigos, los ejércitos de las potencias que luchaban contra las fuerzas del mal, los ejércitos nazifascistas de Hitler y el que quedaba a Mussolini. Nuestro régimen de vida continuaba igual que antes, pero en nuestro interior se desarrollaba un espíritu de venganza y puedo asegurar que todos esperábamos que terminara pronto la guerra para poder juzgar y castigar el comportamiento de aquellas bestias inhumanas. A medida que avanzaba el mes de septiembre, oíamos los ecos de la artillería acercándose cada vez más, pero el 1 de octubre, a las 9 de la mañana, nos llevaron a la estación del ferrocarril y, al atardecer, penetramos por segunda vez en el campo de Allach, frustrándose de esta manera la esperanza de una pronta liberación.

Al llegar a Allach, nos encontramos con una nevada de unos 50 centímetros de espesor. Eran las 7 de la tarde y, completamente desnudos y a paso ligero, tuvimos que atravesar la ancha explanada del campo hasta el barracón de las duchas. Una vez en el interior, cerraron las puertas con llave y, en un silencio sepulcral, estuvimos esperando a que abrieran los grifos del agua, pero el tiempo iba pasando y el agua no llegaba. Los que estábamos en el campo

125. En la producción de motores de aviones, trabajaban el triple de obreros civiles libres que de deportados, y era más que seguro que las fuerzas aliadas podían conocer, a través de aquellos, la actividad de la fábrica subterránea.

ignorábamos la existencia de las cámaras de gas, pero de vez en cuando corría algún rumor sobre ellas. Así, encerrados a cal y canto, sin que el agua llegara, empezamos a pensar qué caray pasaba allí, y sólo faltó que uno dijera que nos iban a matar para que se desatara una crisis de histeria generalizada que, aún hoy, no me ha sido posible olvidar. Ya habíamos perdido la noción del tiempo, cuando por fin dieron la tan deseada agua. Entonces la reacción fue a la inversa: unos reían, otros lloraban de alegría, los amigos se abrazaban entre ellos, etc. Cuando les pareció que ya estábamos lo suficientemente limpios, abrieron otra vez las puertas y, desnudos y mojados y al mismo ritmo, con la nieve hasta las rodillas, volvimos a atravesar la explanada hasta una gran barraca, desprovista de camastros, pero llena de paja. Sin darnos ropa ni cena, tuvimos que anidarnos entre la paja, como si fuéramos cerdos recién nacidos, y así pasamos la noche.

Por la mañana nos dieron ropa y nos destinaron a otra barraca. El equipo Zylinder Abteilung<sup>126</sup>, a pesar de haber abandonado la fábrica de Sainte-Marie-aux-Mines, nunca fue disuelto; ello tenía sus ventajas, pues conocíamos a los jefes, aunque eran los mismos salvajes, al jefe de bloque Walter y a los capos Tondo, Peterka y Klein. Como mi salud estaba bastante resentida, pedí permiso a Walter para que me autorizara a ir a visitarme a la enfermería y tuve la suerte de que el jefe de los médicos fuera un célebre médico francés; creo que era el doctor Lafitte<sup>127</sup>. Le expliqué que me encontraba muy cansado, me reconoció de la cabeza a los pies y cuando acabó de auscultarme me dijo que estaba muy apurado, pero que no tenía nada ni en los pulmones, ni en el corazón. Acto seguido, llamó al doctor Henri Chrétien<sup>128</sup> y me puso en sus manos para que remontara mi debilitada salud, y quedé internado en la enfermería central del campo, bajo su cuidado. Chrétien, duran-

126. Sección de cilindros.

127. Henri Lafitte, nacido el 14-5-1897 en Chef-Boutonne, llegó a Dachau, procedente de Natzweiler, y fue destinado al comando Allach.

128. Nacido en Edimburgo, el 16-10-1912, recibió la clasificación N.N. (Noche y Niebla), adjudicada a los deportados de los que no se podía dejar rastro de su destino.



te la guerra de España, fue médico militar en las Brigadas Internacionales, y entre los dos nació una compenetración de principios y de amistad.

En la enfermería nunca vi un medicamento, sólo uno o dos termómetros, pero el médico ya me advirtió de que lo que yo precisaba era comer bien y reposar mucho. Durante el tiempo que permanecí hospitalizado, solamente me levantaba del camastro para ir a hacer mis necesidades, pero en cuanto a comer bien, eso ya es "harina de otro costal". La dieta era exactamente la misma que la que recibían los demás compañeros del campo; alguna vez, la sopa algo más espesa, pero el hambre estaba tan aferrada a mi cuerpo que nunca pude deshacérme de ella. Sin embargo, el hecho de no levantarme a las cuatro y media de la mañana, de no estar al acecho de golpes y malos tratos y de no tener que trabajar 12 horas seguidas, permitió a mi organismo recuperar fuerzas. Permanecí internado un buen mes y medio y, si no hubiera sido porque pasaron visita los médicos SS, seguramente aún hubiese estado más tiempo. Mi protector, el Dr. Chrétien, me comunicó que teníamos que separarnos, y una media hora después me reintegraba a Zylinder Abteilung.

Nuestro trabajo era provisional y diverso: un día trabajábamos en el interior de una fábrica, otro empujábamos vagonetas, otro, transportábamos tablas de madera para encofrados. A mediados del mes de diciembre, llegó un tren cargado de sacos de cemento y nos ordenaron descargar y transportar a hombros los sacos de 50 kilos y subirlos a una altura de tres pisos. Como temían los bombardeos de los aliados sobre las industrias de guerra, las cubrían de una capa de cemento armado de unos dos metros de espesor, y nosotros debíamos subir los dichosos sacos por las escaleras del andamio para aprovisionar las hormigoneras. Después de subir tres sacos me dije que, si no espabilaba, perdería todas las fuerzas que había recuperado en la enfermería. Cerca del lugar de descarga, había un compañero italiano que trabajaba con un martillo de aire comprimido, para practicar unos rebajes en el cemento armado; el trabajo era duro, pero menos que cargar el saco. En un momento en que el amigo se tomó unos instantes de respiro, me acerqué para echarle una mano, y me miró con expre-

sión de agradecimiento. Hacía unos minutos que trabajaba con aquel artefacto, cuando se presentó un señor que, al ver como accionaba la herramienta, me comentó que yo conocía bien el trabajo, al tiempo que me preguntaba el número y el nombre de mi capo. Fue al encuentro del capo Peterka y, a la vuelta, me dijo que, mientras estuviera en el campo de Allach, trabajaría con él. Fue así como me libré del penoso trabajo de descargar y cargar los malditos sacos de cemento. Mi compañero italiano y yo nos llevábamos muy bien: cuando él trabajaba con el martillo, yo recogía los cascotes; después nos le relevábamos, así de simple.

El 19 de diciembre, nos reunieron a todo el equipo y nos comunicaron que salíamos a trabajar en dirección desconocida. Fui a despedirme de mi amigo, el Dr. Chrétien y, al volver a la barraca, me encontré al camarada Joaquín Barrios que venía a hacer lo mismo conmigo. Lo noté muy triste y bajo de moral y, a pesar de que intenté animarle, me comentó que estaba acabado y que no creía llegar al final; también me pidió que, si tenía la suerte de salir con vida, buscara a su mujer y a su hijo, para explicarles que ni un solo día había dejado de pensar en ellos, para infundirles coraje y deseales suerte en la vida. No nos podíamos engañar; estaba enfermo de los pulmones y su salud muy dañada y, después de un fuerte abrazo, nos despedimos para siempre. Me quedé anonadado al ver y oír a aquel amigo y camarada con su entereza y con la resignación con que aceptaba su destino. Era un hombre valiente y de gran temple.

Por la mañana salimos de viaje. Nuestro equipo de cilindros quedó reducido a menos de la mitad de lo que era en su inicio. Ignacio, José Roig, Villa y Blázquez Romero ingresaron en otro grupo, conmigo quedaron José Domínguez<sup>129</sup>, Manuel Sánchez<sup>130</sup>, Gómez, José Malé, Ortuño<sup>131</sup>, dos hermanos del Maresme,

129. José Domínguez Calvo, nacido en Barcelona, el 26-9-1925, desde Compiègne había sido deportado a Dachau el 5-7-1944; recibió la matrícula 77950.

130. Manuel Sánchez Olivera, nacido el 5-8-1913 en Almoharín (Cáceres); con la misma trayectoria que Joan Escuer, recibió la matrícula 74265.

131. Francisco Ortuño Pellicer, nacido en Murcia, el 25-5-1913, siguió el mismo itinerario. Con la matrícula 74233, fue destinado a Stephanskirchen.

Antonio Vidal Vidal, de Lleida<sup>132</sup>, y otro catalán. Éramos un total de diez españoles y formábamos un grupo compacto con 18 franceses, entre los que destacaban Edgar Franchot, teniente de la Aviación francesa, un minero del norte, Henri Hernand, y un administrativo, Raymond Prunières. Siempre existió gran amistad y fraternidad entre todos.

Nuestro nuevo destino no estaba demasiado alejado de Dachau. Descendimos en la estación de Rosenheim, población de 32.000 habitantes, a 60 kilómetros de Munich, y nos pusieron en marcha hacia la montaña. Después de subir andando unos seis kilómetros, penetramos en una llanura con una nave bastante grande en uno de los extremos, y en el otro un hangar suficientemente espacioso para cobijar a todo el equipo; el campo y la fábrica<sup>133</sup> pertenecían al término municipal de Stephanskirchen. Al día siguiente nos llevaron al trabajo; la fábrica no era demasiado grande, algunos tornos, un par de fresadoras, uno o dos cepillos metálicos, una sierra metálica y unas cuantas máquinas más.

Quiero detenerme un poco para hacer una descripción de Antonio Vidal Vidal. Era un excelente tornero, pero resultó ser un mal compañero. Nunca respetó la consigna de producir lo más lentamente posible, sino que hacía lo contrario, so pretexto de conciencia profesional, hasta el punto que todos le trataban de colaborador de los nazis, máxime cuando nuestros verdugos siempre lo mostraban como obrero ejemplar y le recompensaban con doble ración de comida, para presionar a los demás. Además, este individuo y un francés nunca se integraron en el organismo de solidaridad de ayuda a los más necesitados, ayuda que consistía en privarnos de una cucharada de sopa de cada comida o de un trocito de pan para repartir entre los más débiles; era poca cosa, pero el simple hecho de verse sostenidos les hacía recuperar las moral y las ganas de sobrevivir. Por su conducta, todos los componentes del comando les retiraron toda amistad y compañía, así que se vieron relegados a la más completa soledad.

132. Nacido el 9-10-1898, salió de Compiègne el 2-7-1944 y llegó a Dachau el 5-7-1944; se le adjudicó la matrícula 77925.

133. En este subcampo de Dachau se hallaba la fábrica propiedad de B.M.W.

El trabajo en la fábrica duró poco, puesto que un día del mes de enero se presentaron dos aviones americanos, nos soltaron unas bombas y la fábrica se fue al garete. El único torno que quedó intacto fue el de Vidal, así que él continuó trabajando, mientras al resto del equipo nos destinaron a diversas ocupaciones de pico y pala: unos a la reconstrucción de la fábrica, otros a abrir trincheras. A mí me tocó un equipo compuesto de 12 hombres, con 10 soviéticos y un polaco, con la misión de excavar un refugio antiaéreo para cobijo de los pilotos de la aviación nazi, en el momento de bombardeos, y bajo la supervisión de dos sargentos de la División aérea Hermann Göring; alguna vez, venía también un cabo de la misma unidad, apellidado Mayer. Ninguno de los tres era del Partido Nacionalsocialista y eran buenas personas. Inmediatamente se dieron cuenta del hambre que teníamos y, de vez en cuando, traían un poco de comida y la repartían. El jefe, un sargento de 62 años, antiguo prisionero durante la 1ª Guerra Mundial en Francia y miembro del Partido nazi, se encargaba de vigilar si se acercaba algún jerifalte de nuestros verdugos, para que pudiéramos comer tranquilos. El día que no había sopa nos traían el pan que podían; no era mucho, pero suficiente para frenar algo la permanente sensación de hambre.

Este sargento de 62 años estuvo algunos meses de guardia en mi grupo y nació entre nosotros una cierta amistad, que nos permitía hablar de la maldita guerra. Muchas veces me dijo que Hitler era un loco y un asesino, que por su ambición de dominar el mundo había sembrado la muerte en toda Alemania. De los tres hijos que tenía, uno murió en el frente del este, el otro no sabía dónde paraba, y el tercero estaba preso en Francia. ¿Qué le podía decir yo a aquel hombre que me confesaba su pena, con los ojos llenos de lágrimas? Las palabras de consuelo y resignación no valen en estos casos. Sólo un insensato hubiera podido decir de él que era un enemigo, a pesar de su uniforme de SS. Me demostró ser una gran persona, y cuando hablábamos del fin de la guerra, me decía que, entonces, yo volaría libre como un pájaro, mientras que él volvería a repetir en un campo de prisioneros de guerra.

Un domingo del mes de febrero, mientras estábamos descansando tranquilamente, se presentó un teniente de las SS, acompañado de los capos Klein y Tondo, y nos ordenó con gritos, que parecían aullidos, formar en la explanada del campo, con nieve hasta las rodillas. Una vez bien alineados, mandó a la fila de delante que diera un paso al frente, y a la tercera fila, un paso atrás, y se le antojó, a aquella bestia, mandarnos hacer gimnasia, cuando no podíamos ni tenernos en pie. Empezó con flexiones de piernas, con los brazos paralelos hacia delante: "¡En pie! ¡Flexión! ¡En pie! ¡Flexión!" Nosotros éramos incapaces, por nuestra debilidad, de hacer los movimientos correctos, y a cada flexión que intentábamos, dábamos con las posaderas en el suelo o caíamos hacia delante. Imposible mantener el equilibrio y entonces llegaban las imprecaciones y los golpes de todos lados, de los capos y del oficial, hasta que se cansaron. Pero el martirio no terminó ahí, pues en vez de mandarnos al barracón, al malvado nazi se le ocurrió la extravagante idea de hacernos desfilar en orden cerrado, dando vueltas entre la nieve, al mismo tiempo que ordenó a los soviéticos cantar, y luego a los italianos y a todos los grupos. Cuando tocó el turno a los franceses y a los españoles, permanecemos callados, por no tener la costumbre de cantar en formación en nuestros ejércitos, y el oficial y los capos empezaron a burlarse y a insultarnos, hasta el punto que las risas contagiaron a nuestros compañeros de infortunio. Yo pensaba que debíamos hacer algo para contrarrestar aquella desagradable situación y se me ocurrió la idea de cantar *La Marsellesa* y se lo propuse a Raymond Prunières, de temperamento muy decidido y que aceptó de inmediato mi propuesta. Los españoles aceptaron la idea unánimemente, pero entre los franceses había algún titubeo; sin embargo, si no hubiésemos reaccionado a tiempo, hubiéramos entrado en el barracón dando una impresión muy deplorable, así que no me lo pensé dos veces y con mi voz aguda arranqué con un *Allons enfants de la Patrie...* Estas palabras sirvieron de detonador, puesto que todos los componentes del grupo, como un solo hombre y cada uno en su propio idioma, entonó el himno francés. Cosa extraña, el energúmeno aguantó

sin pronunciar palabra y, cuando terminamos de cantar, nos hizo dar media vuelta y nos ordenó entrar en la barraca.

Si bien teníamos la satisfacción de haber logrado llevar a cabo un acto de protesta, ya que *La Marsellesa* estaba prohibida en Alemania, en nuestro fuero interior no las teníamos todas y esperábamos una reacción brutal por parte de nuestros verdugos. Nuestro corazón se hizo pequeñito como una nuez, pero no, rompimos filas y allí no pasó nada, aunque aquel domingo estuvimos bastante intranquilos. Tuvimos razón en armar aquella gesta ya que, a partir de aquel día, nunca más nos ordenaron hacer gimnasia.

Ya he comentado que yo siempre era de los primeros en asearme y en estar en los primeros puestos de la fila para recibir el "café" y el mendrugo de pan, puesto que los palos siempre empezaban por la cola. Sin embargo, un día, un capo que me tenía ojeriza se encaró a mí diciéndome que ya estaba harto de verme entre los primeros y me mandó hacia atrás. Ante mi negativa, me dio una gran bofetada. Yo tenía un recipiente con un baño de porcelana muy malo, con forma más bien de ensaladera que de plato, al que había soldado una empuñadura articulada, y al verme agredido, sin reflexionar, le di un violento revés con el borde del plato en la frente, produciéndole un corte en todo lo ancho. El capo, de nacionalidad polaca, al ver que sangraba como un cerdo, empezó a chillar como un loco, e inmediatamente se presentaron los capos Klein y Tondo que me sujetaron por los brazos y las piernas, mientras alguien iba a buscar al jefe de barracón y al teniente *rapportführer*<sup>134</sup>. Éste, sin preguntar lo que había pasado, me castigó a los 25 latigazos en las nalgas y, antes de que me ataran a la mesa, me dirigí al teniente, un antiguo legionario francés, en su idioma, para explicarle lo sucedido; me escuchó, pero no se inmutó. Como la primera vez que fui sometido al mismo suplicio, encajé los latigazos sin rechistar, con la rabia en el corazón, y mientras me estaba atando los pantalones, oí como el teniente ordenaba al capo que me había pegado que ocupara mi sitio. Todos los capos eran muy valientes ante nuestra miseria, pero desde el pri-

134. SS encargado del recuento de los efectivos en las revistas.

mer golpe empezó a gritar, ante lo cual el verdugo se excitaba cada vez más, hasta el punto que llegué a sentir compasión por aquel desalmado que, media hora antes, se permitía pegar y maltratar a todos los que estábamos indefensos.

Aquel hecho tuvo un gran efecto sobre el criminal Karlik y los otros tres capos, Klein, Peterka y Tondo, ya que seguramente era la primera vez que uno de los suyos recibía una gran paliza por pegar una bofetada a un deportado. No sé qué opinión tenían de mí, pero el haberme atrevido a dirigirme a un oficial de la SS y en francés -lengua que no comprendían- era, para ellos, un enigma, así que optaron por ignorarme. Trabajara deprisa, despacio o descansara, no importaba, nunca me veían, salvo que cuando pasaban cerca de mí pegaban un bufido, como gatos asustados. Jamás, en todo el tiempo que llevaba deportado, estuve tan tranquilo.

En los últimos meses de mi calvario tuve una racha muy delicada. Me salió un ántrax en el cogote y tuvieron que sajármelo en vivo. El médico, un alsaciano muy malo, y su ayudante, un polaco, de la misma calaña, me abrieron el maldito furúnculo con un cuchillo de cocina, sin éter ni alcohol, y como la gasa y el algodón brillaban por su ausencia me aplicaron un pegote de papel. Tuve suerte de que no se me infectara y, al cabo de unos días, sólo me quedaba una cicatriz como recuerdo. También tuve una crisis de edema facial, que me duró quince o veinte días, pero pasó de la misma manera que vino. Más grave fue la inflamación de la vejiga, pues no había manera de retener la orina, cosa que me obligaba a evacuar el líquido a intervalos bastante cortos, durante las veinticuatro horas del día. Un domingo, a principios del mes de marzo, nos llevaron a las duchas a Rosenheim y, cuando llegábamos a la entrada de la ciudad, empecé a tener ganas de orinar, pedí permiso al oficial, que era el mismo de la famosa gimnasia, y su respuesta fue que me orinara en los pantalones, si tenía ganas. La verdad, en aquel momento de rabia, si le hubiese podido agarrar por el cuello, seguramente habría cometido un crimen; así que me aguanté la orina, como pude, hasta que llegamos al centro de la ciudad, donde hice una meada como nunca y, mojado hasta los pies, penetré en el local de las duchas. Jamás había pasado tanta

vergüenza; es muy posible que ningún transeúnte se fijara en mí, pero en el estado de ánimo en que me encontraba, sólo veía a la gente mirarme.

No había terminado aún la irritación de la vejiga y se me declaró una crisis de disentería; iba al retrete ocho o diez veces al día, con un olor que apestaba. Estaba ya muy delgado, pero aquella infección intestinal me provocó tal delgadez que, en las nalgas, se formaron dos callos de un diámetro de una moneda de cinco pesetas, de las que corrían en la época de Alfonso XIII y durante la República. En fin, llegué a un estado físico muy crítico.

Tan pronto empezaron a fundirse las nieves, empezaron a salir unas hierbas que en catalán se llaman *lletsons*<sup>135</sup>, porque cuando rompes las hojas sacan un líquido lechoso. Estas hierbas se las comen las ovejas, las cabras y los conejos, pero cuando son tiernas muchos campesinos las toman en ensalada; en Francia incluso las cultivan y las venden en algunos mercados. Yo, conocedor de sus propiedades, cuando vi nacer aquel prodigioso manjar, me dije que mientras hubiera *lletsons*, no me moriría de hambre. Así que empecé a comerme grandes platos de este alimento que, si bien no engordaba demasiado, al menos me proporcionaba unas vitaminas beneficiosas para mi organismo. En el comando, había un SS joven que cada vez que me veía comer las hierbas apoyaba la mano debajo de la barbilla y moviendo los labios me hacía: "Bee... beee...", pero yo pensaba: "Tú, déjame comer tranquilo y bala cuanto quieras, que estas hierbas son mi salvación".

Un domingo en que los capos estaban bastante agitados y nos hacían la vida imposible, me vino la idea de subirme a lo alto de los camastros y me puse a cantar una canción en francés, titulada *Opium*, que diserta sobre los fumadores de opio en los bajos fondos del puerto de Saigón. Estaba a mitad de la canción, cuando vi aparecer a todo el mando de las SS, pero sin inmutarme continué cantando hasta el final; los SS y todos los compañeros del barracón irrumpieron con fuertes aplausos a grito de "bis, bis". Así tuve que repetir tres veces la canción y también les canté *Muñequita*

135. Diente de león.

*linda y Marucha*, pero ya no canté más en el campo de Stephanskirchen. Si los SS no se hubiesen presentado y aplaudido, seguramente hubiera continuado animando a mis compañeros de infortunio, pero mi conciencia me dictaba que, bajo ningún pretexto, debía recrear los oídos de nuestros verdugos.

La aviación aliada, cada día que pasaba, se mostraba más activa y se paseaba por el espacio alemán sin que nadie se lo impidiera, ya que las fuerzas aéreas nazis brillaban por su ausencia, lo que significaba que Hitler estaba perdiendo la guerra. Durante el mes de abril de 1945, no había semana que la aviación americana o inglesa no nos visitara dos o tres veces, bombardeando los centros vitales de la región, sobre todo nudos de comunicación, vías férreas, algunas fábricas y centros administrativos de Rosenheim. Nosotros, los deportados, éramos los que teníamos que reparar las vías de tren, carreteras y limpiar los escombros de la ciudad. Un día, estábamos reparando la línea de ferrocarril de Rosenheim a Salzburg, cuando de repente pasó un tren muy despacio cargado de tropas rusas pertenecientes al Ejército del general Vlasov<sup>136</sup>. Los soldados, al ver presos vestidos con los trajes rayados de los deportados, preguntaron si eran rusos, y ante su respuesta afirmativa, empezaron a tirarles cigarrillos. Los compañeros rusos, a la vez, les preguntaron si eran soldados del general Vlasov, y después de confirmarlo, todos los compañeros soviéticos les increparon con palabras, al parecer blasfemias muy graves, y empezaron a pisotear los cigarrillos. Todos los que estábamos allí presentes nos quedamos pasmados al ver la reacción de aquellos hombres que, al igual que todos los fumadores, sufrían enormemente por la escasez y falta de tabaco. Los soviéticos demostraron, una vez más, el desprecio que sentían hacia los traidores.

Después de un bombardeo a la ciudad de Rosenheim, todo el comando Zylinder Abteilung fue a limpiar las calles. La gente del pueblo, agradecida por nuestro trabajo, organizó una distribución de comida y todos los que nos encontrábamos cerca de las calde-

136. Andrei Vlasov, hecho prisionero por el ejército alemán en 1942, aceptó colaborar con los nazis y comandó tropas al servicio del Eje, la mayoría formadas por prisioneros de guerra anticomunistas.

ras alargamos el plato para recibir una ración. No sé qué se figuró el famoso Antonio Vidal Vidal, que me denunció ante el teniente, pero afortunadamente éste no le hizo caso. El amigo Ortuño, que presencié la mala faena de aquel sinvergüenza, le recriminó su actitud de chivato y le amenazó con cortarle la cabeza de un palazo, si me ocurría algo. Ortuño militaba en la CNT y trabé con él una buena amistad, al trabajar bastante tiempo en el mismo grupo, de modo que me puso al corriente de lo ocurrido para que tomase mis precauciones.

Al finalizar la tarea de desescombro, estuvimos reparando la vía férrea hasta el 28 de abril, fecha en que los americanos liberaron el campo de exterminio de Dachau<sup>137</sup>. A las 11 de la mañana se presentó una estafeta, con la orden de regresar inmediatamente al campo, donde el comandante nos hizo formar para comunicarnos que no trabajaríamos más, que nos cortarían las crestas de cabellos y que nos subirían al campo de Stephanskirchen; también informó que, desde el campo de Dachau, nos traerían nuestra ropa personal, para vestir como personas civilizadas. Después de romper filas, los que formábamos parte del Comité Internacional del comando Zylinder Abteilung nos reunimos para analizar la información dada por el comandante. Por unanimidad sacamos la conclusión de que la guerra estaba a punto de terminar, pero el peligro para todos nosotros aún no se había alejado y debíamos estar preparados para una eventual provocación por parte de los capos o los SS, por tanto, determinamos que cada nacionalidad informara a sus compatriotas para evitar toda provocación de nuestros torturadores.

137. Las divisiones de infantería 42 y 45 del Séptimo Ejército de los Estados Unidos entraron en Dachau y recibieron el terrible impacto de miles de cadáveres apilados, el "tren de la muerte" en una vía muerta y 32.000 deportados en condiciones de extrema inanición; ante tal visión se desencadenaron ejecuciones sumarias de muchos guardianes y del comandante del campo, Heinrich Skodzinski. También algunos prisioneros se ensañaron contra sus antiguos verdugos. El estado de las instalaciones fue minuciosamente filmado y la población civil fue obligada a visitar el recinto para confrontar los crímenes nazis. Un número similar al de los deportados de Dachau se encontraba disperso en los distintos comandos.

Y no falló. A las siete de la mañana, entraron los capos de estampida en el barracón gritando que los americanos estaban subiendo la pendiente para liberar el campo. Nadie salió de la barraca, con excepción de un pequeño grupo de cuatro o cinco jóvenes polacos, al grito de "¡Vivan los americanos! ¡Viva América!". Pronto se oyó el tecleto de las ametralladoras y después el silencio. Como presentíamos, la provocación estaba servida, así que el Comité se reunió otra vez y decidimos pedir la presencia del oficial SS, que ejercía de jefe del campo, en ausencia del comandante. Era el que fue miembro de la Legión Francesa y, como era su costumbre, se presentó de forma chulesca. Desdeñosamente nos preguntó lo que queríamos y nosotros, con la máxima calma, le explicamos la conducta provocadora y condenable de los capos, y que, en lo sucesivo, no obedeceríamos más sus órdenes; añadimos que lo mejor que podía hacer era destituirles de sus cargos, puesto que ya no trabajaríamos más, según palabras del comandante. Al preguntarnos quién mantendría la disciplina, le contestamos que nosotros mismos, pero espetó: "Mientras yo esté a vuestro mando, jamás obtendréis lo que me pedís. Además quiero recordaros que tengo poderes para hacer lo que quiera de vosotros, así que andaros con cuidado. Es un consejo". Aquel 28 de abril, dimos un paso muy temerario, nos jugamos la vida, pero no era cuestión de amedrentarnos. Habíamos plantado cara a nuestros verdugos, así que le replicamos: "Sí señor, es verdad. Usted puede hacer de nosotros lo que quiera. Puede pegar un tiro a uno de nosotros o torturarnos, pero ándese usted con cuidado: la guerra está a punto de terminar y, si usted cometiera tal monstruosidad, alguien le pediría cuentas, y no se haga ilusiones pues los mismos de su entorno, por salvar su pellejo, serán los primeros en cargarle con su responsabilidad". Así nos separamos. Nosotros nos mantuvimos en nuestra posición y el oficial SS en la suya, pero tuvimos la impresión que nuestras palabras hicieron mella en su interior. Los capos y el jefe de block, Karlik, brillaron por su ausencia. Fue el primer día desde nuestra llegada en que nadie pasó lista, ni nos gritó, ni nos pegó; tanta paz y tranquilidad nos parecían imposibles y, acostumbrados a soportar tanta brutalidad,

no podíamos dejar de pensar que aquello no podía durar mucho tiempo.

Llegó el día 29 y la vida transcurrió con mucha tranquilidad. A las seis y media de la tarde, con la ausencia de los capos, entraron soldados SS y, sin gritar, nos ordenaron coger una manta para salir de viaje. Formados en columnas de a tres, nos pusieron en la carretera. Nuestro pensamiento no nos auguraba buenos presagios, y menos de noche; teníamos miedo que nos aplicaran la "ley de fugas". Cada nacionalidad pasó la consigna de que, al mínimo gesto sospechoso de un SS, se acercaran a él, impidiéndole disparar. Estuvimos andando toda la noche para hacer unos 10 o 12 kilómetros y por la mañana llegamos al pueblo de Deggendorf<sup>138</sup>, en la carretera de Innsbruck; allí nos alojaron en un hangar muy amplio. En esta población había un grupo de soldados franceses, prisioneros de guerra que trabajaban de forma libre, y cuando se enteraron de que había llegado un grupo de deportados, fueron en nuestra busca. Los veinte compañeros galos de nuestro grupo se dieron a conocer y, con gran emoción, se abrazaron. Fueron los camaradas Edgard Franchot y Raymond Prunières quienes nos presentaron, a los ocho españoles, como integrantes del grupo francés, en tanto que combatientes contra el franquismo en España y contra las tropas de ocupación en Francia. Entre los prisioneros franceses había unos cuantos que trabajaban en una tocinería, una carnicería, una panadería o era cocineros en un hotel. Pronto se percataron de nuestra extrema delgadez, a pesar de no hacer ningún comentario sobre este particular. Sin embargo, al día siguiente, se presentaron con un caldero de comida y pan; no hubo suficiente para todo el mundo, pero nos lo repartimos lo mejor posible. Este acto de solidaridad fue muy comentado por todo el equipo del Zylinder Abteilung.

Estábamos ya a 30 de abril, y a las siete de la mañana nos pusieron de nuevo en la carretera, en dirección a Erlm, a unos cinco kilómetros de Deggendorf. En este pueblo, muy pequeño, pegado a la misma falda de la montaña y justo en la misma bifur-

138. Ciudad situada en el land de Baviera, a la orilla izquierda del Danubio, frente a Ratisbona.

cación de la carretera a Innsbruck, nos quedamos a dormir. Yo, a quien siempre ha gustado saber dónde estoy y dónde voy, aprovechando que la vigilancia se iba relajando, salí del hangar a fisgonear y me topé con dos soldados alemanes que comentaban la marcha de la guerra. Uno de ellos decía que los americanos ya habían ocupado Rosenheim, y haciendo un cálculo mental deduje que nos separaban unos 21 kilómetros de aquella ciudad, y además, sabiendo que los americanos avanzaban unos 20 kilómetros diarios, a lo más tardar, en poco más de un día, las tropas americanas llegarían hasta nosotros. Con el corazón rebosante de alegría, entre en el hangar y puse al corriente de la situación a mis camaradas españoles y franceses y, de boca en boca, la noticia llegó a todos los responsables de cada nacionalidad.

Al día siguiente, 1º de mayo de 1945, a las 10 de la mañana, el oficial SS nos hizo formar, nos distribuyó un pedazo de pan con un trozo de salchichón, advirtiéndonos de que era la última comida que nos daba, sin embargo, añadió, no teníamos por qué preocuparnos, pues tenía órdenes de llevarnos a Suiza, donde quedaríamos libres. Nuestra reacción no se hizo esperar. ¿Cómo era posible que estando las tropas americanas tan cerca nos quisieran llevar a Suiza, sin comida y en semejante estado físico? Tuvimos un intercambio de ideas con los camaradas de las demás nacionalidades y acordamos dirigirnos al jefe SS, para exponerle nuestro punto de vista y proponerle que nos agrupase por nacionalidades y que cada grupo, con su escolta, se dirigiese en la dirección de dónde venían los suyos. Como de costumbre, con su soberbia, nos contestó un NO rotundo. Le replicamos que con esta forma de obrar perdería la ocasión de quedar como un caballero. ¡Qué ironía: un SS comportarse como un caballero! Pero la estratagema dio resultado: hacia las dos de la tarde nos reunió por nacionalidades y, según la importancia del grupo, nos puso una escolta de hombres movilizados, vestidos de SS, para encaminarnos al lado de donde venían los suyos.

A nosotros, que formábamos un solo grupo de franceses y españoles, nos puso 6 hombres, un cabo y cinco soldados, pero al llegar a la bifurcación de la carretera, en vez de dirigirnos a

Deggendorf, nos encaminaron hacia Innsbruck. Yo que iba pegado al cabo le pregunté a dónde nos llevaba y me respondió que cumplía órdenes del teniente. ¿Cómo íbamos a llegar a Innsbruck, que distaba 80 kilómetros, si estábamos a 4 kilómetros de Deggendorf? El cabo se negó a dar media vuelta, pero yo seguía insistiendo, hasta que llegamos a un puente que unos soldados alemanes estaban minando para hacerlo volar. Los mismos soldados informaron al cabo de que los franceses ya habían ocupado Innsbruck, desde hacía dos días, así que entonces nuestros guardianes no se lo pensaron dos veces: dimos media vuelta en dirección a Deggendorf.

Durante el trayecto, la retirada de las tropas del ejército nazi era continua. A un par de kilómetros del pueblo, un soldado a caballo informó al cabo que era imposible llegar a Rosenheim, pues los americanos estaban a 4 kilómetros. Entonces, nuestros guardianes repartieron sus cigarrillos entre nosotros, nos dieron la mano a todos y deseándonos suerte, se despidieron. Quedamos solos y sin protección.

Aquel Primero de Mayo, fecha histórica para la clase trabajadora del mundo entero, para nosotros, deportados en el campo de exterminio de Dachau, tendría además otro significado: era el principio de nuestra libertad. Pero, si bien es verdad que ya no teníamos centinelas, todavía nos encontrábamos detrás de la primera línea de nuestros enemigos, una situación nada fácil, pues nuestra seguridad física todavía dependía del azar. Sólo faltaba el encuentro de un nazi o de un fanático enfermizo que, con el pretexto de que nos pasábamos al enemigo, se hubiera liado a tiros contra nosotros, terminando, así, nuestra alegría de volver a ser libres. En medio de la euforia por el abandono de los guardias, dos camaradas franceses, influyentes en el grupo, sacaron un pañuelo blanco en forma de bandera y, sin contar con nadie, emprendieron la marcha hacia delante. Consciente del peligro que corrían, les grité que estaban locos, por los argumentos antes expuestos, pero no atendían a razones y continuaron avanzando. Entonces me subí a lo alto de una piedra y exhorté a todo el grupo a permanecer unidos y a no desperdiciar la posibilidad de ver y vivir nuestra

liberación. Cuando los dos amigos se percataron de que nadie les seguía, volvieron a reintegrarse al grupo, no sin recibir la reprobación del resto de los compañeros.

Una vez reunidos todos, deliberamos cómo podíamos llegar a Deggendorf sin llamar demasiado la atención de nuestros adversarios. Decidimos avanzar en fila india, con la consigna de responder que íbamos a nuestra base en Deggendorf, si alguien nos preguntaba. Al cabo de unos 800 metros, de entre unos matorrales salió un capitán de Marina<sup>139</sup> y nos pidió si éramos franceses; ante nuestra respuesta afirmativa, nos dijo que si queríamos ir con los americanos, los encontraríamos a 400 metros, a través de un sendero que nos indicó. No nos faltaban ganas de ir a su encuentro, pero como no nos fiábamos de nadie, le dimos las gracias y seguimos hacia Deggendorf, sin que nadie nos molestara en el camino. Todavía era de día cuando llegamos y cuál no fue nuestra sorpresa al encontrar a otro grupo de deportados de nuestro equipo, al mando de mi buen amigo, el sargento de 62 años, que al verme exclamó: "¡España! ¿De dónde sales?" A grandes rasgos, le expliqué nuestro periplo y el buen hombre se hizo cargo de nosotros.

Lo primero que hicieron los camaradas franceses fue ir en busca de los amigos soldados prisioneros, que nos habían socorrido el día anterior. La hora era ya bastante avanzada para que nos dieran algo de comer, así que aquel Primero de Mayo pasamos la noche sin cenar. Fueron los amigos franceses los primeros que se percataron de la ausencia del indeseable Antonio Vidal Vidal; pensándolo bien, ya no debió salir del campo con nosotros, debió quedarse o marchar con los capos, pero al no sernos muy grata su compañía, pronto nos olvidamos de él. Nuestro amigo Gómez, el toledano, tenía un gran desparpajo y muchos dotes de observación, de forma que salió de nuestro aposento a ver lo que había a nuestro alrededor y, al cabo de breves momentos, regresó comunicándonos que había estado cerca de la cocina del mando militar de Deggendorf, donde sólo había un soldado de guardia, al cual sería

139. Al final de la guerra, algunos de ellos fueron incorporados a las unidades de tierra.

muy fácil substraerle algo de comida. Discutimos si dábamos o no el golpe, pero después del hambre que veníamos arrastrando durante tantos meses, el resultado de la discusión no podía ser otro que el afirmativo. Todos se prestaron voluntarios para la operación, pero se escogió a los más bajos, al pobre Gómez, a José Malé, el panadero, a Manuel Sánchez y a José Domínguez, como vigía. No tardaron mucho en regresar cargados con media pierna de ternera, unos 15 kilos de azúcar molido, 20 kilos de harina y unos 12 kilos de margarina de grasa vegetal. El golpe fue magistral, pero como todo el mundo dormía, nadie se enteró de nuestro éxito.

Una vez en nuestras manos aquel tesoro, se decidió esconderlo bien y no tocarlo hasta que fuéramos liberados, pero el hambre hace cometer errores que pueden costar caros. Y así fue; por la mañana, los mismos camaradas que participaron en la operación empezaron a presionarme para que hiciera buñuelos. A pesar de mi reacción, tildándoles de locos y de los peligros que corríamos, incluso el fusilamiento, si averiguaban quiénes habían sido los autores del robo, y a pesar de insistir una y otra vez, como el hambre no admite razones, no hubo manera de convencerlos. Y ¡por qué no decirlo! Yo también tenía hambre y, sin pensarlo más, cogí un plato de aluminio y me puse a hacer buñuelos. Hacía un buen rato que estaba ocupado en esta tarea, cuando se presentó el amigo Malé, calzado con un hermoso par de zapatos nuevos, conseguidos en el pueblo, casi abandonado y con un almacén sin guardar. Yo que estaba socarrándome los bigotes haciendo buñuelos, le eché en cara que no hubiera cogido unos para mí, pero después de preguntarme mi número, el 41, al cabo de 10 minutos, el buenazo de mi amigo se presentó con un par de zapatos nuevos, igualitos a los suyos. Me los calcé y continué con mis buñuelos.

A las nueve y media de la mañana, pasó por allí un alto jefe de la Marina de Guerra alemana, acompañado de dos soldados armados con un fusil. Al llegar a mi altura, se quedó parado, mirando, al mismo tiempo, los buñuelos y mis zapatos nuevos; me corrió un sudor frío por la espalda. Al fin se decidió a dejar a los dos soldados como guardianes de mi persona y, en aquel momento,



empecé a analizar en serio mi situación, pero tuve poco tiempo, pues se presentó otra vez el mismo alto jefe, seguido de un piquete, compuesto por un teniente, un sargento y doce hombres; me colocaron en el centro del pelotón, sin atarme las manos, y me encaminaron a una plaza bastante amplia, con unas paredes blancas como sábanas almidonadas. A una distancia de 20 metros de la pared, habían colocado una mesa, ocupada por seis jefes y oficiales de distinto rango, bajo la presidencia del autor de mi detención. Empezaron las deliberaciones y yo, mientras tanto, revisaba el film de mi vida. Las imágenes pasaban a una velocidad vertiginosa, mi estado de ánimo estaba bastante tranquilo. Pensaba en mis padres, en mis hermanos, y me desesperaba no poder volver a ver a mi Constanza, y, a diferencia de mi camarada y amigo Joaquín Barrios, no tenía a nadie a quien pedir que transmitiera a mi futura esposa lo que me había sucedido. Pero la suerte estaba de mi lado, de repente apareció por una de las esquinas mi bienhechor, el sargento. Vi el cielo abierto y pegué un fuerte grito *¡Rapportführer!* que debió ser más bien aterrador, y al verme me preguntó: "¿Qué has hecho España?" En un abrir y cerrar de ojos, se acercó a la mesa de aquellos señores que me estaban juzgando y empezó a gritar, a gesticular y a dar puñetazos sobre la mesa: "¡Qué caramba de robar al Ejército! ¡Hambre, hambre tienen estos hombres, hambre! ¿Este es el delito?" Su defensa tan vehemente y enérgica llamó la atención de todos los soldados del piquete y yo aproveché la ocasión para hacerme pequeño y evadirme de aquella difícil situación.

Me escondí en un pajar que estaba ya ocupado por mi gran amigo soviético Ivan Ivanov. Yo no debía tener muy buen aspecto, pues me preguntó lo que me pasaba. Le expliqué lo ocurrido, al tiempo que le decía que me escondía entre la paja y que no salía de aquel sitio aunque le pegaran fuego.

## V. La libertad

El reloj de la torre del campanario de Deggendorf marcaba las 11 de la mañana, aquel 2 de mayo de 1945. El amigo Ivanov buscó con la mano mi pierna entre la paja y tirando de ella, me comunicó que la guerra había terminado para nosotros. En la flecha del campanario ondeaba la bandera blanca. Me incorporé y, en efecto, la hermosa bandera ondeaba alegremente, indicándonos el fin de nuestro calvario, pero hasta que no vimos aparecer el primer soldado del ejército amigo, no nos atrevimos a salir fuera de nuestro "apuesto" y dar libre curso a nuestra alegría por haber recobrado la tan esperada libertad y volver a gozar de la dignidad humana. Aquel 2 de mayo fue como si volviéramos a nacer.

No tardaron en aparecer los primeros soldados americanos. Casi todos eran negros y la mayoría hablaba español, por ser oriundos de Tejas, de Nuevo Méjico y Florida. Vi como mi amigo y salvador, el viejo sargento alemán, tiraba la carabina y con los brazos en alto se entregaba al ejército vencedor. Al ver a aquel hombre que un par de horas antes me había salvado la vida, no pude resistir ir a despedirme de él y desearle que su cautividad no fuera demasiado larga. El teniente americano, al ver nuestra despedida con un fuerte abrazo de amigos, no comprendía cómo un antiguo prisionero pudiera abrazarse con su antiguo carcelero. Tuve que explicarle que era un antinazi y que me había salvado la vida, por lo que nunca podría olvidar la bondad de aquel hombre. Entonces me preguntó si estaba dispuesto a certificar lo relatado a favor de mi bienhechor y, ante mi respuesta afirmativa, sacó un papel de su cartera de campaña y redactó una declaración que firmé sin vacilar. Nunca he sabido nada de aquella persona; por su avanzada

edad ya no debe existir, pero mientras yo viva, lo tendré siempre presente en mi corazón.

Una vez los soldados americanos liberaron el pueblo de Deggendorf y prosiguieron su avance persiguiendo a las tropas nazis en retirada, nosotros empezamos de inmediato a organizarnos en la nueva situación. Éramos libres y no dependíamos de ninguna autoridad militar que nos dictara lo que podíamos o no podíamos hacer. Así que, mientras no se aclarara nuestra situación en la vida civil, decidimos mantener la misma estructura orgánica del campo, aunque, como el número de hombres era más reducido, el número de responsables también fue menor. La responsabilidad principal recayó en nuestro amigo y camarada Raymond Prunières, mientras que Edgar Franchot era el responsable jurídico. Yo fui designado adjunto de Prunières.

Los compañeros soldados franceses también estaban organizados, desde antes de ser liberados como nosotros. Tomamos contacto con ellos y, como conocían de mucho antes a las personalidades notables del lugar, nos fueron de inestimable ayuda y, gracias a ellos, fuimos a visitar al alcalde provisional de Deggendorf para que nos diera de comer. Aquel buen señor nos dio un cerdo de 80 kilos, un saco de patatas y un saco de trigo que, por mediación de uno de los soldados que trabajaba de panadero, pudimos cambiarlo por un saco de harina que José Malé transformaría en pan. El amigo Gómez, de profesión matarife, se encargó de matar, limpiar y trocear el cerdo, y el camarada de Clermont-Ferrand, cocinero de profesión, con una cocina de campaña, nos hizo un estofado de patatas con cerdo que nos supo a gloria. Justo al terminar de cenar, los soldados franceses nos vinieron a avisar de que recogiéramos nuestros bártulos, pues el nuevo Ayuntamiento nos alojaría en uno de los hoteles del pueblo. Prunières y yo fuimos a ayudar al cocinero para llevar lo que hubiera sobrado, pero al vernos exclamó que del cerdo sólo quedaba la cabeza y el espinazo, y de las patatas, el saco vacío. ¡Qué barbaridad! Veintiocho hombres nos comimos un cerdo de 70 u 80 kilos, un saco de patatas de unos 50 kilos y pan en abundancia, en una sola comida. Pero esa era la realidad; estábamos tan desnutridos y hambrientos

que, hasta que no recuperamos nuestro peso normal, la comida nos salía por las orejas y aún teníamos la sensación de tener hambre. No éramos una excepción: a todos los deportados les ocurrió lo mismo e incluso se dieron casos de algunos muertos por indigestión. Menos mal que en nuestro grupo solamente el amigo Manuel Sánchez tuvo unas molestias bastantes serias en el aparato digestivo, pero afortunadamente todo quedó en un susto.

Nos instalamos en el hotel Mauser, cuya dueña nos brindó su hospitalidad, así como todo el personal de servicio. Nuestros amigos franceses nos advirtieron de que, por aquellos alrededores, deambulaban algunos capos, nuestros verdugos, de forma que a Prunières le dieron una pistola Mauser, de nueve super corto, y a mí, una Star belga, del nueve largo. También pusieron a nuestra disposición un coche marca Citroën de tracción delantera y nos dispusimos a dar caza a aquellos bandidos. Nuestro trabajo, mientras pudimos entregar nuestras capturas al Estado Mayor de la 2ª División Blindada, mandada por el general francés Leclerc<sup>140</sup>, fue excelente, pero las cosas se torcieron, cuando una vez firmada la capitulación sin condiciones, el 8 de mayo de 1945, el Estado Mayor estadounidense se hizo cargo de la cuestión jurídica, antes a cargo de los franceses. El día 9 de mayo, a las cuatro de la tarde, nos señalaron que los capos de nuestro comando, Peterka, Tondo y Klein, se escondían no lejos de donde estábamos; cogimos el coche y fuimos a detenerlos, y tan pronto nos hicimos cargo de ellos, Edgard Franchot les tomó la filiación y una larga declaración, que firmaron sin dificultad y, a través de la cual, nos enteramos de que el triste Peterka era hermano del cónsul checoslovaco de EEUU. Cerca del hotel donde nos alojábamos, había un cuartel desahogado, perteneciente, hasta hacía poco, a las SS, y mientras esperábamos

140. El general Leclerc, después de dirigir las tropas que entraron como vanguardia de los aliados en París, el 24 de agosto de 1944, y en Estrasburgo, el 23 de noviembre, se adentró en el sur de Alemania, llegando hasta el cuartel de Hitler, el Nido del Águila, ubicado en los Alpes de Baviera. En todas las campañas jugó un papel fundamental la 9ª Compañía, formada por unos 2.000 españoles, y también en la conquista del enclave hitleriano, junto a una compañía de los Estados Unidos.

a que llegara el coche para ir a entregar a los detenidos al Estado Mayor del general Leclerc, casualmente pasó por allí un capitán del Ejército francés, con el distintivo de las FFI<sup>141</sup>, es decir, un compañero de lucha. Al vernos con aquellos tres individuos, nos preguntó sobre nuestra intervención y nosotros le contamos con todo detalle su trayectoria y nuestra intención de librarlos al ejército de liberación, como de costumbre; entonces, nos comunicó que, a partir de aquel día, 9 de mayo, el ejército francés ya no tenía poderes en esta materia, puesto que las tropas americanas se habían hecho cargo de los temas jurídicos. Su consejo, a fin de no topar con desagradables problemas, era que hiciéramos justicia por nuestra propia cuenta: “Es un consejo de amigo, los americanos no nos quieren y ven fantasmas donde no los hay. Así que estáis advertidos”. Nos quedamos perplejos y pensamos que exageraba, de modo que, cuando llegó el coche, nos encaminamos al Estado Mayor americano y entregamos los tres malditos capos, junto con las copias de sus declaraciones, no sin antes firmar la entrega y exigir un recibo de cómo se había efectuado la operación. En otro despacho, nadie estaba enterado de nada y, a pesar de enseñarles los recibos, los nombres de los tres capos no figuraban en ningún registro.

Volvimos al hotel con la sensación de que algo fallaba. ¡Quizás el Capitán FFI tenía algo de razón! Y, justamente al llegar al hotel, nuestros compañeros estaban aterrorizados y nos pedían con insistencia que desapareciéramos lo antes posible, puesto que los tres capos y el ejército americano se habían presentado con la intención de detenernos por “comunistas, terroristas y criminales”. En fin, según la descripción de aquellos criminales, Prunières y yo éramos el deshecho de la humanidad y no teníamos derecho a vivir. Por suerte, nos topamos con nuestro ángel protector, el capitán francés; al vernos con el agua hasta el cuello, en aquella situación confusa y peligrosa, se ofreció a ayudarnos, camuflándonos con un grupo de soldados franceses que tenía que repatriar, al día siguiente, a París. También se comprometió a ir a

141. Fuerzas Francesas del Interior.

nuestro hotel para prevenir a nuestros compañeros que estuviesen preparados para partir.

El día 11 de mayo, a las siete de la mañana, emprendíamos el camino de regreso a nuestra querida Francia. Hacia las 12 del mediodía llegábamos a Ulm, ciudad en la cual los aliados habían construido un campo para concentrar a cuantas personas deambularan sin rumbo fijo y reunir las por nacionalidades<sup>142</sup>. La comida era substanciosa e incluso había una radio que nos ofrecía las noticias y emitía música. Al no saber el tiempo que permaneceríamos allí, ni corto ni perezoso me dirigí a la radio para solicitar permiso para cantar unas canciones en francés y en español. Canté dos canciones en cada idioma y me ofrecieron aquel medio de comunicación durante todo el tiempo que estuviera en el campo, pero en aquel mismo momento un oficial francés llegó con una lista de unos 40 nombres que debían presentarse a la puerta del campo, después de cenar, para salir hacia Francia.

A las ocho de la noche, los 20 franceses y los 8 camaradas españoles que formábamos el grupo de los deportados a Dachau, y unos 12 prisioneros de guerra franceses subimos a un camión militar conducido por dos chóferes de color del ejército americano. El día estaba levantándose cuando llegamos a la ciudad de Ludwigshafen<sup>143</sup>, en el lado izquierdo del Rin, pasamos el puente y entramos en Mannheim<sup>144</sup>. Allí nos apearon del camión, nos instalaron en un hangar y, sin decirnos una sola palabra, los soldados americanos subieron al camión. Nadie apareció hasta un par de horas después, cuando un sargento y dos soldados americanos comprobaron nuestros nombres en su lista, para inmediatamente hacernos desnudar y empolvarnos los sobacos y las partes genitales. Era la desinfección. Para comer nos dieron media docena de ga-

142. Al finalizar la guerra, en Alemania, había 7 millones de personas desplazadas, muchas de ellas fueron concentradas en los antiguos campos nazis, entre ellos Dachau.

143. Importante puerto del Rin, donde se ubica la BASF o IG Farbenindustrie, desde 1925, que desempeñó un importantísimo papel en la economía de guerra nazi.

144. El Rin separa Ludwigshafen de esta ciudad, conquistada por los aliados el 29 de marzo, después de ser sometida a fuertes bombardeos

lletas de campaña, duras como una piedra, cuatro píldoras que reemplazaban la carne y las legumbres, y otra más grande, como un bombón, que era el café, por cierto, excelente. Volvimos a quedar solos en aquella espaciosa nave.

Aún no habíamos recuperado nuestro peso normal y el hambre nos acuciaba, de forma que cada uno de nosotros trató de encontrar algún alma caritativa que nos socorriera. Yo iba con mi amigo, el toledano Manuel Sánchez, cuando nos encontramos un matrimonio con dos niños, de seis y siete años, de nacionalidad soviética y a la espera de ser repatriados, a los que explicamos nuestra condición de republicanos españoles y deportados a Dachau. Al oír estas palabras, nos abrazaron exclamando: "*Corachó, tovarichs, corachó*" (buenos, camaradas, buenos), al tiempo que nos llevaron a una pequeña casita, donde un matrimonio mayor, padres de uno de los dos, nos puso un plato en la mesa. El menú era plato único, sin tajada, pero el arroz con patatas era tan espeso que la cuchara se mantenía en pie; nos supo a gloria. Nos invitaron a comer con ellos mientras permaneciéramos en Mannheim, pero nosotros les contestamos que no queríamos abusar de su hospitalidad, además, teníamos otros cinco camaradas que quizás no habían tenido la misma suerte que nosotros. Al día siguiente, nuestro amigo se presentó para comunicarnos que otras dos o tres familias soviéticas estaban dispuestas a acoger a los otros compañeros. Gracias a la solidaridad de aquellas familias, los ocho españoles pudimos comer caliente, al menos una vez al día, durante las tres jornadas que estuvimos esperando el regreso al país de Voltaire.

El día 15 de mayo, a las ocho de la mañana, se presentaron unos militares americanos que, después de distribuirnos un pedazo de pan y una lata de sardinas y registrarnos, nos embarcaron en un tren de mercancías en dirección a Francia. Ante el registro, lo que más me dolía era separarme de mi pistola Star belga. Sabía de antemano que un día u otro tendría que hacerlo pero, después de la desagradable experiencia en el trato que nos dieron en Deggendorf, no estaba seguro de que mi libertad estuviera asegurada, mientras estuviera bajo su autoridad. Así que cogí mi arma con la mano izquierda y puse el abrigo encima de ella, mientras

que con la mano derecha cogía el pan y las sardinas, de forma que, al llegar ante el soldado que nos registraba, levanté los brazos en alto para que pudiera cachearme todo el cuerpo. Cuando entramos en los vagones y el tren se puso en marcha, yo todavía conservaba mi pistola.

A las doce ya estábamos en la ciudad de Nancy, pero en una vía muerta de la estación. Sin saber a que atenernos, Prunières y yo preguntamos al jefe de estación que nos advirtió de una parada de dos o tres horas, por lo menos. Expusimos la situación a los compañeros del vagón y se decidió que volviéramos de nuevo a la estación para indagar si existía algún organismo de ayuda a los repatriados de los campos de exterminio nazis. Teníamos hambre y necesitábamos comer. El mismo jefe de estación nos encaminó a una oficina provisional de la Cruz Roja, donde nos recibieron con gran atención y afabilidad, al tiempo que nos conducían a un gran comedor. Nunca olvidaré el gran plato de macarrones a la italiana, mientras una de las responsables del centro se ocupó de hacer llegar una furgoneta con comida a los compañeros que habían quedado en la vía muerta.

Tan pronto terminamos de comer, fuimos al encuentro de nuestros camaradas, pero tuvimos la desagradable sorpresa de ver que el tren se había marchado. De regreso al despacho del jefe de estación, éste nos tranquilizó y nos dio una autorización para viajar gratuitamente en un próximo tren que tenía parada en Tulle, donde podríamos apearnos y unirnos a nuestros compañeros. En efecto, al llegar a la estación de esta ciudad ya vimos a la Cruz Roja francesa distribuyendo comida a nuestros amigos. Nos olvidamos del cómodo viaje en tren de pasajeros, pero nos reintegramos gustosamente a nuestro grupo. El tren de mercancías circulaba lentamente y hasta las 2 de la madrugada no llegamos a la estación del Este de la bella capital de Francia.

El servicio de acogida a los deportados se hizo cargo de nosotros y nos trasladaron en autocares a uno de los mejores hoteles de París, el Lutétia<sup>145</sup>. Después de tomarnos la filiación, nos sirvie-

145. Sede de la Abwehr durante la ocupación; entre los meses de abril y agosto acogió a los deportados que regresaban de los campos nazis.

ron un café con leche y unas galletas, y a la cama. La habitación era muy espaciosa y lo primero que hice fue tomarme un buen baño y después acostarme en la cama. Al instante quedé dormido como un ángel. A las nueve, me avisó un compañero para ir a pasar la visita médica; me aseo y me incorporé al grupo que ya estaba haciendo cola. La prueba consistió en una toma de sangre y una radiografía de los pulmones y el corazón, a partir de la cual me diagnosticaron un pulmón algo espeso y el corazón un poco grande, nada grave, con una buena alimentación y reposo todo volvería a su estado normal. A continuación nos extendieron un Certificado de Deportado, que nos daba derecho a utilizar gratuitamente el transporte público y a recibir ropa: un traje, un par de zapatos, dos pares de calzoncillos y calcetines, una camisa, etc..., lo suficiente para salir del paso. Subimos a nuestra habitación y nos vestimos decentemente, para entrar en el comedor del hotel.

A las doce, nos sentábamos delante de una mesa con mantel, tenedor, cuchara, cuchillo, cucharita, platos soperos, llanos y de postre, y toda la cristalería para beber. Solamente 14 días antes estábamos destinados a salir convertidos en humo por la chimenea del horno crematorio del campo de concentración, y entonces, ante aquel maravilloso espectáculo del comedor del hotel Lutétia, no me da reparo reconocer que sentimos una emoción que nos cerró la garganta. Tuvimos que hacer un gran esfuerzo para que no nos saltaran las lágrimas de los ojos. Aquel 16 de mayo era como si resucitásemos y volviéramos a ser libres y a entrar en este mundo que, a pesar de sus complejidades, contradicciones, desigualdades, etc. también contenía magníficas realizaciones, en todos los ámbitos culturales y científicos.

Antes de entrar en el comedor, observé en el hall una mesa de la Cruz Roja de la República Española, atendida por tres señoras, una de ellas la esposa del general Riquelme<sup>146</sup>, del ejército republi-

146. José Riquelme López-Bago estuvo al frente de la División de Madrid hasta septiembre de 1936 y luego mandó diversas guarniciones. Cuando tuvo lugar el golpe de estado en Marruecos, advirtió al presidente del gobierno, Casares Quiroga, de la conveniencia de armar a los voluntarios de partidos y sindicatos. Exiliado en Francia en 1939, donde falleció en 1972.

cano. Su misión era inscribir los nombres de todos los españoles, mujeres y hombres, que regresaban de los campos nazis. Después de inscribirme, pregunté a la Sra. Riquelme si también llegaban mujeres de los campos y le pedí si el nombre de Constanza Martínez Prieto estaba en las listas. La consulta resultó negativa, pero le describí los rasgos característicos de Constanza, sin omitir el detalle de que llevaba gafas.

Solamente algunos de nuestro grupo estuvimos alojados ocho días en el hotel Lutétia, puesto que los camaradas franceses regresaron a sus pueblos. Los españoles no lo tuvimos tan fácil; era preciso, en primer lugar, proveernos de toda la documentación que nos permitiera residir legalmente en Francia, proceso con muchos trámites burocráticos, desconocidos en aquellos tiempos. Los camaradas Prunières y Franchot no nos dejaron solos, mientras no estuvimos bien encarrilados, e incluso comían con nosotros en el hotel la mayoría de los días. Y justamente, mientras estábamos comiendo, el día 18 ó 19 de mayo, se presentó un inspector de policía francés preguntando por Juan Escuer Gomis. Una vez identificado, me informó de que había un Centro de acogida para los españoles que regresaban de los campos de concentración, para poder estar juntos y llevar una vida más fácil. Por mi parte, además de preguntarle de quién había salido semejante idea, le contesté que, de ningún modo, ni arrastrado, conseguiría llevarme internado a un campo de concentración, después de haber pasado dos años en cárceles y en Dachau, junto con compatriotas franceses. Añadí que sólo el hecho de haber luchado en la Resistencia contra las tropas de Hitler, me daba derecho a vivir y a trabajar en su país. Todo ello lo dije de forma enérgica y en tono bastante alto para que la gente que estaba cerca lo oyera.

El mismo agente volvió al día siguiente, insistiendo en que fuera con él, pero yo reaccioné de la misma forma. Esta vez venía acompañado de la Sra. Riquelme, la cual, por haber vivido siempre en libertad, no comprendía mi reacción; para ella yo me declaraba en rebeldía ante un representante de la ley y me aconsejaba, por mi bien, que desistiera de mi tozudez y que acompañara dócilmente a mi "protector". Mi respuesta debió de ser bastante dura, pues me trató de revoltoso y me recordó que era esposa del general Riquelme

y que su hijo era teniente de la Resistencia francesa, etc. Por mi parte, le recordé mi condición de teniente del Ejército de la República y capitán de la Resistencia francesa, lo que me había acarreado pasarme años en cárceles y en el campo de concentración. El asunto quedó zanjado cuando mi amigo Prunières exclamó que a mí nadie se me llevaba, pues era su invitado personal.

Al día siguiente de aquel absurdo incidente, se presentó en el mismo hotel un capitán de la Gendarmería de París del Servicio de Acogida al Deportado; me hizo pasar a una habitación donde, después de saludarme militarmente, me anunció que venía a pagarme la prima de desmovilización. Acto seguido me entregó 1.000 francos. Era el primer dinero que recibía después de mi cautiverio. También me notificó que si firmaba una hoja impresa que llevaba consigo, me convertiría en ciudadano francés en el acto, pero con todo el respeto le respondí que le agradecía tal honor, pero que a pesar de ser un fiel y leal amigo de Francia, yo era español. Le expliqué que era un oficial del Ejército de la República Española, que había luchado con todas mis fuerzas contra los generales sublevados, desde el 18 de julio de 1936 hasta el 6 de febrero de 1939 y que, obligado a pasar la frontera, siempre tuve la idea fija de volver a mi patria con la cabeza bien alta, no como derrotado, sino como vencedor. Además, desde el inicio de la 2ª Guerra Mundial, añadí, una gran cantidad de españoles no vacilamos en ingresar en la Resistencia francesa, porque luchar contra las fuerzas de ocupación era también luchar contra el régimen fascista de Franco. Hitler y Mussolini habían sido derrotados, pero Franco se mantenía en el poder; para nosotros, los republicanos, la lucha continuaba, y con la firma del papel daría la impresión de desertar de la lucha por la libertad y la democracia en mi país, cosa que, sinceramente, no me podía permitir. El capitán escuchó muy quedo mi explicación, se levantó de la silla, se puso firme, me hizo un impecable saludo militar y, al tiempo que me estrechaba la mano calurosamente, me dijo que tal respuesta era la que esperaba, ya que él hubiera hecho lo mismo, pues con la renuncia a mi nacionalidad hubiera perdido la estima que me tenía. Me deseó suerte y un pronto regreso a España, en libertad y democracia. ¡Cómo son

las cosas! Un día me quieren llevar a un Centro de acogida sólo para españoles y al siguiente me dan mil francos y me ofrecen la nacionalidad francesa.

Todavía me quedaba una desagradable sorpresa. Existía en Francia, en aquellos momentos, un Comité de Ayuda al Refugiado Político, con la misión de ayudar a adquirir la documentación necesaria para poder permanecer legalmente en Francia. En mi caso, era primordial y fue la misma Cruz Roja de la República Española la que me indicó la ubicación de dicha organización, precisamente en el mismo hotel Lutétia. Allí me recibió una joven polaca muy simpática, la cual después de comprobar que poseía el "*récépissé*" de deportado, me citó para el día siguiente, a las nueve de la mañana, para ir al Ministerio del Interior donde me expenderían otro "*récépissé*" de estancia en Francia, para darme más tarde la Carta de Identidad para extranjeros.

En el citado Ministerio, mientras yo aguardaba en una sala de espera, la joven polaca hacía los trámites, pero pasaban minutos y minutos y no salía de la puerta por donde había entrado. Yo empezaba a impacientarme, pensando que había surgido algún impedimento y cuando por fin se abrió la puerta, mi ángel protector estaba toda sofocada y llorando, porque no me daban la documentación, sino que estaba expulsado de Francia. ¡No era posible! Me aplicaban la expulsión a la cual me condenaron los tribunales de Petain. Tanta fue mi indignación que cogí fuertemente por las muñecas a mi buena amiga y en dos zancadas nos plantamos delante de aquel imbécil de testaferro, gritándole como un desesperado y tratándole de fascista, colaborador y petainista, pues mientras mi expulsión databa del 11 de diciembre de 1943, en aquellas fechas, él, seguramente, no estaba en la Resistencia. A causa del escándalo, salió de otro despacho un señor muy distinguido para indagar las razones del alboroto; yo le expliqué que aquel señor me negaba la documentación, basándose en la expulsión dictada por un Tribunal especial, por hechos de resistencia. Sin decir una palabra, cogió un lápiz rojo y escribió en el papel: "Anulada la expulsión", al tiempo que, de forma autoritaria, ordenó que se me extendiera la indispensable documentación.

Por aquellos días, el gobierno de Charles de Gaulle anunció que todos los deportados de los campos nazis teníamos derecho a percibir 2.500 francos, así que junto a los 1.000 cobrados por mi desmovilización, me encontré con 3.500 francos en el bolsillo, cantidad que, en 1945, era apreciable.

Mi amigo Raymond Prunières continuaba visitándome en el hotel Lutétia y me invitó a una recepción que daba el ayuntamiento comunista de su pueblo, Ivry-sur-Seine. A pesar de mis reparos por no conocer a nadie, me convenció porque el alcalde, Georges Marrane, no solamente estaba advertido, sino que me daría la bienvenida como a un hermano, por haber luchado contra la ocupación nazi. La recepción fue por todo lo alto, pero lo que más me emocionó fueron las palabras pronunciadas en su discurso, haciendo hincapié en el hecho de que los españoles habíamos sido los primeros en luchar contra el fascismo, sin vacilar, después, en combatir al invasor al lado de los hermanos franceses. Terminó su alocución con esta frase: “A vosotros queridos amigos y camaradas, toda nuestra estima y respeto”.

Los ayuntamientos comunistas y las uniones locales de sindicato CGT empezaron a abrir Centros de Acogida al Deportado, que facilitaron la descongestión del hotel Lutétia. Todo nuestro grupo de españoles fuimos a parar al municipio de Saint-Ouen, en las afueras de París, donde el responsable de su centro era un gran camarada, Maurice Rey, así como también la concejala del Área Social, Geneviève Busquier, del PCF. Lo primero que nos preguntaron era si teníamos familiares en Francia y yo les respondí que suponía que mi hermano se encontraba en la región de Bretaña, sin embargo, lo que más me interesaba, en aquel preciso momento, era localizar a mi compañera que había sido deportada al campo de Ravensbrück. Sabía que estaba viva y la esperaba hasta que llegase. Nos instalaron a cada uno en una habitación y la mía era bastante espaciosa, teniendo en cuenta que esperaba a mi compañera. La comida era abundante y excelente y siempre recordaré a los cocineros, el matrimonio Richard, por su amabilidad y camaradería.

Cada día iba al Lutétia para comprobar si Constanza había llegado y entretanto iba encontrándome españoles de los que

fueron condenados y deportados conmigo; también llegaba algún camarada de los que el 6 de mayo de 1944 fueron trasladados al campo de Rouillé. Un día se presentó un camarada valenciano, Cayetano “Tano”, muy amigo de Tomás Urbistondo<sup>147</sup>; al verle, tuve una gran alegría, pero duró poco, ya que nos espetó, a bocajarro, que Rafael Masa Andreu, Vicente Barrachina, Manuel Sánchez, Manuel Freire “el portugués”, José Serra, y otros hasta 27, en un combate contra las tropas de ocupación nazis, fueron hechos prisioneros y fusilados. Sólo se salvó Urbistondo. Me extrañó, puesto que era el jefe, pero me explicó que un par de días antes de que fueran capturados, en una escaramuza, cogieron preso a un oficial del Ejército nazi y le guardaron como rehén; cuando éste fue liberado por sus compatriotas, hizo fusilar a los 27 camaradas y se supone que a Urbistondo se lo llevaron con ellos, como recompensa.

Llegaron también Blázquez Romero, Villa y Teodoro Benito, que me comunicó la muerte de Joaquín Barrios, hacía un par de meses, de tuberculosis; igual suerte corrió José Parra, uno de los responsables de la organización de Nantes. En fin, que todos o casi todos los camaradas que habían sido deportados conmigo fueron arribando, Julián Laso, Víctor Terriza, Antonio Pérez Revilla, Enrique Raso, etc. Raso, con inmensa tristeza, se me acercó para comunicarme el fusilamiento de Masa, pero no me atreví a hacer ningún comentario, debido al estado de ánimo en que se encontraba. Pensé que ya tendríamos tiempo de hablar de este desagradable asunto. Tuve la oportunidad de ver llegar al susodicho Tomás Urbistondo, liberado del campo de Buchenwald. Vino a saludarme y, sin preguntarle nada, empezó a contarme el ataque a las tropas nazis, la captura del oficial alemán y su intervención para impedir que los compañeros lo fusilaran. No pude menos que responderle que había salvado la vida de un oficial nazi y la suya, a cambio de la de 27 compañeros, con estas palabras: “¿No crees, Tomás, que el trueque fue desmesurado? Tu comportamiento en

147. Tomás Urbistondo, nacido en Valencia el 25 de abril de 1914. Desde Compiègne fue deportado a Buchenwald, el 21-8-1944, con la matrícula 81021.

tiempos de guerra ha sido de una irresponsabilidad imperdonable, tanto en lo militar como en lo político. Tienes 27 muertos en tu conciencia, Urbistondo. ¡Qué tengas suerte!”

En París, la vida de los antiguos deportados empezaba a tomar forma, sobre todo la de los franceses y la de los que tenían familia en el país. Esta situación permitió que el C.N.R., junto con los sindicatos obreros, la CGT y los partidos políticos, encabezados por el potente PCF, el Partido Socialista y las demás formaciones democráticas, organizaran, el 27 de mayo de 1945, la gran manifestación que partió de los bulevares de Belleville y Ménilmontant y se dirigió hasta el “Mur des Federés” del cementerio del Père Lachaise, en memoria de los caídos de la 2ª Guerra Mundial<sup>148</sup>. La presencia de los españoles deportados a los campos de exterminio, junto a los residentes en París y sus arrabales, desde hacía años, fue muy numerosa. En las pancartas podía leerse: “Franco asesino”, “Los españoles exigimos justicia”, “Queremos una España democrática”, etc.

En la entrada del hotel Lutétia, me encontré a un grupo de mujeres que esperaban la llegada de sus seres queridos, entre ellas, Consuelo, “Chara” para los amigos, la que había sido la compañera de Joaquín Barrios. Iba de luto y comprendí que ya sabía la mala suerte que había tenido su marido. ¡Qué mal se encuentra uno en estos tristes casos! Después de diez minutos que me parecieron horas, y algo más serenados, como pude, le transmití el mensaje que me había dado Joaquín para ella y su hijo, unos dos o tres meses antes de morir, cuando nos separamos en el campo de Allach. Jamás he vuelto a saber qué ha sido de esta amiga y camarada y su hijo.

El día 4 de junio me personé, a las doce del mediodía, en el hotel Lutétia; como de costumbre, pasé por la mesa de la Cruz Roja Española y pregunté por Constanza. Aquel día estaba de guardia una jovencita española de unos 16 años, la cual, al oír

148. A lo largo de la primavera y el verano de 1945, hubieron desfiles y paradas militares de celebración de la victoria, organizadas por De Gaulle. Las organizaciones de izquierda no quisieron quedar atrás para manifestar el papel de la resistencia y sus compromisos de lucha en el futuro.

pronunciar el nombre de Constanza Martínez Prieto, me dijo que había llegado una señora con aquel nombre, pero que no llevaba gafas; “A lo mejor se han roto”, contesté. Me respondió que era probable, pero que lo comprobara por mi mismo, pues en aquel momento estaba comiendo. Y sí, allí estaba mi querida Constanza, comiendo con una francesa de deportación, llamada Marie-Paule. Le tapé los ojos y dijo: “Eres Juan”.

Comí con ellas y después nos encaminamos los dos a Saint-Ouen. Aquella habitación doble del Centro de Acogida para los deportados fue nuestro primer hogar. Sólo faltaba solucionar el problema de la documentación de Constanza, así que, al día siguiente, fuimos al despacho de marras, aquél que, poco antes, me denegaba el carné de identidad, pero esta vez no topamos con ningún obstáculo. Constanza consiguió al instante la preciosa documentación, una vez hubo presentado el “*récépissé*” de deportada. Nos quedamos en Saint-Ouen todo el mes de junio y Constanza pudo entrar en contacto con su tía María, que vivía en Sées, en Normandía, y por mi lado, localicé a mi hermano Enrique, que continuaba en la Bretaña francesa, en Musillac.

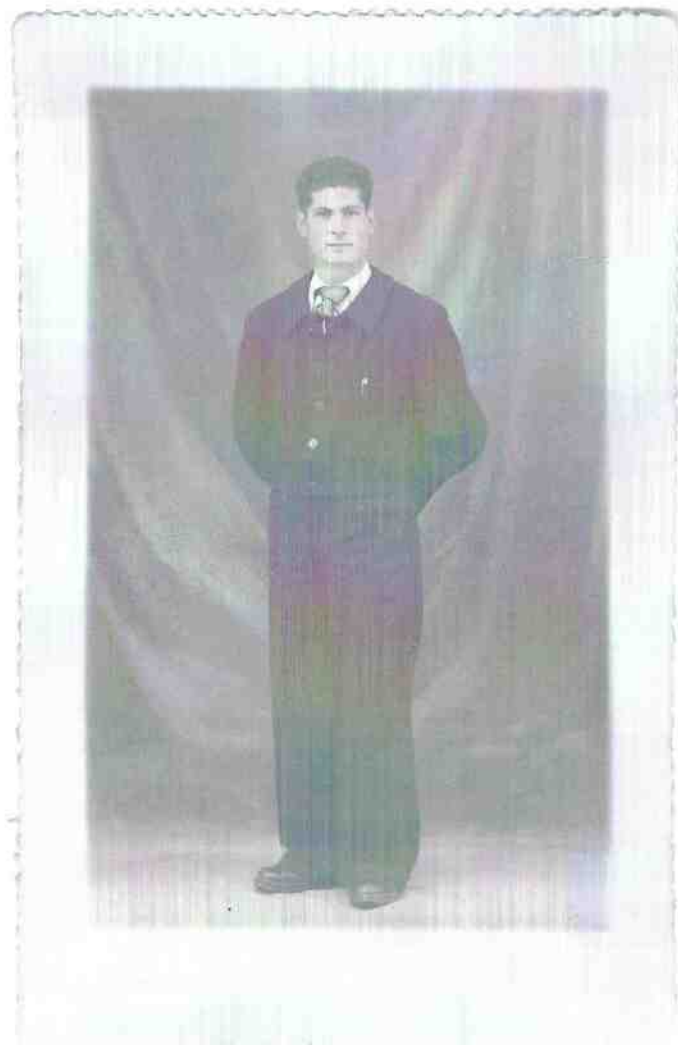
Antes de terminar, quiero señalar que ni en los días del hotel Lutétia, ni en todo el tiempo que permanecemos en la capital francesa, ningún responsable del PCE ni del PSUC se interesó por los que llegábamos de los campos de exterminio, mientras que el PCF nos acogió con todo el cariño y la fraternidad internacionalista, sin dejarnos desamparados en ningún momento. Nuestros camaradas españoles, simplemente, nos ignoraron. La verdad, en aquel momento, el grueso del Partido se hallaba en el sur de Francia, sobre todo en Toulouse, no obstante pensé que aquel desinterés y falta de sensibilidad hacia nosotros era injusto.

Algunos dirán que en el hotel Lutétia estaba permanentemente la Cruz Roja de la República Española. Como organismo humanitario, muy bien, pero insuficiente para los militantes que habíamos luchado contra el enemigo más sanguinario de la historia contemporánea. Miles y miles de los nuestros fueron a parar a los hornos crematorios de los campos de Dachau, Orianenburg, Buchenwald, Ravensbrück, Mauthausen etc. y los que pudimos

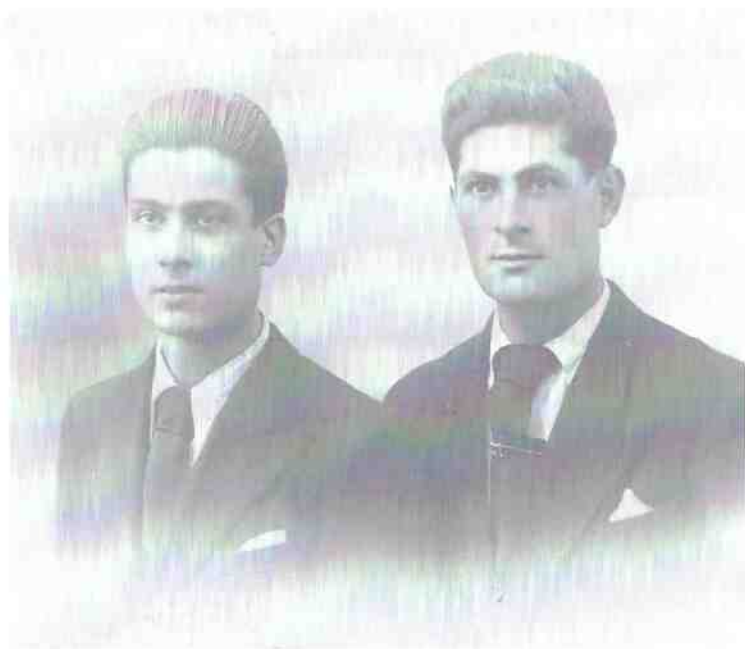


regresar estábamos hechos unas piltrafas y con una salud muy precaria. Todavía hoy, en nuestra vejez, arrastramos las secuelas de nuestra vida concentracionaria. ¡No! No nos merecíamos aquella falta de humanidad hacia los que habían dado lo mejor de su vida en pro de la Democracia, la Libertad y la Paz.

Tengo que repetir, en último lugar, que doy las gracias a la ayuda desinteresada de las organizaciones populares, políticas y sindicales, y a los organismos oficiales del gobierno provisional del general Charles de Gaulle, y ¡cómo no!, reiterar la solidaridad anónima de centenares de miles de mujeres y hombres del pueblo francés, que nos ayudaron a integrarnos en el mundo civilizado. A todos, mi más sincero agradecimiento.



Joan Escuer en los años del servicio militar (1934-1936).  
Archivo: Delia Escuer.



Joan (derecha) y su hermano Enrique, en Saint-Astier en 1941  
Archivo: Delia Escuer.



Constanza Martínez, compañera de Joan Escuer, en 1941  
Archivo: Delia Escuer.

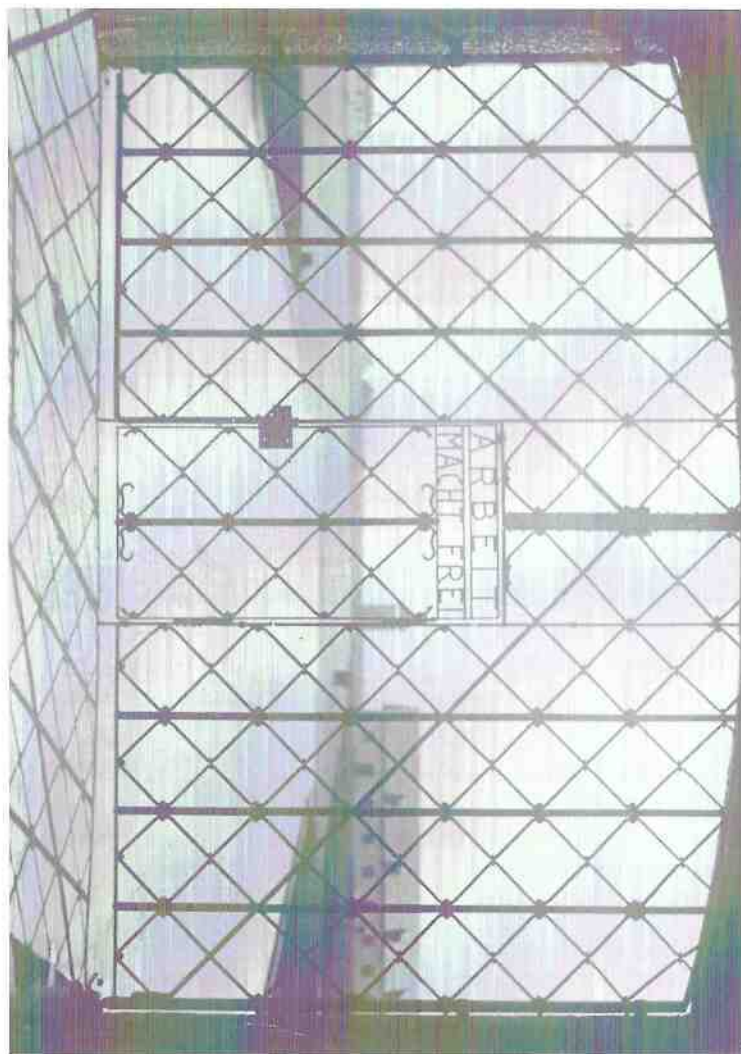


Foto tomada el mes de febrero de 1944 en el cuartel de  
Tourelles de París.

En primer plano, agachado, Ríos, detrás, de izquierda a derecha,  
Manuel Sánchez, de Madrid, Gámez, Rodríguez, Josep Serra, de  
Ulldemolins (Tarragona), Joan Escuer Gomis, Rafel Massa Andreu, de  
Barcelona (dibujante de modas de la casa Jorba) y Adelaido Blázquez  
Romero, de Jaén.

Todos fueron fusilados, salvo Joan Escuer y Adelaido Blázquez, que  
fueron deportados al campo de Dachau.

Archivo: Amical de Mauthausen.



Puerta de entrada al campo de Dachau, con la frase. «El trabajo os hará libres».

© Dachau-Archiv (Yad Vashem Jerusalem)



La «Jourhaus»: edificio del cuerpo de guardia, a la entrada al campo.

© Dachau-Archiv (US Army Photograph)



Barracón de desinfección. © Dachau-Archiv



REPUBLIQUE FRANÇAISE N° 1.0.013.6213

**CARTE DE DÉPORTÉ RÉSISTANT**  
DÉLIVRÉE PAR LE MINISTRE DES ANCIENS COMBATTANTS ET VICTIMES DE LA GUERRE.

TITULAIRE : **ESCUER-GONIS Juan**

Né le 16-11-1914 Comandella (Esp.)  
Domicile : 10, Apt. St-René  
93 - S<sup>t</sup>-DENIS

Interné du 4 Juin 1942 au 17 Juin 1944  
Déporté du 18 Juin 1944 au 15 Mai 1945  
Carte publiée le 30 Janvier 1968

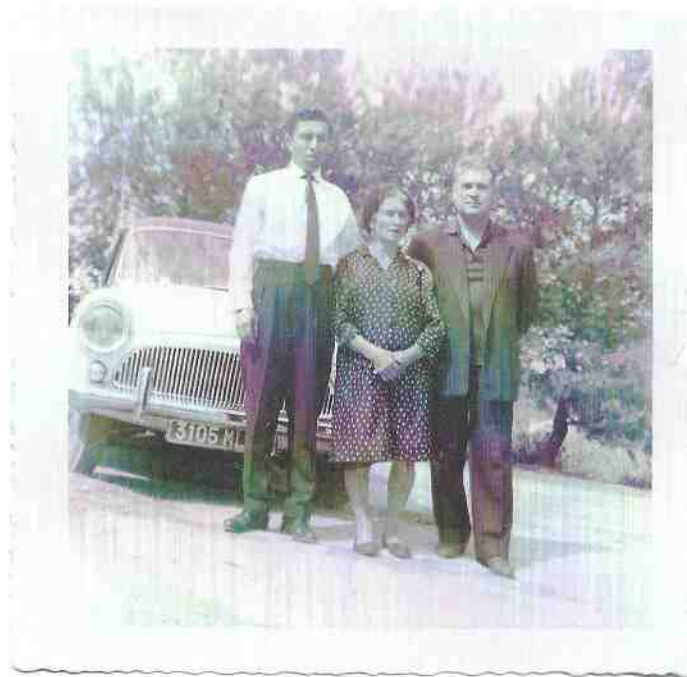
LE DIRECTEUR DES SERVICES  
ET DES ÉMIGRATIONS  
1, 0, 11 201 - PARIS

*Le Titulaire,*  
*J. Escuer*





Joan y Constanza en Sées (Normandía) pocos meses después de la liberación, en 1945. Archivo: Delia Escuer.



Joan, su madre Dolores Gomis y su hermano Ramón en 1962, en la primera visita a España desde 1939. Archivo: Delia Escuer.



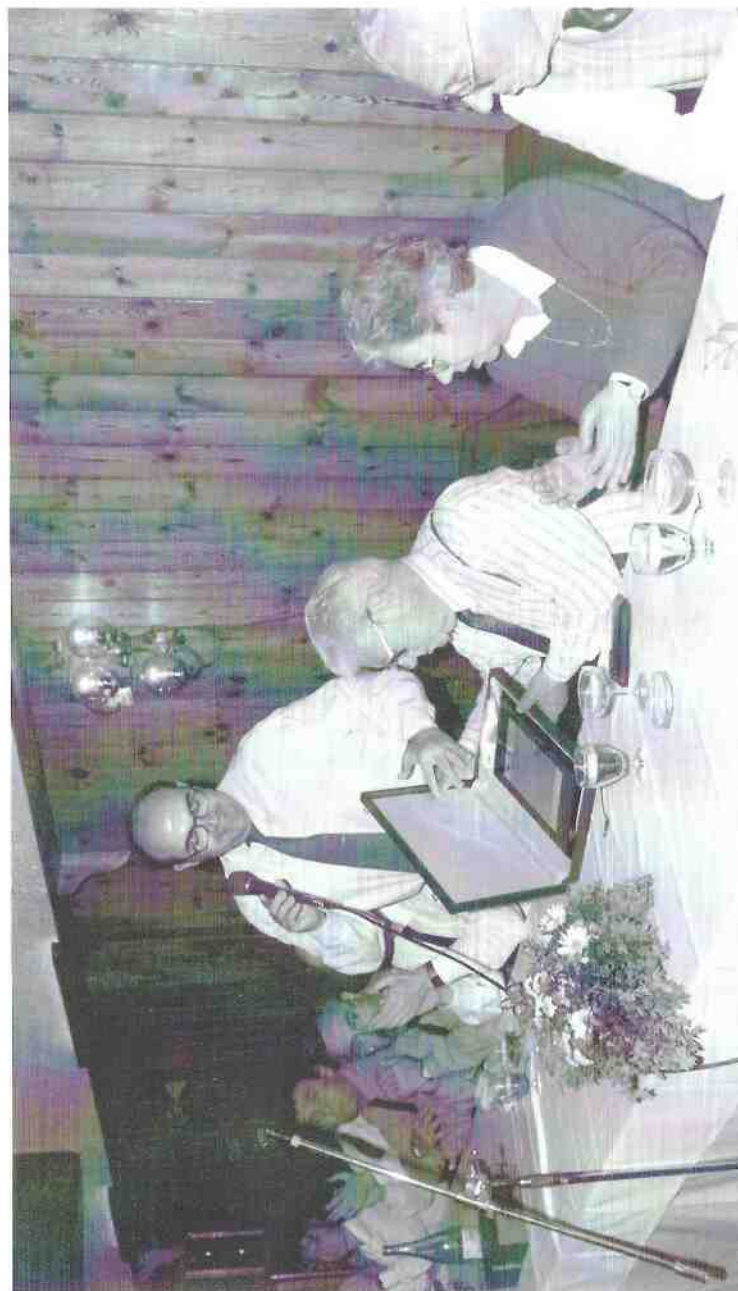
Dolores Gomis y María Calaseras, cuñada de Joan, en 1978, en Artesa de Lleida. Archivo: Delia Escuer.



Con Antoni Farrés, alcalde de Sabadell, en la Asamblea General de la Amical del año 1989. Archivo: Amical de Maurhausen.



Felipe González, presidente del Gobierno, saluda en la Moncloa a Joan Escuer. Al fondo, Constanza Martínez. Año 1991.  
Archivo: Amical de Mauthausen.



El alcalde de Sentmenat hace entrega a Joan Escuer de una placa conmemorativa dentro de los actos de la Asamblea General de Socios de la Amical en Sentmenat celebrada el año 1993. Archivo: Amical de Mauthausen.



Joan junto al alcalde de Santa Perpètua de la Mogoda, en un acto durante la Asamblea General de Socios de la Amical en esa población, el año 1998. Archivo: Amical de Mauthausen.



Acto de despedida a Joan Escuer, ante el monumento a la Deportación de Sentmenat, tras su fallecimiento en 2004.

© Jesús Ruiz, 2004





Este libro  
se terminó de imprimir  
en Badalona, el mes  
de diciembre  
de 2007.



Joan Escuer Gomís fue el presidente de la Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España desde 1991 hasta 2003, cuando su salud le impidió continuar. Siempre situó su lucha en el amplio espectro del antifascismo y el antifranquismo, a la vez que derramaba solidaridad y generosidad. Así le conocimos y así le reconocemos en las páginas que siguen, publicadas por la propia Amical, tal como confiamos que hubiera satisfecho a Joan Escuer Gomís y a su compañera Constanza Martínez Prieto.



Joan Escuer Gomis fue el presidente de la Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España desde 1991 hasta 2003, cuando su salud le impidió continuar. Siempre situó su lucha en el amplio espectro del antifascismo y el antifranquismo, a la vez que derramaba solidaridad y generosidad. Así le conocimos y así le reconocemos en las páginas que siguen, publicadas por la propia Amical, tal como confiamos que hubiera satisfecho a Joan Escuer Gomis y a su compañera Constanza Martínez Prieto.



Caricatura de  
Joan Escuer  
por Jaume Rovira

A Joan Escuer  
amb  
Tot l'afecte  
J. Rovira or



Amical de Mauthausen y otros campos  
y de todas las víctimas del nazismo de España